

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXXXVI

DRAMAS

DE

ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

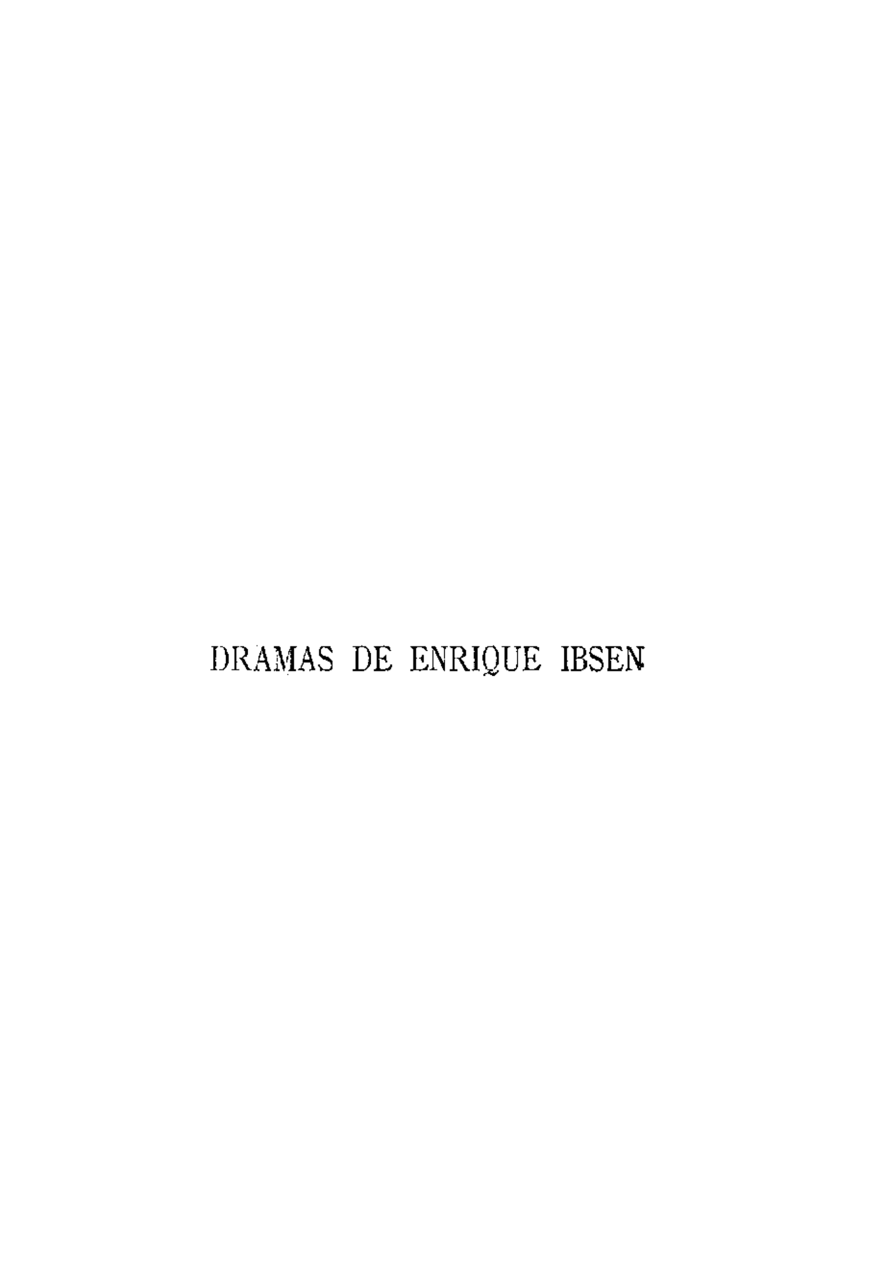
D. J. PÉREZ BANCES

TOMO III

Brand. — Un enemigo del pueblo.

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando).
Calle del Arenal, núm. 11.

1916



DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CCXXXVI

DRAMAS

DE

ENRIQUE IBSEN

TRADUCCIÓN DE

D. J. PÉREZ BANCES

TOMO III

Brand. — El enemigo del pueblo.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1916

MADRID.—Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

BRAND

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

BRAND.
SU MADRE.
EINAR, *pintor*.
AGNES.
EL ALCALDE.
EL DOCTOR.
EL ARCIPRESTE.
EL MAESTRO.
EL SACRISTÁN.
GERD.
UN CAMPESINO.
SU HIJO.
OTRO CAMPESINO.
UNA MUJER.
OTRA MUJER.
UN ESCRIBIENTE.
SACERDOTES *y* EMPLEADOS.
EL TENTADOR EN EL DESIERTO.
EL CORO INVISIBLE.
UNA VOZ.

Pueblo, hombres, mujeres, niños.

La acción en la época actual, en un paisaje de «fjord» en la parte occidental de Noruega.

ACTO PRIMERO

La escena en la meseta noruega. Niebla espesa con lluvia. Medio a obscuras. Brand, vestido de negro, con un bastón y un saco a la espalda, marcha con dificultad por la nieve en dirección occidental. Le siguen a alguna distancia un campesino y su hijo.

EL CAMPESINO

(Gritándole a Brand.) ¡No vayas tan lejos, forastero! ¡Eh! ¿Dónde estás?

BRAND

Aquí.

EL CAMPESINO

¡Detente, que te pierdes! La niebla es cada vez más espesa. Apenas si puedo ver mi bastón.

EL MUCHACHO

¡Salta aquí, padre!

EL CAMPESINO

¡Aquí hay una cortadura!

BRAND

¡No se descubre una huella en esta niebla fría!

EL CAMPESINO

(Gritando.) ¡Detente, hombre! ¡Por Dios! ¡El hielo está hueco y se romperá!

BRAND

(Escuchando.) Se oye el ruido de un salto de agua...

EL CAMPESINO

Es un río que se precipita en un abismo de una hondura sin fondo y que nos puede tragar fácilmente a los tres.

BRAND

Pues yo tengo que seguir adelante, sea lo que sea.

EL CAMPESINO

No hay hombre bastante fuerte para conseguirlo. ¡El suelo está hueco, arriesgas la cabeza! ¡Detente, hombre! ¡Es cosa de vida o muerte!

BRAND

Tengo que seguir; quien está más alto que yo lo ha ordenado.

EL CAMPESINO

¿Quién es?

BRAND

Dios mismo. Él me eligió como débil instrumento suyo.

EL CAMPESINO

¿Y tú quién eres?

BRAND

Yo soy un sacerdote.

EL CAMPESINO

¡Bien! Pero eso no impide que, aunque fueses un arcipreste o incluso un obispo, pierdas hoy

la vida si sigues persistiendo en querer avanzar locamente. *(Acercándose a él con precaución para convencerle.)* Sin duda que sois un sabio; pero no por eso podréis lo que nadie puede. ¡Volveos! No seáis tan necio, no os empeñéis en vano, que no se tiene más que una vida, y si ésta pasa, todo se acabó... ¡La niebla es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo! ¡Venid con nosotros!

BRAND

En cambio, en la niebla no me atrae la luz engañosa del resplandor azul del hielo.

EL CAMPESINO

Pero aquí hay por todas partes lagos de hielo, y os será difícil evitarlos.

BRAND

Tenemos que ir al otro lado.

EL CAMPESINO

¿Por el agua? ¿Queréis que en lugar de una muerte seca nos coja una mojada?

BRAND

¡Y, sin embargo, uno lo ha hecho! Quien cree puede marchar seguro por cualquier camino.

EL CAMPESINO

Eso sería en otros tiempos; que hoy se iría al fondo, sin duda.

BRAND

(Quiere irse.) ¡Adiós!

EL CAMPESINO

¡Mira que pierdes la vida!

BRAND

Si el Señor me la demanda, no temo ni abismo ni torrente.

EL CAMPESINO

Está loco y es un temerario.

EL MUCHACHO

(Casi llorando.) Ven, padre, ven; ¡tengo tanto frío! Oye ese ruido tremendo hacia el Oeste.

BRAND

(Parándose.) Oye, campesino. Hablabas antes de una hija tuya que vive allá en la costa y que te había llamado a su lecho de muerte, porque si no no podía morir en gracia.

EL CAMPESINO

Que Dios me castigue si no es así.

BRAND

¡Te dió de término hasta hoy!

EL CAMPESINO

Sí.

BRAND

¿No más?

EL CAMPESINO

No.

BRAND

¡Ven entonces!

EL CAMPESINO

No es posible. ¡Vuélvete!

BRAND

¿Darías cien coronas por que muriese en gracia?

EL CAMPESINO

¡Claro que sí!

BRAND

¿Doscientas?

EL CAMPESINO

Casa y hacienda y todo mi haber daría por que Dios le diese su gracia.

BRAND

¿Entonces también darías con gusto tu vida?

EL CAMPESINO

¿Mi vida, mi buen señor?

BRAND

Sí, tu vida.

EL CAMPESINO

(Rascándose las orejas.) ¡En eso hay que distinguir! No hay que olvidar que ¿quién daría de comer luego a la mujer y al hijo?

BRAND

¡Él..., Él tenía una madre!

EL CAMPESINO

Pero de eso ya hace mucho tiempo. Entonces había signos y milagros; hoy en día no pasan tales cosas.

BRAND

Aquí se separan nuestros caminos; tú no conoces a Dios, y Dios no te conoce a ti.

EL CAMPESINO

¡Tú eres muy exigente!

EL MUCHACHO

(Tirando de su padre.) ¡Ven, déjalo estar!

EL CAMPESINO

No; tiene que venir con nosotros.

BRAND

¿Tengo que ir?

EL CAMPESINO

Sí; si perecieres en esta furia de tiempo y supieran en el pueblo que habíamos salido juntos, me llevarían al Juzgado. Si te dejara que te ahogaras, tendría que pagarlo en el calabozo.

BRAND

¿Te dolería sufrir por Dios?

EL CAMPESINO

No me preocupan cosas ajenas; las mías no me dejan tiempo.

BRAND

¡Adiós! *(Se oye un chasquido sordo a lo lejos.)*

EL MUCHACHO

¡Ha estallado un ventisquero!

BRAND

(Al campesino, que lo ha cogido por el cuello.) ¡Suelta!

EL CAMPESINO

¡No!

BRAND

¡Suelta en seguida!

EL MUCHACHO

¡Anda pronto!

EL CAMPESINO

(Luchando con Brand.) Que el diablo me lleve...

BRAND

(Soltándose y arrojándolo en la nieve.) ¡Sí que lo hará, y bien pronto. *(Se va.)*

EL CAMPESINO

(Sentándose y frotándose el brazo.) ¡Ay, ay! ¡Tiene una fuerza de gigante! ¡Y llama esto obra de Dios! *(Al levantarse grita.)* ¡Eh! ¡Hombre!

EL MUCHACHO

Ya está arriba.

EL CAMPESINO

Le veo todavía por entre la niebla. *(Gritando.)* ¿Te acuerdas... por el diablo... del camino que trajimos?

BRAND

(De entre la niebla.) No tienes necesidad de elegir camino. Vas por una senda segura.

EL CAMPESINO

¡Ojalá estuviese todo arreglado y me viese en paz en mi casa! *(Él y su hijo caminan hacia el Este.)*

BRAND

(Aparece visible y escuchando hacia el lado por donde se fué el campesino.) ¡Se van arrastrándose a casa! ¡Canalla, miserable! Si la fuente de tu voluntad manase agua, si sólo fuerza te faltara, podría osarlo todo por ti, y muerto del cansancio, con los pies sangrantes te llevaría. Pero no hay remedio para el hombre que no quiere lo que no puede. *(Sigue caminando.)* ¡Oh vida, vida, fuerte impulso!... ¡Cómo ama el pueblo la vida!... El mendigo mismo la defiende con tanto valor como si de ella dependiera la salvación del mundo, y cuanto para el hombre pasa por dicha se pone sobre sus hombros. Hacer un sacrificio no le parece difícil..., ¡pero que no haya que dar la vida! *(Sonríe como presa de un recuerdo.)* Cuando era niño había dos cosas que me hacían prorrumpir en carcajadas de tal manera que, para concluir la broma, a menudo el maestro me coloreó la piel. Me figuraba un buho que temiese a la noche y a la obscuridad, y un pez que odiase el agua y ansiase salir a tierra. Reía en voz alta; me dominaba un momento, y luego volvía la risa con más fuerza. ¿En qué estaba la excitación a la risa? Es que sentía obscuramente la dualidad entre la manifestación exterior y el

para que fué creada la cosa, la contradicción que existe en negar una carga que abruma las espaldas. Todos los hombres, los débiles y los fuertes, son como aquel buho y como aquel pez. Colocados en la profunda obscuridad de la tierra, debían aferrarse al bajo suelo, despreciando aspiraciones contra su naturaleza. Pero precisamente eso les hace temblar, y, llenos de miedo, piden salir del agua. Contemplan la obscura noche estrellada y piden luz y magnificencia de llamas. *(Se calla un momento, se para y escucha.)* ¿Qué era eso?... ¡Parecía como si alguien cantase! Sí; es un canto mezclado con risas. Ahora se oye un ¡viva! gritado por muchas voces; el júbilo atronador no cesa. Aparece el sol, se deshace la niebla, se anima el llano. Allá atrás está la gente que canta y grita; sus sombras caen hacia el Oeste. Se despiden dándose la mano. Ya se separan; dos solamente vienen, envueltos en resplandor de sol, hacia el Oeste; los demás retornan al Este y se saludan agitando pañuelos, velos y manos. *(El sol se va abriendo paso más y más por entre la niebla; Brand está largo tiempo silencioso y mira a la pareja que viene hacia arriba.)* Ríe el sol, brillan las alturas, resplandece la luz en torno de esa pareja. La niebla, temerosa, les va abriendo camino. El desierto aparece cubierto de hierbas floridas... ¿Serán hermanos? Ella es ligera y vibrante como un cervatillo, y él flexible como una vara de junco... Ella salta, se aparta de él retozando; él se dispone a atraparla;

corren ambos, se persiguen, y las risas acompañan al juego como un canto.

(Einar y Agnes, con vestidos de viaje ligeros, ambos acalorados y resplandecientes de gozo, vienen por la meseta. La niebla ha desaparecido; una clara mañana de sol se posa sobre el paisaje.)

EINAR

¡Agnes, mariposita mía gentil, si te escapas te volveré a atrapar! Te cogeré en una red en la la que las mallas sean mis brazos.

AGNES

(Que salta y retrocede ante él.) Si soy una mariposita clara y fina, déjame, pues, libar las flores, y si tú eres un mozo ágil y fino, persígueme, pero no me atrapes.

EINAR

Agnes, encantadora mariposita mía, ¿no ves cómo te rodean las mallas? En vano corres, pobrecita; pronto habrás caído en la red.

AGNES

Si soy una mariposa joven y bella, volaré por sobre valles y colinas, y si me atrapas en tu red, ten cuidado de mis alas.

EINAR

Te pondré dulcemente sobre mi mano y te encerraré en mi corazón. En él podrás jugar toda tu vida los juegos más alegres y más rego-

cijados. *(Sin notarlo se han acercado a un precipicio y están en su borde.)*

BRAND

(Gritando desde arriba.) ¡Alto! ¡Deteneos! ¡Estáis al borde del precipicio!

EINAR

¿Quién habla?

AGNES

(Señalando hacia arriba.) ¡Allí! ¡Mira!

BRAND

¡Deteneos a tiempo! Estáis sobre un saliente de nieve y podíais resbalar fácilmente.

EINAR

¡Por mí y por ésta no tengáis miedo!

AGNES

¡Nuestra vida entera será un juego!

EINAR

Haremos el camino alegremente a la luz del sol hasta que todo haya acabado; así como dentro de cien años.

BRAND

Entonces os iréis a lo hondo; ¿comprendéis?

AGNES

No; iremos a la altura azul.

EINAR

Primero cien años en un hervidero de placer,

alumbrados todas las noches por la antorcha nupcial. Una vida hermosa de ensueño...

BRAND

¿Y luego?

EINAR

¡Luego nos volveremos al cielo!

BRAND

¿Sin duda venís ahora de allí?

EINAR

¡Naturalmente! ¡Del ejército de los ángeles!

AGNÈS

Es decir, en realidad venimos de abajo, del valle verde.

BRAND

Os vi en el sitio en que se separan las aguas.

EINAR

Allí fué donde vimos por última vez a los amigos queridos, y como signo de amistad repartimos apretones de manos, abrazos, besos. ¡Venid acá! Os contaré nuestra aventura, os hablaré del exceso de nuestra dicha y de lo ricamente que Dios nos ha colmado; así comprenderéis nuestro júbilo. ¡Bah! No tengáis ese aspecto helado. ¡Animaos un poco! Todo pintor odia semejantes seres fríos, y yo soy pintor. Y me regocijo íntimamente de este don de dar ser a los pensamientos, de crear miles de cosas con el encanto del color. Pero algo más hermoso me estaba reservado;

Dios me dió a Agnes como novia. Yo iba en una excursión gozoso con los pinceles y cajas a la espalda...

AGNES

¡Alegre como un rey! ¡Otra cosa fué todo lo demás! ¡Y de qué manera más encantadora sabía cantar!

EINAR

Cuando el acaso me trajo por estas tierras, ella había venido de visita. Debía respirar aire de montaña y sol y olor de pinos. Un dios me llevó allá arriba. Una maravillosa armonía sonaba en la montaña. Corre allí una fuente de hermosura en el bosque de pinos, en el arroyo, en el deslizarse de las nubes, en la cubierta del cielo. Allí pinté mi obra maestra. El color rosado de las mejillas frescas, los dos ojos que brillaban deliciosamente, la sonrisa en que el alma descansa.

AGNES

Del original parecías no preocuparte; no hacías más que beber de la fuente, y una mañana clara apareciste dispuesto para la marcha.

EINAR

Entonces se me ocurrió de pronto: ¡Te has olvidado del amor! ¡Hurra! Supliqué, obtuve el sí; de lo demás no nos cuidábamos. Pero el doctor y su familia preparáronnos una fiesta que duró tres días enteros y que lo volvió todo del revés. El arcipreste, toda la clerecía, la juventud madura, estaba allí. Esta mañana temprano abando-

namos la casa, pero no por eso terminó la fiesta. Por valles y montañas marchamos con banderas desplegadas, con coronas en la frente, seguidos de la alegre bandada que nos daba jubiloso acompañamiento.

AGNES

Aquí arriba comenzó el baile, primero en parejas y después en corro.

EINAR

El vino goteaba en los jarros de plata.

AGNES

La algazara resonaba en la luz de la aurora.

EINAR

La niebla densa que venía del Norte cedía ante nosotros.

BRAND

¿Y ahora adónde?

EINAR

Derechamente a la ciudad.

AGNES

A mi casa, a casa de mis padres.

EINAR

Bajaremos hasta la última estribación de la montaña, al *fjord*, donde en el corcel con máquina de vapor cabalgaremos hacia la fiesta de bodas... Por último, hacia el Sud... ¡En un vuelo como los cisnes!

BRAND

¿Y allí...?

EINAR

Nos espera una vida de embriaguez amorosa, perdidos en ensueño y en una dicha de cuento de hadas. Pues sabed que en esta mañana de domingo se consagró nuestra vida a una felicidad libre de cuidados a pesar de que no no nos bendijera sacerdote alguno.

BRAND

¿Quién...?

EINAR

Los amigos alegres que al sonar de las copas conjuraron toda nube que quisiera atemorizar nuestros corazones. Que besándonos expulsaron del idioma cuanto de cruel pudiera venir a turbar nuestra paz. Ellos fueron quienes nos consagraron y nos protegieron contra el frío y el hielo.

BRAND

¡Id con Dios! *(Va a irse.)*

EINAR

(Sorprendido y mirando muy detenidamente a Brand.) Con permiso. En vuestros rasgos..., me parece... que estoy seguro...

BRAND

(Fríamente.) Yo soy un forastero.

EINAR

Sin embargo, recuerdo todavía de la escuela... Sí, sí.

BRAND

También yo pienso en ello; entonces un muchacho y ahora ya un hombre.

EINAR

Cada vez me parecéis más conocido... ¿No seréis acaso... *(Dando un grito)* Brand?

BRAND

Te conocí desde el primer momento.

EINAR

¡Me alegro de todo corazón ¿Cómo estás? Sí, sí; eres el antiguo, el que vivía siempre consigo mismo, el que contemplaba como un extraño al alegre tropel de muchachos siempre en juego y regocijo.

BRAND

Era un extraño entre vosotros. Sin embargo, a ti te amaba a pesar de que vosotros, gente del Sur, erais de una materia distinta de la mía. Mi casa era una casa dura rodeada de terribles rocas.

EINAR

¿Tu casa... no estaba por aquí cerca?

BRAND

Mi camino pasa también por ella. Yo voy...

EINAR

¿Pasa por ella?... ¿Y luego?

BRAND

¡Es lo mismo! Pero siempre más lejos... ¡Adelante, adelante!

EINAR

¿Eres predicador?

BRAND

(Sonriendo.) Capellán. Como la liebre en el bosque, mi casa está tan pronto aquí como allí.

EINAR

Es posible. Pero, ¿adónde vas?

BRAND

(Seca y duramente.) ¡No preguntes!

EINAR

¿Por qué no?

BRAND

(Con mayor dulzura.) El barco que os espera me conducirá a mí también.

EINAR

¡Mi corcel de bodas! ¡Oh, tú irás también en él! ¡Agnes va con nosotros!

BRAND

Sólo que yo voy a un entierro.

AGNES

¿Un entierro?

EINAR

¿Qué? ¿A quién entierran?

BRAND

Al Dios a quien tú y otros adoran.

AGNES

(Retrocediendo espantada.) ¡Ven, Einar!

EINAR

¡Brand!

BRAND

Sí. En un ataúd yace el Dios de las almas bajas terrenales que lleváis escondido en vuestro corazón. ¡Un acontecimiento altamente necesario, esperado desde hace largo tiempo! Mil años hace ya que debía venir.

EINAR

¡Brand, tú estás enfermo!

BRAND

¡No lo quiera Dios! Me siento sano y fresco como los pinos o como los arbustos de la montaña. Pero el entierro no puede ser más apropiado para la raza cobarde de este tiempo... No queréis más que reír, cortejar, jugar, creer un poco, sentir algo. Cuando algo os pasa, lo colocáis sobre los hombros de aquel que todo lo tomó sobre sí cuando un día Dios le envió a la tierra. Y porque estuvo una vez entre vosotros y por vosotros sufrió coronado de espinas, no pensáis más que en juego y baile. Bailad, bailad...; por esta vez no quiero hablar de adónde lleva eso.

EINAR

¡Ya entiendo! Ya hace tiempo que se escucha

por el país esa cantinela. Sin duda eres de la cofradía hipócrita, sombría y hosca que desprecia la vida, y, amenazando al mundo como el enfermo, quiere precipitarlo en el saco de penitente.

BRAND

¡Oh, no; yo no soy pietista! Ni tampoco hablo aquí como sacerdote. Apenas sé si debo llamarme cristiano, pero tengo valor para mirar frente a frente a la enfermedad que se come nuestra vida y corroe la medula del país.

EINAR

(Sonriendo.) Nunca había oído decir que pesara la mala fama sobre nuestro país de que padeciese de un exceso de alegría de vivir.

BRAND

No; aquí no estallará de júbilo pecho ninguno. Si fuera así, estaría bien; sé un esclavo del placer, pero sélo voluntariamente. Lo que seas, sélo conscientemente y en plenitud. No seas una cosa ayer, hoy y tras algún tiempo otra. Las bacantes producen una impresión de ideal y los Silenos de genialidad plástica, pero la figura del borracho vulgar es una caricatura. Recorre este país; trata de conocer a la gente; ninguno, grande o pequeño, sabe otra cosa que ser un poco de todo. Un poco serio en las cuestiones santas, un poco fiel a las costumbres de los antepasados, en las fiestas un poco alegre porque los padres queridos lo eran también. Un poco conmovido cuan-

do en los banquetes se brinda a las glorias del pueblo pequeño y firme que vive entre rocas y que nunca toleró tiranías ni ofensas; al prometer un poco ligero, y un poco ingenioso para romper la palabra y faltar a lo debido. Pero todo en pequeño; ni las buenas ni las malas cualidades van muy lejos. Todo a medias: lo grande y lo pequeño; lo bueno y lo malo. Y en este algo de bueno, algo de malo, lo justo acaba por perecer.

EINAR

Es mucho más fácil criticar de ese modo que no reconciliar, compasivo, lo contradictorio.

BRAND

Puede ser. ¿Pero traería eso la salud?

EINAR

Yo sé lo difícil que es la salvación del pueblo, y por ello no tengo inconveniente en decir amén a cuanto afirmas. Pero nos hemos apartado de lo esencial: del Dios a quien querías enterrar, contra quien, por tanto, protestabas con ingratitud.

BRAND

Amigo mío, ya que eres pintor, muestra a Dios tal como es. Has hecho ya un cuadro suyo que ha conmovido profundamente a todo el mundo. ¿Sin duda le representabas como un anciano?

EINAR

Sí.

BRAND

El cabello sería gris y escaso, como es uso entre viejos. La barba como plata o como nieve... Bondadoso en verdad, pero siempre lo bastante severo para asustar a los niños y meterlos en la cama. Si le pusiste además zapatillas, no quiero preguntártelo. Pero sin duda le estarían bien las gafas y la calva.

EINAR

(Colérico.) ¿A qué viene todo eso?

BRAND

No es burla. Copio del natural el Dios del pueblo. Los católicos suelen representar al Salvador como un niño pequeño. Vosotros os reís de eso, y lo hacéis peor aún, porque vuestro Dios es un viejo loco a quien no le falta más que un poco para ser un niño. Y así como el Papa tiene las llaves como símbolo de su poder, vosotros le ponéis a vuestro Dios la bola del mundo. Separáis de la vida la fe y la doctrina, como si la conducta nada fuese. Quisierais levantar vuestro espíritu, y no osáis vivir plena y libremente. Porque toda vuestra vida es una farsa, tiene vuestro Dios calva y gafas. Mi Dios no es tan flaco. Mi Dios es huracán, el tuyo viento; el mío es inflexible, el tuyo necio; el mío lo ama todo, el tuyo es seco. El mío es joven y fuerte, es un vengador, no un viejo débil, un intrigante cobarde. Su voz es como un bramido de tempestad; fué la que oyó entre llamas Moisés en las alturas de

Horeb; es un gigante de arriba abajo. El sol se paró por su orden. ¡Oh, si el mundo no fuera tan cobarde como tú, haría todavía milagros sin cuento!

EINAR

(Sonriendo incrédulamente.) ¿Y es verdad que va a cambiarse?

BRAND

Por quien soy que acabaré con este escándalo, con esta farsa, con este camino extraviado.

EINAR

(Sacudiendo la cabeza.) No apagues la tea, a pesar de que echa humo, hasta que estén encendidas las velas. Guárdate de desterrar una máxima hasta que no sepas si la nueva servirá o no.

BRAND

Yo no busco lo nuevo por lo nuevo. Para mí sólo lo eterno tiene valor. No puedo honrar sumiso los mandatos y doctrinas de la Iglesia. Han nacido en el tiempo, y es, por tanto, posible que perezcan en el tiempo. Todo lo creado está consagrado a la muerte. Lo que no es roído por polillas y gusanos, debe apartarse según una norma inmutable para dejar sitio a formas más nuevas. Pero hay una cosa eterna e incalculable: el espíritu libre, increado, que trae nueva vida; que aunque parezca perdido, echó raíces en los pueblos, y, poderoso por la fuerza de su fe, sacó a los hombres de la holganza tranquila para levantarlos al cielo. Preguntad a vuestros tenderos, a

vuestros boticarios, cómo se burlan del espíritu. Y, sin embargo, de estas almas anquilosadas, de estos hombres sin espíritu, de estas cabezas, de estas manos, saldrá un día un todo a plenitud la obra de Dios. Un hombre henchido de medula, el nuevo Adán, juvenil y fuerte.

EINAR

(Interrumpiendo.) Adiós. Me parece que lo mejor será que nos separemos aquí.

BRAND

Hay dos caminos que conducen al *fjord* en el mismo tiempo. Id hacia el Oeste; yo iré hacia el Norte. ¡Adiós!

EINAR

¡Adiós!

BRAND

(Volviéndose.) ¡Una cosa todavía! ¡Separa de tu camino la cruz y el perfume! La vida, amigo, es un arte.

EINAR

(Con un gesto de denegación.) Renueva el mundo si quieres. Yo permanezco fiel a mi Dios.

BRAND

Píntalo apoyado en unas muletas. Yo voy a meterlo en su sepultura. *(Se va por el sendero abajo.)*

(Einar le ve marcharse en silencio.)

AGNES

(Está un momento como enajenada; luego se estremece de pronto, y mira intranquila a su alrededor.) ¿Se ha puesto ya el sol?

EINAR

No; es que una nubecilla lo ocultó un momento.

AGNES

Sopla un viento tan fresco...

EINAR

Es que aquí, por la abertura estrecha, la corriente es más fuerte. Ahora comenzaremos a bajar.

AGNES

Cada vez es más triste el paisaje. Y hacia el Sur también está sombrío.

EINAR

Antes, mientras jugábamos, no lo veías, hasta que el loco ése vino. Pero que vaya, si quiere, su camino. Nosotros empezaremos de nuevo.

AGNES

¡Oh, no; ahora no!... Estoy tan cansada...

EINAR

Hablando sinceramente, yo lo estoy también; y luego, esta cuesta que bajamos es tan empinada... En el alto era mejor. Pero cuando estemos abajo, en el *fjord,* bailaremos de nuevo, y para molestarlo bailaremos diez veces con más ale-

gría que aquí en la meseta sombría... Pero mira allá a lo lejos radiante el mundo azul sobre el que la luz cae temblorosa. Tan pronto se riza, tan pronto irradia hacia nosotros en irisaciones de oro y ámbar. Es el mar, grande y libre, que se extiende hasta el horizonte. ¿Y ves cómo se eleva una columna de humo y flota sombría sobre las aguas? ¿No ves un punto negro que se mueve? Es el vapor, nuestro barco, el que ha de llevarnos a las costas lejanas. A la tarde partirá mar adentro llevándonos a bordo. La niebla cede, ríe el sol. ¿Pero no ves la maravilla lejana?

AGNES

(Mira como transportada a la lejanía.) Sí, sí que la veo. ¿Pero te fijaste...?

EINAR

¿En qué?

AGNES

(Sin mirarle, con voz contenida.) ¿En cómo crecía al hablar?

(Va por la cuesta abajo; Einar la sigue.)

(Un sendero por entre las rocas, con un precipicio a la derecha; más atrás, montañas y picos nevados.)

BRAND

(Viene de arriba, se para en una roca saliente y mira hacia abajo.) ¡Todo me parece conocido! Las cabañas de pescadores de la playa, los montes, cañadas, los árboles y la vieja iglesia parda. En las orillas del río, los chopos de anta-

ño... Todo revive con frescura de juventud. Pero todo me parece más pequeño y más lleno de musgo. Las rocas sobresalen más aún con las frentes cubiertes de nieve, las montañas me empequeñecen el cielo azul. Todo se encorva, todo ensombrece, amenaza todo, todo se lleva la aurora de la esperanza. *(Se sienta y mira a lo lejos.)* ¡Allí está el *fjord!* ¿Es que ha sido siempre estrecho, turbio, opresor? Llueve, y allá lejos brillan las velas de un yate... Hacia el Sur, protegidos por el muro de rocas, se ve la casa del pescador, el granero, el desembarcadero, la casa roja con el tejado de césped... ¿He de volver a verte así, patria mía? ¡Oh, me acomete el horror cuando pienso en mi infancia! ¡Entre las rocas áridas erraba solitaria un alma de niño! Y sobre mi frente pesa el recuerdo de la parentela que siempre tenía la oración de los labios y la mirada fija en lo terrenal. Mis alas me pesan como plomo, y cuanto grande antes me encantaba, lo veo ahora como velado. Mi valor y mis fuerzas están paralizados; me siento desmayado y sin alas. Al sentir el ambiente de mi patria me veo perdido, como un esclavo, domado, con los cabellos cortados, un Sansón en el regazo de Dalila. *(Vuelve a mirar hacia abajo.)* ¡Qué prisa, qué remolino corre allí a lo largo de la playa! Por el laberinto de rocas pasan, como poseídos de un impulso ardiente, padre y madre, viejo y niño, tan pronto de dos a dos o de tres en tres, tan pronto reunidos o en fila, y van hasta la

iglesia, donde se detienen. *(Se levanta.)* ¡Oh, os conozco demasiado! ¡Almas flojas, valor desmamayado! Vuestros padrenuestros no pueden llegar al cielo, porque no tenéis ímpetu de voluntad, esfuerzo para la lucha y la pelea. Sólo el grito de la cuarta palabra se oye en el país como solución. Todos los corazones están secos, sin remordimiento ni pesadumbres, restos de una antigua fe esperando el último día. ¡Fuera de este barranco estrecho, donde huele a podredumbre! ¡Adelante, a buscar tierras en que las banderas flameen al viento! *(Quiere irse; desde arriba tiran una piedra que pasa muy cerca de él. Gritando hacia arriba.)* ¿Quién va? ¿Quién arrojó la piedra?

GERD

(Una muchacha de quince años, con el delantal lleno de piedras, corre por la cresta de la montaña.) ¡Gritó! ¡Acerté, acerté!

BRAND

¡Oye, hija mía, deja ese juego!

GERD

¡Allí está sentado solo para que nadie le estorbe! Sobre un tronco cortado. *(Siguen tirando piedras.)* ¡Qué miradas furiosas echa! ¡Socorro! ¡Horror! ¡Y da espolazos con sus garras!

BRAND

¡Por Dios, que...!

GERD

¿Quién eres?... ¡Estáte quieto! ¡Estáte quieto! ¡Déjale tranquilo!

BRAND

¿A quién?

GERD

¿No viste al halcón?

BRAND

¿Aquí? ¡No!

GERD

El pájaro grande y feo, con plumaje rojo, que da horror el mirarle. ¡Con los ojos brillantes, lleno de furia!

BRAND

¿Adónde vas?

GERD

A la iglesia.

BRAND

Bien; entonces, vayamos juntos.

GERD

¿Yo contigo? Yo voy allá arríba.

BRAND

(Señalando hacia abajo.) ¡Pero si la iglesia está abajo!

GERD

(Riendo burlonamente y señalando hacia abajo.) ¿Allí?...

BRAND

¡Claro que sí! Ven conmigo.

GERD

No; esa iglesia es fea.

BRAND

¿Fea? ¿Por qué?

GERD

Es demasiado chica.

BRAND

¿Has visto alguna vez otra mayor?

GERD

No tienes más que venir conmigo, si quieres. Ya se encontrará. ¡Adiós! *(Se va hacia arriba.)*

BRAND

El camino que tomas para ir a la iglesia te lleva a un laberinto de las rocas.

GERD

Ven conmigo, y ten por seguro que podrás ver allá arriba una iglesia hecha de hielo y nieve.

BRAND

¿De hielo y nieve?... Ahora recuerdo... Desde las rocas altas de la montaña, así lo creía yo cuando era niño..., se hunde un abismo en el valle. Las gentes lo llaman la iglesia de hielo y corren varias fábulas sobre él. Se levanta sobre un lago de hielo, en donde de extremo a extremo cuelgan los puentes de témpanos. Allá arriba están las nieves perpetuas.

GERD

El simple cree que son rocas, pero es un templo claro.

BRAND

¡No vayas! Ya ha ocurrido a menudo que la cubierta hueca de hielo se rompiese con estrépito. Basta un grito, un tiro...

GERD

(Sin escucharle.) Ven conmigo. Allí hay una manada de renos que la nieve enterró el año pasado. Ahora, el aire de primavera la descubrirá.

BRAND

¡No vayas! ¡Es un engaño maligno!

GERD

(Señalando hacia abajo.) No; tu iglesia no es buena.

BRAND

¡Que Dios te asista!

GERD

¡Ven conmigo! Allí te predican a cada momento los desplomes de hielo y los saltos de agua; el viento silba en los huecos de los ventisqueros; a pesar del frío sentirás calor. El halcón vuela por el vestíbulo sagrado, se posa sobre la cresta del ventisquero como una veleta sobre la torre.

BRAND

Tu camino es extraviado; tu sentimiento, des-

acorde como el de una cuerda rota. Del mal puede salir aún el bien; un espíritu roto no puede pegarse.

GERD

Ahí viene rabioso, estira las garras el monstruo, y me amenaza. Tengo que irme a casa; el atrio sagrado del templo es un refugio seguro. *(Gritando.)* ¡No te acerques a mí! ¡Estáte quieto! ¡No me amenaces con tus garras, que tengo una piedra! *(Echa a correr por la montaña.)*

BRAND

(Tras una pausa.) ¡Aquí está otra del gremio! ¡Otra visitadora castiza de la iglesia. ¿Quién está más lejos de la razón, quién está más extraviado y suspira más medroso? ¿La *Frivolidad*, que coronada de hojas la frente baila al borde del abismo? ¿La *Sensatez*, que se refugia tras la tradición y tras lo que era antes? ¿La *Locura*, tan desconcertada que considera lo malo como bueno?... Bien. ¡Adelante, a luchar con ímpetu contra esta trinidad hasta aniquilarla! Yo conozco el objeto de mi vida, lo veo brillar como resplandor de sol por las resquebrajaduras del muro. Lo siento; que sólo cuando esos tres demonios hayan dejado existir, será libre la Humanidad. El día en que esos tres monstruos descansen en la tumba, se librará el mundo de su miseria. ¡Ármate, pues, alma; desenvaina la espada! ¡Es un fin digno de la lucha! *(Se va hacia abajo.)*

ACTO SEGUNDO

Abajo en el *fjord.* Alrededor acantilados tajados a pico. La vieja iglesia ruinosa se ve sobre una colina en las cercanías. Hay tormenta. El pueblo, hombres, mujeres y niños, está reunido en grupos; parte en la playa y parte en la colina. El alcalde está sentado en el centro sobre una piedra; un escribiente le ayuda a distribuir trigo y comestibles. Einar y Agnes están en uno de los grupos de más atrás. En la playa hay dos botes. Brand baja por la montaña sin ser notado.

UN HOMBRE

(Abriéndose paso.) ¡Dejadme pasar!

UNA MUJER

¡Yo estoy primero!

EL HOMBRE

(Echándola a un lado.) ¡Qué vas a estar! *(Acercándose al alcalde.)* ¡Pon algo en mi saco!

EL ALCALDE

¡Un poco de paciencia!

EL HOMBRE

Tengo que irme a casa. En casa tengo cuatro personas..., puede que cinco..., que tienen hambre... y están enfermos.

EL ALCALDE

(Burlonamente.) ¿Cuatro o cinco? Tienes ganas de bromas.

EL HOMBRE

Cuando salí de casa, uno estaba al morir.

EL ALCALDE

Espera. ¿Sabes si estás en el libro? *(Hojeándolo.)* Vaya, sí; por suerte, estás. *(Al escribiente.)* Bien; dale su parte al número 29. Paciencia, amigos; ya veis que busco... ¿Nils Sneemyr...?

UN HOMBRE

¡Aquí está!

EL ALCALDE

Hoy no te daré más que dos terceras partes de lo del otro día; ahora ya no sois más que tres.

EL HOMBRE

Sí, es verdad; mi mujer se murió ayer.

EL ALCALDE

(Apuntando.) Uno de menos. *(Al hombre, que se va.)* Y ahora, a pesar del calor, no lo tomes con calor para buscarte otra mujer.

EL ESCRIBIENTE

¡Je, je!

EL ALCALDE

(Severamente.) Señor escribiente, ¿a qué esa risa?

EL ESCRIBIENTE

Porque... porque... el señor alcalde es tan gracioso...

EL ALCALDE

Estas cosas no son para reirse. Muchas veces las bromas encubren las lágrimas.

EINAR

(Saliendo con Agnes de entre la muchedumbre.) Mi cartera y mi bolsa están vacías; he buscado en vano en todos los rincones. Ahora me voy a bordo, pero aquí quedan como prenda mi reloj y mi bastón.

EL ALCALDE

Venid en buena hora vosotros. Lo que yo he reunido es demasiado poco; apenas si basta para apagar el hambre cuando una mano pobre, una boca a medio saciar tiene aún que repartir con los más pobres. *(Ve a Brand y señala hacia él.)* ¡Ahí viene otro! ¡Gracias sean dadas a Dios! ¿Habéis oído hablar de nuestra miseria, de hambre, calamidades, sequía? ¡Abrid, pues, la bolsa, que Dios os lo recompensará! Admitimos donativos de toda especie; nuestras provisiones están a punto de terminar. Hoy día no se puede alimentar con cinco peces a una muchedumbre.

BRAND

Aunque repartieseis diez mil, se irían hambrientos.

EL ALCALDE

¡Oh, guárdate los buenos consejos! Las palabras son piedras para los que tienen hambre.

EINAR

No sabes el tiempo que hace que este pobre pueblo, sumiso, lucha contra la suerte. No sabes el daño que han hecho en estos valles malas cosechas, pestes y calamidades de todo género. Huele a cadáver...

BRAND

Ya sé que se ha celebrado aquí un juicio terrible. Lo leo en las profundas arrugas que surcan los rostros y en el anillo azul alrededor de los ojos.

EL ALCALDE

¿Y a pesar de eso no os ablandáis?

BRAND

(Avanzando hacia la multitud y hablando con nergía.) Cuando la vida marchaba lenta y cansada, en ritmo pausado, sin más necesidades que las diarias, dolíame oír gritar pidiendo pan. Pues quien se arrastra constantemente, fácilmente es vencido por la bestia que alienta en él. Cuando los días se deslizan monótonos, lentos y pesados como en cortejo fúnebre, es fácil que se ocurra el pensamiento estremecedor de que Dios nos borró de su libro. Pero Dios fué con vosotros como con ninguno, inyectó el miedo en vuestras venas, y al heriros con muerte y miseria, despertó vuestro valor aterrándoos.

VARIAS VOCES

(Interrumpiéndole amenazadoras.) ¡Todavía se burla de nuestra desgracia!

EL ALCALDE

¡Nos injuria a los que hemos repartido pan!

BRAND

(Sacudiendo la cabeza.) ¡Oh, con qué gusto os diera la sangre de mi corazón si pudiera levantaros a Dios! Correría para vuestra enseñanza hasta que todas las venas se hubiesen secado. Pero ayudar en este caso no sería vida, sino muerte. Dios quiere sacaros del fango... Un pueblo noble, por pequeño que sea, extrae jugo vital de la desgracia y el dolor; la mirada apagada se aguza como la de un halcón cuando no se posa sobre los menesteres bajos. La voluntad desmayada empuña la espada y marcha a la lucha segura de la victoria. Un pueblo en el que la desgracia no centuplica la fuerza de acción, no es digno de la libertad.

UNA MUJER

Una marejada se levanta en el *fjord*, provocada por tus palabras atrevidas.

OTRA

En verdad que eso es desafiar a Dios.

BRAND

¡Oh, vuestro Dios se quedará en casa!

LAS MUJERES

¡La tempestad! ¡Ved!

VOCES DE ENTRE EA MUCHEDUMBRE

¿Qué es eso? ¿Quiere mejorarnos? ¡Fuera con

él a pedradas y con cuchillos! *(El pueblo se agolpa amenazador alrededor de Brand. El alcalde se interpone. Una mujer se precipita por la montaña abajo con el aire descompuesto y los vestidos destrozados.)*

LA MUJER

(Grita ya desde lejos.) ¡Socorro en nombre de Cristo! ¡Tened compasión de mí!

EL ALCALDE

¡Di qué quieres! ¿Qué es lo que necesitas?

LA MUJER

¡No es hambre, no!... ¡No necesito nada!... ¡Oh, es espantoso!... ¡Oh, horror terrible, infinito!

EL ALCALDE

¿Qué te pasa? ¡Habla!

LA MUJER

¡No puede decirse! ¿No hay aquí un párroco? ¡Dime eso!

EL ALCALDE

¡Aquí no hay párroco!

LA MUJER

¡Oh, Señor, estoy perdida!... ¡Fuiste cruel conmigo, Dios, echándome a este mundo!

BRAND

(Acercándose.) ¡Quizás pudiera encontrarse alguno!

LA MUJER

(Cogiendo su brazo.) ¡Oh, haz que venga!... ¡Envía!... ¡Manda!...

BRAND

¡Di cuál es tu desgracia!... ¡Habla!

LA MUJER

Vivimos al otro lado del *fjord*...

BRAND

Bien; ¿y....?

LA MUJER

Mi marido... Tres niños hambrientos... La casa vacía... ¡Oh, que no se me condene!... ¡No, no puedo decirlo!

BRAND

¿Qué hizo?

LA MUJER

Mi pecho estaba seco... No había Dios ni hombre que trajesen socorro; el niño pequeño luchaba dolorosamente con la murte..., se le oprimió el corazón..., rió como un loco, sacó el cuchillo..., ¡se lo clavó!

BRAND

¡Se lo clavó!

EL PUEBLO

(Horrorizado.) ¡A su hijo!

LA MUJER

Entonces despertó su razón..., vió un abismo ante sí. Nada puede impedir la desesperación del arrepentimiento; él mismo puso mano sobre sí...

¡Oh, ven, sálvale, ten compasión de mí! Allí está, inclinado sobre el niño, luchando entre la muerte y la vida.

EINAR

(Pálido.) ¡Espantoso!

BRAND

(En voz baja.) Sí, éste es un dolor.

EL ALCALDE

Gracias que no es en mi distrito.

BRAND

¡Desamarrad pronto un bote y pasadme al otro lado!

EL HOMBRE

¿Con este tiempo? Hazlo tú mismo, hombre.

EL ALCALDE

Puedes ir por tierra rodeando el *fjord*.

LA MUJER

Por ese camino vine yo. Pero ya no es posible porque la corriente ha arrastrado el puente.

BRAND

¡Soltad el bote!

UN HOMBRE

¡Es imposible, hombre! El *fjord* está demasiado alborotado.

OTRO

¡Viene el huracán de la montaña! ¡Sería una lucha enorme! ¡El *fjord* está rabioso!

UN TERCERO

Con un temporal semejante, con una furia así, la mejor salvación es un rezo.

BRAND

El alma del pecador no espera a que la tormenta haya aplacado su furor. *(Salta a uno de los botes y suelta la vela.)* ¿Arriesgáis el bote?

EL DUEÑO

¡Tenéis un modo de preguntar!...

BRAND

¡Que venga quien no tema por su vida!

UN HOMBRE

Yo no voy.

OTRO

¡Esas son cosas sin sentido!

VARIOS

¡Echarse así a la muerte!

BRAND

Si *vuestro* Dios no socorrerá a nadie; pero, sabedlo, el *mío* va a bordo.

LA MUJER

(Retorciéndose las manos.) ¡Muere condenado!

BRAND

Yo dirigiré el barco desde el timón, Pero es necesario que alguien se encargue de la vela.

VARIOS

(Retrocediendo.) Nadie se atreverá.

UNO

(Amenazando.) ¡Sal del bote! ¡Injurias a Dios con hacer lo que haces!

VARIAS VOCES

¡El temporal crece!

OTRAS

Se rompe la soga.

BRAND

(Se sostiene apoyado en él y llama a la mujer. Bien; ¡ven tú entonces! ¡Pero pronto!

LA MUJER

(Retrocediendo.) ¡Yo!... ¡Cuando nadie...!

BRAND

¡Están ciegos!

LA MUJER

¡No puedo!

BRAND

¿No puedes?

LA MUJER

¡Piensa en los pequeños!...

BRAND

(Riendo.) Edificáis sobre arena.

AGNES

(Se vuelve a Einar con las mejillas encedidas y pone su mano sobre su brazo.) ¿Oyes lo que dice?

EINAR

Me inclino ante su fortaleza.

AGNES

¡Dios te bendiga!... ¡A la obra, pues! *(A Brand.)* ¡Aquí hay uno gozoso de poder acompañarte por el sendero de salvación!

BRAND

¡Que venga!

EINAR

¿Yo?

AGNES

¡Yo te dejo!... Es un sacrificio que hago gustosa.

EINAR

Antes de que tú me dieras tu amor habría sacrificado mi vida... Me hubiera sentado gustoso con él al timón...

AGNES

¿Pero ahora...?

EINAR

La vida se me ha hecho más cara; ahora no puedo.

AGNES

(Dando un paso atrás.) ¡Retrocedes!

EINAR

¡No debo hacerlo!

AGNES

(Con un grito.) ¡Oh, este momento decide tu destino y el mío!... ¡Un mar nos separa a nosotros dos! *(A Brand.)* ¡Voy contigo!

BRAND

¡Pues apresúrate!

EINAR

(Quiere cogerla desesperado.) ¡Agnes!

LA MUCHEDUMBRE

¡Alto!... ¡Corre a su perdición!... ¡No la dejes!

BRAND

¿Dónde está la casa?

LA MUJER

(Señalando hacia el fjord.) ¡En la punta aquélla, en la primera montaña!... *(El bote se entra en la mar.)*

EINAR

(Suplicante.) ¡Oh, volved el barco, yo os lo suplico! ¡Piensa en los tuyos, en tu madre!

AGNES

Vamos *tres* a bordo. *(El bote boga mar adentro. El pueblo se agolpa en la orilla y lo sigue con atención angustiosa.)*

UN HOMBRE

¡Va derechamente a la punta!

OTRO

¡Ya veo!

EL OTRO

¡Una racha de viento! ¡Oh, la ha cogido bien!

EL ALCALDE

¡Ay, ay! ¡Le ha llevado el sombrero!

UNA MUJER

Su cabello mojado flota al viento como un ala de cuervo.

EL PRIMER HOMBRE

El mar está furioso.

EINAR

¡Oíd ese sonido estridente que penetra, terrible, por entre el huracán!

UNA MUJER

Viene de arriba, de la montaña.

OTRA

(Señalando hacia arriba.) Es la Gerd que se ríe y grita de ver el bote.

LA PRIMERA

Toca un cuerno de pastor y arroja piedras montaña abajo.

LA OTRA

Ahora plega el cuerno y sopla en la mano hueca.

UN HOMBRE

Sí, grita cuanto quieras; el poder del hombre no es pequeño.

OTRO

Llevándole a bordo, aunque el temporal fuese más recio no tendría miedo al mar.

EL PRIMER HOMBRE

(A Einar.) ¿Qué es?

EINAR

Sacerdote.

EL SEGUNDO

Es un hombre entero y un cristiano. Tiene el consuelo de la palabra y el de la acción.

EL PRIMERO

¡Ése sería un buen párroco para nosotros!

MUCHAS VOCES

¡Ése sería un buen párroco para nosotros! *(El pueblo se disemina por las colinas.)*

EL ALCALDE

(Recoge papeles y libros.) Siempre he condenado, porque me parecía contrario a las formas, el introducirse en la esfera de otro e intervenir en ella, a no haber un motivo que absolutamente fuerce. Yo cumplo también sin duda alguna con mi deber, pero no fuera de mi distrito. *(Se va.)*

(Ante la cabaña de enfrente. Medio día. El fjord *está radiante y en calma. Agnes está sentada abajo en la playa. Poco después se abre la puerta de la cabaña y sale Brand.)*

BRAND

¡Oh, qué agonía! ¡La muerte le libertó del espanto, del dolor y del remordimiento! Y ahora yace tranquilo como un barco despedazado y sus facciones expresan la calma... ¿Puede una mentira, por piadosa que sea, trocar la noche en día claro?... Pero en el pecado último, en la muerte de su propio hijo, sólo la corteza era consciente, sólo

aquello a que la boca puede dar un nombre, lo que con las manos puede asirse... Y los otros dos niños que se agazapaban en el rincón de la chimenea mirando en derredor de sí como dos pájaros asustados... Allí estaban sentados con los ojos inmóviles, amedrentados y silenciosos, prontos a llorar. En su alma cayó una mancha que jamás podrán borrar. La corriente de su vida arranca de los recuerdos más atormentadores, y la carrera de estos dos niños que comienzan a vivir aparece iluminada por una luz sombría. ¡Y quizás se prolongue así la cadena de eslabón en eslabón, en pecado y vicios! Porque, ¡quién puede penetrar el misterio!... ¡Descienden de un padre tal!... ¿Qué pecado se purga aquí? ¿Dónde ha de empezar la compasión? ¿Qué es lo heredado y qué lo de propia responsabilidad? ¿Qué inclinaciones habrá que desterrar? ¿Dónde están el abogado y el juez y los testigos que decidan de lo que a cada uno corresponde, de hasta qué punto es delincuente cada cual?... ¿Se acepta sin más la respuesta que dice: Es heredado?... ¡Quién se atreverá a resolver estos enigmas, ante cuya profundidad se sienten vértigos!... ¡Y la multitud baila al borde del abismo sin conciencia del peligro! ¡Debían llorar y temblar! Pero no hay alma ninguna que se dé cuenta de la montaña de culpas que amontona por el solo hecho de vivir.

UN HOMBRE

Nos encontramos por segunda vez.

BRAND

Está libre de dolor.

EL HOMBRE

Ya no necesita de nosotros, pero en la cabaña quedan tres personas.

BRAND

¿Y bien...?

EL HOMBRE

Para remediar la miseria de los niños les traemos este pedazo de pan.

BRAND

Si lo das todo, pero no tu vida, sábete que no has dado nada.

EL HOMBRE

Si quien está ahora rígido y muerto se hallase en peligro de muerte en su bote y le oyese pedir socorro, arriesgaría mi vida por salvarle.

BRAND

¿No pueden estar también las almas en peligro?

EL HOMBRE

Nosotros somos míseros gusanos de tierra.

BRAND

Pues entonces, apartad vuestros ojos de la luz del cielo y volvedlos a la tierra. No miréis, uncidos a vuestro yugo, con un ojo hacia el cielo y con otro hacia el polvo; mirad siempre a la tierra.

EL HOMBRE

Uncidos al yugo... ¡Eso es lo triste!... ¿No ha de haber redención?

BRAND

¡Probadlo!

EL HOMBRE

Si tú traes la libertad...

BRAND

¿Quién? ¿Yo?

EL HOMBRE

Ha habido ya muchos que lo han intentado, que han señalado el camino y huído después... Ellos lo mostraban, pero tú lo anduviste.

BRAND

¿Crees...?

EL HOMBRE

La *palabra* es como una senda en el mar; la huella de la *acción* es más profunda. Estamos aquí en nombre de la parroquia... Eres un hombre, y por eso hemos venido a tí.

BRAND

(Inquieto.) ¿Queréis...?

EL HOMBRE

Sí; nuestro pastor.

BRAND

¿Yo? ¿Aquí?

EL HOMBRE

El pueblo, largo tiempo sin guía, anda extraviado.

BRAND

Es verdad; ahora lo veo.

EL HOMBRE

Sin duda que nosotros somos débiles. Antes, todavía iban tal cual las cosas; pero somos pequeños. Vino la mala cosecha, se heló el trigo, la peste se cebó en hombres y animales, la pobreza paralizó nuestros brazos, en casa no había ni semilla ni pan, el hambre se hacía sentir hasta en el espíritu; entonces echamos de menos al párroco.

BRAND

Pide lo que quieras, pero eso no; yo tengo un deber más grande que cumplir. Cuando corren miles de fuentes de vida, cuando tantos aguardan la palabra salvadora, ¿qué voy a hacer aquí, donde el muro de roca impide que la palabra y el discurso fluyan libremente?

EL HOMBRE

El muro de roca devolverá con doble fuerza el eco de una palabra potente.

BRAND

El que se oculta en la obscuridad, ¿podrá vivir en la luz azul? Quien rotura la comarca árida, lejana, ¿podrá arar el campo próximo? ¿Quién espera a coger el fruto desde la semilla cuando las ramas están cargadas? Quien se afana en los deberes cotidianos, ¿podrá levantar al cielo la mirada?

EL HOMBRE

(Moviendo la cabeza.) Comprendí tu acción..., no tu palabra.

BRAND

No me importunes más. ¡A bordo! *(Quiere irse).*

EL HOMBRE

(Cortándole el paso.) ¿Amas verdaderamente la misión en que vives, el alto fin a que aspiras?

BRAND

¡Lo amo como a mi vida!

EL HOMBRE

(Recalcando las palabras.) Aunque lo des todo, sábete que como no des tu vida no has dado nada.

BRAND

Pero hay una cosa que jamás puede darse. A ti mismo, tu yo, el templo sagrado. No puedes atar, ni encauzar, ni contener la corriente de su vida. Espumeante, se precipita raudo hasta que apaga sus ansias en el mar.

EL HOMBRE

Así se perderá en marismas y estanques, y en cambio, como arroyo encauzado llegaría al mar.

BRAND

(Mirándole con asombro.) ¿Quién dió tal discurso en tu lengua?

EL HOMBRE

Tú mismo, en el momento grande en que a pesar de la tormenta y de la furia del mar, te lanzaste atrevido a la corriente; para llevar socorro a un pecador, expusiste tu vida sobre una tabla. Esa acción hizo que muchas almas sintiesen tan pronto un soplo frío, tan pronto un resplandor de sol; era como un repique de campanas claras. *(Bajando el tono.)* Pero mañana habrá pasado la embriaguez, y quitaremos la bandera que gozosos habíamos arriado.

BRAND

Donde falta la fuerza, falta la vocación. *(Con dureza.)* ¡Si no sois aquello para que Dios os creó, seguid en paz vuestro camino, someteos al polvo por completo!

EL HOMBRE

(Contempla un rato a Brand, y dice.) ¡Ay de ti; se apagó la chispa de luz que habías encendido! ¡Ay de nosotros! Veíamos, y ahora ha vuelto la obscuridad. *(El hombre se va; los demás le siguen silenciosos.)*

BRAND

(Les sigue largo rato con la vista.) Silenciosos, uno tras otro retornan lentamente a casa. Van sombríos y turbados, y marchan tentando el suelo con los pies, como si un ángel les hubiera expulsado del Paraíso. Yo he querido hacer hombres nuevos y completos, a semejanza de Dios,

y no seres desconcertados... ¿Qué voy a hacer en este desierto de hombres, con esas almas flojas y desmayadas? ¡Fuera de aquí al amplio mundo! ¡Fuera! ¡Aquí no hay espacio para luchar! *(Va a irse, pero se detiene al ver a Agnes en la playa.)* Allí esta sentada, tranquila; como una niña. ¿Escucha acaso un canto lejano? Así estaba también en el banco cuando el bote luchaba con la tormenta. Contemplaba escuchando la espuma que se mezclaba a la tormenta. Sólo de cuando en cuando se limpiaba el agua salada del mar que humedecía sus cabellos... Cambiaba el oído con el ojo... No era el oído, era el ojo el que escuchaba. *(Se acerca a ella.)* ¿Te cautiva el *fjord,* sus orillas?...

AGNES

No es el *fjord,* ni sus orillas, lo que me preocupa. Veo un paisaje más grande, con una bóveda como el arco de unas cejas. Veo un mar en el que desembocan corrientes poderosas, y donde el sol brilla a través de la niebla; veo resplandecer luces rojas, nieblas que se ciñen alrededor de las montañas. Veo palmeras que el viento hace susurrar, y cuyas sombras se prolongan en la lejanía. No se ve ser viviente alguno. Este mundo es como un rumor confuso, como una pasta que hay que amasar todavía. Y oigo un coro de voces que son medio canto y medio rezo. Venzas o no, atrévete a penetrar en la luz, para vivificar ese mundo.

BRAND

(Transportado.) Habla. ¿Qué más ves?

AGNES

(Poniendo una mano sobre su pecho.) Aquí dentro siento que fluyen corrientes poderosas; las siento cómo se encrespan, cómo se precipitan; veo luz clara de aurora; el mundo se expande hacia todos lados; siento que mi corazón se ensancha, y voces que cantan: ¡Tienes que dominar *este* mundo! Y susurrándome, anhelantes, vivientes, vienen pensamientos largamente aguardados, hechos gozosos, que dan vida a mundos nuevos. Y le presiento más que le veo allá arriba, en el azul, a él; siento que mira hacia abajo, que me oprime contra su corazón, claro y dulce como una aurora y al mismo tiempo entristecido mortalmente. Y oigo voces que cantan: ¡Mueras o vivas, venzas o perezcas, osa penetrar en la luz!

BRAND

Sí, en nuestro interior; ése es el campo de batalla. Quien lucha en él, ése vencerá. El propio corazón, ése es el mundo que está frente a nosotros; en él ha de perecer el egoísmo, en él ha de nacer el hombre nuevo... ¡Que el mundo siga su marcha sobre la escala podrida de la frivolidad! Pero si se pone como enemigo en mi camino, si no deja en paz a mi obra, entonces por el cielo comenzará la lucha. Yo no exijo más que una cosa como mía: espacio para ser yo mismo. Esta

exigencia es fundada. Mi yo es inviolable. *(Reflexiona un momento, y dice.)* ¿Yo mismo plenamente? ¿Pero y lo heredado? ¿Y los pecados de la especie? *(Calla y mira a lo lejos.)* ¿Qué mujer es esa que viene allí arrastrándose? ¡Con qué prisa camina! Encorvada, torcida, con las mejillas como comidas del hielo. Apoyada en su bastón, se para a menudo para descansar; sus dedos flacos agarran con fuerza el bolsillo... ¿Lleva acaso un tesoro consigo?... Los miembros flacos están surcados de arrugas. Esos ojos, esas manos parecen un halcón a quien se hubiera clavado como espantajo en el granero... *(Estremeciéndose súbitamente.)* ¡Qué terrible recuerdo!... ¡Mi cuerpo se hiela!... ¡Sopla un hálito frío del interior de un ventisquero que me envuelve la mujer en hielo!... ¿No es más que una pesadilla espantosa?... ¡Oh Dios! Toda duda cesa... ¡Esa mujer es mi madre!

LA MADRE DE BRAND

(Viene de la colina; a medio camino se para; se pasa la mano por los ojos y mira a su alrededor.) Me dijeron que estaba aquí. *(Acercándose.)* ¡Que el diablo se lleve al sol!... ¡Me ciega completamente!... ¿Eres tú, hijo?

BRAND

Sí.

LA MADRE DE BRAND

(Frotándose los ojos.) La maldita luz del sol me picó en los ojos. No sabe una si es su hijo, si es un pastor o un labrador.

BRAND

En casa no había sol desde la caída de la hoja hasta el canto del cuco... Siempre la tristeza del invierno.

LA MADRE DE BRAND

(Riéndose con fruición.) Así está bien. Con el frío se endurece una como un témpano. Se hace una fuerte para cualquier empresa, se duerme y no se piensa en tonterías.

BRAND

¡Adiós! Yo me marcho en seguida de aquí.

LA MADRE DE BRAND

Tú anduviste siempre al galope. Ya cuando niño soñabas en marcharte lejos.

BRAND

Y a ti te pareció bien que saliera de casa.

LA MADRE DE BRAND

Depende del lado por donde se mire; pero el que te hicieras pastor me pareció bien. *(Acercándosele.)* Te hiciste grande. Pero atiende lo que te dice tu madre: ¡Ten cuidado con tu vida!

BRAND

¿Y qué más?

LA MADRE DE BRAND

¿Hay algo más alto que la vida?

BRAND

Quería decir si ése era tu único consejo.

LA MADRE DE BRAND

No puedo darte ningún otro. *(Colérica.)* ¡Claro, tú sigues siendo sordo como siempre! ¡Hoy oí con espanto hablar de tu acción, de tu temeridad! ¡Qué fácilmente podías haber sido presa del mar! ¿Es que tu madre no es nada para ti? Tú eres mi hijo, eres mi carne y mi sangre. Tú eres el remate de la casa que yo levanté y que está firme y sólidamente construída. ¡Sé firme! ¡Sé fuerte! ¡Vive, que siempre es tiempo! ¡Guarda tu vida! ¡No cedas! Vivir es el deber del heredero... Y tú lo eres... Quiero decir..., cuando hayamos llegado a eso.

BRAND

¿Conque sí? Por eso has venido a atraparme. ¿Traes bien llenos los bolsillos?

LA MADRE DE BRAND

¿Estás loco, hijo? *(Retrocediendo.)* ¡No te acerques a mí! ¡Si no, me defenderé; te pegaré con mi bastón! *(Con más calma.)* ¿Qué quieres decir con eso? ¡Claro está!... Un día habrá de irse a la sepultura, más tarde o más temprano, «la vieja mujer». Entonces heredarás cuanto poseo; no necesitarás repartir con otros herederos. No traigo nada encima; todo está en casa medido y contado. No es mucho, pero quien lo herede no será un pobre... ¡No te me acerques! Te prometo no enterrar, no esconder nada, como ladrones o enanos en rendijas, ni en la bodega, ni debajo de una tabla. Y las promesas las cumplo siempre.

Recibirás la herencia entera; a ti sólo, hijo mío, te pertenece.

BRAND

¿Y bajo qué condición?

LA MADRE DE BRAND

¡Una sola! No derrocharás tu vida, no acabarás de una manera insensata. Conserva la casta de hijo a hijo; no demando otra cosa. Y guárdalo todo íntegro y cuida de que no se desperdicie. No importa que aumentes el patrimonio; lo importante es que evites que disminuya.

BRAND

(Tras una pausa corta.) Una cosa se me hace al fin clara, madre. Yo te estorbaba ya cuando era niño. Yo no era hijo ni tú madre; aguardemos los dos al juicio.

LA MADRE DE BRAND

Yo tampoco quiero fingir cariño. Sé como quieras; no necesito adulaciones. Sé duro y sombrío y frío como hielo; cada cual vive a su manera. ¡Pero guarda tu herencia! ¡No la dejes caer en manos extrañas!

BRAND

(Acercándose más a ella.) ¿Y si precisamente yo gozase en ello y aventase a todos los vientos mi haber?

LA MADRE DE BRAND

(Retrocediendo vacilante.) ¿Derrochar lo que en años de vida esclava me ha encorvado y ha hecho blanquear mis cabellos?

BRAND

(Afirmando lentamente con la cabeza.) ¿Y si yo lo hiciera?

LA MADRE DE BRAND

Entonces, quedamos en paz; al aventar el caudal, aventarías con él mi alma.

BRAND

¿Y si a pesar de eso yo lo hiciera? Si me acercase a la noche a tu lecho, donde tú yacieras en tu alcoba, al resplandor mate de las velas, con el libro de cánticos en las manos, como uno que se hubiera dormido rezando... Si para buscar lo escondido yo palpase, arañase, revolviese, cogiese la luz y sólo terminase cuando ya no hubiera más que encontrar...

LA MADRE DE BRAND

(Aproximándosele ansiosa.) ¡Qué idea!... ¿Qué ocurrió?...

BRAND

¿Quieres que te cuente un cuento?

LA MADRE DE BRAND

¡Sí!

BRAND

Proviene de los años de mi infancia. Jamás mi espíritu se ha podido libertar de este recuerdo que tortura mi alma como una herida sin cicatrizar... Era una noche de otoño; el padre había muerto, tú estabas enferma. La curiosidad me

empujó al lecho mortuorio y me deslicé adonde pálido yacía, a la luz de las bujías, con el libro de cánticos sobre el pecho; la planta viva allí estaba segada, tronchada. Me metí tímidamente en un rincón y comencé a contemplarle fijamente y siempre de nuevo. Todo era silencio; yo seguía sin apartar mi vista de él, y medio desvanecido por el olor de lienzos húmedos, me sentía atraído por su mano y la contemplaba sin pestañear. ¡Qué blanca, qué estrecha y qué fina era! En esto el aire trajo rumor de pasos. Entró una mujer. Yo estaba encondido en mi rincón, y estremecido vi cuanto hacía. Sin vacilar se fué al lecho; comenzó a buscar, echó a un lado la cabeza del muerto, revolvió, y sacó una pesada bolsa. Pero agitada y convulsa, siguió buscando. Revolvió en todas las almohadas y levantó y sacudió por todas partes el cuerpo muerto, hasta que al fin dió con un paquete fuertemente atado, con muchos nudos. ¡Con qué ansia desgarraban sus manos la envoltura! ¡Impaciente, como una hiena hambrienta, lo mordió con sus dientes! Volvió a rebuscar; revolvió acá y allá, e iba contando y murmuraba: «¡Más, más!» Lloraba, rezaba, se lamentaba, seguía ansiosa toda huella, y si encontraba algo, se precipitaba con furia sobre ello como una bestia sobre su presa... Al fin todos los rincones estaban vacíos. Se fué y caminó vacilante hacia la puerta, como si se hubiese pronunciado la sentencia contra ella, y balbuceó al salir: «¡Cómo! ¿Nada más?»

LA MADRE DE BRAND

Mi derecho era grande, pero pequeño mi hallazgo. La felicidad de mi vida estaba en juego.

BRAND

Algo más grave estaba en juego: aquella noche perdiste el corazón de tu hijo.

LA MADRE DE BRAND

¡Puede ser! Pero es uso en todas partes vender por dinero la voluntad y el corazón. Por una ganancia engañosa había dado toda la dicha de mi vida. Algo que ahora ya hace tiempo está en cenizas, que ya no se repetirá más; algo que pasa fugitivo por el alma, pero que la ilumina dulcemente; di lo que yo apenas conozco y que los hombres llaman *amor*. Todavía recuerdo lo penoso que fué, el combate rudo que libré. El padre aconsejaba: «Olvida a ese pobrecito; no veas la trenza delgada del otro. Ése es un hombre, ése irá lejos. ¡Te doblará tu dote!...» Le tomó; en vez de agradecimiento recogí injurias; en casa no había más que discusión y riña, y ni siquiera dobló el caudal. Luego yo he luchado fieramente, y lo he aumentado sin descanso.

BRAND

Pero ahora, cerca del sepulcro, puedes verlo. A cambio diste tu alma.

LA MADRE DE BRAND

Puede ser; por eso quise que mi hijo fuera sacerdote. En agradecimiento, a cambio de la he-

rencia tendré tu bendición de sacerdote. Yo tengo el caudal, el poder del tesoro; tú tienes el consuelo, la fuerza de la palabra.

BRAND

Eres muy avisada, pero te equivocas si me ves a esa luz. ¡Por todas partes la misma ternura paternal! Pensáis que el hijo no es más que el administrador del vestido que vosotros habéis llevado. Y si hay algún desgarrón, que pegue un remiendo. ¡Pero que conserve con honra los harapos! Habéis oído hablar alguna vez de una eternidad, y creéis que si unís la casta y la herencia, estáis seguros de ella. Creéis que la vida y la muerte se reconcilian con sólo que el hilo de la casta se mantenga muchos años sin romperse.

LA MADRE DE BRAND

¡Déjate de lo que yo piense! ¡Tú eres el heredero!

BRAND

Bien; pero, ¿y las deudas?

LA MADRE DE BRAND

¿Crees que yo soy capaz de eso? No debemos un céntimo a nadie.

BRAND

Pero si las hubiera respondería con mi herencia por cada recibo. En la tumba de mi madre, cumpliendo mi deber de hijo, pagaría todas las deudas. Aunque al morir tú estuviese vacía la casa, el libro de deudas lo heredaría siempre.

LA MADRE DE BRAND

¿Es eso ley?

BRAND

Quien entiende de ellas sabe que no está escrito. Pero quien se siente libre de redes argu-ciosas, sigue otras leyes a las que hay que satisfacer. ¡Aprende a ver, oh deslumbrada! Año tras año has ido disminuyendo la prenda que se te había confiado. En imagen pura... ¡Oh Dios del cielo!..., la has deslumbrado y enmohecido, has matado lo eterno, has arrojado al polvo tu espíritu. ¡Esa es tu deuda! ¿Adónde huirás si un día Dios te pide cuentas de lo que te ha prestado?

LA MADRE DE BRAND

(Sombría.) ¿Adónde? ¿Adónde?

BRAND

¡Oh, no temas! Yo tomo tu deuda sobre mí cumpliendo mi deber de hijo. Yo limpiaré tu imagen de Dios deslustrada y atormentada por ti. Quiero que tengas tranquilidad en la muerte. Yo rescataré tu deuda...

LA MADRE DE BRAND

¿Los pecados también?

BRAND

Tu *deuda*, lo que tú en tranquilidad perezosa dejaste de hacer, destrozaste; por tus *pecados* respondes tú misma. La suma que un hombre dilapidó en su carrera terrenal de esclavo puede ser cancelada por otro... Pero esa dilapida-

ción trae pecado, y contra eso no hay sino arrepentimiento... o muerte.

LA MADRE DE BRAND

Este resplandor del sol obra en mí como veneno, y me atormenta; estoy toda desmayada y se me va la cabeza. Me voy a casa, que allí tengo sombra: el arroyo del ventisquero me refresca.

BRAND

El muro de rocas te roba la vista del cielo. Yo estaré cerca de ti. Y si te sientes impulsada hacia la luz del cielo, hacia la reconciliación, no vaciles, y llámame.

LA MADRE DE BRAND

¡Mi recompensa sería un castigo!

BRAND

No. Con ternura de hijo, con dulzura de sacerdote, te llevaré consuelo y refrigerio. Cantaré a los pies de tu lecho y te cubriré con el escudo de la fe.

LA MADRE DE BRAND

¿Me lo prometes seriamente?

BRAND

En la hora del arrepentimiento estaré contigo. *(Acercándose a ella.)* Pero antes de terminar quiero advertírtelo. ¡Voluntariamente, antes de que llegue el último momento, despréndete de tu haber! ¡Entra desnuda en tu tumba!

LA MADRE DE BRAND

(Increpándole con ira salvaje.) ¡Es como si quisieras separar la llama y el calor, la luz y la claridad! ¡Como si quisieras separar el hielo y el frío, el mar y la ola! ¡Pide otra cosa, hambre y sed! ¡Pero no pidas eso!

BRAND

Si no renuncias gustosa, no se dulcificará la sentencia del Señor.

LA MADRE DE BRAND

¡Llenaré de dinero el bastón de los sacrificios!

BRAND

¡Oh!...

LA MADRE DE BRAND

¿Por qué exiges hasta lo último? ¿No ha de ser bastante *mucho*?

BRAND

Ese bastante no *hace* más que aumentar la pena. Es en vano que, como Hiobe, te sientes sobre la ceniza si no vacias tu bolsa.

LA MADRE DE BRAND

¡Mi vida se va, la bienaventuranza! ¡Mi haber perdido en poco tiempo! ¡Me voy a casa a poner sobre mi corazón lo que todavía lleva mi nombre! Mi dinero, el hijo de mis dolores, mi bien; por él di la sangre de mi corazón. Me voy a casa a llorar. ¡Como una madre en el lecho del hijo enfermo! ¿Por qué pusiste mi alma en la carne?

¿Por qué el amor de la carne ha de traer la muerte? Quédate a mi lado, párroco; estáte junto a mi almohada; tráeme el consuelo espiritual si he de mirar a los ojos al horror de la última hora. Y si tuviera que darlo todo..., no..., suponiendo que tuviera... echarlo de menos en vida... Mejor será aguardar hasta el fin. *(Se va.)*

BRAND

(Siguiéndola con la vista.) Sí; tu hijo se quedará cerca de ti, aguardará a tu llamamiento, calentará tus flacas manos frías hasta que tu alma haya partido. *(Yendo hacia Agnes.)* No son lo mismo la mañana y la tarde. La mañana fué rica en lucha: oía canciones de combate, quería blandir la espada de la cólera, matar todos los fantasmas de mentira y pesadilla, extirpar la cizaña del sembrado.

AGNES

(Se ha vuelto hacia él enajenada.) ¡Oh!, la mañana era horrible: buscaba la mentira y el juego, pensaba entrar en la vida sin saber que la ganancia es perder.

BRAND

Como cisnes venían a mí sueños fuertes y bellos, que me levantaban en sus amplias alas; mis ansias iban a la lejanía... Quería vencer todas las culpas, entrar sin descanso, triunfador, por los amplios espacios del mundo. Y en la obscuridad de la noche de mi vida, resplande-

cía la pompa de las procesiones, himnos, incienso, banderas de seda, copas doradas, cánticos de victorias. Pero ésta no era obra divina; no era sino una poesía de rico colorido; no era más que un resplandor en el mar de sombras del dolor... Y ahora me siento aquí, donde ya es obscuro cuando aún brilla claridad en el cielo, metido entre rocas y hielo, lejos del bullicio abigarrado, del mundo, y no veo más que una línea de cielo... Pero estoy sobre el suelo de mi patria. Mi sueño ha terminado y domado mi corcel de alas veloces. No me aguarda en brillantes torneos la palma del vencedor ni en poesías magníficas de fiestas... Mi vida la consagraré por entero a la tarea cotidiana, a los deberes penosos ordinarios.

AGNES

¿Y el Dios que iba a caer?

BRAND

Caerá como quería. Pero caerá lentamente, con el tiempo, envuelto en una nube como invisible. Ahora lo veo claro; tengo que ayudar de otra manera al pueblo. La transformación de los hombres no se hace con acciones aparatosas. La fuerza no produce efecto allí donde las almas están heridas. No, en la voluntad consiste todo; quien le hace libre es quien consigue algo. Voluntad en todos y en uno; voluntad en lo grande y en lo pequeño. *(Contempla conmovido al paisaje, sobre el que ya comienzan a caer las*

sombras de la noche.) Venid, pues, todos vosotros, caminantes desfallecidos, que vivís en el suelo amado de la patria; venid para que nos veamos, los ojos en los ojos, para purificarnos y ayudarnos unos a otros. Desterremos de nuestro corazón desfallecimiento y mentira, y no descansemos hasta que nuestra voluntad y nuestra acción sean plenas. ¡Tanto vale la azada como la espada! Ambas son dignas del hombre. El fin es el mismo..., ser y permanecer tablas en que Dios pueda escribir. *(Quiere irse. Einar le sale al paso.)*

BRAND

¡Detente! ¡Aquí debe de estar Agnes!

EINAR

¿Buscas a Agnes? ¡Está allí!

EINAR

(A Agnes.) ¡Escoge entre la luz y el abismo sombrío de los cuidados!

AGNES

Yo no tengo elección.

EINAR

¡Agnes, Agnes! Por tu bien. Piensa en lo que dice la vieja máxima: «Fácil de levantar, difícil de llevar.»

AGNES

¡Oh, yo llevaré..., es inútil que quieras disuadirme..., el peso de la vida! ¡Aunque me hundiera bajo él!

EINAR

¡Piensa en el dolor de los tuyos!

AGNES

Aquí no hay elección; tengo que hacerlo así. ¡Saluda a mi madre y a mis hermanas!

EINAR

Allá afuera, sobre las ondas azules, brillan las velas como sueños de ansia. Y los mástiles se bambolean y los barcos pasan ligeros hacia el país maravilloso.

AGNES

No sigas describiendo, querido amigo. Piensa que yo hubiera muerto.

EINAR

¡Agnes, sígueme como hermana!

AGNES

(Moviendo la cabeza.) No; nos separa un mar.

EINAR

Vuélvete, entonces, hacia tu madre.

AGNES

(En tono más bajo.) No me separaré de mi maestro, hermano y amigo.

BRAND

(Acercándosele unos pasos.) ¡Oh, piénsalo bien, mujer! Mi vida se deslizará quedamente entre estas rocas, donde las tormentas mugen sordamente, donde el día es casi noche, y habrá de resistir este horror.

AGNES

El temor está lejos de mi alma. A través de la niebla luce una estrella.

BRAND

Pero mis exigencias son rigurosas. Lo pido todo o nada. No pienses que podrías arrancarme concesiones porque la presión fuese demasiado fuerte para ti y yo temiera por tu vida; nunca escaparías al sacrificio. El mandamiento es implacable. ¡Firme y fiel hasta la muerte!

EINAR

¡Huye, oh, huye ese juego salvaje! Huye de de ese hombre que pone implacable a la vida un fin inasequible. Yo te ofrezco una existencia más grata.

BRAND

¡Pues bien, sea! Tuya es la elección. *(Se va.)*

EINAR

¡Escoge entre la tormenta y la calma! ¡Entre la paz o el temor en tu corazón! ¡Escoge entre la alegría y el dolor! ¡Decídete entre la alegría gozosa o la pena, entre la desgracia o la dicha completa, entre la muerte o la vida!

AGNES

¡Que venga la noche! ¡La muerte no me amedrenta! A lo lejos brilla una aurora.

(Sigue a Brand. Einar se queda un momento con aire de desesperación y luego marcha con la cabeza inclinada hacia el fjord.)

ACTO TERCERO

(TRES AÑOS DESPUÉS)

Un jardincito rodeado de un muro de piedra al lado de la casa del párroco. Arriba rocas altas. El *fjord* estrecho y cerrado, al fondo. De la puerta de la casa se sale inmediatamente al jardín. Brand está de pie en la escalera de piedra de la casa. Agnes está sentada un peldaño más abajo.

AGNES

Amigo mío, tu mirada vuelve a errar temerosa por el *fjord*.

BRAND

Espero que me llamen...

AGNES

¿Quién?...

BRAND

Por eso mis ojos intranquilos yerran de lugar en lugar. Tres años hace que aguardo en vano; mi madre no manda a buscarme. Y hoy he sabido que su fin ha llegado.

AGNES

(En voz baja y conmovida.) Debías ir sin que te llamasen.

BRAND

(Moviendo la cabeza.) Si no se arrepiente, no es posible.

AGNES

Es tu madre.

BRAND

No tengo derecho a adorar ídolos aunque sean de mi casta.

AGNES

¡Eres duro, Brand!

BRAND

¿Cómo? ¿Contigo?

AGNES

¡Oh, no!

BRAND

Te lo he prometido.

AGNES

(Sonriendo.) Entonces has faltado a tu palabra.

BRAND

Y, sin embargo, el viento que aquí sopla es duro y cortante, palidece el color de tus mejillas y se hiela tu ánimo tierno. Rodeados de rocas y hielos, aquí no florecen las rosas ni los árboles.

AGNES

En cambio, la casa está tanto más segura, el ventisquero la protege; cuando en la primavera se deshiela, rompe lejos de nosotros. Vivimos seguros de peligro como bajo una cubierta protectora.

BRAND

El sol mismo no luce para nosotros.

AGNES

En cambio brilla tanto más risueño allá en la altura de enfrente.

BRAND

Sí; en el verano. ¡Tres semanas enteras! ¡Más no se le ha visto nunca!

AGNES

(Le mira fijamente, se pone en pie y dice.) Te atormenta algo; ¡dime lo que es, Brand!

BRAND

¡A mí no, a ti!

AGNES

¡No, a ti!

BRAND

Te atormenta en secreto el miedo.

AGNES

Tú temes también.

BRAND

¡Te dan vértigos como si estuvieses al borde de un abismo. ¡Dilo todo!

AGNES

(Lentamente.) A veces sí es amargo...

BRAND

Temes..., ¿qué es lo que temes?

AGNES

Por nuestro hijo.

BRAND

¿Por Alf?

AGNES

¿Tú también?

BRAND

¡A veces, sí!... ¡Pero no y mil veces no! ¡Dios es bueno! ¡No es posible! Ya verás cómo se desarrolla sano y hermoso. ¿Dónde está?

AGNES

Está en casa; duerme.

BRAND

(Mirando por la puerta entreabierta.) Tú no sueñas de penas y horrores; la manecita es gordezuela y redonda...

AGNES

Pero está pálido.

BRAND

¡Pálido! ¡Así son los niños pequeños!

AGNES

¡Duerme mucho y dulcemente, niño mío querido!

BRAND

¡Que Dios te bendiga! ¡Duerme para estar sano! *(Cierra la puerta.)* Tú y él trajisteis la calma y la claridad a los caminos difíciles de mi obra cotidiana. Mi acción y mi pensamiento, que eran lentos y pesados, al beber en esta fuente se me hicieron ligeros. A tu lado no me abandona nunca el valor; su fuego me infundió fuerza en las

venas. Veía un martirio en mi cargo, y ya ves cómo se ha trocado todo amistosamente; el éxito sigue por doquier mis huellas.

AGNES

Lo has merecido. Piensa en cómo has luchado y en la pelea ardiente; cómo muchas veces sólo con trabajo has domado el mal; a menudo lloraste lágrimas de sangre.

BRAND

Es posible; pero un amigo me acompañaba Contigo entró aquí el amor como resplandor claro de sol de primavera. Yo no lo había conocido nunca; jamás lo encendió la mano de mis padres. Era como un huésped incómodo, y si alguna vez brillaba una chispa en las cenizas, la apagaba cuidadosamente. Todo el caudal de amor y ternura que yo guardaba escondido se fué ahorrando para florecer después, para servir de corona a tu frente, para vosotros dos.

AGNES

No sólo para nosotros; para todos los feligreses de nuestra iglesia. Si una madre llora, si grita un niño, nunca faltas tú allí; tú eres el báculo y el sostén de la miseria; en la mesa rica de tu corazón hay siempre pan y peces para el necesitado.

BRAND

Por ti y por él. Vosotros tendisteis en mi camino el puente al cielo. No puede abrazarse a la

Humanidad antes de haber amado a *uno* solo. Necesitaba amor, calor...; si no, mi corazón anhelante se hubiese hecho piedra.

AGNES

¡Si quisieras ser más dulce! ¡A veces pegas cuando debieras acariciar!

BRAND

¿A ti, Agnes?

AGNES

¿A mí? ¡Oh, no! A mí me has dado una carga ligera... Pero hay muchos cuyas fuerzas desmayan ante tu: O todo o nada.

BRAND

Eso que los hombres llaman amor no lo conozco, y no quiero conocerlo. Pero el amor de Dios, ése lo conozco y sé cuáles son sus caminos. Es duro hasta que tembloroso te prosternas, hasta que te retuerces las manos aniquilado. Te acaricia, pero con caricias que cuestan sangre. ¿Qué ocurrió en la hora tremenda del Hijo, cuando pidió en la agonía: «¡Haz que pase de mí este cáliz?...» ¿Le quitó Dios el cáliz de la boca? ¡Oh, no! Lo apuró hasta las heces.

AGNES

Si mides con esa medida, ¿quién podrá resistir?

BRAND

Como se decidirá el juicio..., ¿quién puede calcularlo? Pero escrito está con caracteres de fue-

go: Si quieres alcanzar la corona, resiste hasta el último momento. ¡Es en vano que intentes deducir algo del eterno deber!... Tormentos terribles te impulsarán. Se te perdona el que no *puedas*, pero no el que no *quieras*.

AGNES

Tú llenas mi existencia tranquila y te sigo sin temblar; ansío subir a tus alturas. Pero, he de confesártelo, a menudo me entra un miedo grande, mi valor desfallece, se desliza la duda en mi alma y mis pies me pesan como plomo.

BRAND

Nota esta verdad, por contraria que sea a la gran masa: ¡Jamás cierres un pacto cobarde! Quien cumple su deber a medias o como cosa secundaria, está condenado. Éste sea tu hilo conductor y no en palabras sólo, sino en acción. Sólo lo vivido trae la salud.

AGNES

(Arrojándose a su cuello.) Te seguiré por tu camino.

BRAND

Si lo hacemos juntos no será difícil.

(El Doctor viene por el camino abajo y se para fuera de la valla del jardín).

EL DOCTOR

¡Es maravilloso encontrar en este desierto una pareja de tórtolos tan tiernos!

AGNES

¡Mi viejo doctor! ¿Eres tú?... ¿Sí? ¡Oh, entra, entra! *(Baja corriendo la escalera y abre la puerta del jardín.)*

EL DOCTOR

¡Quédate ahí! Ya sabes cómo me disgustó que vinierais a estableceros justamente aquí, donde el sol de verano se burla de vosotros y donde hasta el alma se hiela en el cuerpo.

BRAND

Eso no.

EL DOCTOR

¿Eso no? ¡Hum! Es verdad que a mí también me lo parece. Vuestra unión, tan rápidamente contraída, descansa..., parece..., sobre una base sólida. Pero no es más que una excepción de la regla el que dos pájaros errantes como vosotros se avengan a vivir en este rincón obscuro.

AGNES

Un beso del sol, el sonido de una campana, pueden bastar para evocar un día de verano.

EL DOCTOR

Pasadlo bien. Me espera un enfermo.

BRAND

¿Será mi madre?

EL DOCTOR

Sí. ¿Venís conmigo?

BRAND

Todavía no.

EL DOCTOR

¿Entonces estuvisteis ya allí?

BRAND

No.

EL DOCTOR

Sois duro, Brand. La tempestad y la lluvia no me detuvieron en el camino, aunque sé muy bien que la vieja paga como uno del hospital.

BRAND

¡Que Dios bendiga vuestras manos expertas! Aligeradla el fin penoso.

EL DOCTOR

Que bendiga mi voluntad; voy porque me avisaron de su estado.

BRAND

¡Allí aviso! A mí me ha olvidado. Mi corazón estalla en mi pecho.

EL DOCTOR

¡Id sin que os llamen!

BRAND

Si voy sin que me llame no obraré según mi cargo y mi deber.

EL DOCTOR

(A Agnes.) ¡Pobre hija mía! ¿Cómo caiste bajo el yugo de este hombre tan duro?

BRAND

Yo no soy duro.

AGNES

Daría con gusto mi sangre si con ella le lavase el alma.

BRAND

Como hijo pagaré rigurosamente a sus acreedores toda deuda.

EL DOCTOR

¡Salda primero las propias!

BRAND

Muchas cuentas se saldan también por la gracia de Dios.

EL DOCTOR

Pero ese saldo no aprovecha a quien está sumido en deudas completamente.

BRAND

Pero yo lo quiero; lo quiero y lo cumpliré.

EL DOCTOR

De la voluntad del hombre *quantum satis*. Tu *debe* tiene sin duda muchas páginas, pero en tu partida *caridad* no hay más que una hoja en blanco. *(Se va.)*

BRAND

(Le sigue un rato con la vista.) ¡No hay en el mundo palabra alguna que se use con tanta mentira como esta palabra, amor! Se arrastra escondido y disimula el impulso desmayado del espíritu flaco. Es un tapiz que cubre miles de lacerías, y bajo el cual se peca impunemente... Si el camino es estrecho, empinado y retorcido, se da la

vuelta por puro amor. El que marcha por el camino ancho del pecado espera encontrar en él el amor. Quien quiso lo grande, pero nunca se esforzó para llegar a ello, piensa alcanzarlo a fuerza de amor y bondad. Si alguien anda extraviado conscientemente en el vicio, el amor lo cubre como un velo.

AGNES

¡Es terrible! Pero a veces me pregunto si no podría decirse eso de otro modo.

BRAND

Hay una cosa de la que se precinde con gusto..., el querer, y sólo él puede saciar la sed de justicia eterna. Primero tienes que querer, y no sólo lo que es hacedero, sea grande o pequeño; no sólo aquello en que ya la acción misma ofrece satisfacción como premio. No; tienes que querer libre y fuertemente, aunque lo que haya de venir sea horrible. El ser crucificado en una cruz de madera no da derecho a llevar la corona del martirio. Primero tienes que querer la muerte en cruz; quererla a pesar de los tormentos de la carne, quererla en las agonías del espíritu... Sólo así alcanzarás la gracia.

AGNES

(Apretándose fuertemente contra él.) ¡Oh, protégeme tú, hombre fuerte! ¡Acerca a mí el mandamiento!

BRAND

Pero si en esta lucha vence la voluntad, enton-

ces llega el tiempo del amor, que viene volando como una paloma a traernos la rama de olivo de la vida. ¡Pero en este pueblo desmedrado es el odio el mejor amor! *(Espantado.)* ¡El odio!... ¿Esta palabra...? Sí, quererlo así, forzarlo en nuestro corazón... ¡Sólo en la lucha puede alcanzarse! *(Se va rápidamente a casa.)*

AGNES

Está arrodillado en la cuna de su hijo y mueve la cabeza como si llorase dulcemente. Apoya la frente sobre la almohada como si fuese a levarse la última ancla. ¡Oh, qué rico tesoro de amor se esconde en este fuerte corazón varonil! A Alf puede amarlo sin dolor. En su alma inmaculada no hay lugar para las miserias de la tierra y del pecado. La serpiente no le ha mordido aún. *(Gritando espantada.)* Se levanta de pronto, se retuerce las manos... ¿Qué es lo que ve? ¡Oh, Señor, aparta!...

BRAND

(Saliendo a la escalera.) ¿No ha venido ningún mensajero?

AGNES

No.

BRAND

(Con la vista vuelta hacia la casa.) Sus sienes laten con fuerza, su pulso se precipita y su piel arde con calor de fiebre. ¡Oh, no temas, Agnes!

AGNES

¡Oh, Dios, qué visión!

BRAND

¡No, no temas! ¡No puedo decirlo!... *(Gritando hacia el camino.)* ¡El mensajero!

UN HOMBRE

(Del otro lado de la puerta del jardín.) ¡Ven al momento!

BRAND

(Rápidamente.) ¡Ya sé! ¿Qué es lo que te han encargado que me dijeras?

EL HOMBRE

En su cama estaba toda caída, y con voz ronca gritó: «¡Id a buscar en seguida al párroco! ¡Apresuraos, corred! ¡La mitad de mi haber por el sacramento!»

BRAND

(Retrocediendo.) ¿La mitad? ¡No! ¡Dila que no!

EL HOMBRE

(Sacudiendo la cabeza.) Dios me libre de llevarle esa respuesta.

BRAND

¡La mitad!... ¿La mitad?... ¿No quería decir todo?

EL HOMBRE

Puede ser que quisiera decirlo; pero no lo ha dicho, porque se la entendía claramente. Palabra por palabra he repetido las suyas.

BRAND

(Aferrándole un brazo.) ¿En el día del juicio..., ¡sería horrible!..., testimoniarías que fué así como habló?

EL HOMBRE

Sí.

BRAND

(Con decisión.) Dila que ya sabe mis condiciones: no hay párroco ni sacramento.

EL HOMBRE

(Lo mira inseguro.) ¿Me he explicado bien? La madre, *tu* madre es quien me envía.

BRAND

No conozco dos derechos: uno para los extraños y otro para los de mi casta.

EL HOMBRE

¡Hablas con dureza!

BRAND

De ella depende... Ya lo sabe... ¡O todo o nada!

EL HOMBRE

¿No vienes, párroco!

BRAND

Dila todavía esto. La parte más pequeña del vellocino de oro la roba la salud del alma.

EL HOMBRE

Le comunicaré el latigazo de tu contestación todo lo dulcemente que pueda. Quizás le dé tran-

quilidad el pensar que Dios no es la mitad tan riguroso que tú. *(Se va.)*

BRAND

En el olor putrefacto de ese consuelo se percibe peste y maldición. ¡Oraciones y cantos en la última ora son miel con que se quiere endulzar la boca del juez! ¡Naturalmente! Eso es lo que conviene; le conocen ya de antiguo. ¡Donde y como quiera que vayan con el viejo siempre puede tratarse! *(El hombre ha encontrado a otro en el camino y dan ambos la vuelta.)*

BRAND

¿Otro todavía?

EL PRIMER HOMBRE

Sí.

BRAND

¿Qué traes tú?

EL SEGUNDO

Te ofrece los nueve décimos de su haber.

BRAND

¿Todo no?

EL SEGUNDO

No.

BRAND

Ya sabéis mis condiciones: no hay párroco ni sacramento.

EL SEGUNDO

Purga penosamente en dolor y sufrimientos.

EL PRIMERO

¡Te llevó bajo su corazón!

BRAND

(Retorciéndose las manos.) Peso al enemigo y al de mi casta con el mismo peso, como es justo.

EL SEGUNDO

El sufrimiento de la enferma es duro y grande. ¡Oh! Envíale aunque sólo sea una palabra de consuelo.

BRAND

(Al primero.) Dile que la mesa para el pan y el vino de nuestro Señor deben estar limpios. *(Se van los dos hombres.)*

AGNES

(Apretándose contra él.) Muchas veces temo por ti mismo, Brand. Tu mano blande una espada de fuego.

BRAND

(Conteniendo sus lágrimas.) ¿No se me opone sin cesar el mundo a pesar de que la vaina que cuelga en su cintura está vacía? ¿No hiere mi alma hasta hacerla sangrar, únicamente en esto firme constante y valeroso?

AGNES

Lo que demandas es duro y difícil.

BRAND

Si fuese menos..., tendría miedo.

AGNES

Si aplicas esa medida a miles, no encontrarás el justo.

BRAND

¡En eso tienes, por desgracia, sobrada razón! Tan flacia y tan vacía, tan degenerada y mala es esta generación. Se tiene como acción grande el que un testador, sin dar su nombre—renunciando a la recompensa de la gloria—, legue su fortuna a los pobres. Haz que un héroe, anónimamente, se contente tan sólo con la victoria; dale a un emperador, a un rey, el éxito, pero no la gloria del vencimiento... ¿Crees que con tal recompensa se haría algo grande?... Dile a un poeta que deje volar calladamente los pájaros de su jaula dorada, sin que nadie sepa que él es quien les presta color y canto...; no lo haría de ningún modo... Sea la madera que quiera, delgada o verde, nadie querrá prescindir de sí mismo. Estudia los pensamientos de los hombres... Al borde del abismo, se aferran fuertemente a verjas débiles terrenales que vacilan sobre la altura... Y cuando al cabo se desploman, todavía buscan de agarrarse con sus uñas para no caer.

AGNES

¡Pero piensa también en cómo sonará tu máximo en los oídos de quien así, sin consuelo, cae!

BRAND

Quien quiera vencer, no ha de cejar jamás. Por hondo que hayas caído, siempre podrás alcanzar

el fin. *(Calla un momento, y luego dice con mayor suavidad.)* Y, sin embargo, cuando inflexible transmito a un alma humana este mandato, a menudo siento como si me encontrase en medio del mar, náufrago, aferrado a una tabla. Lleno de dolor, y atormentado, me muerdo la lengua, y en vez de castigar, ansiara aplacar al desdichado, estrecharle contra mi corazón amante... Vete a su cuna, Agnes; cántale para que le envuelvan dulces sueños. Un alma de niño como ésta, es pura como un estanque a la luz del sol. Sobre él vuela silencioso y dulce el amor de madre, como un pájaro que se espeja en sus aguas.

AGNES

(Pálida.) ¿Qué es eso? Siempre que piensas en él te entristeces. ¿Qué te pasa, querido?

BRAND

¡Oh, nada! Guárdale bien y cuida de él.

AGNES

¡Dime una palabra solamente!

BRAND

¿Una fuerte?

AGNES

No.

BRAND

(Abrazándola.) Quien esté limpio de culpa, debe vivir.

AGNES

(Le mira con ojos brillantes, y dice.) Hay una

cosa... ¡Oh, no quiero temblar!... ¡Dios no puede, Dios será clemente!

BRAND

(Mira pensativo a lo lejos.) ¿Y si pudiera?... ¡Oh, sí que puede! ¿No era también cortante el cuchillo de Abraham? *(Sacudiendo de sí los pensamientos que le vienen a la mente.)* ¡No, no; mi sacrificio está hecho! Seguiré la voz que me ordena en la obscura noche aterrorizarles con son de trueno, despertarlos de sus sueños dulces. ¿Un sacrificio?... ¡Otra mentira! ¿No he disfrutado bastante de mi tranquilidad perezosa desde que gané a Agnes y el sueño orgulloso se deshizo? *(Mira al camino.)* ¡Todavía ningún aviso de la enferma que me anuncie su intento penitente y sus pensamientos de expiación, de exterminar los instintos pecaminosos, por muchos que sean! ¡Oh, ahí está!... Pero no; es el alcalde. Hele ahí con su vientre apacible, lleno de benevolencia, sólo aparentemente severo, con las manos en los bolsillos, de modo que sus brazos semejan un paréntesis.

EL ALCALDE

(Hablando desde la puerta del jardín.) ¡Buenos días! No os parezca mal, pero hay que aprovechar los momentos.

BRAND

(Indicando hacia la casa.) ¡Entrad!

EL ALCALDE

No, muchas gracias; se trata de un asunto de

poca importancia, y si me escucháis con atención estará terminado en un momento.

BRAND

¿Y ese asunto...?

EL ALCALDE

Corre el rumor de que vuestra madre... Sin esperanza... Lo siento mucho.

BRAND

No lo dudo.

EL ALCALDE

Lo siento extraordinariamente.

BRAND

Os ruego que continuéis.

EL ALCALDE

Ella está ya vieja, y, señor..., puede decirse sin ofensa..., todos tenemos que subir esa escalera algún día. Y como pasaba por aquí, se me ocurrió que después de todo era lo mismo, así, de pronto, y por eso entré, y además... Espero que no os molestará... He oído a las gentes hablar... ¡Quién puede evitar esto!... De discusiones... De cuestiones de familia...

BRAND

¿Cuestiones de familia?

EL ALCALDE

Lo siento mucho. Vuestra madre aprieta la bolsa como si un rico no hubiera de morir nunca. Retiene la herencia pro indiviso, y no os da la parte de vuestro padre.

BRAND

¡Pro indiviso, sí..., es verdad!

EL ALCALDE

Esto es muy importante para los acreedores. Y como por diversos motivos sospecho que esperáis con bastante frialdad el fin de su vida, escuchadme amistosamente, aunque el momento no sea el más oportuno.

BRAND

Ahora o luego, es lo mismo.

EL ALCALDE

¡Entonces, al grano! Yo soy franco, y... Cuando la enferma descanse, libre de dolor en el seno de la tierra..., y esto ocurrirá pronto..., seréis rico.

BRAND

¿Creéis...?

EL ALCALDE

¡Podréis vivir! Os dejará bienes que para ser vistos en toda su extensión necesitarán de un anteojo de gran alcance. Pronto los tendréis.

BRAND

¿A pesar de los Tribunales?

EL ALCALDE

(Sonriendo.) Los Tribunales sólo intervienen cuando hay contienda entre dos. Para uno solo no hay límites. Nadie se cuida del heredero único.

BRAND

¿Y si apareciese otro que tomase posesión de la herencia porque de derecho le perteneciese?

EL ALCALDE

¡Qué cosas decís! ¡No penséis tales absurdos! ¡Miradme a mí! ¿Veis alguna duda? ¿Y quién conoce esto mejor que yo? ¿Quién se atreverá a oponerse a mi dictamen?... De manera que de la riqueza podéis estar seguro. Para otro sería demasiado. ¡Ya no necesitáis vivir en este rincón! ¡Todo el país, el mundo, os están abiertos!

BRAND

Oíd, alcalde. ¿El sentido de lo que decís no es marcharos de aquí adondequiera que sea?

EL ALCALDE

Poco más o menos, y sería lo mejor para todos. Mirad a las gentes que andan a vuestro alrededor. Llamado a explicar la palabra de Dios, ¿creéis que sois el adecuado para nosotros y este pueblo el adecuado para vos? Vos sois el sollo en un estanque de carpas. Entended bien lo que os digo. Con vuestras dotes, necesitáis un campo de acción más extenso, un espacio mayor para desarrollar vuestras fuerzas. Cuando se vive como nosotros vivimos, en las cortaduras de las rocas, lejos del mundo y medio enterrados bajo musgo y piedras, nieve y hielo, falta el aire y el espacio.

BRAND

Un hombre extrae de su patria su fuerza mejor, como el árbol saca su jugo de raíces profundas. El que en ella no se siente impulsado a la acción, que se vaya.

EL ALCALDE

Pero en toda obra hay que atender a la necesidad que va a satisfacer.

BRAND

Eso se atisba desde las cimas altas de las montañas, y no en sepulcros cavados entre rocas.

EL ALCALDE

Así se habla a los millonarios, pero no donde no viven más que pobres.

BRAND

¡Oh!; idos al diablo con vuestras diferencias entre montaña y llano. Queréis pasar por ciudadanos del mundo, y en vuestra tierra vivís cobardes e inactivos. ¡Nosotros, los pueblos pequeños, tenemos tiempo!

EL ALCALDE

Cada época tiene su derecho especial, y cada raza predeterminada su conducta. Nosotros no nos hemos quedado fuera de la corriente, y hemos aportado nuestro óbolo a la obra de la Historia universal. Si esto se repetirá alguna vez no puedo decirlo, y hace ya bastante tiempo que fué; pero el hecho es que nuestro óbolo no ha

sido tan pequeño. Viven todavía, aunque ya solamente en libros, y todos los niños lo saben, los tiempos en que reinaba aquí el rey Bele y en que moraba en el país más de un guerrero esforzado. Estos valientes gustaban de hacer expediciones a todas las costas donde se supiera de palacios ricos en tesoros, y saqueaban a su antojo. Europa, pálida de terror, gritaba: «¡Que Dios nos proteja contra estos demonios!» Y estas gentes—por lejos que ello esté no puede dudarse — provenían de nuestro país amado. Estas gentes sabían incendiar, y repartían tajazos como quizás no haya habido otros. La leyenda habla obscuramente de uno que llegó a tomar la cruz; pero no cuenta si fué a la cruzada.

BRAND

Sin duda hay aquí mucha gente que desciende de ese guerrero.

EL ALCALDE

Sin duda. ¿Pero cómo sabéis...?

BRAND

¡Lo hemos comprobado tantas veces! Las buenas gentes del prometer, del no cumplir, del faltar a la palabra dada.

EL ALCALDE

Puede ser que sea así. Pero quiero hablaros aún del rey Bele. Primero saqueamos a los extraños; luego visitamos la casa del vecino armados de cuchillos y mazas, y pasamos una tempo-

rada con él saqueándole sus tierras, quemándole al pobre hombre su cabaña, y luego iglesias, vestiduras y otros ornamentos sagrados. Esto se ha descrito a menudo con vivos colores y a veces con orgullo. Sin embargo, puedo atreverme a aludir modestamente a estas historias y a las glorias de nuestro pasado para mostrar cómo también nosotros hemos contribuído con sangre y hierro, fuego y espada...; un óbolo caro a nuestro corazón, al progreso del mundo.

BRAND

Pero me parece que olvidáis que la nobleza obliga al hombre, y que hicisteis allanar la colina que un día se levantó para Bele.

EL ALCALDE

¡Oh, en eso os equivocáis! Si vais a un banquete donde podréis encontrarnos a mí, al administrador, al sacristán como invitados, veréis cuando llega el momento de los brindis, si vive aún el recuerdo del rey Bele, vereis cómo lucen los ojos. Brindis, cantos, chocar de copas, discursos cortos y largos, hablan todavía del nombre noble. Yo mismo a menudo, en un impulso profundo—entusiasmado como un poeta ebrio—, le he tejido una tela con mis discursos: eso eleva maravillosamente algunos ánimos... Un poco de poesía me gusta; en el fondo le gusta a todo el mundo en esta tierra, pero con medida; aplicada a la vida seria una broma sin sentido. No; en las noches de fiesta, en una reunión de amigos, cuan-

do estamos cansados de la labor del día y arde la chimenea y brillan las pipas, entonces la poesía es como un baño que refresca y conforta el alma. Esto es precisamente lo que nos separa si vamos al fondo de nuestras ideas. Vos quisierais sembrar y cosechar al mismo tiemno. Si es que os comprendo bien, quisierais aunar vida e idea. Quisierais llegar arriba a lo eterno y al mismo tiempo abonar el campo donde se sembraron patatas, todo de una vez, como de carbón, salitre y azufre sale la pólvora.

BRAND

Casi así.

EL ALCALDE

Esa enseñanza es aquí difícil; en círculos más amplios podría tener sentido. Id allá, mostrad vuestros propósitos; quizás os presten oídos. ¡Pero a nosotros no nos estorbéis más! Nosotros seguiremos antes como después, luchando bravamente contra el mar salvaje y la tierra ingrata.

BRAND

Antes suprimid—dejad que os lo aconseje—el baladronear con los actos de los antepasados. Un enano será siempre un enano, aunque Goliath fuese su primo.

EL ALCALDE

Lo grande sale de altos antepasados.

BRAND

Cuando se buscan las grandes acciones... ¿De

qué puede aprovecharos el yelmo de vuestros padres? En vuestras cabezas sería un gorro de bufón.

EL ALCALDE

Mi primera palabra es mi última también... Lo mejor sería que os marchaseis. En verdad, nadie está con vos; vuestro trigo no granará aquí. Aquel poco de impulso, la elevación que sin duda necesita el hombre en su camino terrenal, ya cuidaré yo de dársela. Así, mi labor en el desempeño de mis funciones os mostrará algunas reformas favorables. El número de habitantes se ha duplicado y hasta casi triplicado, y yo he traído varias industrias a la comarca donde antes todo estaba quieto como en un sepulcro. En lucha contra la naturaleza hostil, vamos progresando como impulsados por vapor. Y nuestra actividad ha sido fructífera: abrimos caminos, levantamos puentes...

BRAND

Pero...

EL ALCALDE

Hay que marchar lentamente hacia adelante.

BRAND

El impulso hacia lo más alto es quien hace marchar.

EL ALCALDE

Primero, buenas comunicaciones: esa nos ha parecido siempre la mejor recompensa para nuestros esfuerzos, nuestro trabajo. Nosotros lo

aunamos más fácilmente todo: la luz de la lámpara y la luz del Norte. En esta claridad doble se ve difícilmente lo que es bueno y malo, lo que es justo, lo que es recto y torcido, lo que es falso y verdadero. Lo que estaba tranquilamente unido, vos lo habéis separado, revuelto, confundido. Unidos, hubieran vencido, y ahora el uno lucha con el otro.

BRAND

A pesar de todo me quedaré aquí, pues aquí he encontrado mi esfera de acción. Me río de vuestras burlas amargas... El hombre que reconoce su misión verdadera, sigue un escrito trazado por la mano de Dios. Una inscripción de fuego que dice: «¡Aquí está tu patria!»

EL ALCALDE

Bien; pero al menos no os salgáis de vuestros límites. Yo sé que las gentes tienen la conciencia enferma y que quieren morder el anzuelo del pecado; pecados y vicios no faltan. Pero dejad que el día cotidiano sea cotidiano, y no queráis darle resplandor de fiesta. Porque aparezca un barco en el *fjord* y dé la vuelta a la montaña, no icéis en éxtasis la bandera como si el mismo Salvador viniese a bordo.

BRAND

Si quisiera atender vuestros consejos, tendría que mudar mi espíritu y mi voluntad. Pero mi misión es permanecer fiel a mí mismo y adoctrinar al pueblo. Y así lo haré hasta que la luz

penetre poco a poco en los corazones. Lo que habéis envuelto tan cuidadosamente en paciencia silenciosa, eso lo despertaré, lo he prometido. Mirad a vuestro alrededor. ¡Apenas si se ve una huella de la naturaleza granítica de la roca! Así ha roto vuestra cura de hambre espiritual las fuerzas mejores del pueblo. Le habéis templado la sangre caliente, le quitasteis voluntad y energía y valor; lo que debía ser como hierro fundido es blando y flaco. Pero hay un grito que os ensordece como un trueno y que nos llevará a la victoria, y ese grito dice: ¡Guerra!

EL ALCALDE

¿Guerra?

BRAND

¡Guerra!

EL ALCALDE

Haced sonar ese grito, y seréis el primero que caiga.

BRAND

¡Un día se vió claramente que no hay mayor victoria que la derrota!

EL ALCALDE

Pensad bien adónde vais. ¡No juguéis los últimos triunfos!

BRAND

¡A pesar de todo, lo haré!

EL ALCALDE

Si perdéis, habéis acabado para siempre. Te-

néis los bienes de este mundo: talento y pan..., y, para acompañarle, manteca, con la herencia de vuestra madre. Tenéis un hijo y una esposa amada; todo lo que se tiene por alto y caro lo tenéis en demasía.

BRAND

¿Y si vuelvo la espalda a la suerte que la fortuna me asignó? ¿Por qué tengo que hacerlo así?

EL ALCALDE

Si encendéis entre estos hielos vuestra antorcha de guerra, se apagará. Idos hacia el Sud, hacia las costas ricas, donde los héroes del espíritu se aprestan para entrar en la lid con la frente alta. Allí tenéis derecho a llamar al pueblo para que sacrifique su sangre en las gradas del altar. Nosotros, en vez de sangre, sacrificamos el sudor... ¡Oh! ¡La lucha por el pan da calor!

BRAND

Yo daré aquí la batalla, aquí donde he nacido. Este es el campo que he escogido para la lucha.

EL ALCALDE

¡Pensad lo que osáis, no seáis insensato! ¡Ante todo, pensad en lo que perderíais!

BRAND

Me perdería a mí mismo si vacilase siquiera.

EL ALCALDE

Uno solo lucha sin esperanza.

BRAND

Los mejores siguen mis banderas.

EL ALCALDE

Los más van conmigo. *(Se va.)*

BRAND

(Siguiéndole con la vista.) He ahí el verdadero hombre del pueblo de que se habla en el libro: honrado, listo y prudente; presto a ayudar a su manera, y, sin embargo, una maldición para todos. Ni los desplomes de montañas, ni las inundaciones y tormentas, ni el frío junto con el hambre y la peste, causan tales daños como él en un solo día. Las demás calamidades amenazan la vida... ¡Pero un ánimo tal, bajo y estrecho, cuántos impulsos nobles ahoga, cómo rompe el oleaje de la voluntad bravía, cómo baja el tono del canto fresco y libre! ¡Cuántas ingeniosidades en la lengua del pueblo, cuántos relámpagos en su pecho, cuántos despertares, cuántos dolores y alegrías, nuncios risueños de hechos levantados, mata sin sangre!... *(Presa de un temor súbito.)* ¿No viene ningún mensajero?... ¿Es posible? ¿Todavía ninguno? ¡El doctor! *(Saliéndole apresurado al encuentro.)* ¡Hablad! ¿Qué me traéis?

EL DOCTOR

Está esperando el juicio.

BRAND

¡Muerta!... ¿Pero arrepentida?

EL DOCTOR

Le era imposible. Estuvo asida a lo terrenal hasta el fin, hasta que la muerte se la llevó.

BRAND

(Bajando, estremecido, la vista.) ¿Se habrá perdido aquí un alma?

EL ALCALDE

Sí, si sus pecados se juzgan según la ley y no según la gracia.

BRAND

(En voz baja.) ¿Qué dijo?

EL ALCALDE

Se la oyó decir con voz apagada, pero con dulzura: «Dios no es tan duro como mi hijo.»

BRAND

(Se deja caer dolorido sobre el banco.) ¡Y en esa hora, entre el dolor y la muerte, la misma mentira y la misma miseria! *(Se tapa la cara con las manos.)*

EL DOCTOR

(Se le acerca, le mira y mueve la cabeza.) Queréis aplicar a nuestros tiempos lo que hace mucho tiempo que ha pasado. Pensáis que el pacto que Dios sellara un día con los hombres está aún hoy vigente. Pero cada época tiene sus exigencias: la espada de fuego apenas nos parece verdadera; no creemos en cuentos de viejas, pedimos ante todo: ¡Sé humano!

BRAND

¡Humano! Ese es el grito de guerra, la palabra que permite la cobardía. En ella se envuelven todos los débiles, la acatan todos los flexibles. El débil la usa como vestidura para cubrir con ella la propia desnudez. Bajo su protección se rompe cobardemente lo que se acaba de prometer. Para las almas enanas cobardes, el hombre es, ante todo, humanitario. ¿Era humano Dios cuando impuso a Cristo la crucifixión?... ¡Qué lástima que en aquellos tiempos no rigiese ya vuestro Dios! Sin duda que hubiese gritado: «¡Gracia!...» A no ser que se lo impidiera el pensar que entonces la obra del Hijo no hubiese sido más que la obra de un pigmeo. *(Inclina la cabeza y queda sentado en mudo dolor.)*

EL DOCTOR

(Bajo.) ¡Desahógate, desahógate, pobre corazón enfermo. ¡Oh, si pudieras hartarte de llorar!

AGNES

(Que ha aparecido en la escalera, susurra al Doctor.) ¡Ven! ¡Ven aquí adentro!

EL DOCTOR

¿Al niño? ¿Qué tienes, hija mía?

AGNES

Tengo miedo... ¡Oh, cómo me punza este dolor!...

EL DOCTOR

¿Pero qué pasa?

AGNES

(Llevándoselo consigo.) ¡Ven!... ¡Oh, ven en seguida!

(Entran en la casa sin que Brand lo note).

BRAND

(Para sí.) ¡Murió sin penitencia! Como había vivido... ¿No es ésta una señal de Dios? Ahora tengo que recoger el tesoro que ella dilapidó en la tierra. ¡Y horror mil veces si vacilase! *(Se pone en pie.)* ¡Sea, pues! En esta hora solemne, como hijo, hago voto de seguir firme aquí en mi patria, de emprender firme la pelea y mirar a la cara al enemigo! Dios mismo me ha dado la espada, ha despertado mi cólera, me ha mostrado el camino. La fuente brota. ¿Quién podrá detener su curso? ¡Ahora puedo hendir las rocas!

EL DOCTOR

(Seguido de Agnes, sale apresuradamente a la escalera y grita.) ¡Cierra tu casa y márchate de aquí!

BRAND

¡Aunque se estremeciese la tierra..., aquí me quedo!

EL DOCTOR

Entonces tu hijo está condenado a muerte.

BRAND

(Horrorizado.) ¿Mi hijo?... ¡Alf!... ¡Estáis loco!... ¡Qué terrible broma!... ¡Mi hijo! *(Va a entrar en la casa.)*

EL DOCTOR

(Conteniéndole.) ¡No; quédate! Aquí no hay sol ni luz. De la montaña sopla un hálito de hielo y del *fjord* sube la niebla húmeda. Un invierno más en este clima duro, y se marchitará su cuerpecito delicado. ¡Marchaos y salvad a vuestro hijo antes de que sea tarde! ¡Oh, hacedlo pronto!

BRAND

¡Hoy mismo, en seguida, en esta misma hora! ¡Quiero que se haga fuerte y sano! No quiero que el hálito del ventisquero o del mar le haga daño a su pechito amado. ¡Ven, Agnes, cógelo, huyamos, vámonos con él a países más hermosos! ¡Oh, Agnes! Las redes de la Muerte envuelven acechándolo a nuestro hijo querido.

AGNES

Hace tiempo que temblaba, lo presentía; pero sólo a medias veía el peligro.

BRAND

(Al Doctor.) ¿Sanará si nos vamos? ¡Oh, decid!

EL DOCTOR

La obra de un padre alcanzará la victoria. Cuidadlo...; prosperará, y la salud lo hará doblemente hermoso.

BRAND

¡Oh, gracias! *(A Agnes.)* Mételo en la camita y envuélvelo bien, que no está acostumbrado al aire del mar. *(Agnes entra en la casa.)*

EL DOCTOR

(Contempla en silencio a Brand, que mira inmóvil a la puerta de la casa; luego se le aproxima, pone una mano sobre su hombro y dice.) ¡Oh, oh, amigo mío! ¿Es esto moral? ¡Tan severo y tan implacable con los demás, y tan suave y tolerante consigo mismo! Con los otros no vale ni lo poco ni lo mucho: *o todo o nada.* Pero cuando ocurre que es uno mismo el que ha de hacer el sacrificio, se está completamente aniquilado.

BRAND

¿Qué queréis decir?

EL DOCTOR

¡Si, entonces cambian las cosas! Cuando vuestra madre agonizaba en las garras de la muerte, ¿quién dijo con voz de trueno: «¡Desposéete de todo primero! ¡Entra desnuda en la sepultura abierta?...» Y ese grito se oía cada vez que se os demandaba una palabra de consuelo. Ahora os encontráis vos mismo en la desesperación y desconsuelo; os ha cogido la tormenta y ha volcado la lancha, y arrojáis lejos de vos los artículos de vuestro Código penal y quizás el libro entero con el que golpeabais en el pecho del prójimo. Ahora hay que salvarse de la tormenta amenazadora... ¡Fuera, fuera, adonde no nos coja! ¡Fuera del cadáver de vuestra madre! ¡Fuera del cargo, de la parroquia! ¡Al mundo! ¡Ya no se dice más misa!

BRAND

(Se palpa en la frente como para aclarar sus pensamientos.) ¿Estaba ciego antes? ¿Lo estoy ahora?

EL DOCTOR

Yo no veo aquí más que la acción de un padre, y lejos de censuraros por ello, pienso que debilidades semejantes ennoblecen. ¡Adiós! Yo no he hecho más que poneros delante el espejo. Mirad en él y suspirad: ¡He aquí al que quería trastornar al mundo! *(Se va.)*

(Agnes viene con un abrigo y llevando el niño en sus brazos. Brand no la ve. Ella quiere hablar, pero se calla estremecida al ver la expresión de su rostro. En el mismo momento entra apresuradamente un hombre por la puerta del jardín. El sol se pone.)

EL HOMBRE

¡Oye, párroco: tienes un enemigo!

BRAND

(Oprimiéndose el pecho.) Sí; aquí.

EL HOMBRE

No, no; el alcalde: parece que no le gusta lo que tú haces; habla mal de ti a las gentes y hasta ha dado a entender que pronto no tendremos más párroco. Dice que tan pronto como muriera tu madre nos volverías las espaldas.

BRAND

¿Y si así fuera...?

EL HOMBRE

Te respetamos demasiado...; no hay cuidado alguno. Además, conocemos el verdadero motivo de su inquina contra ti. No quisiste aliarte con él; tú le contradices, no te sometes a él.

BRAND

(Vacilante.) ¿Y si a pesar de todo hubiese dicho la verdad?

EL HOMBRE

¡Entonces habrías mentido vergonzosamente!

BRAND

¿Habría...?

EL HOMBRE

¡Tú fuiste quien encendió el fuego! ¿Cuántas veces nos has dicho que Dios mismo te había elegido? ¿Cuántas veces has proclamado que aquí, en todo el país, había que osar la lucha por lo eterno? Que aunque hubiera que pasar por sobre cadáveres no importaba; que se podía caer, pero no ceder... Tú eres el elegido, eres firme y fuerte; tú hallaste el camino para la medula de la vida.

BRAND

Te equivocas, hombre; estas gentes son demasiado apagadas. ¿Qué puede salir de una charca pestilente?

EL HOMBRE

Tú bien lo sabes. A los más viles insectos les ha alumbrado una vez un rayo de sol.

BRAND

Pero para miles de ojos es siempre noche.

EL HOMBRE

Viniste a nosotros como faro... Pero no nos atormentemos con números. Pesemos y no contemos. Y aunque me eches de ti he de decirte: ¡Vete si puedes! Yo tengo un corazón como todo el mundo, y si tú no me socorres, nadie me socorrerá. Me levantaste de la hondura, y si tú no me sostienes, volveré a caer. No puedes irte; yo me agarraré a ti como a mi salud. Espero en silencio y convencido de que nuestro pastor no nos engañará. *(Sale.)*

AGNES

(Tímidamente.) Las mejillas y la boca pálidas anuncian el peligro terrible.

BRAND

(Perdido en sus pensamientos.) El muro de roca te devolverá con doble energía el eco de una palabra fuerte.

AGNES

(Avanzando un paso.) Estoy dispuesta.

BRAND

¿A qué?

AGNES

(Con energía.) ¡Vámonos de aquí! ¡Dejemos este abismo de muerte y salgamos a la vida!

(Gerd viene corriendo por el camino y se para a la puerta del jardín.)

GERD

(Palmoteando y gritando con salvaje alegría.) ¿Habéis visto alguna vez locos semejantes? ¡El párroco riguroso huyó!... En los montes, en los cerros hay un enjambre de endriagos terribles como en un nido de Satán: negros y feos, grandes y pequeños; uno me pinchó en un ojo, y me llevarán la mitad del alma. Pero si me la llevan nada me faltará, quedándome el resto.

BRAND

Tu imaginación está loca hoy... Ante ti tienes al párroco.

GERD

¿Tú? ¡Sí, tú! Pero no el párroco... Escapó del Svartetind. Un caballo salvaje galopaba por las alturas, y un hombre cabalgaba en él... ¡Ése era el párroco, ése era!... ¡Tú no eres más que su sombra! ¡Vuestra iglesia ahora está vacía, sin párroco, sin honra! Vente, pues, a mi iglesia. En ella no está ya el pájaro siniestro. Allí está ahora el verdadero párroco con la casulla blanca que le teje la mano del Invierno con hilos de hielo de los ventisqueros. Y mi párroco sabe hablar de manera que su voz resuene lejos en todo el país.

BRAND

Espíritu extraviado, ¿por qué adoras esos ídolos?

GERD

(Entrando en el jardín.) ¿Ídolos? ¿Ídolos? ¿Qué

es eso? ¿No son cosas para divertirse, unas veces más grandes, otras más chicas, y siempre doradas, coloreadas y finas?... ¿Ídolos?... Eso que chi... ¡Mira, mira! ¿No ves cómo salen por entre el envoltorio manos y pies de niño? ¿No ves qué finamente está envuelto y atado con cintas?... ¿Es acaso un niño que duerme? Se ahoga; tápalo pronto... ¡Ése es el ídolo!...

AGNES

¿Puedes tú llorar? Mis ojos están secos y mis lágrimas agotadas.

BRAND

¡Horror, Agnes! ¿Cómo puedo amar lo uno y lo otro? Dios me ha enviado a esta mujer.

GERD

Escucha: repican todas las campanas en las montañas salvajes, para atraer a las gentes a la iglesia de hielo y nieve. ¿No ves las bandadas de brujas, que habrá desterrado el párroco? ¿No ves cómo se arrastran enanos y endriagos montaña arriba, llevando consigo las cerraduras de los ataúdes que han roto? Vienen arrastrándose llenos de humedad del mar, donde el hielo se derrite. De entre la masa apretada los niños llaman a su padre y a su madre, como corderillos que piden de comer, y hombres y mujeres gritan contestándoles. En la procesión de cadáveres van mezclados padre, hija, hijo. Las mujeres dan el pecho a niños muertos, que chupan con placer, y las madres van orgullosas como si los

llevaran a la pila bautismal. ¡Oh, qué cosa más alegre y más divertida! Desde que el párroco se fué se animó ese círculo.

BRAND

¡Apártate de mí, poder obscuro! Veo aún cosas peores...

GERD

Escucha: ríe, ríe él posado en el sendero de la montaña, y agita regocijado sus plumas. Apunta todas las almas que escogen el camino de la altura. No se le escapará ni una sola. Porque vuestra iglesia está vacía, sin párroco, sin honra.

(Salta por el vallado del jardín y desaparece entre las rocas.)

AGNES

(Se acerca a Brand y dice con voz contenida.) ¡Es hora, Brand; vámonos!

BRAND

(Mirándola fijamente.) ¿Por qué camino? *(Señalando primero a la puerta de la casa y luego a la del jardín.)* ¿Ése... o ése?

AGNES

(Retrocediendo espantada.) ¡Brand! ¡Piensa en tu hijo!...

BRAND

(Siguiéndola.) ¡Contéstame! ¿Era antes párroco o padre?

AGNES

(Retrocediendo aún más.) ¡Qué pregunta! ¡No exijas que diga...!

BRAND

Pues es preciso. ¡El mayor dolor sería para tu corazón de madre!

AGNES

Soy tu esposa; manda, pues; yo me confío a tu bondad.

BRAND

(Quiere asirla de un brazo.) ¡Aparta de mí el dolor de este cáliz!

AGNES

(Retrocediendo y colocándose tras un árbol.) ¿Puede elegir la madre?

BRAND

Eso es ya casi la decisión.

AGNES

(Resuelta.) Pregúntate si puedes elegir.

BRAND

Más valor tendría si tú lo dijeses.

AGNES

Habla. ¿Estás cierto de tu vocación? ¿Cierto de que Dios te creó para ello?

BRAND

Sí. *(Cogiéndola una mano.)* ¡Así, pues, pronuncia la palabra que decida sobre la muerte y la vida!

AGNES

¡Sigue el camino que Dios te ha señalado! *(Pausa.)*

BRAND

Es ya tiempo... ¡Vayámonos!

AGNES

(Sin voz.) ¿Por qué camino, Brand? *(Brand calla. Agnes, señalando a la puerta del jardín.)* ¿Por aquél?

BRAND

(Señalando a la puerta de la casa.) ¡No, por éste!

AGNES

(Levantando al niño en sus brazos.) ¡Señor, si tengo que darte este niño, déjame que lo eleve al cielo; enséñame mi deber penoso! *(Entra en la casa.)*

BRAND

(Se queda un momento con la vista fija a lo lejos; luego prorrumpe en lágrimas, se oprime la cabeza con las manos, se arroja en la escalera y grita.) ¡Jesús, Jesús; dame luz!

ACTO CUARTO

Noche de Navidad en la casa parroquial. Habitación obscura; la puerta principal al fondo; a uno de los lados una ventana, al otro una puerta. Agnes, vestida de luto, está a la ventana y mira a la obscuridad.

AGNES

¡Todavía no!... ¡Oh, qué triste es esperar en silencio, mirar a la obscuridad fría y temerosa buscando ansiosamente!... La nieve cae blandamente en copos espesos; bajo un lienzo blanco casi se rompe el tejado de la iglesia... *(Escuchando.)* Pasos de hombre... Un andar firme... *(Corre hacia la puerta y la abre.)* ¡Oh, llega como la paloma de Noé!

(Brand entra cubierto de nieve con traje de viaje, que se va quitando durante el diálogo que sigue.)

AGNES

(Abrazándole.) ¡Oh!, ¿por qué estuviste tanto tiempo fuera? ¡No te separes de mí! ¡Te lo suplico! Cuando estoy sola me siento llena de espanto y tiemblo ante los fantasmas nocturnos que rodean mi lecho.

BRAND

Ya me tienes aquí, amada mía. *(Enciende una luz que esparce una claridad apagada.)* Estás pálida.

AGNES

El sueño no quiso descender a mis párpados; escuché despierta muchas horas dolorosas... Y durante este tiempo reuní lo poco de verde que tenía del verano para el árbol de Navidad. Era su arbolito y quisiera ponerlo como corona alrededor de su frente. *(Prorrumpe en lágrimas.)* Míralo, está casi helado... Allí... ¡Oh, Dios mío!...

BRAND

¿En su sepultura quieres decir?

AGNES

¡Oh, no pronuncies esa palabra!

BRAND

No, no. Deja el árbol. No llores.

AGNES

¡Quiero llorar! Aguarda un poco y secaré el dolor que mana de mi corazón sangrante. Mis fuerzas están agotadas. ¡Pero pronto será mejor, amado mío! Cuando hayan pasado los días no volverás a oír queja alguna de mí.

BRAND

¿Quieres honrar así la fiesta del Señor?

AGNES

No; yo sé... ¡Oh, ten paciencia!... Piensa... El año pasado, en que él, nuestro corazoncito, estaba con nosotros tan fresco, tan sano, tan alegre... Y ahora... *(Calla estremecida.)*

BRAND

(Con energía.) ¡Está en el campo del Señor!

AGNES

(Dando un grito.) ¡No lo digas!

BRAND

¡Debo decírtelo, precisamente porque te espantas de ello!

AGNES

¡Oh, ya sé que con esas palabras quieres ahogar tu propio dolor! ¡Pero el sudor que cubre tu frente me lo dice todo!

BRAND

Mi frente está húmeda del *fjord,* del hielo, del viento.

AGNES

Y esa lágrima que brilla en tus ojos, ¿es también agua salada del *fjord?* ¡Oh, no; es demasiado cálida!... ¡Oh, tu corazón no es tan pobre!

BRAND

Agnes, esposa mía, seamos fuertes y venzamos al enemigo que en nosotros alienta; seamos impávidos aun ante el dolor; luchemos palmo a pal-

mo hasta conseguir el fin... ¡Qué fuerte me sentía sobre la barca azotada por la tempestad cuando el viento huracanado nos envolvía y las olas nos hacían saltar con tal violencia que los hombres vacilaban en sus puestos! Con el estrépito ensordecedor del mar se mezclaban los lamentos y silbidos del mástil, de la cuerda, cuando partíamos las olas bravas. Los clavos rechinaban, y el granizo fustigaba la vela, y la tormenta se enredaba en ella haciéndola casi jirones... De los ventisqueros de los lados venían bloques y lavinas... Los rostros de los remeros palidecían... Los remos pendían desmayados de las manos... Casi semejaban cadáveres... Y en medio de este horror yo iba sereno al timón, y me sentía más grande y más libre; sabía que Dios me había sellado para la misión tan caramente comprada.

AGNES

Es fácil mantenerse firme en medio de la tormenta y seguir valeroso su camino entre ventisqueros y rocas que se desploman. ¡Pero piensa también en mí!... Apenas despierta la mañana, pían los pájaros en las ramas de los árboles; así temprano me asaltan las preocupaciones y el tiempo se desliza con lentitud terrible. Piensa en mí, que quedo aquí desfallecida, sin que la acción ni la lucha me conforten... A quien tan poco se le dió y cuya copa está ya, sin embargo, tan colmada... Piensa en mí, que no puedo olvidar y no debo recordar.

BRAND

¿Dices que es poco lo que te toca hacer?... Nunca fué tan grande como ahora. Pero déjame que te confiese que a veces me avasalla el dolor, a veces apenas si puedo ver; me siento tan desfallecido... Me parece que sólo se haría claridad alrededor de mí si pudiese llorar hasta hartarme. Pero luego siento como si viese a Dios; pero no en la altura lejana, no; como si quisiese cobijarme y yo pudiese acercarme a él... ¡Oh!, en esos momentos quisiera, como un niño perdido en el dolor y hallado, precipitarme en su corazón de padre con las heridas abiertas.

AGNES

¡Oh, Brand! ¡Velo así siempre! ¡Acércate con corazón gozoso a él! ¡Ve al padre, no al señor!

BRAND

¿He de cerrarme el camino que conduce a sus obras? Fuerte y grande tiene que ser para mí, ya que el tiempo es tan pequeño que los hombres apenas reparan en él... Pero tú puedes ir a él, puedes mirarle a sus ojos paternales, puedes descansar en tus brazos el sufrimiento de tu corazón. Mi hacer es obscuro y turbio, pero tú me traes la gloria, en tus ojos brilla su resplandor y de ellos saco nueva fuerza cuando mi valor decae... Dividirse así la tarea es el núcleo verdadero del matrimonio. El uno lucha, resiste; el otro cura las heridas; sólo así se muestra en claridad que ambos son en verdad sólo uno... Desde que

al apartarte del mundo para ser mi mujer amada arrojaste los dados de tu suerte, sabes lo que necesitas y para qué te ha destinado Dios. Yo estoy en la guerra santa; caiga o venza, me verás siempre como centinela impávido, en el día y en la noche, en las gradas sagradas del templo... Tu misión es traer al sediento el bálsamo refrigerante del amor, posar bajo la armadura sobre su pecho la blandura de sus alas. ¿Y dices que es pequeña la tarea que te está encomendada?

AGNES

Adondequiera que dirija mis miradas, me parece todo superior a mis fuerzas. Todo mi pensamiento, todo mi ser corre hacia una como visión de sueño. Déjame quejarme, déjame que llore, ayúdame a conllevar mi dolor y mi deber al mismo tiempo. Cuando la noche anterior..., tú estabas fuera..., en mi angustia... De pronto entró en la habitación, gordito y hermoso, con los piececitos desnudos, apenas cubierto por una camisa corta; entra y corre hacia la cama donde yo estaba acostada y extiende los brazos pidiéndome que le acoja. ¡Oh, sí que le vi... a nuestro hijo!

BRAND

¡Son fantasmas de pesadilla!

AGNES

No, lo vi perfectamente; estaba heladito... ¿Y cómo iba a estar con los pies desnudos sobre el suelo frío?

BRAND

Su cadáver está en el ataúd; el niño está en el cielo.

AGNES

(Retrocediendo.) ¡Oh, te burlas de mis lágrimas, de mi dolor! Lo que tú llamas fríamente el cadáver, para mí es siempre nuestro hijo. Tú puedes separar si quieres alma y cuerpo... Yo no puedo; para mí ambos son uno mismo. El que está sepultado en la nieve y el que mora allá arriba en el cielo son para mí el mismo Alf.

BRAND

Antes de que pase la enfermedad tiene que manar aún a menudo la herida.

AGNES

Sí, pero sé paciente, amado mío; guíame, condúceme al bien. Estáte a mi lado y fortifícame, Brand; pero alárgame con dulzura la mano. Tú que hablas con ímpetu de tormenta en los grandes momentos en que los corazones están conmovidos, en que las almas se atreven a levantar la vista hacia lo eterno, ¿no tienes un poco de ternura para el dolor terrible de una madre? ¿No tienes una palabra que me anime y que levante a la luz mis ojos?... El Dios que tú me has enseñado es un rey arrogante y grande. ¿Cómo me atreveré a presentarme ante él, humillada por el dolor, llorando, sin ser más que una madre?

BRAND

¿Crees que sería mejor implorar al Dios a quien antes honrabas?

AGNES

No más desde que oí tu enseñanza y desde que guiaste mis miradas. Y sin embargo, a menudo pienso en los días claros del pasado... «¡Fácil de levantar, difícil de llevar!» ¡Oh, me siento desconsolada! Todo es demasiado grande para mí: tú, tu cargo, tu enseñanza, tu vida, todo lo que tú quieres, eres y haces; hasta las rocas que me oprimen y el *fjord* angosto... Hasta la iglesia me parece estrecha.

BRAND

(Impresionado.) ¿Nuestra iglesia? ¿Por qué nuestra iglesia? ¿Todo te parece grande y sólo ella estrecha?

AGNES

Yo misma no sé cómo es; mi razón no puede explicarlo. Las opiniones vienen de lejos; vienen y van apenas sin notarlo. Y así solamente lo siento: nuestra iglesia es demasiado pequeña.

BRAND

El sueño del pueblo no deja de tener sentido; ciento lo han dicho ya; y ella misma, la del espíritu perturbado en la montaña, gritaba: ¡La iglesia es fea!... Cientos de mujeres del distrito lo dicen también. No puedo dejar pasar inadvertido ese clamor; tengo que atender a lo que enseñan

esas voces... Agnes, ahora lo veo claro. ¡Dios te ha enviado de entre el ejército de los ángeles para que me sirvieses de guía! Tú sabes encontrar con certeza, aun en medio de la obscuridad, el camino que yo nunca había atisbado. No te seduce ningún falso brillo. Tú has sabido llevarme al campo de la verdadera acción. Cuando yo quería volar hacia el cielo, ascender sin fin en lo azul, me señalaste a mí mismo, me mostraste mi propio corazón... ¡Agnes, una vez más adivinaste lo que era para mí enigma obscuro! ¡Nuestra iglesia es demasiado pequeña! ¡Bien está! Se levantará, pues, una casa más amplia, la casa de Dios. ¡Nunca había visto tan claro lo que poseo en ti! Y por eso te imploro, como tú: ¡No te apartes de mí, no te apartes de mí!

AGNES

Quiero sacudir las preocupaciones, quiero secar mis lágrimas. No quiero revolver en los recuerdos, quiero dejar tranquila la tumba. Quiero navegar por el mar del olvido sin retornar... Borrar aquel mundo de imágenes que me pintan una dicha perdida. ¡Oh, te seguiré aunque sea duro!

BRAND

¡De la estrechez a la anchura!

AGNES

¡Pero no seas demasiado severo!

BRAND

Por mí habla uno más alto.

AGNES

Pero uno que ve la voluntad, aunque nuestras fuerzas no alcancen para realizar nuestros propósitos. *(Quiere irse.)*

BRAND

¿Adónde vas, Agnes?

AGNES

(Sonriendo.) ¡Oh!, no hay que olvidar la casa. El año pasado decías tú que había demasiado desorden. Había luz en todas las esquinas, coronas verdes, bellas cosas, y tú colgaste con tus propias manos, entre cantos y risas, los juguetes en el árbol de Navidad. Este año volveremos a honrar la fiesta, encender luces en su honor, adornándolo todo con la mayor pompa. Y si Dios mira a nuestra estancia, nos verá, encorvados por el dolor, sí, pero como hombres que saben soportar la desgracia serenamente, que no renuncian a la alegría porque él haya querido probarnos y nos haya dado una carga tan pesadas. ¿Ves lágrimas todavía?

BRAND

(Atrayéndola a sí.) ¡Oh hija mía! ¡Enciende luces!... ¡Traer luz es tu misión!

AGNES

¡En seguida! Pero te lo suplico... ¡Levanta la iglesia antes de que vuelvan a cantar las alondras! *(Se va.)*

BRAND

(Siguiéndola con la vista.) Dispuesta siempre, aunque el dolor la punce; dispuesta aun en el tormento del martirio. Si su valor decae y el corazón vacila, es sin su voluntad... ¡Dale nuevo valor, oh Dios mío! ¡Y aparta de mí este cáliz amargo de tener que enviarle esta fiera carnívora de la ley, que bebe sedienta la sangre de su corazón! Si necesita sangre... ¡que tome la mía!... Yo tengo fuerza, yo tengo valor, yo llevaré con gusto el dolor por los dos... ¡Oh, pero sé con ella misericordioso!

(Llaman a la puerta y entra el Alcalde.)

EL ALCALDE

¡Aquí viene a veros un vencido!

BRAND

¿Cómo vencido?

EL ALCALDE

¡Miradme como a tal! La hoja se ha doblado. Yo quería expulsaros del país, aunque no precisamente por la violencia; no pretendía más que resistiros y no os profeticé lo mejor...

BRAND

Eso sí que es verdad.

EL ALCALDE

Pues bien: a pesar de mi derecho, suspendo la pelea.

BRAND

¿Por qué?

EL ALCALDE

¿Qué hacer?... Tenéis la mayoría de vuestro lado.

BRAND

¿De veras?

EL ALCALDE

Ved cómo vienen a vos las gentes de todas partes. ¡Quién sabe los nombres de todos los que vienen! Y luego en el último tiempo ha entrado aquí un nuevo espíritu que más y más me estrecha... Me duele que así sea..., pero aquí va mi mano... ¡Acabó la lucha!

BRAND

Yo creería que la guerra comenzaba de nuevo, aunque arrojarais el fusil.

EL ALCALDE

Una paz seria suprime todo desacuerdo. ¿Para qué batirse en vano? Y si generalmente yo no me amedrento fácilmente, me doy por perdido cuando noto que las puntas de las lanzas amenazan mi pecho desnudo. ¿A qué luchar más? Cuando no se tiene más arma que un bastón..., vale más buscarse un rinconcito seguro. El que lucha solo lo comprende fácilmente. Hay que ceder; si no, se sucumbe.

BRAND

Tampoco a mí me gusta sucumbir. Pero ¿por qué decís que soy el más fuerte?

EL ALCALDE

Tenéis los más.

BRAND

Supongamos que los tenga; pero luego, en el último momento, en el día supremo del sacrificio, cuando llega la decisión, cambian de aspecto las cosas.

EL ALCALDE

¿En el día del sacrificio? ¡Ay, amigo mío!; el miedo a que pueda venir es un miedo vano. En el peor caso aligera un poco los bolsillos de las gentes. Este tiempo es demasiado humano para que guste de sacrificios. Lo más desagradable es esto. Yo estuve siempre dispuesto a fomentar todo impulso humano, disminuí el sacrificarse y evité siempre el día del sacrificio como si fuera una broma. Me abandoné a mí mismo y me inutilicé al asociarme con los asesinos de la obra de mi vida.

BRAND

No sé si os equivocáis; pero por lo demás, difícilmente se comprende que depongáis las armas. El hombre que tiene un fin que cumplir, sigue impávido su camino, aunque tuviera que atravesar un mar.

EL ALCALDE

¡Pero pensad que en toda empresa hay que descansar en alguna parte! Cuando se ve que los esfuerzos hechos nada dan de sí, se piensa en cómo se podrá volver a casa. La vida es así. Se

quiere una recompensa por sus esfuerzos, sus cuidados. Si no se puede conseguir en la lucha, hay que someterse o ceder.

BRAND

Pero lo negro no se hace nunca blanco.

EL ALCALDE

Querido amigo, de nada sirve el que yo vea blanca la nieve y limpio el hielo si todo el mundo empieza a gritar: ¡Negro como la nieve!

BRAND

¿Vos gritáis también lo mismo, en ese caso?

EL ALCALDE

¡No precisamente lo mismo! Yo grito: No es negro, pero sí gris. Somos humanos, ¿por qué irritarnos? ¿Por qué ponerse enfrente de las gentes? Os ruego amistosamente no olvidéis que vivimos en un país libre y orgulloso, donde nadie puede tener la arrogancia de censurar lo que está reconocido como bueno porque la mayoría lo cree así. Y como la mayoría está con vos, vos sois el primero, yo me uno a la mayoría y os sigo con los demás. Así, pues, ahora tenéis libertad para censurar mi conducta. El pueblo dice — bien lo veo — que mi labor es limitada, estrecha y mezquina; creen que los tiempos exigen más que sembrar año tras año y recoger lo sembrado; ya no dan, como antes, de buena voluntad lo que es justo y equitativo... Y cuando falta la voluntad gozosa, el cumplimiento no es verdadero cum-

plimiento... Por difícil que sea introducir mejoras en las playas, en caminos o puentes, sanear marismas, desecar pantanos..., las gentes no hacen más que mirar al cielo. ¡Y qué va a hacerse, Dios mío! Si no se puede esperar la victoria, se aguarda resignado a que vengan tiempos mejores y se mantiene uno alejado de la pelea. Bien; el favor del pueblo huyó de mí...; no me avergonzaré sin más por eso. Trataré de pensar en hallar otros caminos para ganarle.

BRAND

¿De modo que sólo habéis ejercido vuestras artes para alcanzar el favor del pueblo?

EL ALCALDE

No, no; Dios sabe que no era por eso; mi objetivo es el bien del pueblo; sólo por conseguirlo me afané siempre. Sin embargo, no negaré que también entraba en juego la esperanza de una indemnización por todo lo hecho. Así son las cosas: un hombre que entiende lo que hace y sabe hacerlo, gusta de ver los resultados de su labor, y no simplemente quedar agotado por servir una idea. Además, yo no puedo, ni aun con la mejor voluntad, satisfacer a todas las exigencias... Ya sabéis... Un padre de familia quisiera ver a sus hijos bien colocados... Y yo..., yo tengo muchas hijas. Las ideas no apagan la sed; a los hambrientos no les dicen nada; hay que tener llena la casa. Y si un día viniera un consejero

pretencioso a enmendarme, le diría, aunque sin ira: ¡Primero sed padre de familia!

BRAND

¿Y cuál es vuestro plan?

EL ALCALDE

Una fundación.

BRAND

¿Una fundación, decís?

EL ALCALDE

Sí... Para mi ventaja y la de todos nosotros. Primero para el esplendor de mi nombre, para que nadie pueda competir conmigo. Se aproximan las elecciones de diputados y es preciso contar con algo fuerte, poder poner algo sobre el tapete que fuerce a los indecisos...; si no, vendrá otro que me dé de lado. Así pienso yo, pues mejor es quedarse en casa que remar contra viento y marea. Las gentes quieren, al parecer, elevación, impulso, espíritu, en una palabra. Eso no es cosa mía... Yo tengo que recobrar lo perdido, ya que mis fuerzas están quebrantadas y que casi se me ha señalado la puerta. Así, después de madura reflexión y de pesar el pro y el contra, he llegado a esta decisión. ¡Ahora le toca la vez a la pobreza!

BRAND

¿Es que queréis acabar con ella?

EL ALCALDE

No; es un mal necesario, por mucho que contra

ella se predique; hay que inclinarse ante ella y tragarla. Pero puede dulcificarse algo, regularla, darle forma si se interviene a tiempo. La pobreza es un abono para el pecado; en ella se fomenta el vicio. Yo pienso canalizarla todo lo bien que pueda.

BRAND

¿De qué manera?

EL ALCALDE

Voy a exponéroslo. Tengo pensadas dos cosas. En bien del distrito quisiera edificar una casa para los pobres, los enfermos; una casa de liberación, liberación de miseria y pecado y de todas las cosas dolorosas. A este edificio pienso luego unir una casa de arresto; así se encontrarán reunidos bajo el mismo techo el efecto y la causa, ambas tras la misma cerradura, como el látigo al lado del perro... Y ya que estoy puesto a ello, agregaré todavía una sección más, un pabellón lateral bastante capaz para reuniones electorales y fiestas, donde el pueblo con luz y comodidad..., en una palabra, una sala de fiestas comunal.

BRAND

¡Sois terrible construyendo, alcalde! Pero me parece que olvidáis una cosa.

EL ALCALDE

¿Un manicomio pensáis, verdad?... Desde hace tiempo que pienso en ello; ha sido uno de mis más caros deseos. Pero cuando pensé detenida-

mente sobre ello, dije—a mí mismo, es claro—: ¿De dónde sacaremos los medios para construir una casa tal, y qué espacio no sería necesario si todos los dignos de ello pasasen una noche siquiera bajo su techo?... Y luego, ¡cómo sube hacia el cielo poco a poco el árbol del tiempo! Las necesidades del pueblo corren como si fuera con botas de siete leguas. El mal se desarrolla con velocidad vertiginosa en todas partes... ¡Y sería demasiado si quisiésemos levantar una casa semejante que hubiese de bastar también para la descendencia!... ¡De todos modos sacamos la muela podrida!... ¡Espero que aprobaréis mi decisión!

BRAND

Y al que se comporte demasiado locamente se le encierra en la gran sala.

EL ALCALDE

(Regocijado.) Es verdad; así como así, casi siempre está vacía... ¡La ocurrencia es magnífica! Primero construímos y luego el manicomio nos sale de añadidura. La cosa marcha por el mejor camino. Reuniremos bajo un techo los elementos más importantes y los talentos más agudos: el proletariado entero, los canallas que perturbaban con palabras y hechos el orden civil, y los locos que antes erraban por ahí sin cuidado ni disciplina; luego el dulce fruto de la libertad, la lucha política y el ímpetu de la oratoria, en que los espíritus chocan unos con otros. Allí estará

la sala del Ayuntamiento, en la que se charlará sobre los asuntos que afectan al bienestar del vecindario; el salón de fiestas, donde se elevarán los espíritus y se vivificará el recuerdo de nuestros tiempos heroicos. Si nuestro plan no se deshace, quedan vencidos nuestros enemigos más enconados, y nuestro pueblo tendrá cuanto necesita para su salud. Dios sabe que a pesar de haber sido un día el espanto del enemigo, vivíamos de mala manera. Pero el día en que nuestra casa esté levantada, queda todo arreglado perfectamente y organizado el distrito.

BRAND

Pero ¿y el dinero?

EL ALCALDE

Ahí está el nudo de la dificultad; de eso andamos mal. Si falta el dinero, todo el plan será pura fantasía y quitaré la bandera del tejado. Pero si prestáis al proyecto el poder de vuestra palabra, podemos reírnos del más valiente... Y una vez el proyecto realizado, estoy gustoso a vuestra disposición.

BRAND

¡Eso quiere decir que queréis comprarme!

EL ALCALDE

Quiero llamarlo con otro nombre. Quisiera que acabasen mis diferencias con vos, llenar los vacíos que nos separan, en provecho de la generalidad... Quisiera la paz en bien de ambos.

BRAND

Para eso habéis escogido mal tiempo.

EL ALCALDE

Ya sé que un profundo dolor pesa sobre vos y sobre vuestra esposa; pero también sé que sois fuerte y que tenéis un corazón para las necesidades de los demás.

BRAND

En dolor o en alegría me veréis dispuesto a serviros en todo momento; pero no puedo serviros esta vez, por una razón muy sencilla.

EL ALCALDE

¿Y esa razón...?

BRAND

Porque yo mismo me propongo edificar.

EL ALCALDE

¿Cómo edificar? ¿Según mi proyecto?

BRAND

No del todo. *(Señalándole afuera por la ventana.)* Servíos mirar aquí afuera.

EL ALCALDE

¿Adónde?

BRAND

Allí.

EL ALCALDE

¿La cabaña aquella grande? ¿Queréis convertirla en palacio?

BRAND

No ésa; me refiero a la casa pequeña...

EL ALCALDE

¿La iglesia?

BRAND

Sí; quiero apuntalar lo vacilante y hacerlo renacer a nuevo esplendor.

EL ALCALDE

¡No hagáis eso, por el diablo! ¡Sería un escándalo! ¡La iglesia no puede tocarla nadie! ¿Quién fué el primero? ¿A quién se le ocurrió la idea? ¿Queréis coger los frutos maduros, dejarme completamente en la sombra? ¡Dos cosas a un mismo tiempo son demasiado! ¡Renunciad!...

BRAND

Sé adónde voy.

EL ALCALDE

Tenéis que renunciar, amigo. Después de levantada mi cárcel, mi hospital, mi casa comunal de fiestas, en una palabra, el manicomio, podéis edificar vuestra iglesia... ¿Quién pide una iglesia hoy en día? Además de que ya hace largo tiempo que existe.

BRAND

Se ha hecho demasiado pequeña.

EL ALCALDE

Sea. ¿Pero la habéis visto llena alguna vez?

BRAND

Aquí falta el recinto donde un alma sola pueda levantarse hasta Dios.

EL ALCALDE

(Sacude maravillado la cabeza.) Aquí tenemos la prueba de la mucha falta que nos hace un manicomio. *(En otro tono.)* Debéis dejar la iglesia como está, porque se trata de un monumento noble y antiguo que no puede venirse abajo tan sólo porque a vos se os antoje. Tengo en el bolsillo mis planos, y si sois tan insensato que me los quemáis, yo sabré levantarme, como un fénix, de entre las cenizas. Yo sé cómo se adquiere el favor del pueblo; sé cómo se toma esa fortaleza. Me presentaré como el caballero de esta tierra, y particularmente de esta playa... Antiguamente, cuando creían en los dioses, había aquí un bosque sagrado; luego se levantó esta iglesia pequeña con el botín recogido por héroes piadosos. Y así, venerable en su magnificencia sencilla, sagrada en las vestimentas de la tradición, se mantuvo hasta hoy callada y firme.

BRAND

Pero esos tiempos de poder y grandeza pasaron hace mucho ya. Nunca he oído hablar de que quedaran restos de ellos.

EL ALCALDE

El que no se encuentren restos habla en pro

de su gran antigüedad... Pero un tiempo, hace ya muchos años, había un agujero en la pared.

BRAND

¿Un agujero?

EL ALCALDE

¡Sí, como una mancha negra!

BRAND

¿Pero la pared...?

EL ALCALDE

¡Oh, ésa había desaparecido! Por eso os lo digo cara a cara. ¡La destrucción de la iglesia es imposible! Es una vergüenza, una cosa intolerable, bárbara... ¡Yo no lo toleraré!... Y luego, aun suponiendo que las gentes fuesen tan insensatas y se aviniesen a cometer esa profanación, ¿creéis que iban a ser tan derrochadoras que os proporcionasen el dinero necesario?... ¿Que iban a correr ciegas a su perdición, aunque la superioridad diese la autorización necesaria para que os apoyasen? Vaya, vaya, lo pensaréis; de lo contrario, seré yo quien gane la batalla.

BRAND

No sacaré a nadie un céntimo para mi nueva casa de Dios. La construiré con sólo mis recursos; consagraré a esta gran obra toda mi herencia... Y ahora, alcalde, ¿seguiréis censurando mis intenciones? ¿Creéis que lo hago tan sólo por ponerme en vuestro camino?

EL ALCALDE

¡Me dejáis espantado y sin saber qué decir! ¡Y esto ocurre en nuestro país, la tierra de la escasez, donde en cada frente puede leerse: ¡La mano sobre la bolsa!... ¡Y en este país venís vos y echáis, precipitáis sobre nosotros una catarata tan impetuosa que el agua espumarajea, y uno se pregunta si no estará soñando!

BRAND

Tiempo ha que en mi corazón está hecha donación de mi herencia.

EL ALCALDE

Sí; ya hace tiempo que se habla de la construcción de una iglesia, que se piensa en ello; pero yo siempre creí que eran invenciones. Un espíritu semejante de sacrificio nace fácilmente cuando se trata de la ventaja propia. Pero si realmente estáis decidido, os seguiré; estáis en buen camino, conseguiréis sin duda lo que deseáis. Solo no haría más que vacilar, tropezar... ¡Brand, levantaremos juntos la iglesia!

BRAND

¿Condenáis, pues, vuestro plan?

EL ALCALDE

¡Dios sabe que sí lo condeno! Si no lo hiciera, hasta los niños se reirían de mí. ¿Adónde va la gente? ¿Donde presume abono, cebo, forraje, o donde adivina al carnicero? No, no; no tengo ya

tranquilidad. Estoy completamente poseído del pensamiento; estoy, si se me permite la expresión, completamente conmovido, y la sostendré firme y sin vacilación. Mi buena estrella ha sido quien me condujo hoy a vuestra casa, querido amigo; pues sin mi plan me parece que tampoco hubiera venido el vuestro, o por lo menos tampoco hubiera salido a la luz... Ahora es clara mi tarea. ¡Levantar a todo trance la iglesia!

BRAND

Pero la iglesia..., ¡el monumento antiguo, venerable, sencillo!

EL ALCALDE

Visto desde aquí, a la luz de la luna, me parece casi una ruina.

BRAND

¿Cómo, alcalde?

EL ALCALDE

¡Perdonadme, estaba ciego! ¡Yo mismo no puedo comprender cómo no se me ocurrió antes apuntalarla! ¡Es casi peligrosa! ¿Y dónde está el estilo, la arquitectura? ¡El conjunto es casi una caricatura!... ¿Cómo llamar a un edificio semejante? Una persona entendida lo llamaría horrible; diría que no valía un comino. ¡No; fuera esa estantigua! ¡Tan vieja, que es de los tiempos de Bell! Verdaderamente, la piedad va a menudo bien lejos. Porque eso debía verlo un ciego; no es digna, no es hermosa, no es más que una vieja cuadra obscura.

BRAND

Pero pensad, suponed que el pueblo no respondiese, que se negase.

EL ALCALDE

Si ninguno quiere, yo lo haré. Ahora que vienen los días de fiesta, pongamos manos a la obra con entusiasmo. Quiero que comencemos en seguida, pero cubriendo todas las formas. Quiero trabajar, moverme, escribir... Bien; ya me conocéis. Y si no puedo impulsarlos a la obra, si no puedo cambiarles en su opinión terca, lo haré con mis propias manos y ayudado de los míos, de mi mujer, de mis hijas. ¡Nada me importa cuanto puedan gritar!

BRAND

Vuestras palabras de antes sonaban, perdonadme, más fríamente.

EL ALCALDE

Bien; pero no se puede ser siempre de la misma manera; esto es humano. Y si no mienten los poetas, le sienta muy bien a un hombre seguir grandes ideas, tender el vuelo alguna vez. ¡Pasadlo bien! *(Quitándose el sombrero.)* ¡Voy a ver a mis vagabundos!

BRAND

¿A quién?

EL ALCALDE

Figuraos que he encontrado..., yo mismo..., toda una banda de gitanos. ¡Unas gentes endiabla-

das!... ¿Uno qué podía hacer contra tantos, diez o doce que serían? Grité y llamé para que me ayudasen, y ahora los tengo cogidos y seguros. Sólo dos o tres lograron escapar.

BRAND

¿No tienen libre el tránsito?

EL ALCALDE

¿Pero a qué viene aquí esa canalla? Pero eso se comprende si se sabe que hay algo aquí que les atrae; no quieren abandonar su tierra, dicen. *(Riendo.)* ¡No quieren abandonaros a vos! Bien; vais a saberlo en seguida... ¡Descifrad, si podéis, este enigma! Entre ellos hay algunos que deben la vida a quien os la dió a vos, y sin embargo no son de la misma sangre que vos.

BRAND

(Moviendo la cabeza.) Hay muchos enigmas que torturan el alma; se medita sobre ellos y no pueden resolverse.

EL ALCALDE

Fijaos ahora, si queréis comprender. Habéis oído hablar alguna vez, sin duda, de un mozo que vivía allá hacia el Oeste, y que era tan sabio como un párroco, más, como cuatro de los mejores. De este mozo cuenta la gente que un día pretendió a vuestra madre.

BRAND

¿Y qué pasó?

EL ALCALDE

Ya podéis figuraros. ¡Ofender de tal modo a una doncella rica! ¡Ella, que tantos pretendientes tenía! Le despidió, naturalmente, con cajas destempladas. ¿Y qué se hizo el pobre muchacho? Otro se hubiera mordido la lengua y se hubiera vuelto por el camino por donde había venido. Él se volvió casi loco de pena, y al cabo buscó para mujer a una gitana. Murió, y aumentó la banda dejándole la descendencia. Y aquí, en la parroquia, quedó permanentemente una de sus hijas, una amable criatura que nos honra con su presencia.

BRAND

¿Quién es?

EL ALCALDE

Gerd, la gitana.

BRAND

(Con voz contenida.) ¡Gerd!

EL ALCALDE

(Alegremente.) ¿Verdad que valía la pena de adivinar? ¿Verdad que la descendencia esa va a parar al punto donde está la fuente de vuestra propia vida?

BRAND

¿No hay salvación para esas almas?

EL ALCALDE

Quien como ellos ha nacido en el pecado, está destinado al presidio. Salvar esa canalla sería

robarla..., robársela al demonio, que protestaría si se la quitasen.

BRAND

Pero vos pensabais edificar una casa que sirviera para aliviar las desgracias.

EL ALCALDE

Apenas formulado el proyecto, lo retiró su autor mismo.

BRAND

A pesar de eso..., sería una hermosa recompensa...

EL ALCALDE

(Sonriendo.) Ahora habláis en un tono completamente distinto. *(Golpeándole en el hombro.)* Dejad muerto a lo que muerto está. El hombre debe tener una conducta firme. Adiós, no puedo detenerme más, y con nuestra conversación me olvidé de que tengo que buscar en su escondite a los tímidos. Nos veremos pronto. ¡Felices Pascuas! Adiós; mis votos más sinceros para vuestra esposa. *(Se va.)*

BRAND

(Tras una pausa, durante la cual medita.) ¡Oh, qué dolor se purga aquí; qué sufrimientos desconsolado y escondido!... Así se enreda y se extravía el hilo inconsciente del destino... La culpa está al lado de su fruto, y la una mancha al otro. Justicia..., injusticia... Por más que el ojo se afane en buscar, ¿quién ve, quién puede distinguirlos? *(Se asoma a la ventana y mira un buen rato hacia*

afuera.) Pobre hija mía, cordero sacrificado por culpa de la conducta ligera de mi madre: nuestras arpas suenan en vano; un espíritu extraviado no nos deja vivir en calma. Él fué quien me trajo la nueva, él hizo que echásemes los dados... Se enturbió su espíritu porque erró un día el corazón de mi madre. Dios necesita la culpa, el germen primero para la expiación eterna del pecado, y busca el pecado de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos. *(Se separa estremecido de la ventana.)* ¡Oh, sí! De lo alto me viene luz. Lo supremo es el equilibrio... Entregarse voluntariamente es elevarse a las alturas de Dios... Pero sabiamente se calla esta palabra. No quieren más que sucumbir. *(Se pasea arriba y abajo.)* ¿Y rezar? ¡Oh, esta palabra oración, que anda ligeramente en todos los labios, que emplean con derroche todas las clases!... ¡Oración! Es el grito demandando gracia, pidiendo que no les dañen las tormentas; un mendigar para que se aumente la carga de Cristo; un tender hacia lo alto los brazos, defendiéndose del tormento del remordimiento y de la duda. ¡Oh!, si este murmullo desmayado fuese bastante, quisiera comportarme como ellos y llamar a las puertas del Todopoderoso terrible... *(Se para y medita.)* Y sin embargo..., en el día más espantoso, en aquella hora horrible en que nuestro hijo..., ¡oh Dios mío!, se durmió... Cuando ni un beso maternal podía arrancar una sonrisa a sus labios... ¡Qué pasó entonces!... ¿Rezaba yo acaso?... ¿De dónde

venía aquel desmayo y aquella luz..., el rumor de canto y las melodías..., aquel sonar y cruzar de visiones..., el espanto, el temblor de mis rodillas? ¿Me confortó entonces la oración?... ¿Hizo Dios descender un consuelo..., posó con dulzura su mirada en mí..., oyó mi llanto desconsolado?... ¡Fuera!... Todo se hundió en la sepultura... El cielo me ha aparecido enturbiado... No podía ver luz, ni una sola luz... ¡Oh, Agnes, tráele luz al ciego!... *(Llama poseído de espanto.)* ¡Agnes, luz!... ¡Luz!... ¡Que me alumbre la luz!...

(Agnes abre la puerta y entra con las luces de Navidad encendidas; un claro resplandor ilumina la estancia.)

BRAND

¡Luz, luz!

AGNES

¡Aquí están las luces de Navidad!

BRAND

(Bajo.) ¡Las luces de Navidad!

AGNES

(Colocando los candeleros sobre la mesa.) ¿Estuve mucho tiempo fuera?

BRAND

¡No, no!

AGNES

Hace frío aquí... Tengo miedo. Tú tienes frío... Tiemblas.

BRAND

¡No!

AGNES

(Sonriendo.) ¡Qué orgulloso eres! No quieres calor... ¡Pues la leña tiene que arder! *(Echando leña en la chimenea. Hablando para sí, mientras arregla la habitación.)* Esta lucecita la pongo sobre nuestra mesa de Navidad... ¡Qué fresco estaba el año pasado! ¡Cómo lucían en su carita los claros ojos y cómo extendía los deditos amados hacia la luz brillante!... ¡Y cómo chupaba a escondidas chucherías!... Las luces brillaban con tal claridad... Le parecía ver el sol. *(Poniendo la luz algo más lejos.)* Ahora cae toda la claridad juntamente en aquel..., en aquel sitio. Ahora mi tesoro, desde su lugar de descanso, mira por la ventanita a la luz de Navidad, clara y alegre... Pero los cristales están enturbiados como si empañados de lágrimas... ¡Oh, aguarda un poco, yo te los limpiaré! *(Limpia los cristales de la ventana.)*

BRAND

(La ha seguido con la vista, y dice en voz baja.) ¿Cuándo se calmará ese mar embravecido y turbulento? ¡Es preciso entrar en calma; así no se puede seguir!

AGNES

Ahora están limpios. ¡Oh, mira!... ¡Como si no hubiese cristal ninguno en las ventanas! ¡Como si la habitación se agrandase y en la tierra fría se hiciese un cuartito en que durmiese mi hijo querido!

BRAND

¿Qué haces, Agnes?

AGNES

¡Silencio! ¡Buenas noches!

BRAND

(Acercándose.) ¿Para qué separas la cortina?

AGNES

¡Oh, no era más que un sueño! Ya estoy despierta.

BRAND

¡Tienes que estar despierta! Es necesario. ¡Vuelve a cerrar!

AGNES

(Suplicante.) ¡Brand!

BRAND

¡Domínate! ¡Domínate!

AGNES

¡No seas duro!... ¡Oh, deber penoso!

BRAND

¡Cierra!

AGNES

(Cerrando.) Ya están cerradas. Pero Dios me perdonará si he sacado un consuelo momentáneo de un sueño hermoso...

BRAND

Dios es un juez dulce y bondadoso; te levan-

tará. Pocas veces se quiebra su báculo. Pero no debes ofenderle dirigiéndote a un ídolo.

AGNES

(Prorrumpiendo en llanto.) ¿Hacia dónde? ¿Cuál es el fin de nuestros esfuerzos? ¡Oh, estoy cansada y sin alas!

BRAND

Cualquier sacrificio es inútil si en vez de darlo todo sólo das algo.

AGNES

¿No fué todo lo que tenía? ¿Me queda algo más?

BRAND

(Sacudiendo la cabeza.) Todavía no está vacío tu armario.

AGNES

¡Pide! Tengo el valor de la pobreza.

BRAND

¡Dame!

AGNES

¡Toma! Busca... ¡Aquí está mi corazón!

BRAND

Tienes recuerdos, tienes dolor, tienes la corriente pecadora de tus lágrimas...

AGNES

(Desesperada.) ¡Tengo la sangre caliente de mi corazón! ¡Tómala también, pues! ¡Oh, tómala, tómala!

BRAND

En vano sacrificas en tu desesperación. No tienen valor tales sacrificios. Debes hacerlos con el corazón gozoso.

AGNES

(Estremeciéndose.) ¡Qué difícil penetrar hasta tu Dios!

BRAND

Sólo un camino penoso reporta ganancia. El que quiere lo sigue gozosamente.

AGNES

Es el camino de la gracia..., creo yo.

BRAND

(Eludiendo.) Está pavimentado con piedras de sacrificio.

AGNES

(Queda con la vista fija a lo lejos y habla estremecida.) Ahora se abren ante mí, como un abismo profundo, las palabras del escrito cuyo fondo yo no entendía.

BRAND

¿Qué palabras?

AGNES

«¡Quien ve a Dios, muere!»

BRAND

(La abraza y la estrecha fuertemente contra sí.) ¡Oh, cierra los ojos en seguida! ¡Escóndete! ¡No le veas!

AGNES

¿No?

BRAND

(Soltándose.) ¡Tú eres la luz de mis ojos!

AGNES

Sufres, Brand.

BRAND

Te amo.

AGNES

Pero tu amor es duro.

BRAND

¿Demasiado duro?

AGNES

¡No preguntes! Bajo tu protección te sigo con gusto en la más penosa de las marchas.

BRAND

¿Crees que te saqué sin pensarlo del corro alegre?... ¿Que te impulsé al sacrificio gozosa para nada, para no conseguir más que algo a medias? ¡Ay de ti y de mí si así fuese! El sacrificio hubiese sido demasiado caro. ¡Tú eres mi mujer y tienes que obedecer a Dios!

AGNES

Pide cuanto quieras, pero quédate conmigo. ¡Oh, no me dejes sola!

BRAND

Estoy muy cansado..., bien lo noto... *(A media voz.)* Tengo que levantar la gran iglesia...

AGNES

La mía se hundió en barro y polvo.

BRAND

Porque eres sorda a la voz del Eterno. El templo de tus ídolos era demasiado débil y la primera tormenta lo hizo añicos. *(La abraza, lleno de temor.)* ¡Paz contigo, paz por ti! *(Se va por la puerta lateral.)*

AGNES

¿No puedo ir a la ventana y mirar toda escondida un poco? Dime... ¿Puedo hacerlo?

BRAND

(Desde la puerta.) No. *(Entra en su habitación.)*

AGNES

Bien cerrado y trancado. ¡Todo está cerrado! Sellados están quejas y suspiros; un candado ante Dios y ante la tumba... ¡Oh, me siento solitaria como en la sepultura!... ¡Fuera, fuera! Necesito aire... ¿Fuera?... ¿Adónde?... ¿No hay unos ojos punidores que miran hacia abajo? ¿Y no se quedaría mi corazón aquí, en la colina donde duerme mi hijo? Por firme que fuera no podría huir el dolor de este tormento y este vacío. *(Escuchando en la puerta de Brand.)* Lee en voz alta; mi voz no llegará hasta su oído. ¡Ni ayuda, ni consuelo, ni consejo! Y el camino del Dios de Navidad pasa sólo por delante de las madres con hijos, por donde hay juego y baile, por donde reina la alegría en el esplendor de Navidad; no

donde pies cansados se arrastran hacia la corona fúnebre marchita. ¿Cómo iba a preocuparle a él, el alegre, el dolor de un alma de madre? *(Se acerca con precaución a la ventana.)* ¿Abriré la ventana? ¿Dejaré que el resplandor de la luz penetre en la habitación obscura y le teja una corona de rayos? ¡No, no está allá abajo! La Navidad es fiesta de niños. Hoy podrá venir y quizá no esté muy lejos. ¡Quizás llame con sus deditos en el cristal claro y limpio! Alf... ¡Oh, no! No abriré. No puedo aunarlo con mi deber. Ya ves, el padre quiere que se cierre; tú siempre fuiste juicioso y no vamos a enfadarle ahora. ¡Además no tengo nada que regalarte! ¡Vale más que vueles al cielo! El cielo es tan claro y tan dulce...; allí tienes caballos y cuantos juguetes quieras y la alegría alborotadora de los otros niños. Pero no llores... No te enfades porque el padre ha prohibido abrir hoy que podías venir a vernos y que has llamado a los cristales. No lo hizo sin razón... Pero los niños pequeños no pueden comprender lo que nosotros, mayores, vemos claramente... ¿Sabes? Está triste, con la cabeza agobiada; sangra de heridas profundas; te ha cogido hojitas verdes y ha hecho una corona con ellas. *(Escucha, vuelve en sí y mueve la cabeza.)* ¡Oh, estoy soñando! No sólo los cristales de la ventana nos separan. Sólo al calor de las llamas purificadoras se desploma el muro que nos separa, se derrumba la bóveda, rechina la puerta de la prisión y salta como un cristal la cerradura. Muchas, muchas cosas tie-

nen que pasar todavía antes de que volvamos a vernos. Yo quiero trabajar, no faltar; quiero cumplir plenamente con mi deber, endurecer mi voluntad... ¡Pero hoy..., esplendor de Navidad todavía! ¡Oh, cuando pienso en lo distinto que fué el año pasado! ¡Pero no he perdido toda mi alegría! Me queda una cosa aún, dada por el buen Dios, cuyo valor infinito sólo puede ser comprendido por el corazón de una madre.

(Se arrodilla frente a una cómoda y saca de un cajón una porción de cosas. En el mismo momento, Brand abre la puerta para hablar con ella. Al ver lo que tiene ante sí, se detiene y queda silencioso. Agnes no le ve.)

BRAND

(Aparte.) Delante, detrás, arriba, abajo..., dando siempre vueltas alrededor de una tumba.

AGNES

Aquí están la capa y el velo que llevaba cuando lo bautizaron... Aquí está el vestidito... *(Lo coge, lo mira y ríe enajenada.)* ¡Dios mío! ¡Qué rico y qué hermoso era mi niño, tan gordito, cuando estaba sentado en la silla alta!... ¡Y la chaquetita que se puso en la primavera! Entonces le estaba muy ancha, pero poco después le quedó pequeña; aquí lo pongo al lado del vestido. Guantes, medias — ¡qué piernecitas! — y el gorrito de seda, caliente y suave..., todo limpio y nuevecito. ¡Oh, el bastoncito y el vestidito de viaje!... Iba a viajar con él... Sí, viajó... ¿Pero

adónde?... Cuando yo lo encerré en la cómoda me sentía cansada hasta morir.

BRAND

(Retorciéndose dolorosamente las manos.) Si quieres que se desplome el templo, que sea otro el encargado de derribarle... Pero Dios mío..., ¡que se haga tu voluntad!

AGNES

Aquí hay una mancha... ¿Será mi llanto? ¡Qué riqueza!... ¡Oh, aquí está el velo sagrado que llevó al bautizo! ¡Soy rica todavía, puesto que puedo ver estas reliquias!

(Llaman a grandes golpes a la puerta. Agnes se vuelve dando un grito y ve a Brand. Se abre la puerta y entra una mujer con los vestidos andrajosos, llevando un niño en los brazos.)

LA MUJER

(Mira la ropita de niño y grita a Agnes.) ¡Madre rica, reparte con la pobre madre!

AGNES

¡Eres cien mil veces más rica que yo!

LA MUJER

¡Oh, eres como los otros! No tienes más que palabras para ayudarme.

BRAND

(Acercándose a ella.) ¿Qué es lo que necesitas? ¡Habla!

LA MUJER

¡El párroco no, tú no! ¡No empieces a predicar otra vez! Prefiero volver a la tormenta, tener hambre, sufrir como un gusano, sentarme a la orilla del mar salvaje sola en una roca pelada... Mejor eso que este hombre vestido de negro, este emisario del infierno. ¿Tengo yo acaso la culpa de ser lo que soy?

BRAND

Esta voz..., estas facciones... ¿Me engañaré, Dios mío!

AGNES

Sentaos, calentaos si tenéis frío; os daré algo que comer.

LA MUJER

¿Sentarse una gitana en una casa caliente, clara y fina?... ¿Creéis que vais a seducirme? Para nosotros son los caminos y los prados, las rocas, las montañas y los bosques, donde aúllan los lobos y graznan los buhos. Nosotros tenemos que andar siempre. Casa y hogar son para otros. Tengo que continuar mi camino. ¡Me persiguen como perros! El alcalde y los gendarmes, y... una canalla escogida... ¡Oh, les gustaría domarnos!

BRAND

Aquí estás segura.

LA MUJER

En el calabozo... ¿Bajo techo y entre muros? Es mejor en las hendeduras de las rocas; allí se sien-

te uno libre y fuerte. Pero dame vestidos para el niño. Su hermano mayor — que el diablo le lleve — se escapó llevándose el hatillo. Ya lo ves: está casi desnudo, azul, helado y contraído de la tormenta que nos ha cogido.

BRAND

Mujer, estás presa en las redes del infierno. ¡Las mallas se aprietan cada vez más! Dame el niño para que le cuide... La marca de fuego puede lavarse.

LA MUJER

Lo que dices me parece tonto y huero; sabes sin duda encantar... ¡Pero jamás lograrás lo que quieres! ¡Guerra con vosotros! ¿Sabes quién fué su madre, sabes dónde nació?... En el camino, en el foso, entre bebida, juego y alboroto. ¿Sabes cómo le han bautizado? Le han hecho cruces con carbón y con ceniza y le han obligado a beber de una botella. Al nacer maldecían ellos y juraban... ¿Conoces a esa canalla? ¿Conoces a sus padres?

BRAND

¡Agnes!

AGNES

¡Qué!

BRAND

¡Cumple con tu deber!

AGNES

(Horrorizada.) Y es ésa... ¡Oh Dios mío! ¡No puedo!

LA MUJER

¡Dámelo pronto todo, dámelo! ¡Todo lo que os sobra! Sedas y telas de colores; un vestidito, una capita; no hay nada que sea demasiado grande, nada que sea demasiado pequeño; algo que le cubra y le envuelva solamente. ¡Oh!, está casi muerto... Mirad... ¡Por lo menos que muera vestidito!

BRAND

(A Agnes.) ¡Ya oyes; aquí es preciso obrar!

LA MUJER

Tantas cosas como tienes en el cajón; no me iré de aquí sin que me los des... Tienes vestidos y telas... Ya ves que es cosa de vida o muerte.

BRAND

¡Agnes, cumple con tu deber!

LA MUJER

¡Dame!

AGNES

¡Sería un sacrificio!... ¡Un pecado contra el muerto!

BRAND

¡No!

AGNES

(Desmayadamente.) Bien; sea así. Me convertiré en piedra. Puedes pisar con tus propios pies mi corazón frío. ¡Ven, partiremos!

LA MUJER

¡Dame!

BRAND

¿Partir? Agnes, *¿partir?*

AGNES

(Con fuerza salvaje.) ¡Preferiría antes morir! ¡Todo no! ¡Oh Dios mío! Cedí paso a paso... ¡Ya no puedo más!... Me oprime con más fuerza cada vez. ¿No basta la mitad?

BRAND

¡Oh, qué triste engaño! *¿Todo* te parecería mucho?

AGNES

(Dándole.) Ven, pues, mujer, toma; aquí esta sayita y estas botas... Toma esta capa para tu hijo, para que le proteja contra la noche y el viento, y esta capucha de seda, que le defienda de la lluvia. ¡Tómalo todo, tómalo aprisa!

LA MUJER

¡Dame!

BRAND

Agnes, ¿lo diste todo?

AGNES

(Sigue dando.) Aquí está también el velo que llevaba el día del bautizo.

LA MUJER

Sí, ahora está todo vacío. ¡Oh, quién estuviera ya fuera de aquí! Se lo pondré sentada en la escalera y luego me iré todo lo aprisa que pueda. *(Se va.)*

AGNES

(Está en pie en una lucha interior, violenta; por último pregunta.) Dime, Brand, ¿sería justo que pidieses más de mí?

BRAND

Dime primero si lo diste de buena voluntad, aunque sufrieses horriblemente al darlo.

AGNES

No.

BRAND

Entonces todo fué en vano y tu dolor es inútil. *(Quiere irse.)*

AGNES

(Queda en silencio hasta que él ha llegado a su puerta; luego le llama.) ¡Brand!

BRAND

¿Qué pasa?

AGNES

¡He mentido! La herida me quema; fuí débil... Te he engañado y siento el remordimiento. ¿Crees que di todo cuanto me quedaba?

BRAND

¿Y bien...?

AGNES

(Sacando del pecho una gorrita plegada.) He conservado una cosa: esta gorra que tenía puesta en la hora terrible, humedecida por las lágrimas..., por el sudor de la muerte..., la llevaba

sobre mi corazón... ¡Oh!, no te incomodes conmigo; ya sé...

BRAND

Vete con tus ídolos. *(Va a marcharse.)*

AGNES

¡Espera!

BRAND

¿Qué es eso?

AGNES

Ya lo sabes, Brand. *(Le alarga la gorra.)*

BRAND

(Se acerca y pregunta sin tomarla.) ¿De buena voluntad?

AGNES

Con el corazón alegre.

BRAND

Entonces, dámela; que pueda aprovechar al pobre. *(Sale.)*

AGNES

Todo se ha ido... Todo deshecho..., destrozado... ¡Mi última esperanza..., la fe..., la oración! *(Está un momento en silencio. Poco a poco su rostro va expresando una alegría resplandeciente. Brand vuelve; ella sale a su encuentro jubilosa, se le arroja al cuello y grita.)* ¡Soy libre, Brand! ¡Soy libre!

BRAND

¿Cómo?

AGNES

¡La obscuridad se ha disipado! La pesadilla que oprimía mi pecho está ahora lejos y mi corazón

palpita con ritmo triunfal. Todas las nieblas se han borrado; se han aclarado todas las nubes. Por entre la obscuridad y la muerte me alumbra el resplandor de una aurora. Y el pensamiento del cementerio no me es ya doloroso ni abre de nuevo mis heridas... Porque mi hijo no está muerto, mi hijo subió al cielo.

BRAND

Sí, Agnes; has vencido.

AGNES

He vencido, sí; me siento por encima de la muerte y del horror. ¡Oh, qué hermosamente Dios lo ha dispuesto todo! Todos mis anhelos vuelan hacia lo alto. ¿No ves a nuestro Alf allá arriba, con la mirada hacia abajo y tendiéndome los brazos como antes, en los buenos tiempos? Pues aunque tuviese mil lenguas, aunque en este momento pudiera hacerlo, no pediría que me lo devolviesen. ¡Oh, no, sería una burla! ¡Oh, qué grande y qué rico es Dios! ¡Qué buena y qué dulce su mirada! Este sacrificio era necesario para libertarme de las garras de la muerte. ¡Para alcanzar la victoria era necesario que perdiese este hijo!... Gracias, Brand; me has guiado bien; has tendido, piadoso, tu manto sobre mí... ¡Pero ahora te llega el momento de elegir; ahora sentirás por entero el peso de tu *O todo o nada!*

BRAND

Tus palabras son enigmáticas. La lucha ha acabado ya.

AGNES

Pero sobre la gran puerta de hierro se leen aquellas palabras que me hacían temblar: *¡Quien vió a Jehová, habrá de morir!*

BRAND

(Retrocediendo.) ¡Oh, qué terrible final! ¡No y mil veces no! Mis brazos y mis manos son fuertes, pero es preciso que tú estés a mi lado. Que todo lo demás me engañe... Puedes pedirme cuantos sacrificios quieras. ¡Pero tú seguirás siendo mía, mía!

AGNES

¡Escoge; estás en el momento crítico! Enciende en mí la clara luz; haz que mis canciones de Navidad vayan a buscar la fuente fresca; haz que nada se agite en mi corazón. Devuélveme mis ídolos; afuera está todavía la mujer... Devuélveme mis días; aquellos días en que contemplaba sin cuidado el azul del cielo. Sepúltame de nuevo en el abismo de la vida inconsciente y pecadora. Tú lo puedes todo; mi destino está en tus manos y puedes moldearlo como arcilla; contra ti lucho en vano. El peso de la labor diaria es el freno, la recompensa, la tranquilidad y la calma. Estréchame el espíritu, córtame las alas, átame; vuelve a humillarme allí de donde me levantaste. Déjame que viva como vivía, cuando caminaba aún a tientas en la obscuridad. Si me prometes eso, volveré a ser tu esposa... ¡Escoge; estás en el momento!

BRAND

¡Ay de mí, que seguí tal camino! ¡Pero fuera de este círculo de hierro! ¡Vámonos a los campos floridos a buscar nueva dicha para nuestra vida!

AGNES

¿No sabes que estás ligado por tu cargo, tu carrera, tu deber? ¿No piensas en los miles de almas que cuentan con tu auxilio; las que te encomendó Dios para que las sostuvieses en el tablón estrecho del puente de la vida? ¡Escoge; estás en el momento!

BRAND

¡No; aquí no hay elección posible!

AGNES

(Arrojándose a su cuello.) ¡Gracias por todo...; gracias por el pan que tú diste a la que era débil! Estoy muerta de cansancio. Tú velarás mi sueño.

BRAND

Duerme; por hoy ha terminado tu labor.

AGNES

Terminado, sí..., y arde todavía la lamparilla. La victoria me quitó toda la fuerza, me robó todo el jugo de mi vida. ¡Pero pronto habré llegado a puerto! ¡Buenas noches, Brand!

BRAND

¡Buenas noches!

AGNES

¡Buenas noches! ¡Gracias, gracias!... Ahora voy a dormir. *(Sale.)*

BRAND

(Oprimiéndose las manos contra el pecho.) Ten firme corazón, aunque supieses que tenías que sacrificarlo todo. La victoria sólo se engendra en el dolor. Sólo lo perdido se eterniza.

ACTO QUINTO

(AÑO Y MEDIO DESPUÉS)

La nueva iglesia está terminada y adornada para la consagración. Delante de ella corre un río. Es temprano. Una mañana nebulosa. El sacristán está ocupado en colgar guirnaldas de los muros de la iglesia. En seguida viene el maestro de escuela.

EL MAESTRO

¿Ya en pie?

EL SACRISTÁN

Qué hacer, la cosa urge; ayudadme un poco. Las guirnaldas colgarán de todos lados, sirviendo al mismo tiempo de valla contra la gente.

EL MAESTRO

En la casa del párroco he visto también una corona de guirnaldas.

EL SACRISTÁN

¡Claro está!

EL MAESTRO

¿Sabéis para qué son?

EL SACRISTÁN

Es un escudo para honrar a nuestro párroco; llevará su nombre sobre un fondo dorado.

EL MAESTRO

Sí, todo brilla en resplandor de fiesta. La gente viene desde muy lejos; el *fjord* está casi blanco de velas.

EL SACRISTÁN

Sí, la parroquia ha despertado. En tiempos del párroco difunto no había nunca discusión ni pelea. Aun en las mayores fiestas podía dormirse... Puede ser que sea lo mejor.

EL MAESTRO

¡Movimiento, progreso, sacristán!

EL SACRISTÁN

Es verdad, es verdad. Pero para nosotros es casi lo mismo. ¿De qué provendrá esto?

EL MAESTRO

La cosa es así. Dormían ellos..., nosotros vigilábamos. Despertaron..., pues dormimos nosotros. El mundo marcha sin nuestra ayuda.

EL SACRISTÁN

Decís que el progreso es bueno.

EL MAESTRO

También el arcipreste y el párroco están por él. A mí mismo me parece excelente. Pero bien entendido, cuando se trata del bien de nuestras buenas gentes, nosotros estamos firmes y no nos dejamos seducir por engañosas apariencias; somos funcionarios del distrito y sostendremos siempre la necesidad de la disciplina de la Igle-

sia y de las ciencias tradicionales. Fuera de nosotros las pasiones que enturbian la vista; en una palabra, estamos sobre los partidos.

EL SACRISTÁN

En cambio el párroco está en medio de su lucha.

EL MAESTRO

He ahí justamente lo que no debía hacer. A propósito, puedo deciros en confianza que la superioridad no le mira con gran agrado, y si no fuera por respetos al pueblo, hasta se le quitaría su empleo. Pero él adivinó el peligro — de él se puede aprender mucho — e hizo levantar la iglesia. ¡Una obra semejante tiene que deslumbrar naturalmente! Lo que uno hace no tiene importancia; pero el que él lo haga no es nunca en vano. Nosotros, pueblo y directores, somos una especie de ejecutores.

EL SACRISTÁN

Sí; nosotros no somos una manada que marcha sugestionada sin saber adónde. Un viajero que nos había conocido cuando estábamos dormidos y que llegó aquí poco después de nuestro despertar, ha dicho que éramos un pueblo de grandes promesas.

EL MAESTRO

Sí que lo es nuestro pueblo, y si no desfallece y sigue adelante, nos aguardan grandes tiempos.

EL SACRISTÁN

Pensando en eso me he roto muchas veces en vano la cabeza. Vos, que habéis estudiado, decidme qué quiere decir eso de impulso de gran época.

EL MAESTRO

Un impulso significa un gran porvenir, amigo mío; el explicártelo sería demasiado largo. Es un algo que une a todos. Una idea que se propaga como el fuego y que hace que suceda algo grande y magnífico, pero en el porvenir.

EL SACRISTÁN

¡Gracias! Y ahora me atreveré a haceros una segunda pregunta.

EL MAESTRO

Habla sin temor.

EL SACRISTÁN

¿Cuándo llega el porvenir?

EL MAESTRO

¿Cómo? ¡Oh! ¡El porvenir no llega nunca!

EL SACRISTÁN

¿Nunca?

EL MAESTRO

Desde el momento en que llega ya ha desaparecido, convertido en presente... Esto se ve claro con sólo el sentido de la palabra.

EL SACRISTÁN

Vuestra conversación es siempre instructiva; no olvidaré lo que me habéis enseñado. Pero entonces, decidme: ¿cuándo se sostiene la palabra dada?

EL MAESTRO

Lo he dicho ya bien claramente. Una promesa es un pacto para el porvenir, que se cumplirá algún día.

EL SACRISTÁN

¿Para el porvenir? Bien. ¿Pero cuándo viene el porvenir?

EL MAESTRO

(En voz baja.) ¡Es un verdadero sacristán! *(Alto.)* Querido amigo, puesto que os resulta difícil de comprender, os lo diré claramente: mantener una promesa para el porvenir sería estúpido, porque el porvenir tan pronto como se presenta desaparece.

EL SACRISTÁN

¡Muchas gracias!

EL MAESTRO

Tras el concepto de cada cosa se esconde algo así como una trampa que es perfectamente comprensible para todo el que sepa contar hasta cinco. Prometer rima perfectamente con romper. Por muy honrado que sea el que promete, el mantener lo prometido resultaría demasiado molesto; casi puede decirse insoportable... para un espíritu un poco movible. Pero dime...

EL SACRISTÁN

¡Oíd!

EL MAESTRO

¿Qué es eso?

EL SACRISTÁN

¡Silencio!

EL MAESTRO

¿Quién es el que toca el órgano? ¡Qué sonidos más fuertes y estridentes!

EL SACRISTÁN

¡Sin duda que es él!

EL MAESTRO

¿El párroco?

EL SACRISTÁN

Sí.

EL MAESTRO

Apostaría que se levantó hoy tan temprano para burlarse de nosotros.

EL SACRISTÁN

Creo que esta noche apenas si habrá tocado la cama.

EL MAESTRO

¿Cómo?

EL SACRISTÁN

Yo sé por qué no duerme. Es duro como el hierro. Pero, sin embargo, un dolor secreto le atormenta desde que quedó viudo. Trata de esconderlo, pero su mirada es turbia y cansada. Su corazón es como una vasija llena hasta los bordes, que rebosa siempre. Bien lo veo, aun-

que no debiera verlo. Y así toca. ¿No oís?... Parece como si llorase a su mujer y a su hijo.

EL MAESTRO

Como si se oyese hablar, quejarse, separarse...

EL SACRISTÁN

Se siente que uno consuela y otro sufre...

EL MAESTRO

¡Si estuviera permitido sería cosa de conmoverse!

EL SACRISTÁN

¡Oh, si no fuese uno funcionario!

EL MAESTRO

¡Pero está uno limitado y atado por las consideraciones y por los deberes del cargo!

EL SACRISTÁN

¡Oh, si pudiera entregarse libro y pluma al demonio!

EL MAESTRO

¡Si uno fuera un vecino cualquiera y pudiera abandonarse a sentir!

EL SACRISTÁN

¡Amigo! Ahora que nadie nos ve, ¡déjanos sentir!

EL MAESTRO

No sería digno de nosotros caer así en el fango en que el común de los hombres vive. Un hombre no puede querer dos cosas, según la enseñanza del párroco. No puede ser bienaventu-

rado y condenado; no puede ser persona y como una cosa secundaria funcionario. Es preciso ser — para daros un ejemplo, aunque al oírlo os encojáis de hombros — un remedo de nuestro alcalde.

EL SACRISTÁN

¿Por qué del alcalde?

EL MAESTRO

Recordad la noche en que estalló de pronto un incendio en las oficinas de Hacienda, cuando os lanzasteis en el fuego para salvar el archivo.

EL SACRISTÁN

¡Oh! ¡Fué una noche terrible!

EL MAESTRO

¡Cómo corría y se afanaba el alcalde!... En esto se oye a su mujer que grita pidiendo socorro. En su habitación estaba el demonio, y ella lo veía perfectamente. «Amigo mío — grita —, no hay duda posible, sálvame; el demonio acecha y me mira furiosamente.» Entonces, por entre llamas y chispas resuena la voz del alcalde: «¡Sin ésa puedo vivir en todo caso! Lo esencial es que salvéis los papeles.» Helo ahí tal como es, de cuerpo entero, atenido incansablemente a los deberes del cargo y cuidándolo como un tesoro. Pero un día alcanzará por ello un puesto...

EL SACRISTÁN

¿Dónde?

EL MAESTRO

En el paraíso de los alcaldes.

EL SACRISTÁN

¡Sabio amigo!

EL MAESTRO

¿Qué importa?

EL SACRISTÁN

¿También a vos os ha marcado su sello el tiempo, que nada respeta? El que vos os moféis así de las cosas dignas, muestra lo pervertido que está todo. ¿Qué va a ser del respeto y de las buenas costumbres?...

EL MAESTRO

¡De qué sirve componer lo que está roto! ¡Cuando los pulmones están enfermos, que se alimente con fuerza! ¡En vez de ahogarse, que tosa! Sin duda que tampoco entre nosotros falta agitación... Pero en cambio hay muchas cosas que nos dan esperanza. Cuando cayó nuestra vieja iglesia parecía como si todo hubiese acabado. Y las gentes no veían ante sí más que el vacío.

EL SACRISTÁN

¡Con qué fuego habían gritado: «Derribadla, derribadla!» Pero a la larga pasó el fuego y recobraron la razón. Y se les veía atemorizados y con la vista baja, pensando en que realmente quedaba destruído el antiguo templo que se les había aparecido siempre como lo más alto e inviolable. A algunos les pareció horrible esto.

EL MAESTRO

Al caer la iglesia, sintieron lo fuertemente que estaban ligados a ella, y mientras se levantaba la nueva esperaban, temerosos e impacientes, al día de la terminación, al día en que la antigua bandera iba a plegarse, y la nueva, con la frescura de sus colores, a flotar, substituyéndola, al aire. Pero cuando comenzó a alzarse la torre, el silencio fué haciéndose cada vez mayor; ahora está terminada.

EL SACRISTÁN

(Señalando con la mano.) ¡Que nos traiga muchas bendiciones!... ¡Pero mirad cuánta gente viene!

EL MAESTRO

A miles. Y todos silenciosos.

EL SACRISTÁN

Sin embargo, se siente un mugido sordo, como el del mar cuando quiere tragarse un barco.

EL MAESTRO

Es el latido apresurado del corazón del pueblo..., como si tuviesen la adivinación de que algo grande está en acecho, como si supiesen que iban a tener que cambiar de Dios... ¿Dónde está el párroco?... ¡Tengo miedo!... ¡Quisiera verme lejos de aquí!

EL SACRISTÁN

¡Yo también, yo también!

EL MAESTRO

En horas como ésta no hay sonda que pueda llegar al fondo del corazón. Por hondo que se cave en el suelo, el fondo está siempre más abajo.

EL SACRISTÁN

¡Amigo!

EL MAESTRO

¡Amigo!

EL SACRISTÁN

¡Hum!

EL MAESTRO

¿Adónde queréis ir a parar?...

EL SACRISTÁN

Creo que estamos entregados al sentimiento.

EL MAESTRO

Yo no lo creo.

EL SACRISTÁN

Tampoco yo, en realidad.

EL MAESTRO

¡Nosotros dos no somos de esa madera! Buenos días. Los chicos me esperan. *(Se va.)*

EL SACRISTÁN

Antes yo me entusiasmaba por muchas cosas; pero ahora pienso fríamente de la historia, y me guardo muy bien de publicar lo que pienso. ¡Ahora al trabajo!... ¡El salario es bien mezquino! ¡Pero la ociosidad es una invención del diablo!

(El órgano, que hasta ahora había sonado a

media voz, comienza a sonar alto y termina con una disonancia constante. Al poco tiempo aparece Brand.)

BRAND

No, no puedo dominar estos tonos, traerlos a plena expresión. Suena siempre como un grito. La bóveda, y los muros, y los arcos, y la hilera interminable de columnas pesan sobre mí y sobre la dolorosa melodía de mi canto. Busque las variaciones que busque, sale siempre del órgano un suspiro mortal, sordo, pesado. No tiene voz. Subí el tono para expresar la súplica, pero cayó rendido, en un ruido estridente, como de una campana que saltara, y Dios mismo, ensordecido por el dolor, el canto, la voz, me arrojó, colérico de sí... ¡Que Dios levante su casa! ¡Con qué arrogancia pronuncié esta frase! Derribé, rasgué y ordené, compuse, allané y erigí, y ahora ahí está, grande y magnífica...; al menos así lo pregona el mundo... ¿Pero soy sincero? ¿Es realmente grande? ¿Está realmente animada del sueño hermoso en que la concebí? ¿Es como aquel templo magnífico, como una cámara del cielo, como el árbol joven de la vida?... ¡Oh! Si Agnes viviese, no temblaría yo vacilante. Ella vería lo grande en lo pequeño; para ella desaparecerían las dudas. ¡Oh, ella podía aunarlo todo! El cielo y la tierra no eran para ella sino la copa y el tronco del árbol. *(Se fija en los preparativos de fiesta.)* Coronas, banderas desplegadas y los niños con cánticos. Se ve al pueblo que se agolpa

saludando amistoso en la casa parroquial; algunos se suben en las tapias... ¡Y mi nombre en letras doradas!... ¡Luz, Dios mío!... ¡Si no, me hundiré en el más profundo de los abismos!... Pronto comenzará la fiesta. Todas las miradas están fijas en mí, y mi nombre anda en todas las lenguas. ¡Oh, qué daño me hacen estas letras, estas palabras y estos pensamientos! Y me siento como mordido, como embrujado, como helado por estas almas farsantes... ¡Si pudiera huir y refugiarme en el abismo más hondo! ¡Oh! ¡Poder olvidar, robarles mi presencia y refugiarme en las cuevas de animales silvestres!

EL ALCALDE

(Que viene de gran uniforme, le saluda con alegría resplandeciente.) Por fin ha llegado el gran día. Después de los seis, llenos de trabajo, el sábado. Que caiga la vela e icemos la bandera de domingo. Ahora continuemos nuestro camino en calma, navegando con la corriente, y contemplemos con orgullo la obra grande, buena y hermosa. ¡Que seáis feliz, noble, grande hombre, que hicisteis esa obra admirable!... ¡Que seáis muy feliz!... ¡Ya veis cómo estoy conmovido y también enormemente alegre! ¿Pero vos...?

BRAND

Siento como un nudo en la garganta.

EL ALCALDE

¡Bien; ya se pasará! Tenéis que predicar pala-

bras majestuosas, desempeñar la alta misión con vuestro brillo acostumbrado. ¡Qué gloria más grande! Las gentes están completamente pasmadas y miran...

BRAND

¿De veras?

EL ALCALDE

El arcipreste está encantado; me lo ha dicho al oído. ¡Qué estilo más noble, qué elevación espiritual en todas las formas! ¡Cualquier censura sería aquí grosería!

BRAND

¿No tenéis más que alabanzas?

EL ALCALDE

Sin duda.

BRAND

¿También a vos os parece verdaderamente grande?

EL ALCALDE

No sólo lo parece, sino que lo es; como el vientre de una gran ballena.

BRAND

¿De modo que grande? ¿Creéis en vuestras palabras?

EL ALCALDE

Es la mayor del *fjord,* aunque para aquí, para el Norte, sea demasiado grande. En otros países más al Sur quizás pareciera pequeña; pero entre nosotros, que habitamos un país rocoso, lleno

de campos ingratos y de alturas desiertas, entre nosotros casi parece una obra de gigantes.

BRAND

Hemos cambiado una mentira antigua por una nueva.

EL ALCALDE

¿Cómo es eso?

BRAND

El pueblo, a quien entusiasma siempre lo nuevo, se satisface, huyendo de la suciedad veneranda, a refugiarse en la protección del presente. Antes gritaba el coro: «¡Oh, qué venerable!» Ahora brama: «¡Oh, qué majestuoso!» En los dos casos no hay más que un fetiche.

EL ALCALDE

Amigo mío, tenéis razón, sin duda; pero yo no lo calificaría así. No condenaría tan duramente a lo que solamente puede ser censurado desde un punto de vista estético.

BRAND

Pero todo el que busque verdad verá que la iglesia es realmente pequeña. Callar es también mentir.

EL ALCALDE

¡Dejad tales preocupaciones! ¿A qué criticar la propia obra? ¿A qué edificar primero, para derribar luego lo edificado? El pueblo está enteramente satisfecho. Para él, la iglesia es de una belleza ideal; jamás han visto nada igual, ni de-

sean nada mejor acá en la tierra. ¿Por qué, pues, hacerlos descontentos? ¿Por qué atormentarlos haciéndoles ver que alumbra débilmente la luz de las antorchas que al cabo ilumina su obscuro camino? Las cosas son según la opinión que de ellas se tenga. Aunque la iglesia no fuera más que un establo, sería un templo en el caso de que las gentes lo viesen así.

BRAND

¡Por todas partes la misma doctrina!

EL ALCALDE

Pensad que en la fiesta de hoy las gentes vienen como huéspedes vuestros, y que no estaría bien no honrarles como tales. Sería contra vuestra propia honra y contra nuestro programa de fiestas el contarles ahora esas cosas.

BRAND

¿Pero por qué?

EL ALCALDE

¡Escuchad! Vuestros feligreses quieren regalaros un cáliz de plata magnífico, cuya inscripción será la envidia de vuestros enemigos. Luego, el canto, tan bien ensayado; el discurso, preparado por mí... Sería terrible que con todas estas cosas vuestro valor flaquease de pronto... ¡Ya veis que es preciso!

BRAND

¡De qué modo tan doloroso se encadenan las cosas! ¡Una fiesta de mentiras como premio a la mentira!

EL ALCALDE

¿Dónde queréis ir a parar, querido amigo?... Tanta violencia... ¿Tiene sentido esto? ¿Por qué tomarlo tan trágicamente y emplear palabras tan fuertes en una cuestión de gusto? Pero oíd lo que quería deciros. Si lo de antes era plata, es oro lo de ahora. Habéis tenido suerte: se os aclama, se os alaba; en los pliegues de vuestro vestido brilla hoy una cruz de caballero.

BRAND

Hace mucho tiempo que llevo una cruz pesada; del golpe me duele aún la mejilla.

EL ALCALDE

¿Cómo? ¿Qué? ¿No estáis profundamente conmovido? Sois un enigma y os amargáis los dones mejores... ¡Es lástima!

BRAND

(Golpeando con el pie en el suelo.) Dejaos de palabras hueras... ¡Me estáis envolviendo en una red! Tomáis lo que digo a la letra. ¡Yo no me refería a una grandeza que se puede medir por pulgadas y expresar con números! No; pensaba en aquella cuyos rayos escondidos, ardientes unos, otros fríos, llenan el alma, de la que brotan miles de arroyos en cuya agua apagamos nuestra sed... Que calma en nosotros sueños y ansias... Que alta como una noche estrellada... Que... Idos, estoy cansado. ¡Explicad, probad, hablad con los demás! *(Entra en la iglesia.)*

EL ALCALDE

¿Quién puede encontrar sentido en esa confusión? Grandeza..., números..., arroyos escondidos..., ansias..., rayos de luz... ¡Y noche estrellada!... ¡Oh, amigo mío, seguramente que ya te has desayunado! *(Se va.)*

BRAND

(Vuelve a salir.) Nunca he sentido tan profundamente la soledad en que tengo que vivir. A mis preguntas sólo el eco contesta, me hiere dolorosamente y la multitud prorrumpe en carcajadas. *(Sigue con la vista al Alcalde.)* ¡Cómo le odio a ese despreciador de todo lo grande y lo bueno! Trato de hacer que eleve su mirada sobre las miserias y ambiciones en que vive, y su boca cínica escupe su alma perversa, podrida... ¡Oh Agnes, sin consuelo me atormento! ¡Oh, porque eras tan dulce!... Estoy cansado del largo viaje en que nadie es vencido y nadie vencedor... ¡Ay de mí, guerrero solitario y desconsolado!

EL ARCIPRESTE

¡Oh hijos míos, corderos míos!... Perdonadme, hermano en el Señor y compañero; hablo como en sueños. La fiesta, a la que todo el mundo corre; el sermón que estudié y que ayer todavía me aprendí de memoria..., todo esto, se me ha subido a la cabeza. ¡Pero basta ya! Gracias y prez a vos, que impávido, sin temor al alboroto y griterío, rompisteis tan denodadamente el hielo. Que echó abajo lo que estaba vacilante, sin con-

sideración al parecer de las gentes... Ahora se levanta majestuosa e imponente la nueva iglesia.

BRAND

¡Oh, no!

EL ARCIPRESTE

¿Qué resta, pues, que hacer?

BRAND

En la nueva casa sólo entrarán los espíritus nuevos, los hombres puros.

EL ARCIPRESTE

Esto viene por sí solo; hay que tener paciencia solamente. La alta bóveda, clara y limpia, hará que las gentes sientan también la necesidad de limpieza. Y luego la hermosa resonancia. Desde ese púlpito, maravillosamente tallado, vuelan las palabras y de cada una se hacen dos... Con esto se aumenta la fe y el esplendor en un ciento por ciento, si no más. Esos son resultados; tales, si apenas en otros Estados mayores podrán encontrarse algunos comparables. Y aun cuando mi rango sea superior al vuestro, aquí os hablo francamente como hermano. ¡Recibid mi agradecimiento más profundo! En la comida que seguramente nos brindaréis recibiréis las alabanzas del elemento joven del Arciprestazgo... Pero, querido Brand, ¿por qué estáis tan pálido?

BRAND

Siempre he sido rico en fuerzas y en valor... Pero ahora...

EL ARCIPRESTE

¡Se comprende perfectamente! ¡Un trabajo tan agobiador! ¡Sin el auxilio del Estado! Pero lo más difícil ha pasado ya... Tendremos una fiesta hermosa, querido. Las gentes vienen a bandadas; también se ha reunido un gran número de compañeros. ¿Quién puede competir con vos en dotes oratorias? ¡A vuestro lado balbucea el mejor! Por eso se apresuran todos a recibiros con los brazos abiertos, llenos de cordialidad. ¡Y luego la obra tan acabada y adornada tan magníficamente! ¡El texto de hoy tan profundo, tan íntimo!... ¡Y luego vuestra casa! Precisamente acabo de recorrerla; estaban despedazando la ternera. ¡En verdad, Brand, un magnífico animal! Apuesto a que os habrá costado gran trabajo encontrar un bocado tan exquisito, y más en este tiempo tan caro, en que hasta a los parroquianos se les pide cincuenta o sesenta céntimos por una libra. Pero dejemos ahora esto, pues hoy tenemos otras cosas que hacer.

BRAND

¡Hablad, desgarrad, punzad sin miedo!

EL ARCIPRESTE

¡No soy hombre que en tales cosas se complazca, amigo! Pero el tiempo de que podemos disponer es corto. Se trata de una pequeña cosa solamente; pero tenéis que cambiarla, y eso desde hoy. Y me parece que lo adivinaréis...

BRAND

¿Os referís a la ternera?

EL ARCIPRESTE

No, esta vez no; quisiera hablaros de vuestro deber, de vuestro cargo. Dais demasiado poca importancia a los usos y costumbres, y eso se paga. Pues usos y costumbres son lo más inmediato, aunque no sean lo más alto. ¡Dios mío, me doy cuenta perfecta de cómo van las cosas! Se es joven, lleno de espíritu, se acaba de venir de la ciudad, no se tiene trato con las beatas, no se conocen las necesidades del pueblo. Pero ahora, amigo mío, hay que cortar el mal de raíz. La cosa, aunque pequeña, es importante; hasta aquí os habéis cuidado demasiado de las necesidades, deseos y conveniencias del *uno*. La falta era, permitídmelo, grande. En las masas sólo pesa la canalla; hay que medirlos a todos por el mismo rasero. ¡Al cabo, todos provienen del mismo tronco!

BRAND

¡Explicaos más claramente!

EL ARCIPRESTE

¡Ved qué magnífica vuestra iglesia se levanta! ¡Una casa consagrada a la paz, a la ley! El Estado ve en la religión el poder que regula las costumbres, y el tono de vida, la protección que por doquiera se siente, la fuerza que fortalece la moral. Pero como su haber es pequeño, exige algo en cambio. Un buen cristiano es, debe ser, un buen

ciudadano. ¿Pensáis que iba a dar su dinero tan sólo para que las gentes se regalaran con su Dios, y que no iba a atender a su propio bien? No, amigo mío; no es así el Estado, y ciertamente andarían mal las gentes si él no buscase con decisión su propio bien. Pero, amigo mío, el Estado no puede alcanzar este fin de un modo seguro, sino por medio del párroco como funcionario.

BRAND

¡Qué sabiamente habláis!

EL ARCIPRESTE

De vos proviene la iglesia y todo lo que queráis, aun regalarla para bien del Estado; y estaría bien que la encaminaseis en tal sentido. En este espíritu veo la fiesta que hoy se celebra y en la que se renuevan muchas promesas y hago que suenen las campanas. Pero al hacer la donación tenéis que prometerme firmemente obrar en el sentido indicado.

BRAND

Mi intención no era ésa.

EL ARCIPRESTE

Pues ya veis que se ha entendido así. Ahora es demasiado tarde.

BRAND

(Fuera de sí.) ¡Demasiado tarde, demasiado tarde! ¡Eso lo veremos!

EL ARCIPRESTE

¡Pero sed razonable!... ¡Comprended lo que os digo! ¿A qué ponerse fuera de sí como un loco? Si no es nada malo lo que me vais a prometer. No por eso tendréis que renunciar al cuidado del alma de las gentes...; con prudencia y sentido puede aunarse perfectamente con el servicio del Estado. ¿Sois acaso párroco — dicho sea entre nosotros — para Pedro, Juan y Antonio? ¡Lo sois de la parroquia entera, para que se aúne en la fuente de la gracia! Y si vos lográis conducirla a la salud eterna, también el individuo tendrá su parte. Ved, el Estado – por mucho que le odiéis — es casi un republicano. La libertad le pone furioso, pero la igualdad le parece bien; ahora, la igualdad no puede lograrse sin arrasarlo todo a un nivel... En esto es en lo que anduvisteis equivocado; pues, al contrario, trabajasteis siempre en forzar la desigualdad que nunca se había visto aquí. Antes las gentes eran silenciosas y sumisas, miembros de la Iglesia y no personalidades. Con eso no se sirve al Estado, que ya apenas se atreve a exigir lo que necesita en contribuciones y gabelas. La Iglesia ya no es el sombrero que sirve para todas las cabezas.

BRAND

¡Oh, qué horror! ¿Quién tendrá valor viendo esto?

EL ARCIPRESTE

No os asustéis; el mal no está aquí todavía, aun-

que ya se ve que en esto está la raíz; aquí se muestra claramente el defecto. ¿Cómo se dice? Quien vive puede esperar; y por la consagración de la Iglesia habéis recibido el poder de obrar en pro de la razón de Estado, por difícil que esto sea, en las parroquias muy apartadas... En todo tiene que haber una regla, pues si no las fuerzas se dividen y como toros indómitos derriban soto y verja y valladar y cuanto pueda inventarse para hacer separaciones. En cada ramo de la vida se ve una ley superior, que se bautiza de distinto modo, pero que es la misma. En el Arte se llama escuela, en la Milicia guardar el paso. Esa es la salvación de la generalidad. ¡Todos al mismo paso! Así siempre, así puede también el pequeño hacer el camino. Todos los pies al mismo compás; así pueden marchar hasta los contrahechos y tullidos.

BRAND

¡El águila en el vertedero, y el ganso en el éter azul, en el esplendor del cielo!

EL ARCIPRESTE

A Dios gracias, nosotros no somos animales. Pero si hemos de usar metáforas poéticas y fábulas, lo mejor será que os presente algunas parábolas sugestivas sacadas de la Biblia; por ejemplo, para no citar más que una, la de la torre de Babel. ¡Decid vos mismo adónde llegaron los pobrecitos! ¿Y por qué? La explicación es fácil, aunque los sabios discutan sobre ella. Porque no

se pusieron a la gran empresa compactos y ordenados. No tiraban de la misma maroma, cada cual cantaba su canción...; se hicieron también... personalidades. Este es el doble sentido de la fábula, ¡la enseñanza que de ella se saca!, y de la que, a lo que parece, estáis muy lejos; es ésta: Está perdido quien cree alcanzar sólo el fin ansiado. Cuando Dios quiere aniquilar a uno, le hace individuo, y luego se ríe. Los romanos creían que estos señores habían recibido la inteligencia de un Dios. Pero caen siempre locos y solitarios, porque pretenden un contrasentido. Pocas veces se les envía el Elías, las más el Urías.

BRAND

¡Es muy posible! ¿Pero qué vale eso? ¿Qué es la muerte?... Además, ¿creéis que si aquella gente no hubiera tenido más que un idioma, si no hubiera habido nada que los dividiera, hubieran podido alcanzar fácilmente su propósito de levantar el edificio hasta el cielo?

EL ARCIPRESTE

¿Hasta el cielo? ¡De ningún modo! ¡Cómo había de ser eso dable al hombre! Este es el otro sentido que se esconde en el enigma...: Que toda construcción que quiera llegar al cielo tiene que caer.

BRAND

Sin embargo, la escala de Jacob subió al cielo, y nuestras ansias van más allá todavía.

EL ARCIPRESTE

¡En cierto sentido, sí! ¡Eso está claro! ¿Para qué gastar palabras vanas sobre ello? Claro está que el cielo es la recompensa de la vida, la fe, las penalidades de la tierra. Pero hay que separar la fe y la vida: son palabras que no pueden pronunciarse de una vez. Se gime seis días bajo el yugo, y por eso el domingo se siente conmovido; ¿quien vendría a la iglesia si toda la semana hubiera oficios? Deshace el efecto purificador de la palabra quien la evapora diariamente en humo. La religión, como el arte, se convierte fácilmente en una niebla vaporosa. Desde el altar pueden contemplarse tranquilamente los ideales; pero al traje talar no le conviene la luz del sol. Pues en todo está fijado el límite que no se puede traspasar... Y así llego, ya que la ocasión lo ha querido, a la conclusión deseada.

BRAND

Una cosa veo claro. En los moldes en que queréis encajar las almas sólo caben corazones desmayados.

EL ARCIPRESTE

Por lo que a vos toca, podíais subir al puesto más alto... ¡De vos depende!

BRAND

Pero ese puesto sólo se alcanza deslizándose cobardemente.

EL ARCIPRESTE

Sólo el que se humilla sube. Un gancho se dobla hasta que encaja.

BRAND

Queréis utilizar al hombre y luego dejarlo deshecho.

EL ARCIPRESTE

¡Dios me asista! ¿Cómo podéis creer que abrigo tales intenciones?

BRAND

¡Sangrar primero..., y después desangrarse! ¡Sólo esqueletos os sirven, y como medida un lecho de Procusto!

EL ARCIPRESTE

¡No soy capaz de tocar un pelo de un gato..., cuanto menos a vos! Pero me pareció que podría conveniros si os mostrase, de buena manera y a través de una rendija, por decirlo así, el cómo yo concibo la vida.

BRAND

¿Pero es que hay elección para mí? ¿He de renegar, por seguir el llamamiento del Estado, del ideal para que Dios me creó?

EL ARCIPRESTE

¿Renegar, amigo?... No os pido nada semejante. ¡No hago sino mostraros vuestro deber! Podéis guardaros para vos mismo lo que para la

parroquia no es conveniente. Rascaos solo, si os pica. Os dejo de buen grado el resto, pero cerradlo herméticamente. Volad, soñad, según vuestro corazón os demande..., pero interiormente y no a la vista de la multitud. Creedme: un ánimo terco e indomable recibe a la larga su castigo.

BRAND

Tú tienes que parecerte a tu imagen... Sobre tu frente está marcado el sello de Caín... A gritos dice: ¡Vedle, al hombre de mundo experimentado que destrozó el corazón de Abel!

EL ARCIPRESTE

(Para sí.) ¡Ahora me dice de tú! ¡Eso ya es demasiado! Pensad más tarde con calma la cosa. El que quiere marchar adelante, tiene que comprender a su tiempo al país en que vive; si no, no alcanzará jamás el triunfo en la... Ved, si gustáis, al artista y al poeta. ¿Qué es lo que principalmente les impulsa? ¿No siguen el gusto de su época? Donde nada hay que levantar, de nada sirve una palanca. Ved nuestros guerreros; para ellos, un sable de afilado corte sería un lujo. ¿Por qué?... Ya conocéis la máxima del zorro... La voz del pueblo es voz de Dios. Se puede cultivar su propio yo..., pero extirpando de él lo peculiar, para marchar por el camino que todo el mundo sigue. El alcalde llama humana a nuestra época. ¡Si quisieseis comprenderlo así y abandonaseis vuestra sorda irritación! Vos podríais aspirar a lo más alto; pero es preciso

limar lo esquinado, extirpar lo excesivamente exagerado... Tenéis que haceros como los demás, y no pretender recorrer un camino propio... Sólo entonces se os dará el premio.

BRAND

¡Lejos, lejos de aquí!

EL ARCIPRESTE

Sin duda que un hombre con vuestras dotes tiene que disponer algún día de un círculo de acción más amplio. Pero dondequiera que os halléis, seáis grande o pequeño, debéis colocaros el traje del tiempo. Sed el cabo que conduce a compás su pelotón... Pues nuestro ideal del conductor es, hoy por hoy, un cabo... Y de la misma manera que el cabo lleva a los suyos en secciones a la iglesia, el párroco debe marchar hacia el Paraíso delante de sus feligreses. Y ello es fácil, porque, así como así, toda la fe está basada en el principio de autoridad. Y se confía en ella, se la tiene por buena, porque se la cree fundada en el saber; pero al comunicarla hay que atenerse sin remedio a ley y ritual... ¡Firme, pues, hermano mío! Reflexionad sobre vos mismo, sobre vuestro cargo, sobre vuestra posición... Así escaparéis a la sentencia..., a la sentencia de una instancia superior. ¡Y ahora, pasadlo bien! Quiero probar la resonancia de la iglesia, para poder cumplir a conciencia mi cometido más tarde, cuando tenga que predicar... Hablaré de la contradicción en la naturaleza del

hombre... De Dios y del deslucimiento de su imagen... Además, ya va siendo hora de buscar algo que conforte el cuerpo. *(Se va.)*

BRAND

Lo sacrifiqué todo a la misión para la que pensaba yo me había creado Dios, y ahora suena la trompeta del día y se ve a quién aprovechaba mi obra... ¡No, y mil veces no! ¡No quiero hundirme! ¡Seguiré aferrado a la tabla de salvación! ¡Habéis bebido mi sangre, la sangre de mi corazón! ¡Me habéis quitado la luz, la vida! ¡Mi alma no puedo dárosla! ¡Oh, qué terrible el sentirse tan solo!... ¡Adondequiera que miro, veo la penumbra de la muerte! ¡Demando suplicante un trozo de pan..., y me dan una piedra dura! ¡Con cuánta verdad habló..., con qué terrible verdad! ¡Pero qué desconsuelo más grande!... La paloma del espíritu posa escondida, no viene a confortar a un hombre en su dolor... ¡Oh, si alguien viniese que me trajese calma y paz!

(Einar, pálido y flaco, viene por el camino, y al ver a Brand se detiene.)

BRAND

¿Eres tú, Einar?

EINAR

Sí, ése es mi nombre.

BRAND

¡Oh, tenía sed precisamente de hallar un hombre! ¡Un corazón en que pudiera encontrar calor! ¡Ea, déjame que te abrace!

EINAR

No lo necesito; he llegado a puerto seguro.

BRAND

Seguramente, los recuerdos te quitan el reposo. La última vez que nos vimos...

EINAR

No; tú no fuiste culpable; no fuiste más que el instrumento ciego que me fué enviado para libertarme de las vanidades del mundo, pues estaba perdido en una senda de pecado.

BRAND

(Retrocediendo.) ¿Qué lenguaje es ése?

EINAR

Es muy conocido. El del iluminado, del renovado, del elegido de Cristo.

BRAND

¡Es maravilloso! Yo había oído de otros caminos y otros testigos. Se decía que eras...

EINAR

Estaba ciego; era orgulloso y creía en mi fuerza; confiaba en mi propia obra, como suelen hacer los hombres. Pero mis talentos, mi pintura, mis cantos me envolvían en las redes de Satán. Mas, gracias sean dadas a Dios, se hizo luz: el débil corderito no se vió abandonado. Él puso un objeto a mis afanes.

BRAND

¿Un objeto? ¿Cuál?

EINAR

Yo caí...

BRAND

¿Caíste?

EINAR

Caí en las garras del juego, de la bebida, de la depravación...

BRAND

¿Y tuvo Dios que tenderte la mano?

EINAR

El primer paso para mi salvación consistió en quitarme la salud del cuerpo. Perdí el talento y el sentido para la confusión abigarrada de la vida. Entré en el hospital, presa de una enfermedad horrible; estuve con fiebre muchas semanas, y veía cómo de los riñones se arrastraban miles de insectos asquerosos. Salí al cabo e hice conocimiento con unas hermanas, en número de las Gracias, que estaban en comunicación con el cielo. Las tres, junto con un teólogo, burlaron las astucias del demonio y, tras algún tiempo, me condujeron al reino de Dios y a la eterna victoria.

BRAND

¡Ah, vamos!

EINAR

Las vías de Dios son diferentes: unos marchan por el valle, otros por senderos confinados.

BRAND

Pero más tarde...

EINAR

Recorrí el país como apóstol de la Sociedad de Templanza. Pero el oficio es peligroso y está expuesto a muchas tentaciones, y el demonio acecha constantemente. Por eso he buscado otra cosa, y ahora me voy como misionero.

BRAND

¿Adónde?

EINAR

A predicar a los negros del África. Pero basta ya de hablar. No tengo tiempo.

BRAND

¿No quieres descansar aquí? Hoy celebramos la fiesta de la inauguración de una iglesia.

EINAR

Sólo me interesan las almas de los negros· ¡Adiós! *(Va a marcharse.)*

BRAND

¿No hay ningún destello de recuerdo que te retenga y te fuerce a preguntarme?

EINAR

¿El qué?

BRAND

Por la que se lamentaba porque la habías abandonado.

EINAR

¿Lamentarse por mí?... Pero ya caigo. Te refie-

res a aquella mujer que me tenía preso en sus redes antes que la fe me hubiera lavado. ¿Qué ha sido de ella? ¿Qué suerte...?

BRAND

Un año después era mi mujer.

EINAR

¡Sin importancia! Me es lo mismo. No vale la pena de hablar de ello... ¿Te ocurrió algo importante?

BRAND

El Cielo nos bendijo: fuimos ricos en alegrías y dolores... Un niño... ¡Lo he enterrado!

EINAR

¡Bah! ¡Sin importancia!

BRAND

Se nos había prestado, no dado; era un sueño que tenía que evaporarse. Luego dejó ella también la tierra. ¡Mira el verde fresco de la tumba!

EINAR

¡Insignificante!

BRAND

¿También eso?

EINAR

¡Quién piensa en semejantes cosas! No; lo que quiero saber es cómo fué a la muerte.

BRAND

Llena de esperanza en una aurora, con el corazón colmado de elevados anhelos; llena de

agradecimiento por todo cuanto la vida le dió y le quitó.

EINAR

¡Eso son niñerías! ¿Cómo estaba su fe?

BRAND

Inconmovible.

EINAR

¿En quién?

BRAND

En Dios.

EINAR

¿Sólo en él? Está condenada.

BRAND

(Con calma.) ¡Vete, miserable!

EINAR

¡Los dos juntos! Irás a una buena escuela, a la cocina del demonio quiero decir.

BRAND

¡Tu saber no sirve para este caso! ¡Y que se atreva a eso quien proviene, quien acaba de salir de la ciénaga, del pecado!

EINAR

No me queda ni la más mínima mancha; el agua de la fe las borra todas. Pues se lavaron todos los hilos en el agua de la gracia celestial, y mi vestido de Adán lo ha purificado la vigilancia constante. Mi casulla, limpia y suave, porque no he ahorrado el jabón, el jabón de la oración...

BRAND

¡Oh, qué asco!

EINAR

¡Aquí huele a azufre! ¡Uf!... También veo algo como los cuernos del demonio. Yo soy el grano de trigo del cielo; tú eres la cizaña infernal. Frente a mí, tú no eres nada. *(Se va.)*

BRAND

(Le sigue un momento con la vista; luego brillan sus ojos y prorrumpe.) ¡Éste era el hombre que yo ansiaba! ¡Que se lo trague un abismo!... ¡Fuera todo lo que me encadenaba!... ¡Arriba la bandera! ¡Que mi voluntad esté firme! ¡Que sople la tempestad en este silencio de muerte!

EL ALCALDE

(Viene apresuradamente.) Querido pastor, venid en seguida, porque la procesión espera ya hace tiempo.

BRAND

¡Que salga!

EL ALCALDE

¿Sin vos? Pero pensad... Id a casa y poneos vuestro traje negro... No quieren esperar ya más. Se agolpan en vuestro jardín como un río que va a desbordarse. Están impacientes, gritan pidiendo el párroco y hasta os llaman loco.

BRAND

No quiero ir entre enanos y gentes de voluntad flaca. Me quedaré aquí.

EL ALCALDE

¡Estáis loco!

BRAND

Vuestro camino es demasiado estrecho para mí.

EL ALCALDE

Si venís allá, entre la muchedumbre aglomerada os parecerá más estrecho todavía... ¿Lo veis? Ya no pueden aguantar más. El arcipreste y los sacerdotes, los empleados, las mujeres y los niños, los condenados, vienen todos hacia acá. Ven, ven caro amigo. De nada sirven uniforme y guantes; de nada mis ruegos, mis amenazas, mis maldiciones. ¡Demasiado tarde! Han roto la valla. ¡Adiós nuestra procesión!

(La multitud penetra por la valla y viene en confuso desorden hacia la iglesia.)

ALGUNAS VOCES

¡Párroco!

OTRAS

(Señalan hacia las escaleras de la iglesia, en las que Brand está en pie, y gritan.) ¡Allí está!

OTRAS

¿Damos la señal de la inauguración?

EL ARCIPRESTE

(En medio de la muchedumbre.) ¡Haz que se aparten!

EL ALCALDE

¡Es inútil! ¡No puede conseguirse nada!

EL MAESTRO

(A Brand.) Hablad y calmad a la muchedumbre, que está como poseída. Lo que se va a hacer aquí, ¿va a ser grande, va a ser pequeño?

BRAND

¡Oh, hay algo en el clamor sordo del pueblo!... ¡Pueblo, estás en el momento crítico! ¡Tienes que querer lo nuevo por entero! ¡Arroja por tierra lo dañino! Antes de eso no será consagrado el gran templo ni entrará nadie en él.

LOS FUNCIONARIOS

¡Oíd! ¡Desvaría!

LOS CLÉRIGOS

¡Está loco!

BRAND

Sí que lo estaba al creer que el pueblo anhelaba el Dios que es la verdad y la luz. Sí que lo era cuando pensaba que os ligaba a lo alto, que os salvaba del juicio. Porque la iglesia era pequeña y ruinosa me dejé engañar, y pensé: Siendo doble mayor, será mejor, y siendo cinco veces más grande..., ¡entonces sí que no faltará nada! Pero ahora dudo y me pregunto: ¿Habrá algún número que sea bastante para tu *O todo o nada?*... ¿No es una cobardía buscar acomodos, tratar de hallar términos medios? Pero hoy habló el Señor... Las trompetas del juicio atronaban el espacio, y su clamor nos estremecía con un pavor sagrado. Y yo escuchaba, y mi respi-

ración era entrecortada; estaba como David ante Nathán. Ahora han desaparecido todas las dudas. ¡Pueblo, un pacto cobarde es Satán!

LA MULTITUD

(Bajo una emoción creciente.) ¡Fuera los que nos roban arteramente la vida, la savia y la fuerza!

BRAND

Yo sé de un enemigo más temible que engendra en vosotros el mal. Habéis dilapidado vuestra fuerza, habéis rasgado vuestra alma. ¡Por eso vuestro ser está desgarrado! ¿Habéis creído jamás en las cosas que ennoblecen a la Humanidad?... ¿Qué es para vosotros la iglesia?... ¡Apariencia y no más!... Sones de órgano, cánticos y campanas, brillo y pompa que os atraen... Os gusta dejaros estremecer medio por las llamas, medio por el hielo, cuando alguno susurra, suspira y murmura, grita con voz de trueno y hurga vuestras heridas; cuando luego arde como en una llama sagrada, eleva la voz y murmura en voz baja... según todas las reglas del arte.

EL ARCIPRESTE

(Para sí.) ¡Es el retrato del alcalde, que charla y charla!

EL ALCALDE

(Del mismo modo.) ¡Es el retrato del arcipreste cuando predica!

BRAND

Vuestros corazones apagados son cirios que

lucen en las grandes solemnidades... Sólo lustrosos por fuera... Por eso huís de la pelea dura, os refugiáis en la estrechez de vuestra casa, venís a buscar vuestros esfuerzos y vuestros cuidados mezquinos. ¡Vuestras almas andan en traje de diario, vacías de deseos y ansiedad!... Os place el sufrir de hambre espiritual... ¡Y en tanto el libro sagrado de la vida descansa olvidado en el armario hasta el próximo día de gracia! No era eso lo que yo ansiaba cuando apuré el cáliz del sacrificio. Si construí tan grande la iglesia fué para que acogiese en su seno, para que amparase bajo su techo, no sólo la fe y la doctrina..., no, todo cuanto recibió de Dios vida. El resplandor claro del trabajo, el descanso de las veladas, la apacibilidad de la estancia tranquila y la opresión temerosa del corazón. El aire fresco de la juventud y los sentimientos que callados se adentran en el alma. Todo cuanto posee inconsciente el pecho del hombre y en él alienta... Ved el río que sin descanso corre, y el bosque silencioso que sueña, y la tempestad que grita a pulmón pleno... Todo ello debía fundirse con el sonar triunfal del órgano, con el cántico jubiloso de los hombres... Y todo eso está ahora desacordado... Fuera con esa obra de apariencia. ¡Nunca una vida como la vuestra, pues ahogáis los gérmenes mejores y profanáis la santidad de vuestro trabajo!

VOCES DE ENTRE LA MULTITUD

¡Fuera; ruge una tempestad! ¡Condúcenos y que tiemblen nuestros enemigos!

EL ARCIPRESTE

¡No le escuchéis, no es cristiano! ¡Y su fe no es conforme a la enseñanza de la Iglesia!

BRAND

¡En eso sí que tienes razón! Ése es el cáncer que nos corroe. Ésa es la falta y la culpa eternas. ¡Sólo *un alma* puede creer! Muéstrame una que no vaya a tientas, que no corra a su perdición, que no dilapide su parte mejor. Viviendo en el placer y en la farsa os olvidáis del fin supremo. Sólo cuando vuestras fuerzas están agotadas, cuando habéis perdido toda alegría, pensáis en la salud de vuestra alma. Cuando la energía del cuerpo se ha gastado, cuando el cáliz está vacío..., entonces es tiempo de esperar... El cielo está abierto para los suplicantes. Cuando el sello sagrado se borró ya y el hombre se ha separado de vosotros, os deslizáis hacia el templo de Dios, buscáis a Dios... como inválidos. ¿Puede fundarse ese reino eterno si sobre las gradas de su trono divino no hay más que corazones débiles?... ¿No ha gritado en alta voz: Sólo de la sangre fresca de vuestras venas os vendrá el reino de Dios? ¡Sed como los niños!... ¡Venid, venid a mí! ¡Entrad con frescas mejillas infantiles en la casa de Dios!

EL ALCALDE

¡Abre, pues!

LA MUCHEDUMBRE

(Grita como poseída de miedo.) ¡Oh, no; a ése no!

BRAND

Nuestra iglesia se extiende sin límites, y su suelo es la tierra, el mar y el campo, la montaña y la pradera, y sobre ella se tiende el cielo para que a su imagen sea grande en verdad. En ella podrás realizar tu obra, podrás tomar parte en la obra cotidiana sin profanar el domingo. Lo envuelve todo, como la corteza envuelve todo el árbol. En ella ningún espacio separa a la fe y a la vida; se aunan la tierra y la bóveda estrellada; alrededor del árbol de Navidad un juego de niños brilla con claro y alto resplandor...

(Pasa como una ráfaga huracanada por entre la muchedumbre; algunos retroceden; los más se agolpan en derredor de Brand.)

MILES DE VOCES

Ante nosotros brilla un resplandor: vivir y servir a Dios es lo mismo.

EL ARCIPRESTE

¡Oh intrigante, agitador del infierno! ¡Ayudadme, alcalde, escribientes, alguaciles!

EL ALCALDE

(A media voz.) ¡Callad! ¿No veis lo furiosas que están las mujeres?... ¡Yo me retiro!... ¿Quién se

atreve a luchar con un toro bravío? ¡Esperad! ¡Ya se cansará!

BRAND

(A la muchedumbre.) ¡Vámonos! ¡Ésta no es la casa de Dios!... Aquí no podrá alzarse nunca, porque su reino es libre. *(Cierra las puertas de la iglesia y coge las llaves.)* ¡No quiero ser más párroco! ¡Me mantendré firme! ¡No habrá quien me arranque estas llaves!... ¡La fiesta ha terminado! *(Arrojando las llaves al río.)* ¡Esclavos: si aún queréis entrar, arrastraos por el agujero de la cueva! ¡Doblad las espaldas, humillaos y encorvaos! ¡Revolcaos satisfechos en suciedad; llenad el mundo con vuestro aliento emponzoñado, y evaporaos luego como humo!

EL ALCALDE

(Para sí y respirando aliviado.) ¡Oh, no hay condecoración..., no hay que temer!

EL ARCIPRESTE

(Del mismo modo.) ¡Con el obispo andarán mal las cosas!

BRAND

Venid vosotros, los que sois jóvenes y animosos; salid de este barranco, sacudid el polvo de vuestros zapatos y de vuestros vestidos. ¡Seguid mi camino triunfal! ¡Acaben de una vez mentira y engaño! ¡Habéis elegido la libertad! ¡Vámonos; rasgad los pactos cobardes! ¡Fuera calamidades y miserias! Renacidos a nueva vida, rechazad al

enemigo que destruyó vuestras fuerzas... ¡Guerra a vida o muerte!

EL ALCALDE

¡Alto!... ¡Leed la ley de sedición!

BRAND

¡Oh, podéis leer cuanto os venga en gana! ¡Entre nosotros ya hace tiempo que ha terminado todo!

LA MUCHEDUMBRE

¡Mostrad el camino; estamos dispuestos a seguiros!

BRAND

Huiremos del aliento venenoso de la comarca; iremos por las montañas desiertas, camino adelante. Desataremos todos los lazos del espíritu, en los cuales yace el pueblo; purificaremos, alumbraremos en la obscuridad... ¡Todos los hombres serán sacerdotes, se iluminarán todas las penumbras, se acuñará de nuevo el sello divino que lleva el hombre y la tierra se convertirá en templo de Dios!

(La muchedumbre, y con ella el Maestro y el Sacristán, se apiñan alrededor de Brand; los hombres le levantan en hombros.)

MUCHAS VOCES

Han llegado los tiempos grandes; por el aire cruzan relámpagos de tormenta.

EL ARCIPRESTE

(A la muchedumbre que se va.) ¡Vais engaña-

dos!... ¡Oh, el miserable!... ¿Habéis perdido la razón? ¿No veis que es un juego de Satán?

EL ALCALDE

¡Eh! Volveos... ¿Qué es lo que buscáis? ¡Mirad que camináis a vuestra perdición!... ¡No contesta... esa canalla!

EL ARCIPRESTE

¡Pensad en vuestras casas!... ¡Insensatos!...

VOCES DE ENTRE LA MUCHEDUMBRE

¡Otras mayores se levantarán en sueños!

EL ALCALDE

¡Pensad en vuestros prados y en vuestros sembrados!... ¡Pensad en las vacas, en las cabras, en los corderos!

VOCES

¡El rocío del cielo nos servirá de maná!... ¡El hambre cantará un hosanna!

EL ARCIPRESTE

¿No oís los gritos de vuestras mujeres?

VOCES

(A lo lejos.) ¡Nunca podrán comprender!

EL ARCIPRESTE

¿Y quien alimentará a los niños?

VOCES

¡Enseñadlos a que nos sigan en su día!

TODA LA MASA

¡Con nosotros o contra nosotros!

EL ARCIPRESTE

(Les sigue un rato con la vista y dice desalentado.) ¡El pastor de almas queda aquí abandonado sin rebaño!

EL ALCALDE

Ahora es en vano querer oponerse. Pero pronto será nuestra la victoria.

EL ARCIPRESTE

(Próximo a llorar.) ¿La victoria? ¿Ahora que nos abandonan?

EL ALCALDE

¡Oh, yo sé arreglármelas... y los conozco bien! *(Sigue a la muchedumbre.)*

EL ARCIPRESTE

La verdad es que tiene valor...; y quién sabe si todavía acabará bien; voy a seguirlos lentamente. A ver si puedo coger alguno. Que me ensillen un caballo; no un caballo de genio, una yegua pacífica y segura. *(Se va.)*

La escena en la última cabaña de pastor; al fondo el paisaje sube más y más hasta terminar en montañas pedregosas. Llueve. Brand, seguido de la muchedumbre — hombres, niños y mujeres —, marcha hacia arriba.

BRAND

¡Mirad hacia arriba! Allí es donde venceremos. Desde el camino no se ve, y de cumbre a cumbre se tiende una tira de niebla sombría y gris. Olvidad el sueño en el valle; volad alto y libre...; podéis escoger.

UN HOMBRE

Espera; mi padre está agotado.

OTRO

No he comido desde ayer.

VARIOS

¡Danos de beber! ¡Sacia nuestra hambre!

BRAND

¡Adelante! ¿Quién piensa ahora en comer?

EL MAESTRO

¿Pero qué camino llevamos?

BRAND

Es lo mismo, con tal que nos lleve a la meta deseada. ¡Siempre adelante!

UN HOMBRE

No; éste es demasiado empinado y yo estimo en mucho mi piel.

EL SACRISTÁN

Allí queda la iglesia. ¿Si se vendrá abajo?

BRAND

El camino empinado acorta el largo.

UNA MUJER

Mi hijo está enfermo.

OTRA

Mi pie está herido.

UNA TERCERA

¡Oh, tan sólo una gota de agua!

EL MAESTRO

¡Da de beber al pueblo! Me temo que vacile.

VARIAS VOCES

¡Sí; haz un milagro!

BRAND

¿Creéis que no lo noto perfectamente? Queréis la recompensa antes de la obra. ¡Arriba, sacudid vuestra cobardía. ¡Si no, volveréis a vuestros sepulcros!

EL MAESTRO

Tiene razón; primero a la lucha. ¡A su tiempo vendrá la recompensa!

BRAND

Vendrá, tan seguro como Dios existe. ¡Pero seguidme fielmente y sin burla!

MUCHAS VOCES

¡Es un profeta! ¡Un profeta!

ALGUNOS

¡Dinos cómo será la lucha!

OTROS

Sí. ¿Durará mucho tiempo? ¿Será sangrienta?

UN HOMBRE

¿Hace falta mucho valor?

EL MAESTRO

(A media voz.) ¿Acaso arriesgo la vida?

OTRO HOMBRE

¿Cuánto me corresponderá de la ganancia?

UNA MUJER

¿No perecerá mi pobre hijo?

EL SACRISTÁN

¿Vendrá la victoria antes del martes?

BRAND

(Mira perplejo a su alrededor.) ¿Qué es lo que preguntáis y qué es lo que queréis saber?

EL SACRISTÁN

En primer lugar, cuánto durará la lucha; luego, los sacrificios que nos costará, y por último, el premio que vamos a conseguir.

BRAND

¿Eso es lo que queréis saber?

EL MAESTRO

Sí; allá abajo no veíamos claro.

BRAND

(Con excitación.) ¡Pues ahora veréis!

LA MUCHEDUMBRE

(Apretándose a su alrededor.) ¡Habla!

BRAND

¿Cuánto tiempo durará la lucha? Durará hasta el fin de la vida... Hasta que lo hayáis sacrificado todo; hasta que os hayáis libertado de todos los pactos; hasta que queráis consciente e incondicionalmente. Hasta que desaparezca toda duda. O todo o nada... ¿Lo que tenéis que sacrificar? Todos los ídolos con que substituís al Dios eterno. Las lustrosas cadenas doradas de esclavos y los lechos de vuestra indolencia... ¿El premio de la victoria? La unidad de la voluntad, el ímpetu de la fe, la pureza del alma, la alegría que os penetrará, que lo sacrifica todo, que a todo resiste. Y sobre vuestras frentes corona de espinas... ¡Ésa será la recompensa!

LA MUCHEDUMBRE

(Con furioso griterío.) ¡Traidor! ¡Oíd lo que dice! ¡Nos ha seducido! ¡Nos ha engañado!

BRAND

Mis palabras no han sido nunca engañosas.

ALGUNOS

Nos prometiste la victoria, una fiesta... Y ahora la conviertes en un sacrificio.

BRAND

Os prometí la victoria y la obtendréis si queréis obtenerla. Pero los que van en la vanguardia deben de estar preparados para caer. Quien no lo quiera así, debe dejar las armas antes de entrar en el combate. La bandera sostenida por una esperanza desmayada, no flota gallardamente al aire... Si os asustáis cobardemente ante los sacrificios, moriréis primero.

LA MUCHEDUMBRE

¡Qué osadía! ¡Pedir para una generación aun no engendrada!

BRAND

Sólo por el desierto de los sacrificios llegaremos a nuestro Canaán. ¡A caer uno a uno para alcanzar la victoria! ¡Oh muerte bienaventurada, que nos salvarás!

EL SACRISTÁN

Estamos en una situación magnífica... Y abajo desterrados también.

EL MAESTRO

¿Volver atrás? No, no; eso no es posible.

EL SACRISTÁN

Pero adelante, ¿quién puede ir?

ALGUNOS

¡Matadle entonces!

EL MAESTRO

¡Qué mentecatos sois! ¿Y quién va a ser nuestro guía después?

LAS MUJERES

(Señalando aterradas hacia abajo.) ¡Horror! ¡El arcipreste!

EL MAESTRO

¿Es un lazo esto?

EL ARCIPRESTE

(Aparece con algunos de los rezagados.) ¡Oh hijos míos, corderos míos! ¡Escuchad la voz de vuestro pastor!

EL MAESTRO

(A la muchedumbre.) Quisieron someternos y humillarnos; lo mejor será que sigamos adelante.

EL ARCIPRESTE

¿Cómo te atreves a ofenderme así? ¿No me veis aquí sangrando, completamente destrozado?

BRAND

¡Más les dañaste tú a ellos año por año!

EL ARCIPRESTE

¡No le hagáis caso! ¡No os da más que palabras vacías!

ALGUNOS

¡Es verdad!

EL ARCIPRESTE

Seremos misericordiosos; no habrá castigo ninguno. Al que sinceramente se arrepienta, se le perdona. ¡Oh, no le sigais más! ¿No veis su negra astucia infernal? ¿No veis cómo es el anticristo?

MUCHOS

¡Es verdad, nos ha seducido!

EL ARCIPRESTE

Pensad un momento, no seáis tercos. No sois más que un puñado, y pobres además. ¿Os creéis realmente elegidos para realizar grandes empresas? ¿Vais a poder libertar a los que están encadenados? Vosotros tenéis vuestra tarea diaria, vuestra Biblia; todo lo demás no puede haceros más que mal. ¿De qué ibais a servir en la vida pública? No. ¡Proteged vuestras cabañas! ¿Qué vais a hacer entre milanos y águilas, entre animales feroces? ¡Oh corderos míos, hijos míos!

LA MUCHEDUMBRE

¡Sí! ¡Ay de nosotros! ¡Nos amenazan grandes peligros!

EL SACRISTÁN

Salimos del pueblo, cerramos las puertas de nuestras casas; ya no será el mismo lugar.

EL MAESTRO

Nos dijo algunas palabras sonoras; nos habló de debilidad, enfermedad, indolencia y Dios sabe cuántas cosas más... ¡No dejamos que se nos opri-

ma más tiempo! Antes no pensábames en empresas elevadas; ahora nos atraen, pues hemos despertado.

EL ARCIPRESTE

¡Qué tranquila se deslizaba vuestra existencia! Pues todo volverá al antiguo carril, con sólo un momento de cordura. Yo respondo de que se concederá a vuestras cabañas la antigua paz.

BRAND

¡Escoged, hombres, mujeres!

ALGUNOS

¡Queremos volver a casa!

OTROS

¡Es demasiado tarde; adelante!

EL SACRISTÁN

¡No dejamos que se nos lleve atados a esa cuerda!

EL ALCALDE

(Viene apresuradamente.) No; sólo cumplo mi deber...

LAS MUJERES

¡Oh, no te incomodes con nosotros; sé bueno!

EL ALCALDE

¡Salid pronto de estos lugares! Os traigo buenas nuevas... Si sois razonables..., yo os lo aseguro..., antes de la noche seréis todos ricos.

ALGUNOS

¿Y eso cómo?

EL ALCALDE

Pues bien: una bandada de sardinas..., se cuentan por muchos millones..., ha entrado en nuestro *fjord.*

LA MUCHEDUMBRE

¿Qué es lo que dice? ¡Hay que ir a buscarla! Ésa será una pesca que valga la pena... Si no, la sardina evitará nuestras costas... Y ahora, pronto, hay que prepararse, y a buscar su parte cada uno.

BRAND

¡Escoged entre eso y la salud eterna!

EL ALCALDE

¡Seguid vuestro propio parecer!

EL ARCIPRESTE

¡Un milagro! ¡Una señal enviada por Dios! ¡Por el báculo que traigo! ¡Cuántas veces no he soñado..., pero desgraciadamente sin reconocerlo!... ¡Pensaba que era obra de la pesadilla! ¡Ahora veo claro! ¡No perder tiempo, pues!

BRAND

¡Os perdéis a vosotros mismos!

ALGUNOS

¡Por mí!

MUCHOS

¡Una bandada de sardinas!

EL ALCALDE

¿Un millón?

EL ARCIPRESTE

¡Sí; pan y oro en vez de la tarea dura!

EL ALCALDE

Bien; ya veis que es tiempo. Ceded al fin y dejaos de luchas. Ahora tenéis otras cosas que mirar que el azul del cielo. El buen Dios se encarga de la guardia, y es de esperar que el Cielo se mantenga firme. Y no os mezcléis en negocios ajenos que superan a vuestras fuerzas... ¡A traer a tierra el tesoro! Me parece que vale la pena; no es pequeño alivio en vuestra miseria, y tampoco exige el sacrificio más pequeño.

BRAND

¡El sacrificio está escrito de la mano de Dios con letras de fuego!

EL ARCIPRESTE

El que se sienta llevado a eso, que se acerque a mí con presteza. Por ejemplo, el domingo próximo.

EL ALCALDE

(Interrumpiéndole.) ¡Sí, sí!

EL SACRISTÁN

(En voz baja al Arcipreste.) ¿Conservaré mi puesto de sacristán?

EL MAESTRO

(Igualmente.) ¿No estáis incomodado conmigo?

EL ARCIPRESTE

El que no ha hecho más que vacilar un momento, sigue siendo lo que era; sea bien venido.

EL ALCALDE

¡Vayámonos! ¡No malgastad el tiempo!

EL SACRISTÁN

¡A los botes, a los botes!

ALGUNOS

¡Pero el párroco queda solo!

EL SACRISTÁN

¡Dejad a ese loco!

EL ARCIPRESTE

Ya veis que es Dios mismo quien ha hablado y quien ha pronunciado su juicio sobre él.

EL ALCALDE

No os ocupéis de él. No es más que un farsante.

VARIOS

¡Sí, nos ha engañado!

EL ARCIPRESTE

Y ni siquiera tiene fe.

ALGUNOS

¿Decís...?

OTROS

No se le cree nada.

EL SACRISTÁN

Es verdad; no hay nadie que crea en él.

EL ARCIPRESTE

Su vieja madre le suplicó en vano que le diera el pan de la vida eterna.

EL ALCALDE

¡Ha sido la causa de la muerte de su hijo!

EL SACRISTÁN

¡Y de la de su mujer también!

ALGUNOS

¡Es un canalla!

LAS MUJERES

¡Y hemos soportado un hombre así!

EL ARCIPRESTE

Mal padre, mal hijo y mal esposo, tiene que ser también mal cristiano.

MUCHAS VOCES

¡Echó abajo la iglesia!

OTRAS

¡No nos había convidado para la comida!

OTRAS

¡Nos sedujo con lazos infernales! ¡Volcó el bote en que íbamos!

EL ALCALDE

Sí; me robó, en cierto modo, el proyecto de manicomio.

BRAND

En los rostros y las miradas adivino adónde quieren ir a parar.

TODA LA GENTE

(A grandes gritos.) ¡No le escuchéis! ¡Echémoslo de aquí! ¡Fuera el provocador! ¡Lapidadle! ¡Lapidadle!

(Persiguen a Brand, apedreándole, hacia la cima de la montaña. Luego retroceden lentamente.)

EL ARCIPRESTE

¡Oh hijos míos, corderos míos! Volved a vuestro redil. Dejad que el arrepentimiento aclare vuestros ojos y dormiréis pronto un sueño dulce. Ya lo sabéis: el Señor es bueno, no pide sangre inocente... Y el Gobierno es dulce, como apenas en país alguno, con tal de que tengáis de vuestra parte a la Superioridad, al alcalde. Además yo me lleno gustoso de amor, como un buen cristiano debe hacer... Así, las personas de respeto vivirán en paz y concordia con vosotros.

EL ALCALDE

Y si en alguna parte se encontrara defecto, lo corregiremos tan pronto como las cosas se hayan normalizado. Entonces nombraremos una Comisión que estudie lo que nos haga falta, lo que haya que fundir de nuevo, lo que haya que reparar. Ya me encargaré yo, junto con el arcipreste, de nombrarla; en primer lugar gentes piadosas, como el maestro y el sacristán y nuestro diácono... y otras gentes de importancia; ya lo leeréis más tarde en el periódico.

EL ARCIPRESTE

Perdonados sean todos los que se han equivocado... Y espero que así como vuestro pastor ha recobrado la paz del alma, las vuestras quedarán confortadas, purificadas... ¡Pero ahora a vuestra pesca! ¡Buena suerte! ¡En verdad, un milagro de Dios!

EL SACRISTÁN

¡Qué bondad, qué dulzura!

EL MAESTRO

¡Éstos no hablan como poseídos!

LAS MUJERES

¡Hablan tan bien y tan bonito!

OTRAS

¡Y el otro tan mal y tan traidoramente!

EL SACRISTÁN

¡Éstos no usan mentiras ni engaños!

EL MAESTRO

Sí, queridos amigos. ¡Éstos saben lo que hacen! *(La muchedumbre se va.)*

EL ARCIPRESTE

(Al Alcalde.) Ya cantan otra canción, ya están cerca del cambio completo de los ánimos, y ya se ve, gracias sean dadas a Dios, que el movimiento era reacción.

EL ALCALDE

Obra mía ha sido ahogar el escándalo en el propio engaño.

EL ARCIPRESTE

Sin embargo, lo que más contribuyó fué el milagro.

EL ALCALDE

¿Milagro?

EL ARCIPRESTE

Lo de las sardinas.

EL ALCALDE

¿Esa historia?... ¡Bah!... ¡Pura invención!

EL ARCIPRESTE

¿Decís...?

EL ALCALDE

¡Naturalmente! Les solté la primera fantasía que se me ocurrió. Se trataba de la buena causa, ¿verdad?... No creo que me cueste la cabeza.

EL ARCIPRESTE

¡Tratándose de una cosa semejante!... ¡Dios nos libre! Eso no tiene peligro para el alma.

EL ALCALDE

Y si la gente sale de esto con nuevas fuerzas y nuevas disposiciones para someterse, ¿qué importa que lo logremos por la verdad o por mentiras regocijadas?

EL ARCIPRESTE

Yo no soy rigorista, amigo. *(Mirando hacia*

arriba.) ¿Quién es el que se arrastra lleno de sangre?... ¿No es...?

EL ALCALDE

¡Claro que sí! ¡Lleva su yugo!... ¡Quería ser único..., ya lo es!

EL ARCIPRESTE

Se ve además alguien detrás de él...

EL ALCALDE

¡Es la Gerd! ¡Merece un tal séquito!

EL ARCIPRESTE

(Alegremente.) Cuando se haya apagado su sed de sacrificio se le levantará un monumento con esta inscripción: «Aquí descansa Brand en el esplendor de la victoria... No le siguió más que una, y estaba completamente loca.»

EL ALCALDE

(Poniéndose un dedo sobre la nariz.) No sé por qué, pero esta sangrienta justicia no me parece precisamente humana.

EL ARCIPRESTE

(Alzando los hombros.) Vox populi, vox Dei!... ¡Venid! *(Se van.)*

En medio del desierto de la meseta noruega. El mal tiempo aumenta y arrastra las nubes, que casi tocan la superficie nevada. De cuando en cuando aparecen acá y allá picos negros y vuelven a desaparecer en seguida, envueltos en la niebla. Brand marcha sangrando y destrozado.

BRAND

(Se para y vuelve la vista hacia atrás.) Miles me seguían en masas apretadas y no hubo ninguno con valor para ganar la altura. Es verdad que estremece los corazones un ansia profunda hacia los tiempos que deben venir; desbordan y anhelan volar a lo alto. ¿Pero hacer sacrificios para lograrlo? Eso les duele. ¿Querer con fuerza y firmemente?... Eso no pueden. ¡Si ya hubo *uno* que sufrió por todos!... ¿Para qué precipitarse a caer? *(Se sienta sobre una piedra y mira a su alrededor.)* Cuando yo era niño, al encontrarme en una habitación obscura, se apoderaba de mí un terrible pavor, temblaba y se me erizaban los cabellos. Pero yo dominaba los latidos de mi corazón, me representaba el día, la luz, y la mañana risueña y la luz entraba en la cueva obscura, en la estancia llena de visiones temerosas... ¡Ah, mi creencia de niño!... ¡Qué desilusión más dolorosa!... ¡Afuera me tropezaba con la noche obscura!... ¡Volví a verme solo!... Los hombres estaban también acobardados, como si tuviesen ante sí el ataúd de su espíritu, semejantes al rey que guardó durante muchos años el cadáver de la princesa dormida, que levantó muchas veces al resplandor de cien luces la tapa blanca del ataúd,

esperando que pasase el sueño, que cediese la pesadilla... ¡Fuera de aquí!... ¡Las súplicas no lograrán enternecer a la sepultura! ¡Enterrad sin demora el cadáver!... ¡Ningún sueño se sueña dos veces! ¡Noche, sólo noche!... ¡El espíritu está muerto!... *(Se pone en pie de un salto.)* A través de la noche cruzan imágenes sombrías, semejantes a la caza salvaje. De las cavernas salen voces de amonestación; gritos estridentes resuenan en el aire, diciendo: ¡Deja la quietud de la tumba sombría! ¡En vez del báculo toma la espada! ¡Desenvaina el cuchillo que llevas al cinto!... Por allí van hermanos que marchan a la lucha; otros, temerosos, se arrastran a esconderse en agujeros... Y veo aún más: veo cómo gritan para no oír los latidos de su corazón, y cómo se tapan los oídos, contra ruegos, apelaciones, súplicas, con la fórmula cobarde: «Nosotros hemos nacido un pueblo pequeño y sólo a lo pequeño podemos atenernos; sólo nos han acuñado como chelines...» ¡Bien; sea así si queréis!... ¿Pero dónde está el arco iris? ¿Dónde la bandera tricolor? ¿Dónde el sol y la libertad?... Cosas peores vienen aún... Humean obscuras chimeneas y el humo que desprenden se esparce por doquier, sobre las praderas, sobre los montes; cubre la playa fresca y verde y los gérmenes prontos a brotar con una lluvia espesa de cenizas como en la antigua ciudad griega... ¡Oh, las almas desfallecen ante este espectáculo, los salmos no acuden a los labios!... En las galerías subterráneas

retorcidas se agolpan los hombres, y el alma y la espalda encorvadas se inclinan para coger el mineral brillante con los ojos ávidos de los enanos. El dolor ajeno no conmueve el corazón y hasta el propio dolor es ajeno... ¡Qué precipitación, qué prisa!... Y golpean con sus martillos y pulen y liman como si todo fuese a acabarse; pierde el día su luz, nadie conoce ya su deber y lloran y se desesperan. *(Se arroja sobre la nieve y se tapa los ojos con las manos; después de un momento vuelve a ponerse en pie.)* ¿Fué sueño? ¿Estoy despierto ahora?... La niebla fría..., la noche obscura... ¿Eran alucinaciones de mi cerebro enfermo?... ¿Reflejos del hielo frío?... ¿O andaban verdad y sueño mezclados, confundidos?... ¿Está completamente olvidada, borrada, la imagen de Dios en el hombre, de la que brota la fuente del espíritu?... ¿Descansa en la sepultura?... *(Escuchando.)* ¿Qué es lo que suena en el aire?

EL CORO INVISIBLE

(Pasando envuelto en la tormenta.) Loco, nunca podrás igualarte a él; porque tú saliste de la carne. Sígasle o evítesle, estás, sin remisión, condenado.

BRAND

(Repite las palabras y dice en voz baja.) ¡Ay de mí! Sí, creo en esas palabras. ¿No estaba él en el coro de la iglesia? ¿No me rechazó colérico? ¿No me quitó cuanto poseía? ¿No me echó de sí? ¿No

me dijo que luchase hasta el último golpe terrible?

EL CORO

(Más alto aún.) Nunca le igualarás, gusano; has bebido una bebida amarga. Sígasle o evítesle, tus acciones para nada cuentan.

BRAND

(Bajo.) Agnes, Alf, días claros, vida, paz, dulces momentos, os cambié por la lucha y el dolor; traspasé mi pecho con flechas de sacrificio... Todo mi afán... en vano.

EL CORO

(Amistosamente, como seduciéndole.) Soñador, nunca le igualarás; perdiste todo lo tuyo... Sacrificarlo todo... para no alcanzar nada... Tu ganancia sólo puede ser terrenal.

BRAND

(Llorando bajo.) ¡Agnes, Alf, oh, volved a mí! Volved a mí que estoy triste y solitario, enfermo, traspasado por el helado viento... ¡Oh, descienden fantasmas!...

(Mira hacia arriba. En la niebla brilla un punto claro que se va agrandando. En el centro aparece una figura de mujer—el Tentador en el desierto—vestida de claro con un manto sobre los hombros.)

LA APARICIÓN

(Riendo y tendiendo hacia él sus brazos.) ¡Brand, yo soy! Aquí me tienes otra vez.

BRAND

(Con emoción violenta.) ¡Agnes, Agnes! ¿Qué es eso?

LA APARICIÓN

Todo ha sido una pesadilla de fiebre y tu dolor se deshará como la espuma.

BRAND

¡Agnes, Agnes! *(Quiere ir hacia ella.)*

LA APARICIÓN

(Gritando.) ¡No pases aquí! Nos separa un abismo profundo, en cuyo fondo corre un torrente vertiginoso. *(Dulcemente.)* ¡Oh amado! Ya no contemplas terribles fantasías de fiebre..., ya no sueñas. ¡Oh, qué enfermo estuviste! Bebiste la bebida amarga de la locura; hasta me viste separarme de ti.

BRAND

¡Oh, vives tú!... ¡Gracias, Señor!

LA APARICIÓN

(Rápidamente.) ¡Silencio, no hables de eso! Más tarde. ¡Sígueme a...!

BRAND

¿Y Alf?

LA APARICIÓN

¡Tampoco él está muerto!

BRAND

¡Oh, Dios mío!

LA APARICIÓN

¡Está sano y alegre! Tus sufrimientos no fueron más que un sueño, tus luchas leve espuma. Alf está en casa de tu madre, ocupado en hacerse una barquita de madera. La vieja iglesia sigue en pie y las gentes trabajan bravamente sin cansarse..., como en el buen tiempo viejo.

BRAND

¿Bueno?

LA APARICIÓN

Sí, porque había paz.

BRAND

¡Paz!

LA APARICIÓN

Ven, no está lejos.

BRAND

¡Oh! ¿Esto es un sueño?

LA APARICIÓN

¡Después de tan larga brega, ven a tu hogar tranquilo!

BRAND

¡Soy fuerte!

LA APARICIÓN

Pesan aún sobre tus párpados los horrores de la pesadilla. Si no encontramos un medio de evitarlo, volverás a marchar vacilante; nos perderás a mí y a Alf; tu espíritu se cegará de nuevo.

BRAND

¡Dame ese medio!

LA APARICIÓN

Tú eres el único que puede hacerlo.

BRAND

¡Dime lo que es!

LA APARICIÓN

El viejo amigo en quien sabiduría y vida son unas, que ha leído muchos libros y conoce muchas cosas escondidas, ha hallado también la causa de tu enfermedad. Lo que originaba esas espantosas visiones, esas pesadillas crueles, eran unas palabras que han sido tu maldición. Es preciso que borres de tu pensamiento, en cuanto esté en tu poder, esas palabras. ¡Táchalas en la tabla de la ley! Esas palabras crueles fueron las que conturbaron tu espíritu, las que le quitaron el esplendor de un sol de primavera... ¡Debes lavarte de ellas!

BRAND

¡Di cuáles son!

LA APARICIÓN

Todo o nada.

BRAND

(Retrocediendo.) ¿Ésas?

LA APARICIÓN

Piensa en lo que está en juego. ¡Se trata de vivir o de morir!

BRAND

¡Ay de nosotros! La espada de la Muerte nos amenaza todavía.

LA APARICIÓN

Sé dulce, Brand. ¡Mi corazón está tan henchido! ¡Sosténme con tu brazo fuerte! ¡Ven a la primavera, al aire y a la luz!

BRAND

¡Oh, esa enfermedad no volverá!

LA APARICIÓN

¿Y si viene?

BRAND

(Sacudiendo la cabeza.) No; este horror de pesadilla lo he echado de mí. ¡Ahora a crear una nueva vida!

LA APARICIÓN

¿Nueva vida? ¿Es ésa tu última decisión? ¿Y qué vas a hacer?

BRAND

Lo que tengo que hacer... Lo que he *soñado*..., vivido...; dar *ser* a lo *pensado*.

LA APARICIÓN

¡Oh, no, imposible!... ¡No puedes elegir!... ¿Quieres empezar?...

BRAND

¡Otra vez!

LA APARICIÓN

¿Quieres cabalgar abierta y libremente en tus espectros de pesadilla?

BRAND

Abierta y libremente.

LA APARICIÓN

¿Sin esperanza?

BRAND

Sin esperanza.

LA APARICIÓN

¿Y tu Alf?

BRAND

¿Tengo que perderlo? ¡Sea!

LA APARICIÓN

¿Quieres sacrificarme, dejar que me desangre llena de dolor..., ver tranquilamente que nadie me socorre, ni aun Dios mismo?

BRAND

Tengo que hacerlo... ¡Sí!

LA APARICIÓN

Ahogar todo germen de floración, no gozar de la luz, no coger los frutos de la vida, no henchir el pecho oprimido con el aire dulce de las canciones... ¡Oh, si vieras, sé tantas!

BRAND

¡No supliques más! ¡Me es forzoso hacerlo!

LA APARICIÓN

¿Quieres volver a la lucha terrible? No hay ninguna esperanza que no te haya mentido, ni uno solo que no te haya engañado.

BRAND

No sufrí por mi ventaja personal, no luché por mi propia victoria.

LA APARICIÓN

Es en vano querer llevar luz a quienes se arrastran en obscuras cavernas.

BRAND

Uno puede alumbrar a muchos.

LA APARICIÓN

Nunca llegarás al fin.

BRAND

Una voluntad fuerte puede mucho.

LA APARICIÓN

Cuida que Dios, colérico, expulsó al hombre del Paraíso... Dejó abierto un abismo... ¡No esperes poder saltar por cima de él!

BRAND

Bien. Si es así, todavía nos quedan *el anhelo, la esperanza.*

LA APARICIÓN

(Desaparece entre crujidos. La nieve se agolpa en el sitio en que estaba. Se oye un grito penetrante, como de alguien que huye.) ¡Muere; el mundo no necesita de ti!

BRAND

(Se queda un momento como atolondrado.) Ya se fué el monstruo, el portador de infelicidad.

Quisiera saber quién era. Buscaba que se le diese un dedo, para tomar toda la mano. ¿No sería el espíritu del acomodo?

GERD

(Viene con un fusil.) ¿Le viste al miserable, al cruel?

BRAND

Sí; le vi huir.

GERD

Dime por qué camino se fué. ¡Esta vez no se librará de mí!

BRAND

¡Oh, es imposible cogerle! A veces parece como si el plomo se hubiera entrado por el corazón. Pero si te acercas a él para darle el golpe de gracia, se levanta gritando y te atrae y te provoca de nuevo.

GERD

Tengo mi fusil cargado con plata, no con hierro. Conozco los ardides de los cazadores... ¡No soy tan loca!

BRAND

¡Ojalá lo lograras!

GERD

Párroco, ¿qué tienes en el pie? Tú cojeas.

BRAND

Es el saludo de mi pueblo.

GERD

(Acercándosele.) ¡Tu frente está roja como sangre caliente del corazón!

BRAND

Acertáron bien.

GERD

Tu voz, tan clara otras veces, suena como el grito ronco del cuervo.

BRAND

Me dió una piedra en la campanilla.

GERD

(Mirándole con los ojos muy abiertos.) ¡Párroco!... ¡No; me equivocaba! ¡Párroco!... ¡No; ahora te conozco!

BRAND

¡Muchacha!

GERD

Enséñame, dame...

BRAND

¿Mis manos?

GERD

¡Maravilloso! ¡Las heridas de tus manos!.. ¡Sangre en los cabellos!... ¡Tu frente, orlada de las mordeduras de una corona de espinas! ¡Tus dedos, húmedos y desmayados! ¿No estuviste colgado de la cruz? Eso fué hace largo, largo tiempo... Padre lo contaba comiendo, y decía otro nombre... El de uno a quien se había elegido para los pobres, los ciegos, los paralíticos. Pero ahora lo comprendo todo... ¡Tú eres él!

BRAND

¡Horror! ¡Oh, apártate!

GERD

¡Quiero saludarte como al Salvador!... ¡Caer suplicante a tus pies!

BRAND

¡Vete!

GERD

¿No te dolerá haberlos liberado a todos con tu sangre?

BRAND

¡Cuánto diera por una tabla de salvación!

GERD

¡Toma el fusil! ¡Que mueran todos!

BRAND

(Sacudiendo la cabeza.) ¡No; tengo que estar preparado a caer!

GERD

¡Tú, no! ¡Nuestro Salvador! ¡Tú eres el escogido! ¡El más grande de todos!

BRAND

¿Qué soy yo? No soy más que un gusano.

GERD

(Mirando hacia arriba; las nubes se aclaran.) ¿Sabes dónde estás?

BRAND

Estoy en el peldaño más bajo. ¡Ay! Mi pie está herido y vacilo al contemplar la cúpula de la alta torre.

GERD

(Con excitación salvaje.) ¿Quieres que lo diga más alto? ¿Sabes dónde estás?

BRAND

Se aclaran las nubes.

GERD

¿No ves allí el Svartetind? Lo que te predije... se cumple.

BRAND

¿El Svartetind? ¿La iglesia de hielo?

GERD

¡Sí! ¡Al fin viniste! ¡Ya estás aquí!

BRAND

¡He andado mil millas! ¡Oh, es lo mismo! ¡Cómo me atrae el Sur, la cálida plenitud del sol, la calma del corazón en la pompa de la vida!... ¡Oh, cómo ansío la paz! *(Prorrumpe en lágrimas.)* ¡Jesús, yo te invoqué, pero tú no cogiste mi mano; huías de mi lado como una palabra que no se puede encontrar! ¡Oh, dame un jirón tan sólo de tu hábito de Redentor!

GERD

(Palideciendo.) ¿Cómo? ¿Lloras, pobre hombre? ¡Oh, tus lágrimas producen un hálito caliente..., caliente como cuando el aliento de la primavera derrite el hielo de los ventisqueros! ¡Oh, tú puedes lo que no puede nadie!... ¿Qué es lo que pasa por mí? ¡Tú calmas mi fiebre de hielo!...

¡Hasta los blancos vestidos del sacerdote del ventisquero en el coro de hielo resbalan fundidos!... *(Temblando.)* ¡Hombre, tú no habías llorado antes de ahora!

BRAND

(Resplandeciente, gozoso, rejuvenecido.) ¡Gracias, oh, gracias, Señor misericordioso! A la ley se va por un camino de hielo, pero al fin brilla el sol... Hasta hoy era mi tarea el escribir una tabla de tus mandamientos... ¡Ahora mi vida será de otra manera, cálida y rica! Se rompe la corteza de hielo. ¡Puedo prosternarme ante el Padre; puedo llorar, arrodillarme, rezar! *(Cae de rodillas.)*

GERD

(Mira hacia arriba y dice a media voz y acongojada.) Mirad, allí está otra vez el monstruo; bate sus alas horribles y su sombra negra cae sobre el Svartetind. ¡Por fin llegó el tiempo en que nos veremos libres de él! ¡El hierro muerde bien; la plata mejor! *(Carga el fusil y dispara. De la montaña sale un ruido sordo, como de trueno lejano.)*

BRAND

¿Qué haces?

GERD

¿Le ves? ¡Oh, le acerté!... ¡Mira cómo cae! ¡Oye sus gritos estridentes! De su vestido de plumas se desprenden sobre la montaña miles de plumas, de aspas que revuelan... ¡Mira qué grande y qué pesado se hace! ¡Y viene hacia aquí!

BRAND

Ha llegado el momento de que el último pague por los pecados de su casta.

GERD

Desde que cayó, el cielo está más alto, el mundo más libre. ¡Mira cómo se arrolla! ¡Escucha cómo ríe! ¡Oh, no me asustarás! *(Grita aterrorizada.)* ¡Oh, qué estallido espantoso!

BRAND

(Encorvándose ante la lavina, que se precipita sobre él, grita hacia arriba.) ¡Oh Dios!: en el momento de la muerte, dime: ¿No basta para la salvación la voluntad del hombre *quantum satis*?...

(La lavina le sepulta y llena todo el valle.)

UNA VOZ

(Por entre el estampido de la lavina.) ¡Él es *Deus caritatis*!

FIN

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

EL DOCTOR STOCKMANN, *médico de baños.*
JUANA, *su mujer.*
PETRA, *su hija, maestra.*
WALTER / FEDERICO — *sus hijos, de diez y trece años.*
HANS STOCKMANN, *hermano mayor del doctor, alcalde, director del balneario municipal, etc.*
NIELS WORSE, *padre adoptivo de Juana.*
HAUSTAD, *director del* Eco del Pueblo.
BILLING, *colaborador del mismo.*
HOLSTER, *capitán de barco.*
THOMSEN, *impresor.*

Vecinos de todas las clases sociales. Algunas mujeres. Algunos niños de escuela.

La acción se desarrolla en una ciudad de la costa Sur de Noruega.

ACTO PRIMERO

Habitación en casa del doctor Stockmann, modesta, pero puesta y amueblada de un modo agradable. Hay luz artificial. En la pared lateral de la derecha hay dos puertas, de las cuales la de atrás da a la antesala y la de delante al despacho del doctor. En la pared opuesta, precisamente enfrente de la puerta de la antesala, hay una tercera puerta que conduce a las demás habitaciones. En este mismo muro, y en el centro de él, una estufa, y algo más hacia el primer término un sofá, sobre el cual hay un espejo; delante del sofá, una mesa oval con una cubierta. Sobre la mesa una lámpara con pantalla, encendida. En el fondo una puerta abierta que da al comedor; en él se ve la mesa puesta, con una lámpara encendida. Billing está sentado a la mesa del comedor con una servilleta debajo de la barba. Juana está sentada al lado de la mesa y le presenta un plato con un gran trozo de asado. Los demás asientos de la mesa están vacíos; el servicio está un poco en desorden, como después de una comida terminada.

JUANA

Señor redactor: viniendo una hora más tarde, tiene usted que tomar la comida recalentada.

BILLING

(Comiendo.) ¡Sabe muy bien; está admirablemente!

JUANA

Ya sabe usted lo seriamente que toma mi marido el orden de la casa...

BILLING

No pierdo nada en ello. Casi estoy por decir que como con más gusto pudiendo hacerlo así solo y a mis anchas.

JUANA

Sí, sí. La cosa es que le guste a usted. *(Escuchando hacia la antesala.)* Ahí debe venir su compañero...

BILLING

Es muy probable.

ALCALDE

(Con gabán; en la mano sombrero y bastón.) ¡Buenas noches, cuñada!

JUANA

(Entrando en la sala.) ¡Ah!, ¿es usted? ¡Buenas noches, buenas noches! Es muy amable de parte de usted venir a vernos.

ALCALDE

Pasaba por casualidad por aquí y se me ocurrió... *(Echando una ojeada al comedor.)* ¡Oh!, tiene usted invitados, parece.

JUANA

(Un poco embarazada.) No... Es una casualidad. *(Rápidamente.)* ¿No querría usted tomar alguna pequeñez?

ALCALDE

¿Yo? No; muchas gracias. Cosas calientes por la noche..., no podría digerirlas.

JUANA

¡Pero por una vez!...

ALCALDE

No, no; de veras que no. Yo me limito al te, fiambres y cosas por el estilo; es más sano... y algo más barato.

JUANA

(Sonriendo.) ¿No creerá usted que Otto y yo somos unos derrochadores?

ALCALDE

¡Oh, usted no, cuñada! Lejos de mí el pensar eso. *(Señalando hacia el despacho del doctor.)* ¿Está él en casa?

JUANA

No; salió después de comer a dar un paseo con los muchachos...

ALCALDE

(Sonriéndose.) De seguro que por razones de higiene. *(Escuchando.)* ¡Ahí está, sin duda!

JUANA

No; no puede ser él todavía. *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante! *(Haustad entra de la antesala.)* ¡Bienvenido, señor redactor; bienvenido!

HAUSTAD

Tengo que pedirle a usted mil perdones; pero tuve que hacer en la imprenta. Buenas noches, señor alcalde.

ALCALDE

(Saludando un poco ceremonioso.) ¡Servidor de usted! ¿Viene usted, de seguro, a negocios?

HAUSTAD

En parte, sí. Se trata de algo que en nuestro periódico...

ALCALDE

Ya me lo figuro. Parece que mi hermano es un colaborador muy fecundo del *Eco del Pueblo.*

HAUSTAD

Sí; tiene la amabilidad de preferir nuestro periódico siempre que tiene algo que comunicar al público.

JUANA

(A Haustad.) ¿Pero no quiere usted...? *(Señalando hacia el comedor.)*

ALCALDE

¡Oh!, yo no lo tomo a mal de ningún modo que escriba para aquel círculo de lectores en el que crea hallar más eco para sus ideas. Y además, personalmente no tengo ningún motivo para tener antipatía ninguna por su hoja.

HAUSTAD

Eso debería pensarse.

ALCALDE

En general, en nuestra ciudad domina un buen espíritu: el espíritu de tolerancia, un buen espíritu ciudadano. Y eso proviene de que tenemos

una cosa común que nos une, una cosa que interesa en el mismo grado a todos los vecinos de buena voluntad.

HAUSTAD

Sí, el balneario.

ALCALDE

Perfectamente. Ahora tenemos ahí nuestro magnífico establecimiento nuevo. Ya verá usted cómo el balneario será la condición principal de vida de nuestra ciudad. ¡Indudablemente!

JUANA

Otto dice eso también.

ALCALDE

¡Lo extraordinariamente que ha progresado la ciudad sólo en este par de años! Circula el dinero, por todas partes se ve vida y movimiento. De día en día aumenta el valor de las casas y de los solares.

HAUSTAD

Y la falta de trabajo disminuye.

ALCALDE

Eso también. Los gastos de asistencia a los pobres han disminuído de un modo satisfactorio para la clases poseedoras, y disminuirán más todavía si este año tenemos un buen verano, muchos bañistas, muchos enfermos que aumenten la fama de nuestro establecimiento.

HAUSTAD

Y según he oído, hay probabilidades de que así sea.

ALCALDE

Sí; los síntomas son los mejores que pueden pedirse. Todos los días llueven consultas sobre habitaciones y cosas semejantes.

HAUSTAD

Entonces el artículo del doctor aparecerá en el tiempo oportuno.

ALCALDE

¿Le ha dado a usted un artículo?

HAUSTAD

Ya lo había escrito en el invierno. Una recomendación del balneario, una descripción de las excelentes condiciones higiénicas de nuestra ciudad. Pero entonces no quise publicarlo.

ALCALDE

Habría alguna punzadita en él, ¿verdad?

HAUSTAD

¡Oh, nada de eso! Pero me pareció que sería mejor esperar hasta la primavera, hasta este tiempo; pues ahora es cuando se comienza a hacer preparativos para el veraneo.

ALCALDE

Mucha verdad, señor redactor.

JUANA

Sí; Otto es incansable cuando se trata del balneario.

ALCALDE

También está al servicio del establecimiento.

HAUSTAD

Sí, y en realidad es su creador.

ALCALDE

¿Él? ¿Conque sí? Sí; oigo a veces que ciertas gentes son de esa opinión. Sin embargo, debiera creerse que yo también he tenido una pequeña participación en la empresa.

JUANA

¡Claro que sí! Otto dice siempre...

HAUSTAD

¿Quién iba a negar eso, señor alcalde? Usted ha puesto la cosa en marcha y la ha organizado prácticamente. Yo quería decir tan sólo que la primera idea, el impulso, había salido del doctor.

ALCALDE

Sí; lo que es ideas sí que ha tenido bastantes en su vida mi hermano..., por desgracia. Pero cuando se trata de poner algo en marcha, se precisan otros hombres, señor redactor. Yo hubiera creído tener derecho a esperar de que al menos en esta casa...

JUANA

Pero, querido cuñado...

HAUSTAD

¿Cómo puede usted pensar, señor alcalde...?

JUANA

(Señalando al comedor.) ¡Oh!, tenga usted la bondad de pasar; mi marido vendrá en seguida, de seguro.

ALCALDE

(A media voz.) Es extraordinario... cómo estas gentes que vienen de las clases bajas... no han de tener nunca tacto.

JUANA

¿Pero para qué ocuparse de eso? ¿No pueden usted y Otto compartir la honra como hermanos?

ALCALDE

Sí; así debía de ser. Pero parece que no todos están conformes con esa partición.

JUANA

¿Quién dice eso? Usted y Otto se llevan tan bien... *(Escuchando.)* ¡Oh; me parece que ahí viene! *(Va a la puerta que da a la antesala, y la abre.)*

STOCKMANN

(Adentro, con risas y estrépito.) Aquí tienes un convidado más, Juana. ¿Verdad que es divertido? ¿Eh? ¡Haga el favor, capitán! El abrigo aquí, en la percha... Figúrate, Juana; le agarré en la calle; no quería venir de ningún modo.

HOLSTER

(Entra y saluda a Juana.)

STOCKMANN

(En la puerta.) ¡Hala, adentro, muchachos! ¡Ahí los tienes otra vez hambrientos como lobos! Venga usted, capitán; va usted a probar nuestros asados de liebre. *(Empuja a Holster hacia el comedor; Federico y Walter entran también después de haber saludado al Alcalde.)*

JUANA

Pero Otto... ¿No ves...?

STOCKMANN

(Volviéndose.) ¿Estás ahí, Hans? ¡Cuánto me alegro!

ALCALDE

Por desgracia, no tengo más que un momento libre...

STOCKMANN

¿Cómo qué? Habrá ponche en seguida. ¿No habrás olvidado el ponche, Juana?

JUANA

Dios me librare. El agua está hirviendo ya. *(Entra en el comedor.)*

ALCALDE

¿Ponche?

STOCKMANN

Sí, hombre; siéntate. Ya verás qué bien estamos aquí.

ALCALDE

Gracias; yo no tomo parte en juergas de esta especie.

STOCKMANN

¡Pero esto no puede llamarse juerga!

ALCALDE

Sin embargo... *(Mirando al comedor.)* Con qué velocidad agotan todas las provisiones.

STOCKMANN

(Frotándose las manos.) ¿Verdad que es un espectáculo agradable ver comer a personas jóvenes? ¡Siempre apetito! Eso me gusta. Sin comer y beber no hay fuerza ni jugo. Estas son las gentes que en la masa del porvenir formarán el fermento, pues dos vejestorios como nosotros...

ALCALDE

¡Vejestorios!

STOCKMANN

Bueno, no lo tomes tan a la letra. ¡Si vieras! Estoy tan de corazón alegre... ¡Me siento tan indescriptiblemente feliz en medio de toda esta vida intranquila! ¡Oh, en verdad, vivimos en un tiempo magnífico! ¡Parece como si alrededor de nosotros se estuviera formando un mundo nuevo!...

ALCALDE

¿De veras lo crees así?

STOCKMANN

¡Claro!; tú no puedes comprenderlo tan bien como yo. Tú no has salido de aquí nunca, y eso le enturbia a uno la vista. Pero yo que tuve que pasar los largos años aquellos allá en mi rincón

solitario del Norte, sin ver casi nunca un hombre de quien pudiera oír una palabra sugestiva..., esta vida de aquí me hace el efecto de que estoy en una gran ciudad estrepitosa...

ALCALDE

¡Hum! Gran ciudad...

STOCKMANN

¡Oh!, ya sé que la vida de aquí es pequeña en comparación con la de otras muchas ciudades. Pero aquí hay vida, movimiento, progreso; se puede trabajar y luchar por muchas cosas, y eso es lo esencial. *(Llamando.)* ¡Juana! ¿No ha venido todavía el cartero?

JUANA

(Desde el comedor.) No.

STOCKMANN

Y luego las buenas ganancias. Eso se sabe apreciar en lo que vale cuando se ha vivido en la miseria...

ALCALDE

Pero...

STOCKMANN

Sí, señor, en la miseria. Pues ya puedes figurarte que allá arriba la cosa andaba muy apretada. ¡Y ahora todo en abundancia! Hoy al mediodía, por ejemplo, teníamos liebre, y esta noche también. ¿No quieres probar un poco? ¿Quieres que te enseñe un trozo por lo menos? Ven acá...

ALCALDE

¡No, no! Haz el favor.

STOCKMANN

Entonces ven aquí al menos. ¡Mira qué tapete tan hermoso el de esta mesa!

ALCALDE

Ya he reparado en él.

STOCKMANN

¡Y luego estas lámparas! Y, ya ves, todo esto lo ha ahorrado Juana del dinero de la casa. ¿Verdad que estas cosas le hacen a uno agradable y valiosa la vivienda? Ponte aquí, ven... No, no; no así... ¡Así, eso es! ¿Ves ahora? ¿Eh? ¡Esta es mi luz! ¿Verdad que tiene un aspecto elegante esto?

ALCALDE

Sí; si vuestros medios os permiten un lujo semejante...

STOCKMANN

¡Oh, sí! Ahora puedo permitírmelo. Juana dice que gano casi tanto como gastamos.

ALCALDE

Casi... ¡Ah!

STOCKMANN

Pero, querido, un hombre de ciencia tiene que vivir con alguna comodidad.

ALCALDE

¡Hum, hum!...

STOCKMANN

Por lo demás, Hans, gastos inútiles no hago ninguno. Ahora, que a la alegría que me produce ver gentes en mi casa no puedo renunciar. Eso es una verdadera necesidad para mí. Yo, que tanto tiempo viví aislado de toda sociedad, tengo que ver a mi alrededor personas jóvenes, alegres, activas..., y todos esos que comen ahí con tanto ardimiento, lo son. Desearía que conocieses más de cerca a ese Haustad.

ALCALDE

Haustad. ¡Ah, es verdad! Me contaba ahora que estos días publicaría un artículo tuyo.

STOCKMANN

¿Mío?

ALCALDE

Sí; sobre el balneario. Dice que ya lo habías escrito por el invierno.

STOCKMANN

¡Ah, ése...! Sí, sí... No; pero ése por ahora no se publicará.

ALCALDE

¿No? Sin embargo, creo que ahora sería el momento oportuno.

STOCKMANN

Sí que será verdad... En circunstancias ordinarias... *(Pasea por la habitación.)*

ALCALDE

¿Es que hay algo de extraordinario en las circunstancias de ahora?

STOCKMANN

Mira, Hans, eso no puedo decírtelo por el momento. Por lo menos esta noche no. Es posible que las circunstancias tomen un carácter extraordinario, y también es posible que siga todo lo mismo que está. Puede que no sean más que figuraciones...

ALCALDE

Parece que hablas de un modo enigmático. ¿Es que hay algo en la atmósfera? ¿Algo que quieres ocultarme? Pues creo tener derecho a pensar que como director del balneario...

STOCKMANN

Y yo creo tener derecho a pensar que como..., bueno, hermano, no nos hurguemos mutuamente.

ALCALDE

No es mi costumbre hurgar a nadie, como tú dices. Pero tengo que exigir terminantemente que todas las disposicioues sigan sus trámites regulares. No puedo tolerar que se emprendan caminos sesgados.

STOCKMANN

¿Es que he emprendido yo alguna vez caminos sesgados?

ALCALDE

Por lo menos tienes una inclinación innata a ir siempre por tu propio camino, y eso es casi tan intolerable en una comunidad bien organizada. El individuo tiene que someterse a la totalided, o mejor dicho, a las autoridades encargadas de decidir sobre el bien de la totalidad.

STOCKMANN

Será verdad. ¿Pero a mí qué diablos me importa todo eso?

ALCALDE

Porque esto es precisamente lo que parece que no quieres aprender nunca, querido Otto. Pero ten cuidado; tendrás que pagarlo una vez... tarde o temprano... ¡Ya quedas advertido! ¡Piénsalo bien!

STOCKMANN

¿Pero estás loco? Sigues una pista completamente falsa.

ALCALDE

¡Yo una pista falsa! Además, yo no puedo tolerar que me... *(Saludando hacia el comedor.)* ¡Adiós, cuñada! ¡Servidor de ustedes, señores!

JUANA

(Entrando en la sala.) ¿Se ha vuelto a marchar?

STOCKMANN

Sí; hecho una furia.

JUANA

Pero, querido Otto, ¿qué es lo que le has hecho?

STOCKMANN

Absolutamente nada. No tiene derecho a pedirme que le dé cuenta autes de tiempo.

JUANA

¿Sobre qué?

STOCKMANN

Bueno, bueno; dejemos eso, Juana... ¡Qué raro que no venga el cartero!

(Haustad, Billing y Holster han abandonado el comedor y vienen a la sala. Al poco tiempo les siguen Federico y Walter.)

BILLING

(Estirando los brazos.) ¡Oh!, después de una comida como ésta se siente uno como vuelto a nacer.

HAUSTAD

Parece que el alcalde no estaba hoy del mejor humor.

STOCKMANN

Eso proviene del estómago: hace mal las digestiones.

HAUSTAD

Sí que tiene usted razón; el *Eco del Pueblo* le pesa en el estómago.

JUANA

Creía que había terminado en buenas con él...

HAUSTAD

Sí; pero, en el fondo, entre nosotros no hay más que una especie de tregua.

BILLING

Una tregua..., esa es la palabra...

STOCKMANN

Hay que tener en cuenta que mi hermano es solterón. ¡Pobre! No tiene una casa en que pudiera sentirse a gusto; asuntos y más asuntos eternamente. Y luego esa maldita agua de te delgadita, que es casi su única bebida... Bueno, muchachos, colocad sillas alrededor de la mesa. ¡Qué!, ¿no viene pronto el ponche?

JUANA

(Yendo hacia el comedor.) En seguida, en seguida.

STOCKMANN

Tenga la bondad, capitán. Siéntese usted a mi lado, aquí en el sofá. Un huésped tan raro como usted... Hagan el favor de tomar asiento, señores.

(Los caballeros se sientan alrededor de la mesa. La señora Stockmann trae una bandeja con una tetera, vasos, garrafas, etc.)

JUANA

¡Ajajá! Aquí hay arrak, y aquí ron, y aquí coñac. Que cada cual se sirva lo que prefiera.

STOCKMANN

Vamos a ello. *(Cogiendo un vaso.)* Vamos a ello. *(Mientras preparan el ponche.)* Y ahora, los cigarros; ya sabes dónde está la caja, Federico. Y tú, Walter, puedes traerme la pipa. *(Los muchachos*

entran en la habitación de la derecha.) Tengo la sospecha de que Federico me quita un cigarro de cuando en cuando, pero hago como si no lo notara. *(Los chicos traen lo encargado.)* Tengan la bondad, señores. Yo sigo fiel a mi pipa. Esta que tengo en la mano me ha acompañado varias veces allá en el Norte en travesías tormentosas. *(Brindando.)* ¡Salud!... La verdad es que una habitación caliente y agradable como ésta es preferible a temporales y tormentas.

JUANA

(Trabajando en un bordado.) ¿Cuándo se hace usted a la mar, capitán?

HOLSTER

Probablemente, la semana entrante.

JUANA

Va usted a América, ¿verdad?

HOLSTER

Sí, señora.

BILLING

Pero entonces no puede usted tomar parte en las elecciones.

HOLSTER

¿Hay elecciones otra vez?

BILLING

¿No lo sabe usted?

HOLSTER

No; yo no me ocupo de esas cosas.

BILLING

¿De manera que no se interesa usted por la política?

HOLSTER

No; no entiendo nada de eso.

BILLING

Es lo mismo; en todo caso hay que votar.

HOLSTER

¿También tienen que votar los que no han idea ninguna de esas cosas?

BILLING

¿Que no tienen idea? ¿Qué quiere usted decir? La sociedad es como un barco. Todos los que van a bordo deben ayudar.

HOLSTER

En tierra firme, puede que tenga usted razón. Pero si aplicase usted a bordo esas teorías, iban a resultar malas experiencias.

HAUSTAD

¿Verdad que es extraño que la mayoría de los marinos tengan tanta indiferencia por la vida pública?

BILLING

¡Sí, es muy extraño!

STOCKMANN

Los marinos son como los pájaros errantes: en todas partes les parece estar en casa. Pero ésa es una razón más para que los otros tomemos con

mayor calor los asuntos públicos. ¿Hay algo interesante en el *Eco* de mañana?

HAUSTAD

¡Naturalmente! Pero no local. Por lo demás, pasado mañana pensaba publicar su artículo de usted...

STOCKMANN

¡Oh, el artículo! No; tiene usted que esperar todavía.

HAUSTAD

¿De veras? Es lástima, porque ahora tenemos mucho espacio, y además me parece que sería la ocasión más oportuna.

STOCKMANN

Sí, sí. Puede ser, puede ser. Pero, a pesar de eso, hay que esperar unos días. Ya le diré a usted por qué razón.

PETRA

(Entra de la antesala con la capa y el sombrero puestos y un paquete de cuadernos de escritura debajo del brazo.) Buenas noches.

STOCKMANN

Buenas noches, Petra. ¿Has venido por fin?

(Saludos mutuos. Petra deja la capa y el sombrero en una silla al lado de la puerta.)

PETRA

Está muy agradable esto.

STOCKMANN

Sólo tú nos faltabas...

BILLING

(Oficioso.) ¿Me permite usted, señorita, que la prepare un vaso de ponche?

PETRA

(Acercándose a la mesa.) Gracias. Prefiero hacerlo yo misma. Usted lo hace siempre demasiado fuerte... ¡Ah!, pero se me olvidaba... Papá, aquí tengo una carta para ti. *(Yendo a la silla en que había dejado sus cosas.)*

STOCKMANN

¿Una carta? ¿De quién?

PETRA

(Buscando en el bolsillo del abrigo.) Me la dió el cartero cuando me iba para la escuela.

STOCKMANN

(Poniéndose en pie y yendo hacia ella.) ¿Y te acuerdas ahora de traérmela?

PETRA

No tenía tiempo de volverme. Aquí la tienes.

STOCKMANN

(Cogiendo rápidamente la carta.) Trae acá, trae acá, niña. *(Mirando el sobre.)* Eso es; perfectamente.

JUANA

¿Es la que esperabas, Otto?

STOCKMANN

Sí; tengo que... En seguida... Dame una luz, Juana; haz el favor.

JUANA

La lámpara de la mesa del despacho está encendida.

STOCKMANN

Muy bien. Perdonen ustedes un momento. *(Entra en la habitación de la derecha.)*

PETRA

¿Qué podrá ser, mamá?

JUANA

No lo sé, hija mía. En los últimos días estaba siempre preguntando por el cartero.

BILLING

Se tratará probablemente de algún veraneante célebre inglés o alemán.

PETRA

¡Pobre papá!... Realmente, trabaja demasiado. *(Se prepara un vaso de ponche.)* ¡Oh, qué rico debe estar!

HAUSTAD

¿Ha dado usted lección en la escuela nocturna?

PETRA

(Paladeando el ponche.) Dos horas.

BILLING

¿Y por la mañana cuatro horas en el colegio?...

PETRA

(Sentándose.) Cinco.

JUANA

Y para esta noche ya veo que traes cuadernos que corregir.

PETRA

Sí, un montón de ellos.

HOLSTER

¿De manera que tiene usted más que bastante que hacer?

PETRA

Sí, y me alegro de ello. Porque al terminar está una tan deliciosamente cansada...

BILLING

¿Le gusta a usted eso?

PETRA

¡Claro que sí! Luego se duerme admirablemente.

WALTER

Se conoce que debes tener muchos pecados sobre tu conciencia, Petra.

PETRA

¿Pecados?...

WALTER

Sí, cuando tanto trabajas... El predicador dice que el trabajo se nos impuso como castigo por nuestros pecados.

FEDERICO

(Con un gesto de superioridad.) ¡Bah! ¡Qué tonto eres en creer eso!

JUANA

¡Federico, cuidado!

BILLING

(Riendo.) Tiene gracia.

HAUSTAD

¿No te gustaría trabajar mucho, Walter?

WALTER

¡Claro que no!

HAUSTAD

¿Pero qué es lo que quieres ser?

WALTER

Yo preferiría ser un Wiking.

FEDERICO

¡Pero los Wiking eran paganos!

WALTER

Bueno; ¿no podía yo también ser pagano?

BILLING

En ese punto estoy conforme contigo, Walter. Yo digo exactamente lo mismo.

JUANA

(Haciéndole una seña.) No; eso no es verdad, señor Billing.

BILLING

¡Claro que lo es! Yo soy pagano, y ése es mi

orgullo. Ya verá usted; dentro de poco, nos volvemos todos paganos.

WALTER

¿Y entonces podríamos hacer lo que quisiésemos?

BILLING

Querido Walter, por lo que a eso toca...

JUANA

Bueno, niños, a ver si os marcháis. De seguro tenéis que estudiar todavía las lecciones para la escuela.

FEDERICO

¡Yo podía quedarme un rato todavía!...

JUANA

Tú tampoco. ¡Idos los dos! *(Los chicos dan las buenas noches y se van por la habitación de la izquierda.)*

HAUSTAD

¿De veras cree usted que podría dañar a los chicos el oír estas cosas?

JUANA

No sé, pero no me gusta.

PETRA

Tienes demasiado miedo, mamá.

JUANA

Puede ser. Pero no me gusta. Por lo menos, aquí en casa.

PETRA

Sí, sí; la verdad, ni en casa ni en la escuela. En casa no se puede hablar, y en la escuela hay que mentir.

HOLSTER

¿Tiene usted que mentir?

PETRA

Sí. ¿No ve usted que nos vemos obligados a decir muchas cosas en que nosotros mismos no creemos?

BILLING

Eso no tiene duda.

PETRA

Si tuviese medios para ello, fundaría una escuela, y allí habría de ser de otro modo.

BILLING

¡Oh!, por lo que toca a los medios...

HOLSTER

Si tiene usted realmente intención de hacerlo, yo, por mi parte, pongo a su disposición una habitación grande. Mi casa está casi vacía, y en el piso bajo hay un comedor espacioso que...

PETRA

(Sonriendo.) Muchas gracias, capitán, pero creo que no llegaré a hacer nada.

HAUSTAD

No; la señorita Petra pertenecerá algún día a nuestra profesión de periodistas... A propósito.

¿Ha leído usted la novela inglesa que nos prometió traducirnos?

PETRA

Todavía no, pero la traducción la recibirá usted a tiempo.

STOCKMANN

(Agitando en el aire una carta.) Aquí hay una cosa que va a producir sensación en la ciudad. ¡Esta sí que es una novedad!

BILLING

¿Novedad?...

JUANA

¿Qué novedad?

STOCKMANN

Un gran descubrimiento, Juana.

HAUSTAD

¿Descubrimiento?...

JUANA

¿Que tú has hecho?

STOCKMANN

Sí; yo, yo. *(Pasea arriba y abajo.)* Que digan ahora que son fantasías mías... Fantasías y chifladuras. ¡Pero se librarán muy bien! ¡Ya lo creo que se librarán!

PETRA

¿Pero qué es eso, papá?

STOCKMANN

Paciencia... Ya lo sabrás todo. ¡Sólo siento que no esté aquí mi hermano! ¡Cómo es posible que

los hombres anden ciegos como topos años y años!...

HAUSTAD

¿Pero de qué se trata, doctor?

STOCKMANN

(Parándose ante la mesa.) ¿No creemos todos que nuestra ciudad tiene condiciones sanitarias excelentes?...

HAUSTAD

¡Naturalmente!

STOCKMANN

¿Condiciones sanitarias extraordinarias que merecen ser recomendadas encarecidamente a sanos y a enfermos?...

JUANA

Sí, Otto; pero...

STOCKMANN

¿Y no hemos ponderado ante todo el mundo estas excelencias de nuestra ciudad? ¿Yo mismo no he escrito folletos y he publicado en el *Eco del Pueblo* artículo sobre artículo?...

HAUSTAD

Bien. Pero...

STOCKMANN

Este balneario, al que hemos llamado el nervio vital, los pulmones, las arterias y qué sé yo cuántas cosas más de la ciudad...

BILLING

Sí; en un momento solemne yo llegué a llamarle «nuestro corazón palpitante».

STOCKMANN

Es verdad, lo recuerdo. Bueno; pues ¿saben ustedes lo que es en realidad este establecimiento tan grande, tan magnífico, tan ponderado?

HAUSTAD

¡Vaya, diga usted de una vez...!

JUANA

¡Acaba, por Dios!

STOCKMANN

Nuestro balneario es un foco pestilente.

PETRA

¡El balneario, papá!

JUANA

(Al mismo tiempo.) ¡Nuestro balneario!

HAUSTAD

(Igualmente.) ¡Pero señor doctor!...

BILLING

¡Imposible!

STOCKMANN

Os digo que el balneario es una sepultura envenenada. ¡Terriblemente peligrosa para la salud! Toda la porquería que se almacena allá arriba en el Valle del Molino, todo aquello que allí tan mal huele..., eso infecta el agua que las cañerías conducen a las fuentes, y esa misma porquería maldita se puede ver también en la playa...

HOLSTER

¿Dónde están los balnearios?

STOCKMANN

Allí precisamente.

HAUSTAD

¿Pero por dónde sabe usted eso con tal seguridad, doctor?

STOCKMANN

He estudiado el asunto con toda la escrupulosidad posible. Ya hace tiempo que sospechaba algo. El verano pasado tuvimos entre los bañistas casos de enfermedad muy raros... Tifus..., fiebres gástricas...

JUANA

Sí, lo recuerdo.

STOCKMANN

Entonces creíamos que eran los forasteros los que habían traído la enfermedad; pero más tarde, en el invierno..., empecé a pensar de otro modo y analicé con el mayor cuidado posible las aguas.

JUANA

¿De modo que por eso trabajabas tú tan incansablemente?

STOCKMANN

(Sonriendo.) Incansablemente; sí que puedes decirlo, Juana. Pero aquí me faltaban los medios científicos necesarios y envié pruebas de nuestras aguas a la Universidad, al famoso químico Nissen para que las sujetara a un análisis exacto.

HAUSTAD

¿Y ese análisis es el que ha recibido usted?

STOCKMANN

(Señalando a la carta.) ¡Aquí lo tengo! Está demostrado del modo más convincente que las aguas contienen materias orgánicas putrefactas, millones de bacterias; figuraos ahora si esto será dañino para bañarse y mucho más para beber.

JUANA

¡Oh!, es una suerte muy grande que lo hayas descubierto a tiempo.

STOCKMANN

¿Verdad que sí?

HAUSTAD

¿Y qué piensa usted hacer?

STOCKMANN

Naturalmente, ver de hacer de modo que tengamos agua sana.

HAUSTAD

¿Es que eso es posible?

STOCKMANN

Tiene que serlo; si no el balneario entero es inútil, no sirve para nada. Pero no hay peligro de que eso ocurra. Ya sé lo que hay que hacer.

JUANA

¡Pero, Otto, que nos lo hayas tenido tan secreto!...

STOCKMANN

¿Querías que me pusiese a decirlo a voces antes de haber adquirido certeza completa? No estoy tan loco.

PETRA

Pero a nosotros...

STOCKMANN

¡A ninguna alma viviente! Bueno; mañana vas a ver al viejo mastín...

JUANA

¡Otto!

STOCKMANN

Bien; vas a ver a tu abuelo. ¡Vaya una cara que va a poner el viejo! Como que dice que yo no estoy del todo bien de la cabeza: bueno; otros creen lo mismo..., bien lo he notado... Pero ahora verán las gentecillas ésas... ¡Ahora verán! *(Recorre la habitación frotándose las manos.)* ¡La complicación que esto va a traer, Juana! Hay que cambiar toda la cañería.

HAUSTAD

(Poniéndose en pie.) ¿Toda la cañería?...

STOCKMANN

¡Claro que sí! Está demasiado baja y hay que ponerla más alta.

PETRA

¿De modo que por fin resulta que tenías tú razón?...

STOCKMANN

Sí; ¿te acuerdas, Petra? Cuando iban a colocar la cañería escribí en contra. Pero entonces no quiso nadie hacerme caso. Ya podéis pensar que a los señores concejales no les he endulzado demasiado la píldora...; sí, naturalmente, he escrito una Memoria para la Administración del balneario, dando cuenta de cómo están las cosas. Hace una semana que está terminada; no esperaba más que esto. *(Señalando a la carta.)* Pero ahora se la voy a mandar en seguida. *(Entra en el despacho y vuelve a los pocos momentos con una porción de papeles.)* ¡Ya ven ustedes! ¡Cuatro pliegos escritos de arriba abajo! Ahora la carta del profesor se adjunta... ¡Dame un periódico, Juana! Algo con que envolver..., bien..., eso es..., y dáselo ahora a la criada, que lo lleve inmediatamente al alcalde.

(Juana sale con el paquete.)

PETRA

Pero, papá, ¿qué va a decir el tío de eso?

STOCKMANN

¿Qué quieres que diga? Estará satisfecho de que se descubra una verdad tan importante.

HAUSTAD

¿Le parece a usted bien, doctor, que dé en el *Eco del Pueblo* una pequeña noticia sobre su descubrimiento?

STOCKMANN

Se lo agradecería mucho.

HAUSTAD

Es de desear que el público tenga conocimiento de ello cuanto antes.

STOCKMANN

¡Claro, claro!

JUANA

(Entrando.) El encargo ya está hecho.

BILLING

Ahí tiene usted. Ahora se ha hecho usted de un golpe el hombre más importante de la ciudad.

STOCKMANN

(Pasea con muestras de satisfacción.) ¡No diga usted eso! En el fondo no he hecho más que cumplir con mi deber. He sido un excavador afortunado, nada más. Sin embargo...

BILLING

¿No le parece a usted, compañero, que la ciudad debía darle una serenata al doctor Stockmann?

HAUSTAD

¡Es una idea feliz! ¡Vamos a ponernos a ello desde ahora!

BILLING

Sí; a ver si todavía esta noche constituímos una comisión. Thomsen el impresor acaso..., y usted..., y yo..., y otros...

STOCKMANN

Pero, queridos amigos, dejen ustedes esas locuras...

HAUSTAD

Señor doctor, a un hombre que ha prestado un tal servicio a su ciudad...

STOCKMANN

No, no; no quiero saber nada de cosas semejantes, y si la Dirección del balneario creyese que debía concederme un aumento de sueldo..., no lo acepto. Palabra, Juana. ¡No lo acepto!

JUANA

En eso tienes razón.

PETRA

(Levantando su vaso.) ¡A tu salud, papá!

HAUSTAD Y BILLING

¡A su salud, doctor! ¡A su salud! *(Chocan los vasos.)*

HOLSTER

(Chocando también el suyo con Stockmann.) ¡Que su descubrimiento le proporcione muchas alegrías!

STOCKMANN

¡Gracias, gracias, queridos amigos! ¡Me siento de todo corazón dichoso! ¡Oh, es un sentimiento hermoso la conciencia de que se ha trabajado

por el bien de su ciudad, de sus convecinos! ¡Viva Juana!

(La coge por el talle y corretea por la habitación. Juana grita y quiere desasirse. Risas, palmadas y vivas al doctor. Federico y Walter asoman las cabezas por entre la puerta.)

ACTO SEGUNDO

La misma sala. La puerta del comedor está cerrada.
Es por la mañana.

JUANA

(Entra del comedor con una carta, va a la segunda puerta derecha y llama.) ¿Estás ahí, Otto?

STOCKMANN

(Desde dentro.) Sí, acabo de llegar. *(Entrando.)* ¿Qué pasa?

JUANA

Una carta de tu hermano. *(Se la da.)*

STOCKMANN

¡Oh! Vamos a ver. *(Rasga apresuradamente el sobre y lee.)* «Te envío adjunto el manuscrito que me enviaste...» *(Sigue leyendo murmurando.)* ¡Hum!...

JUANA

¿Qué dice?

STOCKMANN

(Metiendo los papeles en el bolsillo.) No dice más que hacia el mediodía vendrá él mismo a verme.

JUANA

No te olvides de estar en casa a esa hora.

STOCKMANN

Descuida. Ya he despachado todas las visitas de la mañana.

JUANA

Tengo curiosidad por ver cómo toma la cosa.

STOCKMANN

Ya lo verás; de seguro no le gusta no haber sido él quien hizo el descubrimiento.

JUANA

También yo me lo temo.

STOCKMANN

En realidad, debía alegrarse... Pero... mi hermano teme tanto que otras gentes puedan hacer algo en bien de la ciudad...

JUANA

Mira, yo sé una salida, Otto... Comparte con él la honra del descubrimiento. ¿No podías decir que había sido él quien te había puesto sobre la pista?

STOCKMANN

Por mí, perfectamente. Con tal que se reparen seriamente los daños, lo demás me es indiferente.

NIELS WORSE

(Asoma la cabeza por la puerta de la antesala; mira inquisitivamente alrededor, se sonríe inte-

riormente y pregunta en tono de malicia.) ¿Es verdad eso?

STOCKMANN

¡Oh!, ahí está mi suegro. Buenos días, buenos días.

JUANA

¿Pero por qué no entras, padre?

NIELS WORSE

Si es verdad, sí; si no, vuelvo a marcharme.

STOCKMANN

¿Si es verdad el qué?

NIELS WORSE

Esa historia de las aguas. ¿Es verdad?

STOCKMANN

¡Naturalmente! ¿Cómo la ha sabido usted ya?

NIELS WORSE

(Entrando.) Petra vino toda corriendo camino del colegio...

STOCKMANN

¡Ah!

NIELS WORSE

Sí, señor... Y entonces me contó... Yo pensé si querría burlarse de mí; pero eso no parece propio de Petra.

STOCKMANN

¡Dios nos libre!

NIELS WORSE

Bueno, bueno. En absoluto no se puede con-

fiar en nadie. Antes que uno se dé cuenta, ya le han engañado. ¿De modo que es verdad?

STOCKMANN

¡Claro que sí! Pero tome usted asiento. *(Obligándole a sentarse en el sofá.)* ¿Y no es una verdadera dicha para la ciudad?

NIELS WORSE

(Luchando con la risa.) ¿Una dicha para la ciudad?

STOCKMANN

Sí, el haber hecho a tiempo ese descubrimiento.

NIELS WORSE

(Como antes.) ¡Sí, sí, sí! No le hubiera creído a usted capaz de hacerle farsas semejantes a su propio hermano.

STOCKMANN

¡Farsas!

JUANA

Pero querido padre...

NIELS WORSE

(Apoyando las manos y la barba en el puño de su bastón y mirando socarronamente al doctor.) De modo que ¿cómo es eso, cómo es eso? ¿Es verdad que ha entrado, así, una especie de animal en la cañería?

STOCKMANN

Sí, bacterias.

NIELS WORSE

Ba... bacterias... ¡Hum!... Y dice Petra que hay una cantidad tremenda de esas... bacterias; millones o billones, o...

STOCKMANN

¡Claro es!

NIELS WORSE

Pero no hay nadie que pueda verlas, ¿verdad?

STOCKMANN

No, verlas no se puede.

NIELS WORSE

(Con una risita íntima, dichosa.) Que me lleve el diablo si éste no es el golpe más magnífico de usted que conozco.

STOCKMANN

¿Qué quiere usted decir?

NIELS WORSE

Pero no conseguirá usted hacer que el alcalde se trague esa tostada.

STOCKMANN

Eso ya lo veremos.

NIELS WORSE

¿Pero cree usted que puede estar tan loco?

STOCKMANN

Espero que de esa locura participe toda la ciudad.

NIELS WORSE

¡Toda la ciudad! Puede ser. ¡Bien les va a sentar a los señores concejales! Ahí lo tienen. Quieren siempre saber más que nosotros los viejos, y a mí me echaron del Ayuntamiento. Pero ahora reciben el pago. ¡Ah! ¡Haga usted que se traguen la píldora, Stockmann!

STOCKMANN

Pero...

NIELS WORSE

Que se la traguen bien tragada. ¿Oye usted? *(Se pone en pie.)* Si logra usted pegársela al alcalde y a sus amigos, doy inmediatamente doscientas coronas para los pobres.

STOCKMANN

Esa sería una buena acción de parte de usted.

NIELS WORSE

Sí, señor. Lo que tengo no me sobra. Pero si consigue usted lo que le digo, las Navidades próximas recibirán los pobres doscientas coronas mías.

HAUSTAD

(Entrando en la antesala.) ¡Buenos días! *(Quedándose parado.)* ¡Oh, perdone usted!...

STOCKMANN

De ningún modo; entre usted.

NIELS WORSE

(Guiñando un ojo.) ¡Éste, eh! ¿También éste está enterado?

HAUSTAD

¿A qué se refiere usted?

STOCKMANN

¡Claro que está enterado!

NIELS WORSE

Podía habérmelo figurado. ¡Claro, la historia tiene que salir en los periódicos! Sí, Stockmann. Usted es mi hombre. Pero háganles ustedes bailar de lo lindo a esos sabihondos concejales... Y ahora tengo que marcharme...

STOCKMANN

¡Oh!, quédese usted un poco todavía.

NIELS WORSE

Gracias. Tengo que irme. Y que bailen... Cuanto más, mejor... No le pesará a usted... *(Se va; Juana le acompaña.)*

STOCKMANN

(Riendo.) ¡Figúrese usted! Mi suegro no cree una palabra de la historia ésta.

HAUSTAD

¿De modo que eso era lo que quería decir?...

STOCKMANN

Y usted probablemente viene a lo mismo.

HAUSTAD

Sí. ¿Tiene usted un momento libre?

STOCKMANN

Estoy completamente a su disposición, querido Haustad.

HAUSTAD

¿Ha recibido usted ya la respuesta del alcalde?

STOCKMANN

Todavía no. Vendrá luego a verme.

HAUSTAD

Esta noche he reflexionado mucho sobre la cosa.

STOCKMANN

¿Y...?

HAUSTAD

Para usted, como médico y como hombre de ciencia, el caso parece una cosa aislada. Quiero decir, que no se le ocurre a usted pensar que la cosa no es más que un eslabón en una cadena entera de faltas.

STOCKMANN

Pero ¿cómo?... Haga usted el favor; sentémonos... No, aquí en el sofá. *(Haustad se sienta en el sofá, y el doctor en una silla al otro lado de la mesa.)* De manera que usted cree...

HAUSTAD

Ayer decía usted que el agua se había corrompido por una porción de materias putrefactas.

STOCKMANN

Sí; viene indudablemente del pantano envenenado de allá arriba, del Valle del Molino.

HAUSTAD

Perdone usted, doctor; pero yo creo que proviene de otro pantano muy distinto.

STOCKMANN

¿De qué otro pantano?

HAUSTAD

Del pantano en que está metida toda nuestra vida municipal.

STOCKMANN

¡Pero qué cosas dice usted, señor Haustad!

HAUSTAD

Todos los asuntos de la ciudad han ido cayendo poco a poco en manos de un rebaño de empleados, de burócratas empedernidos.

STOCKMANN

¡Hombre, no todos son empleados!

HAUSTAD

O empleados, o amigos, o clientes de ellos. Sólo gobiernan los ricos, las gentes con antiguos nombres prestigiosos.

STOCKMANN

Pero todas esas gentes son celosas e inteligentes.

HAUSTAD

¿Dieron muestras de celo y de inteligencia nuestros concejales cuando dispusieron que la conducción de las aguas se hiciese en la forma en que se hizo?

STOCKMANN

Sí, aquello fué una gran tontería. Pero eso se arreglará ahora.

HAUSTAD

¿Cree usted que la cosa marchará tan fácilmente?

STOCKMANN

Fácilmente o no, marchar sí que tiene que marchar.

HAUSTAD

Eso... si la Prensa toma la cosa con calor.

STOCKMANN

No es necesario, querido. Estoy seguro de que mi hermano...

HAUSTAD

Perdóneme usted; pero tengo que advertirle que pienso tratar el asunto.

STOCKMANN

¿En el *Eco del Pueblo*?

HAUSTAD

Sí. Al encargarme de la dirección del periódico tenía la idea de romper este anillo de viejos y tercos funcionarios que nos gobiernan.

STOCKMANN

Pero usted mismo ha contado en qué paró la empresa; a poco arruina usted el periódico...

HAUSTAD

Sí, es verdad; entonces tuvimos que envainar

las armas, porque se corría el riesgo de que no se hiciese el balneario en el caso de que cayesen los señores de la ciudad. Pero ahora es distinto; ahora tenemos ya el balneario y podemos pasarnos sin los señores.

STOCKMANN

Pasarnos sin ellos, sí. Pero les debemos mucho agradecimiento.

HAUSTAD

No me opongo a que se les pague religiosamente. Pero un periodista de opiniones populares como las mías no puede dejar pasar sin aprovecharla una ocasión tan magnífica como ésta. Hay que desvanecer la fábula de la infalibilidad de los gobernantes. Eso hay que exterminarlo como todas las supersticiones.

STOCKMANN

En ese punto estoy de acuerdo con usted; si es una superstición, fuera con ella.

HAUSTAD

Al alcalde no quisiera atacarle demasiado duramente, por ser su hermano de usted; pero ya sabe usted que la verdad no tiene consideraciones a nadie.

STOCKMANN

¡Claro está, sin duda!... Sí, pero..., pero...

HAUSTAD

No debe usted pensar mal de mí. No soy ni más egoísta ni más ambicioso que la mayoría de los hombres.

STOCKMANN

¿Pero quién ha dicho eso, querido?

HAUSTAD

Como usted sabe, he salido del pueblo y gracias a eso he tenido ocasión de ver que lo que los humildes necesitan ante todo, es participar en la resolución de los asuntos públicos. Sólo eso puede desarrollar sus facultades, su conciencia, su sentimiento del deber...

STOCKMANN

Eso me parece exacto.

HAUSTAD

Bien; pues ahora pienso yo: ¡Un periodista tiene una gran responsabilidad si desaprovecha una ocasión favorable para sacudir a la masa, a los pequeños, a los oprimidos! Ya sé que entre los poderosos eso se califica de traición y cosas semejantes. Pero eso no puede hacerme mella. Con tal de que mi conciencia esté limpia...

STOCKMANN

Perfectamente, perfectamente, querido Haustad. ¡Lo esencial es una conciencia limpia! Pero..., sin embargo..., ¡la cosa es grave!... *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante!

(Entra Thomsen de la antesala. Va vestido modestamente, pero con decencia, de negro y con un pañuelo blanco al cuello. Trae en la mano los guantes y un sombrero de fieltro.)

THOMSEN

(Inclinándose.) Perdone el señor doctor que me tome la libertad...

STOCKMANN

(Levantándose.) ¿Es usted, señor Thomsen?

THOMSEN

Sí.

HAUSTAD

(Levantándose.) ¿Viene usted por mi causa?

THOMSEN

No; venía a ver al señor doctor...

STOCKMANN

¿En qué puedo servirle?

THOMSEN

¿Es verdad, como me contaba el señor Billing, que quiere usted mejorar la conducción de las aguas?

STOCKMANN

Sí, para el balneario.

THOMSEN

Muy bien. Pues en ese caso no quería decirle más que estoy dispuesto a apoyar su causa con todo calor.

HAUSTAD

(A Stockmann.) ¿Ve usted?

STOCKMANN

Les doy a ustedes las gracias más vivas. Pero...

THOMSEN

Porque quizás serviría de algo el que usted nos tenga a nosotros los pequeños burgueses guardándole las espaldas. Nosotros constituímos en cierto modo una mayoría compacta en la ciudad...; es decir, si queremos. Y siempre está bien tener de su parte a la mayoría, señor doctor.

STOCKMANN

Sin duda ninguna. Pero no veo que en este caso sean necesarios preparativos de ninguna especie. Me parece que la cosa es tan sencilla...

THOMSEN

Sin embargo, puede ser que no estuviese de más...; conozco bien a nuestras autoridades. El que tiene el poder en sus manos no acepta de buena gana una proposición que viene de otra parte. Y así no estaría mal que nosotros hiciéramos una demostración.

HAUSTAD

Esa es también mi opinión.

STOCKMANN

¿Pero cómo quieren ustedes hacer la demostración?

THOMSEN

Naturalmente, sólo moderadamente. Yo procedo siempre con la mayor moderación; porque la moderación es la primera virtud del ciudadano.

STOCKMANN

Sí, ya. Usted es conocido como hombre moderado, señor Thomsen.

THOMSEN

Y creo que con razón... Pero por lo que toca al asunto de las aguas, para nosotros, pequeños burgueses, es de la mayor importancia. El balneario promete ser una mina de oro para la ciudad, y todos nosotros pensamos vivir de él, y principalmente nosotros los caseros. Por eso queremos apoyar el establecimiento con todas nuestras fuerzas. Y como yo soy presidente de la Asociación de Propietarios...

STOCKMANN

¿Qué?...

THOMSEN

... y además agente de la Sociedad de Templanza..., ya sabe usted que también me ocupo en eso...

STOCKMANN

¡Claro, claro!

THOMSEN

... Tengo la mejor ocasión de estar en contacto con gentes de todas especies. Y como, por otra parte, se me conoce como un vecino prudente y amigo de la concordia, tengo en la ciudad una cierta influencia, tengo un pequeño poder...

STOCKMANN

Todo eso lo sé perfectamente, señor Thomsen.

THOMSEN

Bien, vea ústed; pues por eso me sería fácil recoger firmas si la cosa llegase a ponerse mal.

STOCKMANN

¿Firmas?

THOMSEN

Sí; para un escrito de gracias a usted por haber descubierto una cosa tan importante. Naturalmente que estaría escrito en un tono mesurado para que no pudieran decir nada las autoridades. Y si no perdemos de vista eso, nadie podrá tomar a mal el escrito.

HAUSTAD

Y aunque se le mirase de mala manera...

THOMSEN

No, no; nada de ataques a las autoridades. No hay que hacer oposición contra gentes que pueden hacernos tanto daño. En este punto he hecho ya bastantes experiencias; nunca sale nada bueno de tales cosas. Pero una expresión de su opinión mesurada, aunque decidida, no puede tomársele a mal a un ciudadano.

STOCKMANN

(Estrechándole con calor la mano.) No puedo decirle a usted, Thomsen, todo el bien que me hace el ver cómo mis convecinos se agrupan a mi alrededor... Oiga usted: ¿puedo ofrecerle una copita de Jerez?

THOMSEN

No, gracias; no bebo esas cosas.

STOCKMANN

Entonces un vaso de cerveza...

THOMSEN

Gracias, gracias; tampoco. No acostumbro a tomar nada tan temprano... Y ahora tengo que irme a la ciudad para hablar con algunos de los miembros de la Asociación de Propietarios y para preparar la opinión.

STOCKMANN

Es extraordinariamente amable de parte de usted. Pero no puedo creer en absoluto que sea necesario tomar tales medidas; creo que la cosa marchará por sí sola...

THOMSEN

(Sonriendo.) Las autoridades, señor doctor, trabajan con alguna dificultad.

HAUSTAD

Bueno; mañana les daremos en el *Eco del Pueblo* un empujoncito para animarlas.

THOMSEN

Bien; pero no demasiado fuerte. Escuche usted mis consejos; mire usted que ya he hecho algunas experiencias en la escuela de la vida... Y ahora. De manera que adiós, señor doctor. ¡En todo caso, nosotros, pequeños burgueses, estamos de-

trás de usted como un muro protector! ¡Tiene usted de su parte a la compacta mayoría!

STOCKMANN

Le repito las gracias, mi querido Thomsen. *(Sacudiéndole la mano.)* ¡Hasta la vista!

THOMSEN

¡Hasta la vista, señor doctor! *(Saluda y se va; Stockmann le acompaña hasta la antesala.)*

HAUSTAD

(Mientras el doctor vuelve a entrar.) ¿Qué dice usted de eso, doctor? ¿No ha llegado el tiempo de cerrar contra todo ese apocamiento y contra tanta cobardía?

STOCKMANN

¿Cree usted que Thomsen...?

HAUSTAD

Sí; es de los que están en el pantano también..., por excelente que pueda ser en otros conceptos. Y así son la mayoría. No hacen más que volverse a todos lados; a fuerza de consideraciones y respetos, no se atreven a dar un paso hacia adelante.

STOCKMANN

Pero a mí me parece que Thomsen es un hombre de tan buena intención...

HAUSTAD

Hay cosas que valen más que eso en mi concepto: ¡decisión y valor varonil!

STOCKMANN

¡Hum!... En eso tiene usted razón.

HAUSTAD

Pues eso es lo que me induce a aprovechar la ocasión para sacudir a los mejores. Hay que acabar con la idolatría de las autoridades que padecemos. Tenemos que ponerles claro ante los ojos a nuestros contribuyentes este error grave cometido en lo conducción de las aguas.

STOCKMANN

Bien. Si cree usted que será en beneficio del Municipio, no tengo nada en contra. Pero aguarde usted a que haya hablado con mi hermano.

HAUSTAD

De todos modos, voy a preparar ya un artículo. ¿Y si el alcalde no acepta su proyecto?...

STOCKMANN

¿Pero cómo puede usted creer...?

HAUSTAD

¡Ya lo creo que puedo creerlo! ¿En ese caso...?

STOCKMANN

Entonces le prometo a usted... *(De pronto.)* ¡En ese caso publique usted mi Memoria en el *Eco del Pueblo*.

HAUSTAD

¿Puedo hacer eso?

STOCKMANN

(Entregándole el manuscrito.) Aquí lo tiene usted; llévéselo usted por de pronto.

HAUSTAD

Gracias, gracias. ¡Y ahora adiós, señor doctor!

STOCKMANN

¡Hasta otro rato, querido Haustad!... ¡Ya verá cómo la cosa marcha como una seda, como una seda!

HAUSTAD

¡Hum!... Veremos. *(Saluda y sale por la antesala.)*

STOCKMANN

(Va a la puerta del comedor y mira.) ¡Juana!... ¡Oh! ¿Estás ya de vuelta, Petra?

PETRA

(Entrando.) Sí, vengo de la escuela.

JUANA

(A la entrada.) ¿No ha estado aquí todavía?

STOCKMANN

¿Hans? No; pero he hablado de una porción de cosas con Haustad. Está encantado con mi descubrimiento. Resulta que tiene más trascendencia de lo que yo creía al principio. Me pone el periódico a mi disposición en el caso de que tropiece con dificultades.

JUANA

¿Pero es que vas a necesitar hacer uso de la Prensa?

STOCKMANN

¡Claro que no! Pero de todas maneras, le enorgullece a uno el saber que la Prensa liberal, independiente... Y figúrate, también acaba de estar aquí el presidente de la Asociación de Propietarios.

JUANA

¿Sí? ¿Qué quería?

STOCKMANN

Ofrecerme también su apoyo. Todos quieren apoyarme si la cosa se pusiese seria. Juana..., ¿sabes a quién tengo detrás de mí?

JUANA

¿A quién tienes detrás de ti? No. ¿A quién?

STOCKMANN

A la compacta mayoría.

JUANA

¿De veras? ¿Es bueno eso, Otto?

STOCKMANN

¡Oh, qué inocente eres! ¡Naturalmente! *(Se frota satisfecho las manos y pasea arriba y abajo.)* ¡Oh, qué bien le hace a uno la conciencia de ir así de la mano de sus convecinos!

PETRA

¡Y el poder hacer una obra tan buena, padre!

STOCKMANN

Sí, y además hacerla por su ciudad.

JUANA

Suena el timbre.

STOCKMANN

¡Ahí está! *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante!

ALCALDE

(Entrando en la antesala.) Buenos días.

STOCKMANN

Bienvenido, Hans.

JUANA

Buenos días, cuñado. ¿Cómo va?

ALCALDE

Gracias; así, así. *(Al Doctor.)* Ayer por la noche, después de terminadas las horas de oficina, recibí una Memoria tuya referente a las aguas del balneario.

STOCKMANN

¿Y qué? ¿La has leído?

ALCALDE

Sí.

STOCKMANN

¿Y qué piensas de la cosa?

ALCALDE

(Mirando de soslayo a las mujeres.) ¡Hum!...

JUANA

Vámonos, Petra. *(Se va con Petra a la habitación de la izquierda.)*

ALCALDE

(Tras corto silencio.) ¿Era realmente necesario hacer todas esas investigaciones a espaldas mías?

STOCKMANN

Sí; mientras no tuviese seguridad absoluta era preciso...

ALCALDE

¿De modo que ahora crees tenerla?

STOCKMANN

Tú mismo has podido convencerte.

ALCALDE

¿Tienes la intención de presentar la Memoria como un documento oficial a la Administración del balneario?

STOCKMANN

¡Naturalmente! Hay que hacer algo, y tiene que ser en seguida.

ALCALDE

En tu Memoria empleas, como de costumbre, expresiones muy fuertes. Entre otras cosas, afirmas que lo que ofrecemos a los visitantes del balneario es un envenenamiento permanente.

STOCKMANN

¿Pero es que conoces alguna calificación más atenuada? Piensa de qué se trata. ¡Agua envenenada externa e internamente! ¡Y esto para pobres enfermos que se entregan confiados a nosotros y nos dan su dinero para restablecer su salud!

ALCALDE

Y luego llegas con tus deducciones al resultado de que debemos construir una cloaca que recoja la inmundicia que se almacena allá arriba y también cambiar las cañerías.

STOCKMANN

¿Es que acaso sabes tú alguna otra salida? Yo no.

ALCALDE

Esta mañana he visitado al arquitecto municipal, y llevé la conversación, así, medio en broma, a tus proyectos, como algo de que acaso más tarde alguna vez pudiera tratarse detenidamente.

STOCKMANN

¡Acaso más tarde!

ALCALDE

El arquitecto se rió de mi supuesta extravagancia... ¡Naturalmente! ¿Te has tomado el trabajo de calcular lo que costarían las reformas que propones? Según las explicaciones del arquitecto, ascenderían a algunos cientos de miles de coronas.

STOCKMANN

¿Tanto?

ALCALDE

Sí. Pero falta lo peor. Los trabajos exigirían lo menos dos años.

STOCKMANN

¿Dos años dices? ¿Dos años enteros?

ALCALDE

Por lo menos. ¿Y qué íbamos a hacer entretanto del balneario? ¿Cerrarlo acaso? ¡Claro, no podíamos hacer otra cosa! ¿O crees que vendría aquí un solo bañista si se esparciese el rumor de que el agua era peligrosa para la salud?

STOCKMANN

¡Pero es que sí lo es, Hans!

ALCALDE

Y todo eso, ahora; precisamente ahora que el balneario comienza a prosperar y a adquirir fama. También las ciudades vecinas podrían instalar baños. ¿Crees que no harían todo lo posible para atraerse a sí los veraneantes? Sin duda ninguna. ¿Y qué iba a ser de nosotros? Probablemente el costoso establecimiento no nos serviría de nada, y tú habrías arruinado a la ciudad en que naciste.

STOCKMANN

¿Yo?... ¿Arruinado?...

ALCALDE

Si la ciudad tiene algún porvenir, es como punto de veraneo. Eso puedes verlo lo mismo que yo.

STOCKMANN

¿Pero qué piensas tú que habría que hacer?

ALCALDE

De tu Memoria no he podido sacar la convic-

ción de que la situación sea tan grave como tú la pintas.

STOCKMANN

¡Es más grave todavía! Por lo menos, lo será en el verano con el calor.

ALCALDE

Como he dicho, creo que exageras mucho. Un buen médico debe tomar, saber tomar de tal modo sus medidas... Debe poder prevenir y remediar los efectos dañosos en el caso de que se presentasen realmente.

STOCKMANN

Y por esa razón... ¿Qué más?

ALCALDE

La conducción de las aguas tal como está es un hecho, y debe ser considerada como tal. Pero probablemente la Dirección no tendrá inconveniente en estudiar en su tiempo hasta qué punto será posible, mediante sacrificios pecuniarios adecuados, introducir algunas reformas.

STOCKMANN

¿Y tú te figuras que yo iba a pasar por una traición semejante?

ALCALDE

¡Traición!

STOCKMANN

Sí; sería una traición, una estafa, una mentira. ¡Hasta un crimen contra el público, contra la sociedad entera!

ALCALDE

Como ya he notado, no he podido adquirir la convicción de que nos encontremos ante un verdadero peligro.

STOCKMANN

¿Que no? ¡Pero eso es imposible! Mi exposición del asunto es tan decisiva, tan verdadera y tan exacta... Y tú lo ves perfectamente, hermano; sólo que no quieres confesarlo. Ha sido cosa tuya que el balneario y la conducción estén colocados donde ahora se encuentran, y eso es, esa maldita equivocación es lo que tú no quieres confesar. ¡Oh! ¿Crees que no lo veo?

ALCALDE

Y aunque así fuera. Si es verdad que quizás velo con algún miedo por mi prestigio, lo hago en interés de la ciudad. Sin autoridad moral no puedo dirigir los negocios públicos en la forma que estimo conveniente para los intereses de la comunidad. Por eso y también por otras razones, me interesa ahora que tu Memoria no se presente a la Dirección del balneario. En interés de todos, debe quedar entre nosotros la cosa. Más tarde trataremos de ella y haremos en silencio todo lo que podamos; pero nada, ni lo más mínimo, debe llegar a la publicidad de todo esto.

STOCKMANN

Eso no puede impedirse ya, querido.

ALCALDE

Pues es preciso impedirlo.

STOCKMANN

Es imposible, te digo; lo sabe demasiada gente ya.

ALCALDE

¿Lo saben ya gentes extrañas? ¿Quiénes? ¿Espero que no serán esos señores del *Eco del Pueblo*?...

STOCKMANN

Sí, ésos también. La Prensa independiente y progresiva cuidará de que cumpláis con vuestro deber.

ALCALDE

(Tras corta pausa.) Eres un hombre altamente imprudente, Otto. ¿Es que no has pensado en las consecuencias que podría tener para ti tu manera de proceder?

STOCKMANN

¿Consecuencias? ¿Para mí?

ALCALDE

Sí, para ti y para los tuyos.

STOCKMANN

¿Qué quieres decir con eso?

ALCALDE

Me parece que me he portado contigo siempre como un buen hermano.

STOCKMANN

Sin duda que lo has hecho, y te estoy profundamente agradecido por ello.

ALCALDE

No pido agradecimiento. Además, en parte estaba obligado a trabajar por ti..., por mí mismo. Tenía la esperanza de que te contendrías algo si te ayudaba a mejorar tu situación económica.

STOCKMANN

¿Cómo? ¡De modo que sólo por ti mismo...!

ALCALDE

En parte, digo. Es muy molesto para un funcionario ver que sus más próximos allegados se están comprometiendo constantemente.

STOCKMANN

¿Y crees que yo hago eso?

ALCALDE

Sí, desgraciadamente..., sin saberlo. Tienes un temperamento inquieto, luchador, revoltoso. Y luego, esa manía desdichada de escribir en público sobre todas las cosas humanas y divinas. Apenas se te ocurre una idea, ya estás escribiendo un artículo de periódico o hasta un folleto.

STOCKMANN

¿Pero es que no es el deber de cada ciudadano comunicar al público las buenas ideas que se le ocurren?

ALCALDE

¡Oh! ¿Para qué quiere el público nuevas ideas? Con las ideas antiguas, reconocidas por todos, que posee, está perfectamente servido.

STOCKMANN

¡Y eso lo dices así..., francamente!

ALCALDE

Sí, era preciso que hablara contigo francamente una vez. Hasta ahora lo había evitado, porque sé que pronto te excitas; pero ha llegado el momento de decirte la verdad. No te das la menor cuenta del mucho daño que te haces con tu desconsiderada imprudencia. Te quejas de las autoridades, protestas contra el mismo Gobierno... Hasta le acusas... Afirmas que te han arrinconado, perseguido. ¿Pero es que puede esperar otra cosa un ciudadano... tan molesto como tú?

STOCKMANN

¿Cómo? ¿Soy también molesto?

ALCALDE

Sí, Otto, eres un colaborador molesto. Eso lo sé yo bien. No tienes consideración a nada. Parece que has olvidado completamente que tu puesto de médico de baños tienes que agradecérmelo a mi...

STOCKMANN

Eso no es verdad. El puesto me correspondía a mí en derecho; a mí y a nadie más. Yo fuí quien

primero expresó la opinión de que la ciudad podía llegar a ser un balneario excelente, y entonces era yo el único que lo veía. Durante años estuve solo... Años y años tuve que luchar completamente solo por mi idea, y escribí y escribí...

ALCALDE

No lo niego. Pero entonces no había llegado todavía el momento oportuno. ¡Claro, tú no podías juzgar desde allá arriba, en aquel rincón aislado del mundo! Y cuando llegó el momento a propósito tomé yo..., junto con otros, la cosa por mi cuenta.

STOCKMANN

Sí, para echar a perder por completo mi magnífico plan. Ahora se ve lo listos que erais.

ALCALDE

Mi opinión es que lo único que aquí ocurre es que tú necesitas un nuevo acicate para tu espíritu de lucha. Quieres atacar a tus superiores; ésa es una costumbre antigua en ti. No puedes tolerar autoridad alguna sobre ti; miras de mala manera al que ocupa un puesto elevado en la Administración; le consideras como tu enemigo personal, y para combatirle, todas las armas te parecen buenas. Pero esta vez ya te he advertido que intereses de la ciudad entera..., y por consiguiente también tuyos, están en juego. Y por eso te digo: la exigencia que ahora te voy a hacer la mantendré con severidad implacable.

STOCKMANN

Sepamos cuál es la exigencia.

ALCALDE

Ya que has tenido la imprudencia de hablar con extraños de este asunto tan delicado, a pesar de que hubieras debido guardarlo como un secreto de la Administración..., la cosa ya no puede taparse. Pronto empezarán a propagarse toda clase de rumores, y los malintencionados se cuidarán de alimentarlos constantemente con nuevos aditamentos y falsedades. Por tanto, será necesario que tú desmientas en público esos rumores.

STOCKMANN

¿Yo? ¿Cómo? No te entiendo.

ALCALDE

Será necesario que esparzas la noticia de que en un nuevo análisis se ha visto que la cosa no era tan grave como parecía en el primer momento.

STOCKMANN

¡Ah! ¿Conque eso esperas de mí?

ALCALDE

Además, se espera que tú tengas la confianza, y así lo declares públicamente, de que la Administración tomará las medidas necesarias para remediar los inconvenientes que pudieran presentarse.

STOCKMANN

Pero eso no podréis conseguirlo nunca con ese sistema de tapar las cosas y hacerlas a medias... ¡Y mi opinión firme e indestructible es, Hans...!

ALCALDE

Como funcionario no tienes el derecho de tener una opinión aparte.

STOCKMANN

¿Que no tengo el derecho de...?

ALCALDE

Como funcionario digo. Como particular... eso es otra cosa. Pero como funcionario del establecimiento de baños no tienes derecho a manifestar una opinión que contradiga a la de tus superiores.

STOCKMANN

¡Eso es demasiado! ¡Es que como médico, como hombre de ciencia no iba a tener el derecho...!

ALCALDE

El asunto de que aquí se trata no es un asunto puramente científico. Es más bien un asunto mixto, técnicoeconómico...

STOCKMANN

¡Vete a paseo con esas historias! ¡Todo eso me es absolutamente indiferente! ¡Yo quiero tener libertad de poder expresar mi opinión sobre todos los asuntos posibles!

ALCALDE

Desde luego... Pero no sobre el balneario; eso te lo prohibo.

STOCKMANN

(Casi a gritos.) ¡Me lo prohibís!... ¡Vosotros!... ¡Vosotros que...!

ALCALDE

Sí, yo te lo prohibo; yo, tu superior. Y cuando yo te prohibo algo, tienes que obedecer.

STOCKMANN

(Conteniéndose.) ¡Hans..., te lo aseguro..., si no fueras mi hermano...!

PETRA

(Abriendo con violencia la puerta.) ¡Padre, no debes consentir que se te trate así!

JUANA

(Siguiéndola.) ¡Petra! ¡Petra!

ALCALDE

¡Ah! ¡Se ha escuchado!

JUANA

No era necesario; hablabais tan alto, que...

PETRA

Sí; yo escuché.

ALCALDE

Bien; en realidad lo prefiero así.

STOCKMANN

(Acercándose a él.) ¡Hablabas de prohibir y obedecer!...

ALCALDE

Me has obligado a hablarte en ese tono.

STOCKMANN

¿De manera que es preciso que yo me ponga en ridículo a mí mismo con una declaración pública?

ALCALDE

Consideramos como indispensable que publiques una declaración en el sentido indicado.

STOCKMANN

Bien. ¿Y si no... obedeciera?

ALCALDE

Entonces, para tranquilizar al público, publicaremos nosotros una declaración.

STOCKMANN

Está muy bien. Pero en ese caso yo me pronuncio en público contra vosotros. Seguiré fiel a mi convicción; probaré que yo tengo razón y vosotros no. En ese caso, ¿qué haréis?

ALCALDE

Entonces no podré impedir que se te despida.

STOCKMANN

¡Cómo!...

PETRA

¡Padre! ¡Despedido!

JUANA

¡Despedido!

ALCALDE

Sí; como médico del balneario. Yo me sentiría obligado a pedirlo inmediatamente.

STOCKMANN

¿Pero os atreveríais a eso?

ALCALDE

Tú mismo nos obligas.

PETRA

¡Tío, un comportamiento semejante con un hombre como mi padre es indigno!

JUANA

¡Petra!

ALCALDE

(Mirando despreciativamente a Petra.) ¡Oh, ya te permites expresar tu opinión! ¡Claro, es natural! *(A Juana.)* Cuñada, usted es probablemente la persona más razonable de la casa. Emplee usted todo su influjo para hacer comprender a su marido las consecuencias que puede traer su resistencia, así como para su familia...

STOCKMANN

De mi familia no tiene que ocuparse nadie más que yo.

ALCALDE

Así como para su familia, digo como para nuestra ciudad.

STOCKMANN

Yo, sólo yo quiero el bien de la ciudad. Quiero descubrir los vicios que tarde o temprano tendrían que salir a la luz. Ya se verá cuál de los dos es el que ama verdaderamente a su ciudad.

ALCALDE

Tú, que en tu ciega terquedad quieres cegar su fuente de vida más importante...

STOCKMANN

¡Pero, hombre, si esa fuente está envenenada! ¡Es que no estás en tu juicio! ¡Estamos comerciando con inmundicia! ¡Esa es nuestra fuente! Toda la prosperidad de nuestra vida social se alimenta de esa mentira.

ALCALDE

Eso son figuraciones tuyas... u otra cosa peor. Quien arroja tales insinuaciones contra la propia ciudad que le vió nacer, tiene que ser un enemigo de la sociedad.

STOCKMANN

(Avanzando hacia él.) ¡Y te atreves...!

JUANA

(Arrojándose entre los dos.) ¡Otto!

PETRA

(Agarrándose al brazo de su padre.) ¡Cálmate por Dios, padre!

ALCALDE

No quiero exponerme a violencias. Ya estás advertido. Piensa en lo que te debes a ti mismo y a los tuyos. Seguid bien. *(Se va.)*

STOCKMANN

(Paseando por la habitación.) ¡Y que tenga que tolerar que se me trate de ese modo! ¡En mi propia casa!

JUANA

Sí, es una vergüenza.

PETRA

¡Oh, quisiera...!

STOCKMANN

Pero la culpa es mía. ¡Debí haberles enseñado hace tiempo los dientes, debía haber pegado firme!

JUANA

Pero, Otto, piensa en que tu hermano es el que tiene el poder.

STOCKMANN

¡Pero yo tengo el derecho!

JUANA

Sí, sí; el derecho, el derecho. ¿De que sirve el derecho sin poder?

STOCKMANN

¿Cómo? ¿Es posible que en una sociedad libre el derecho no sea un poder?

JUANA

Pero, Otto, piensa en lo que te espera si te despiden. Tu familia, tus hijos...

PETRA

¡Madre, no pienses siempre en lo que será de nosotros!

STOCKMANN

¿Es que voy a inclinarme cobardemente ante mi hermano y sus malditos partidarios y abandonar la causa de la verdad? ¡No tendría un momento dichoso en mi vida si lo hiciera!

JUANA

Sí; pero que Dios nos libre de la felicidad que nos espera si sigues en tu negativa. Otra vez sin ingresos fijos, llenos de apuros. Me parece que eso ya lo hemos probado bastante en otro tiempo. No olvides eso. ¡Piensa en lo que arriesgas en el juego!

STOCKMANN

(Como en intensa lucha interior y apretando los puños.) ¡Y que un burócrata semejante se atreva a amenazar de esa manera a un hombre libre y honrado! ¿No es terrible eso, Juana?

JUANA

Sí; es una vergüenza portarse de ese modo contigo. ¡Pero hay que soportar tantas injusticias en este mundo!... ¡Aquí están los niños, Otto!

¡Míralos! ¿Qué va a ser de ellos? ¡Oh, no, no tendrás valor!...

(Walter y Federico han entrado entretanto con los cartapacios de la escuela.)

STOCKMANN

¡Mis hijos! *(Se para de pronto como quien ha tomado una resolución firme.)* ¡No, no! Aunque se hundiese el mundo entero. ¡Jamás me humillaré ante un yugo tan vergonzoso! *(Se va a su despacho.)*

JUANA

(Siguiéndole.) Otto, ¿qué vas a hacer?

STOCKMANN

(En la puerta.) ¡Quiero tener derecho a mirar a mis hijos en la cara! *(Entra.)*

JUANA

(Llorando.) ¡Oh, que Dios nos proteja!

PETRA

¡No llores, madre! ¡Papá hace lo que tiene que hacer!

(Los niños preguntan asombrados de qué se trata; Petra les hace signos de silencio.)

ACTO TERCERO

Sala de redacción del *Eco del Pueblo*. En el fondo izquierda la puerta de entrada. En el mismo muro, a la derecha, una segunda puerta de cristales, a través de los que se ve la imprenta. En el muro derecha una tercera puerta. En el medio de la habitación una mesa grande llena de papeles, periódicos y libros. A la izquierda, en primer término una ventana, y en ella un pupitre alto. En la mesa dos butacas, y sillas a lo largo de las paredes. La habitación es sombría y poco amical; las sillas están sucias y las cubiertas de las mismas desgarradas. En la imprenta se ve a algunos cajistas trabajando; hacia el fondo hay una prensa de mano en movimiento. Haustad escribe en la mesa. Al poco tiempo entra Billing por la derecha con el manuscrito del doctor en la mano.

BILLING

¡La verdad es que...!

HAUSTAD

(Escribiendo.) ¿Lo ha leído usted?

BILLING

(Poniendo el manuscrito sobre el pupitre.) Sí.

HAUSTAD

¿Verdad que está un poco fuerte el doctor.

BILLING

Cada frase es un martillazo...; está escrito con fuego destructor.

HAUSTAD

Sí; pero gentes semejantes no caen al primer golpe.

BILLING

¡Claro que no! Pero luego seguimos nosotros pegando hasta que se venga al suelo. Cuando estaba leyendo el manuscrito me parecía oir ya el rumor de la revolución.

HAUSTAD

¡Chist! ¡Que no vaya a oír eso Thomsen!

BILLING

(Bajando la voz.) Thomsen es un gallina, un cobarde. No tiene una sola chispa de valor. Pero esta vez impondrá usted su voluntad, ¿no?; porque el artículo del doctor se imprime, ¿no es eso?

HAUSTAD

Con tal que el alcalde no se resigne voluntariamente...

BILLING

Eso sería terrible.

HAUSTAD

Pero afortunadamente podemos sacar partido de la situación, pase lo que pase. Si el alcalde no acepta la proposición del doctor, se le echan encima todos los pequeños burgueses, toda la Asociación de Propietarios. Y si la acepta, se pone enfrente de los grandes accionistas, que han sido hasta ahora su mejor apoyo...

BILLING

Sí; porque ésos tendrán que dar, de seguro, una sumita respetable...

HAUSTAD

De eso puede usted estar seguro; y entonces está roto el círculo, y nosotros nos encargamos de probar al público día por día que el alcalde no sirve en absoluto para desempeñar su cometido, y que todos los cargos de confianza, la administración municipal entera, deben ponerse en manos del pueblo.

BILLING

En realidad, la situación no puede ser mejor para nosotros; ya la veo, ya la veo. ¡Estamos en vísperas de una revolución local! *(Llaman.)*

HAUSTAD

¡Chist! ¡Adentro! *(Entra Stockmann por la puerta de la izquierda del fondo. Yendo a recibirle.)* ¡Ah, es usted, señor doctor! ¿Qué hacemos?

STOCKMANN

¡A la imprenta, a la imprenta en seguida!

BILLING

¡Viva!

STOCKMANN

¡A la imprenta digo! ¡Ahora habrá guerra en la ciudad, señor Billing!

BILLING

¿Guerra? Pero espero que de veras, a vida o muerte, señor doctor.

STOCKMANN

Este artículo no es más que el comienzo. Ya tengo en la cabeza la idea para otros cinco. ¿Dónde está metido Thomsen?

BILLING

(Llamando hacia la imprenta.) ¡Thomsen! Un momento, tenga la bondad.

HAUSTAD

¿Otros cinco artículos dice usted? ¿Sobre el mismo asunto?

STOCKMANN

¡Líbreme Dios, querido! No; sobre cosas completamente distintas. Pero todo viene de la conducción de las aguas y de la cloaca. Lo uno trae necesariamente a lo otro por consecuencia. Es lo mismo que cuando una casa vieja comienza a desmoronarse.

BILLING

Sí..., no se termina hasta que se ha derrumbado del todo la vieja barraca.

THOMSEN

(Saliendo de la imprenta.) ¡Derrumbar! ¡El señor doctor no querrá derrumbar el balneario!

HAUSTAD

No, hombre; no tenga usted miedo.

STOCKMANN

No; nosotros vamos contra otras cosas comple-

tamente distintas. ¿Y qué dice usted de mi artículo, señor Haustad?

HAUSTAD

Una verdadera obra maestra.

STOCKMANN

¿Verdad que sí? Me alegro mucho.

HAUSTAD

La exposición es tan clara, tan convincente..., no hay necesidad de ser especialista para comprender perfectamente toda la cosa. Todos los hombres de entendimiento se pondrán sin duda de su parte.

THOMSEN

Es de esperar que también los moderados.

HAUSTAD

Moderados y no moderados, la ciudad entera.

THOMSEN

Entonces arriesguémonos a publicarlo.

HAUSTAD

Mañana por la mañana aparecerá.

STOCKMANN

Sí, no debe usted esperar ni un día más... Señor Thomsen, cuide usted de que no salgan erratas de imprenta. Todas las palabras son importantes. Yo volveré luego para dar un vistazo a las pruebas... No puedo decirles a ustedes lo impaciente que estoy por verlo impreso para echarlo a correr por el mundo...

BILLING

¡Sí, que caiga como un rayo!

STOCKMANN

Por el mundo entero, para someterlo al juicio de las personas imparciales. ¡Oh, no pueden ustedes darse idea de lo que hoy he tenido que tolerar! Se me ha amenazado; me querían quitar mis derechos de hombre más sagrados...

BILLING

¿Cómo? ¡Sus derechos de hombre!

STOCKMANN

Se me quería humillar, degradarme como a un guiñapo; se me exigía que me pronunciase contra mi convicción más íntima y más santa...

BILLING

¡Eso es ya demasiado!

HAUSTAD

¡Oh, de esas gentes hay que esperarlo todo!

STOCKMANN

Pero conmigo se equivocaron; he de devolvérselo con creces. Ahora me pongo en el *Eco del Pueblo,* día tras día, y lanzo uno tras de otro artículos explosivos...

THOMSEN

Sí; pero eso...

BILLING

¡Viva! ¡Hay guerra! ¡Hay guerra!

STOCKMANN

Los haré rodar por los suelos, los destrozaré, desharé ante el público de recto criterio todas sus fortalezas. ¡Todo eso haré yo!

THOMSEN

Muy bien, señor doctor; pero con moderación.

STOCKMANN

(Continuando imperturbable.) Pues ahora, amigos míos, ya no se trata sólo de la conducción del agua y de la cloaca. No; hay que limpiar, hay que desinfectar la ciudad entera...

BILLING

Desinfectar; ésa es la palabra.

STOCKMANN

¡Fuera con remiendos y chapucerías! Y eso en todas las esferas. Hoy se han abierto ante nosotros infinitos horizontes. Necesitamos gente fresca y joven que lleve nuestras banderas; nuevos jefes en todas las avanzadas...

BILLING

¡Muy bien, muy bien!

STOCKMANN

¡Y si todos marchamos unidos, marchará todo tan fácilmente, tan fácilmente!... Toda esta revolución saldrá como un barco del arsenal. ¿O no lo creen ustedes así?

HAUSTAD

Yo, por mi parte, creo que ahora tenemos probabilidades de poner la administración municipal en manos de aquellos a quienes corresponde.

THOMSEN

Y si procedemos con moderación, yo creo que no hay peligro alguno.

STOCKMANN

¿Quién demonios se cuida de si hay peligro o no? Yo lo que hago lo hago en nombre de la verdad y porque mi conciencia me lo pide.

HAUSTAD

Sí, doctor; usted es un hombre que merece apoyo decidido.

THOMSEN

Eso es indudable; el doctor es el verdadero amigo de la ciudad.

BILLING

El doctor Stockmann es un amigo puro del pueblo.

THOMSEN

Espero que la Asociación de Propietarios hará pronto suyas esas palabras.

STOCKMANN

(Estrechándoles conmovido las manos.) ¡Gracias, gracias, mis queridos fieles amigos!... ¡Cuánto bien me hacen semejantes palabras!... Mi señor hermano me daba otro nombre muy distinto!...

Pero ya lo pagará con intereses!... Bien; ahora tengo que irme para visitar a un pobre diablo... Como he dicho, volveré luego. Y en mi manuscristo hágame el favor de no borrar ningún signo de admiración. Es preferible que añadan una docena todavía. Bien, bien. Hasta luego, pues. Adiós, adiós. *(Despedidas mutuas mientras los otros le acompañan hasta la puerta.)*

HAUSTAD

Puede ser un colaborador impagable.

THOMSEN

Sí, mientras se limite a la historia del balneario; pero si va más adelante no podemos apoyarlo sin más.

HAUSTAD

¡Bah!; eso depende de...

BILLING

Pero usted es un miedoso terrible...

THOMSEN

¿Miedoso? Sí, cuando se trata de las autoridades locales, soy miedoso; en esa materia he aprendido algo en la escuela de la experiencia. Pera hábleme usted de alta política; haga usted, si quiere, oposición al Gobierno, y ya verá usted si tengo miedo.

BILLING

¡No, ya lo sé; entonces no! Pero en eso consiste precisamente la doble naturaleza de usted.

THOMSEN

La cosa es muy sencilla. Yo soy un hombre de conciencia. Si uno ataca al Gobierno, no causa uno el menor daño; pues los hombres se preocupan muy poco de lo que digan los periódicos..., siguen donde estaban. Pero a las autoridades locales puede derribárselas, y entonces vienen a lo mejor al poder gentes ineptas, con daño incalculable de la Asociación de Propietarios y de otras personas. Por eso digo: en la política local, quietecitos.

HAUSTAD

Pero la educación política del hombre sencillo por la autoadministración, ¿qué dice usted de eso?

THOMSEN

Cuando se ha conseguido adquirir algo que vale la pena de conservar, no se puede pensar en todo, señor.

HAUSTAD

Entonces, ojalá que yo no llegue a adquirir nunca nada.

BILLING

¡Muy bien!

THOMSEN

(Sonriendo.) ¡Hum! *(Señalando al pupitre.)* En la silla de redacción se sentaba antes de usted Steinhoff el síndico.

BILLING

(Escupiendo.) ¡Uf! ¡Un tránsfuga semejante!

HAUSTAD

Yo no soy una veleta, ni lo seré nunca.

THOMSEN

Un político no debe jurar eso, señor Haustad. Y en cuanto a usted, señor Billing, según me han dicho, todavía en los últimos días ha arrojado usted la red, pues pretende usted un puesto de oficial en el Ayuntamiento.

BILLING

¿Yo?

HAUSTAD

¿Es verdad eso?

BILLING

Bueno, sí. Pero ya pueden ustedes figurarse que yo no lo hago más que para molestar un poco a los señores.

THOMSEN

Eso a mí no me importa. Pero cuando se me echa en cara cobardía e inconsecuencia, quisiera advertir solamente esto: el pasado político del impresor Thomsen está abierto a los ojos de todos. Yo no he cambiado más que en haberme hecho más moderado. Mi corazón pertenece siempre al pueblo, sólo que no niego que mi entendimiento se inclina un poco a las autoridades, es decir, a las locales. *(Se va a la imprenta.)*

BILLING

¿No podríamos probar a deshacernos de él?

HAUSTAD

¿Sabe usted de alguien que nos hiciera un adelanto para papel e impresión?

BILLING

Es una desgracia que nos falte el capital necesario para el negocio.

HAUSTAD

(Sentándose en el pupitre.) Sí; si lo tuviéramos, entonces...

BILLING

¿Si nos dirigiéramos al doctor Stockmann...?

HAUSTAD

¿Para qué? Si no tiene él mismo un céntimo.

BILLING

Pero un hombre de su confianza, su suegro Niels Worse, el viejo topo, como él le llama...

HAUSTAD

(Escribiendo.) ¿Sabe usted de seguro que ése tenga algo?

BILLING

Sí; y una parte de su dinero tendrá sin duda que ir a parar a la familia de su hija. El doctor Stockmann tendrá que pensar entonces en darles con ello un dote a sus hijos.

HAUSTAD

(Volviéndose a medias.) ¿Hace usted cuentas con eso?

BILLING

Yo no hago cuentas, naturalmente, con nada.

HAUSTAD

Eso le aconsejo a usted. Y con esa plaza en el Ayuntamiento no cuente usted demasiado, porque yo le aseguro que no la consigue usted.

BILLING

¿Cree usted que no lo sé ya? Si incluso prefiero que no me la den. Un desaire semejante le aviva a uno el deseo de lucha...; se saca una nueva cantidad de bilis. Y eso no viene mal en un rincón del mundo como éste, dejado de la mano de Dios, donde tan raras veces pasa algo excitante.

HAUSTAD

(Escribiendo.) Sí, sí.

BILLING

¡Hum! Han de oír pronto noticias mías. Bien; ahora voy a confeccionar la proclama para la Asociación de Propietarios. *(Sale por el cuarto de la derecha.)*

HAUSTAD

(En el pupitre; golpea con el palillero y dice lentamente.) Bien, hombre, bien; esa es la vida. *(Llaman.)* ¡Adelante!

PETRA

(Entra por la puerta de la izquierda del fondo.)

HAUSTAD

(Poniéndose en pie.) ¡Ah! ¿Es usted, señorita Petra?

PETRA

Perdone usted...

HAUSTAD

(Acercándole uno de los sillones.) ¿No quiere usted sentarse?

PETRA

No, gracias; me voy en seguida.

HAUSTAD

Viene usted de parte de su padre, ¿verdad?

PETRA

No; vengo por cuenta propia. *(Sacando un libro del bolsillo del abrigo.)* Aquí está la novela inglesa.

HAUSTAD

¡Cómo!, ¿me la devuelve usted?

PETRA

Sí; no puedo traducirla.

HAUSTAD

Pero me lo prometió usted con tanta seguridad...

PETRA

Porque no la había leído todavía. Y usted es de suponer que tampoco la haya leído.

HAUSTAD

No, ya sabe usted que no entiendo inglés; sin embargo...

PETRA

Bien. Precisamente quería decirle que debe

usted buscar otra cosa. *(Dejando el libro sobre la mesa.)* La historia no sirve en absoluto para el *Eco del Pueblo.*

HAUSTAD

¿Por qué no?

PETRA

Porque está en completa contradicción con sus propias ideas.

HAUSTAD

¡Oh! En cuanto a eso...

PETRA

No me entiende usted. Se trata en ella de cómo una mano sobrenatural protege a los llamados hombres buenos aquí en la tierra hasta que al cabo todo se arregla del mejor modo posible, y de cómo todos los llamados hombres malos reciben su castigo.

HAUSTAD

Pero eso es precioso. Esos son precisamente los platos que pide el público.

PETRA

¿Y usted quiere servirle platos semejantes? Pero usted mismo no cree una palabra de todo eso. Usted sabe que en la realidad las cosas no pasan así.

HAUSTAD

Tiene usted razón. Pero un periodista no puede siempre obrar como sería su gusto. En cosas de poca importancia tiene que adaptarse a los gustos de sus lectores. Lo esencial en la vida, por

lo menos para un periódico, es la política, y si mi público ha de mantenerse fiel en la dirección de la libertad y del progreso, no debo alarmarlo. Si debajo de la raya, en el folletín del periódico, encuentra una historia moral por el estilo, recibirá con más confianza lo que se le da por encima de la raya...; se sentirá así como más seguro.

PETRA

¡Uf! ¡Tenderles tales lazos a los lectores! No, tan traidor no puede usted ser. ¡Tender así un lazo!...

HAUSTAD

(Sonriendo.) Gracias por la buena opinión que tiene usted de mí. No; en realidad, ésta es la opinión de Billing y no la mía.

PETRA

¡De Billing!

HAUSTAD

Por lo menos, hablaba en ese sentido uno de estos días. Billing es quien tenía empeño en publicar la novela en el *Eco del Pueblo;* yo no la conozco.

PETRA

¿Pero cómo es posible que Billing con sus opiniones radicales...?

HAUSTAD

¡Oh! Billing tiene varias caras. Ahora he oído decir que pretende un puesto en el Ayuntamiento.

PETRA

¡Eso no puedo creerlo! ¿Cómo puede Billing aceptar una cosa así?

HAUSTAD

Eso pregúnteselo usted a él.

PETRA

¡Nunca lo hubiera creído de Billing!

HAUSTAD

(Mirándola fijamente.) ¿No? ¿De veras le parece a usted tan extraordinario?

PETRA

Sí. O acaso... no. ¡Oh!; en realidad, yo misma no sé...

HAUSTAD

(Sonriendo.) Nosotros, periodistas, señorita, no valemos gran cosa.

PETRA

¿Cree usted eso de veras?

HAUSTAD

Por lo menos, lo pienso a veces.

PETRA

Sí, en la lucha pequeña diaria. Pero ahora que tiene usted que defender una cosa grande...

HAUSTAD

¿Se refiere usted a lo de su padre?

PETRA

Sí; me parece que hoy debe usted sentirse como una persona importante.

HAUSTAD

Y sí que siento una cosa así.

PETRA

¿Verdad? ¡Oh, es una profesión magnífica la de usted! Abrir el camino a verdades desconocidas y a nuevas ideas atrevidas...; sólo el hecho de estar impávido en un puesto de viso y defender a un hombre injuriado...

HAUSTAD

Mucho más si ese hombre injuriado... No sé cómo decirlo...

PETRA

Si es un hombre honrado y valiente, quiere usted decir.

HAUSTAD

(Bajo.) Mucho más si es su padre de usted, era lo que quería decir.

PETRA

(Sorprendida.) ¡De modo que por eso...!

HAUSTAD

Sí, Petra... Señorita Petra...

PETRA

¿De modo que eso es lo que le impulsa a usted? ¿No la cosa misma? ¿No la verdad? ¿No el ímpetu ardiente de mi padre?

HAUSTAD

¡Claro está!... ¡Naturalmente!... Eso también.

PETRA

No; se le ha escapado a usted, y ya no tiene arreglo; ya no puedo creerle a usted.

HAUSTAD

¿Puede usted tomarme tan a mal que ante todo por usted...?

PETRA

Lo que le tomo a mal es que no haya sido sincero con mi padre. Oyéndole a usted hablar, parecía que la verdad y el bien de la ciudad eran lo principal. Se ha burlado usted de mi padre y de mí; no es usted el hombre que aparentaba ser. Y eso no se lo perdonaré... nunca.

HAUSTAD

Una cosa semejante no debe usted decirla en ese tono tan fuerte, señorita, y mucho menos ahora.

PETRA

¿Por qué no?

HAUSTAD

Porque su padre de usted no puede pasarse sin mi apoyo.

PETRA

(Midiéndole con la vista de arriba a abajo.) ¡De modo que eso es usted! ¡Uf!

HAUSTAD

No, no, no. Se me vino a los labios... Así..., en

la excitación... ¡No pensará usted que yo sea capaz de tal cosa!

PETRA

Sé lo que tengo que pensar. ¡Usted lo pase bien!

THOMSEN

(Entra de la imprenta rápidamente y con aire de misterio.) Señor Haustad. *(Viendo a Petra.)* ¡Oh!

PETRA

Ahí le queda a usted el libro; que lo traduzca otro. *(Se va hacia la salida.)*

HAUSTAD

(Siguiéndola.) ¡Pero señorita!...

PETRA

Usted lo pase bien. *(Se va.)*

THOMSEN

¡Señor Haustad! *(Haustad no le oye. Más alto.)* ¡Señor Haustad!

HAUSTAD

¿Qué ocurre? ¡Ah, es usted!

THOMSEN

¡El alcalde está en la imprenta!

HAUSTAD

¿El alcalde?

THOMSEN

Sí; desea hablar con usted. Entró por la puerta trasera; no quiere que le vean.

HAUSTAD

¿Qué es lo que quiere?... No, aguarde usted; voy yo mismo... *(Va hacia la puerta de la imprenta, la abre, saluda e invita al Alcalde a entrar.)* Thomsen, encárguese usted de que nadie entre...

THOMSEN

Entendido, entendido. *(Se va a la imprenta.)*

ALCALDE

Sin duda que no esperaría usted verme aquí.

HAUSTAD

No lo esperaba, no.

ALCALDE

(Mirando a su alrededor.) Están ustedes bien instalados. Es muy agradable esto.

HAUSTAD

¡Oh, eso!...; pero tenga usted la bondad... *(Le quita el sombrero y el abrigo y los pone sobre una silla.)* ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse, señor alcalde?

ALCALDE

(Sentándose al lado de la mesa.) Gracias. *(Haustad se sienta igualmente.)*

ALCALDE

Señor Haustad, hoy he tenido un..., un disgusto grande.

HAUSTAD

¿De veras? Sí, dados los muchos deberes de su cargo...

ALCALDE

El disgusto de hoy proviene del médico del balneario.

HAUSTAD

¿Conque sí? ¿Del doctor?

ALCALDE

Ha escrito una especie de Memoria para la Administración del balneario sobre unos supuestos inconvenientes de nuestras aguas.

HAUSTAD

¡Ah!

ALCALDE

¿No le ha dicho a usted nada?... Me parece que me contó...

HAUSTAD

¡Ah, sí!; ya recuerdo: dejó caer algunas palabras que...

THOMSEN

(Desde la imprenta.) ¿Por dónde puede andar el manuscrito?

HAUSTAD

(Incomodado.) Ahí, sobre el pupitre, lo tiene usted.

THOMSEN

(Que lo ha encontrado.) Está bien.

ALCALDE

¿Pero ése... es?

THOMSEN

Sí; es el artículo del doctor, señor alcalde.

HAUSTAD

¡Ah! ¿Se refería usted a eso?

ALCALDE

El mismo. ¿Qué le parece a usted?

HAUSTAD

Yo no entiendo gran cosa de eso... Además, sólo lo he leído por encima...

ALCALDE

Pero sin embargo lo va usted a publicar.

HAUSTAD

A un hombre del prestigio del doctor no se le puede negar...

THOMSEN

Yo no tengo nada que ver con la redacción del periódico, señor alcalde.

ALCALDE

¡Naturalmente!

THOMSEN

Tengo que imprimir lo que me dan.

ALCALDE

¡Está perfectamente!

THOMSEN

Y por esa razón... *(Yendo hacia la imprenta.)*

ALCALDE

No; aguarde usted un momento. Con permiso de usted, señor Haustad.

HAUSTAD

¡No faltaba más, señor alcalde!

ALCALDE

Usted es un hombre moderado y sensato, señor Thomsén...

THOMSEN

Que usted me tenga en esa estima es para mí un honor.

ALCALDE

... Un hombre que tiene un gran influjo en una parte considerable de la población.

THOMSEN

Pero principalmente entre las gentes humildes.

ALCALDE

Los pequeños contribuyentes son entre nosotros, como en todas partes, los más numerosos.

THOMSEN

Eso es verdad, señor alcalde.

ALCALDE

Y yo no dudo de que usted conoce íntimamente la opinión de esos elementos de la población. ¿Verdad?

THOMSEN

No puedo negarlo, señor alcalde.

ALCALDE

Bien...; pues si entre los vecinos que están en peor posición reina un tal espíritu de sacrificio, en ese caso...

THOMSEN

¿Qué quiere usted decir?

HAUSTAD

¿Espíritu de sacrificio?

ALCALDE

Ese es un signo admirable, una prueba de excelente espíritu ciudadano. La verdad es que apenas si lo hubiera esperado. Pero usted conoce mejor que yo la opinión del pueblo.

THOMSEN

Pero señor alcalde...

ALCALDE

Y ciertamente, el sacrificio que la ciudad tiene que hacer no es pequeño.

HAUSTAD

¿La ciudad?

THOMSEN

¡No entiendo lo que usted quiere decir! ¡Si de lo que se trata es del balneario!...

ALCALDE

Según un cálculo provisional, las reformas que el doctor estima convenientes valdrán unos cientos de miles de coronas.

THOMSEN

Es una suma de importancia; pero...

ALCALDE

Naturalmente, tendremos que apelar a un empréstito municipal.

HAUSTAD

(Poniéndose en pie.) ¿Cómo? ¿Es que la ciudad va a...?

THOMSEN

¿Hay que pagarlo de la Caja de la ciudad? ¿Tiene que salir ese dinero de los bolsillos de los pequeños burgueses?

ALCALDE

Querido Thomsen, ¿de dónde quería usted que saliese?

THOMSEN

¡Eso es cosa de los señores accionistas!

ALCALDE

Los accionistas no están en situación de hacer más sacrificios.

THOMSEN

¿Es eso completamente seguro, señor alcalde?

ALCALDE

Indudablemente. De manera que si queremos hacer una reforma grande, la ciudad tiene que cargar con los gastos.

THOMSEN

Pero ¡demonio!... Perdone usted... ¡Pero en ese caso la cosa cambia completamente de aspecto, señor Haustad!

HAUSTAD

Sí que es verdad.

ALCALDE

Pero lo peor es que nos veremos obligados a cerrar el balneario durante un par de años.

HAUSTAD

¿A cerrarlo? ¿A cerrarlo por completo?

THOMSEN

¡Por un par de años!

ALCALDE

Sí, ese tiempo por lo menos durarán los trabajos.

THOMSEN

¡Pero oiga usted, señor alcalde! ¿Cómo vamos a sostenernos entretanto? ¿De qué vamos a vivir nosotros los caseros?

ALCALDE

Esa pregunta, señor Thomsen, es desgraciadamente difícil de contestar. ¿Pero qué vamos a hacer? ¿Cree usted que tendríamos un solo bañista si se les dice que las aguas están envenenadas, que vivimos sobre un suelo infecto y que la ciudad entera...?

THOMSEN

¿Y todo eso no son más que fantasías?

ALCALDE

Con la mejor voluntad del mundo yo no he podido adquirir otra convicción.

THOMSEN

Pero entonces es una imprudencia terrible del señor doctor Stockmann... Perdone usted, señor alcalde; es su hermano, pero...

ALCALDE

No dice usted más que la verdad por desgracia, señor Thomsen. Mi hermano ha obrado imprudentemente toda su vida.

THOMSEN

¿Y quiere usted apoyarle en una empresa semejante, señor Haustad?

HAUSTAD

¡Pero quién hubiera podido adivinar que...!

ALCALDE

Yo he escrito una carta-exposición del estado de las cosas, tal como aparecen miradas desde un punto de vista sensato. Y al mismo tiempo indico la manera de cómo podría remediarse alguna falta que pudiera haber de un modo que esté en proporción con la Caja del balneario.

HAUSTAD

¿Tiene usted el escrito consigo, señor alcalde?

ALCALDE

(Buscando en el bolsillo.) Sí; lo traje para el caso en que usted...

THOMSEN

(Violentamente.) ¡Diablo, ahí está!

ALCALDE

¿Quién? ¿Mi hermano?

HAUSTAD

¿Dónde? ¿Dónde?

THOMSEN

¡Viene por la imprenta!

ALCALDE

¡Oh, es desagradable! No quisiera encontrarme aquí con él, y quisiera tratar con ustedes algunas cosas todavía.

HAUSTAD

(Mostrándole la puerta de la derecha.) Tenga usted la bondad de aguardar allí un instante.

ALCALDE

Pero...

HAUSTAD

Dentro no hay nadie más que Billing.

THOMSEN

¡Pronto, pronto, señor alcalde! ¡Que ya viene!

ALCALDE

Bien, sea; pero procure usted despachar pronto. *(Sale por la puerta de la derecha, que Thomsen abre, y luego cierra tras sí.)*

HAUSTAD

Póngase usted a hacer algo, Thomsen. *(Se sienta y escribe.)*

THOMSEN

(Se pone a rebuscar con gran ahinco en un montón de periódicos que están sobre una silla, a la derecha.)

STOCKMANN

(Entrando en la imprenta.) Bien; aquí me tienen ustedes otra vez. *(Posa el sombrero y el bastón.)*

HAUSTAD

(Escribiendo.) ¿Ya, señor doctor? Apresúrese usted, Thomsen; nuestro tiempo es precioso hoy.

STOCKMANN

(A Thomsen.) Ya me han dicho que aún no hay pruebas.

THOMSEN

(Sin volverse.) Todavía no puede ser, señor doctor.

STOCKMANN

Pero comprenderá usted mi impaciencia. No estaré tranquilo hasta que lo vea impreso.

HAUSTAD

¡Oh, tardará todavía una hora larga! ¿No lo cree usted también, Thomsen?

THOMSEN

Me temo que sí.

STOCKMANN

Bien, bien, queridos amigos. Entonces volveré; vendré con gusto dos veces si es necesa-

rio. Una cosa como ésta..., la salud de la ciudad entera..., no puede uno dormirse, no. *(Va a irse, pero se queda y se vuelve.)* ¡Ah, otra cosa!...

HAUSTAD

Perdone usted; pero ¿no podríamos otra vez...?

STOCKMANN

Está dicho en dos palabras. Quiero decir que..., bueno; cuando mañana las gentes lean mi artículo en el periódico y sepan que he estado trabajando en silencio todo el invierno por el bien de la ciudad...

HAUSTAD

Sí; pero, señor doctor...

STOCKMANN

Ya sé lo que quiere usted decir: piensa usted que lo que he hecho no ha sido más que cumplir con mi deber, con mi deber elemental de ciudadano. Sin duda; claro que sí..., lo sé tan bien como usted. Pero mis convecinos, ya sabe usted, señor, las buenas gentes tienen tan buen concepto de mí...

THOMSEN

Sí, sus convecinos han tenido hasta hoy un gran concepto de usted, señor doctor.

STOCKMANN

Perfectamente, y por eso es por lo que temo que..., en una palabra, que si mi artículo les aparece, sobre todo a las clases pobres, como una llamada que les invita a tomar para lo venidero

en sus propias manos la dirección de los asuntos de la ciudad...

HAUSTAD

(Poniéndose en pie.) ¡Hum! Señor doctor, no quiero ocultarle que...

STOCKMANN

¡Ah! ¡Por algo me parecía a mí que se estaba preparando alguna cosa! Bien; pues de eso no quiero saber nada. Si se prepara algo por el estilo...

HAUSTAD

¿Qué?

STOCKMANN

Bueno; esto o lo otro... Una serenata... O un banquete... O una subscripción para algún regalo... O lo que sea... En ese caso, les ruego a ustedes me prometan solemnemente que procurarán impedirlo. Y usted también, señor Thomsen; oiga usted...

HAUSTAD

Perdone usted, señor doctor. Vale más que le digamos ya desde ahora la verdad pura...

(Juana, con sombrero y abrigo puestos, entra por la puerta de la izquierda del fondo.)

JUANA

(Viendo al doctor.) ¡Efectivamente!

HAUSTAD

(Yendo a su encuentro.) ¡Oh, usted también...!

STOCKMANN

¿Pero qué diablos vienes a hacer aquí, Juana?

JUANA

Ya puedes figurártelo.

HAUSTAD

¿No quiere usted tener la bondad de sentarse?

JUANA

Gracias, no se moleste usted. Y no me tomará usted a mal que venga aquí a buscar a mi marido, pues soy madre de tres hijos.

STOCKMANN

¿Crees haber dicho algo de nuevo con eso?

JUANA

Parece realmente que no piensas demasiado en tu mujer y en tus hijos; pues si no, no te atreverías a hacernos así desgraciados a todos.

STOCKMANN

¿Pero estás en tu juicio, Juana? Como si un hombre con mujer e hijos no pudiera decir la verdad..., no pudiera comportarse como un ciudadano útil, preocupado del bien de sus convecinos, no tuviera el derecho de prestar un servicio a la ciudad en que ha nacido.

JUANA

Todo debe hacerse con moderación, Otto.

THOMSEN

Eso mismo digo yo; siempre moderación.

JUANA

Y por eso está mal que usted, señor Haustad, saque a mi marido de su casa para traerlo aquí y meterlo en esas cosas.

HAUSTAD

Yo no traigo a nadie a meterlo en ninguna cosa, señora.

STOCKMANN

¿Pero es que piensas que yo necesito que me traigan?

JUANA

Sí, y así es. Ya sé que eres el hombre más inteligente de la ciudad, pero te dejas seducir con una facilidad extraordinaria. *(A Haustad.)* Y piense usted en que si publica esa Memoria pierde su puesto de médico del balneario...

THOMSEN

¡Cómo!

HAUSTAD

¡Oh, en ese caso, señor doctor...!

STOCKMANN

(Sonriendo.) ¡Oh, que lo intenten! Pero ya se librarán. Porque has de saber que tengo la compacta mayoría detrás de mí.

JUANA

Esa es precisamente la desgracia.

STOCKMANN

Bueno; música, Juana... Vuélvete a casa a cuidar de los niños y abandóname a mí el cuidado

de la humanidad enferma. ¿Cómo puedes estar así tan timorata viéndome tan satisfecho, tan seguro de la victoria? *(Se frota las manos y se pasea arriba y abajo.)* La verdad y el pueblo vencerán, puedes estar segura de ello. ¡Oh, ya veo a los ciudadanos libres cómo se agrupan a mi alrededor como un ejército triunfante!... *(Se para ante una silla.)* ¿Cómo..., qué diablos es eso?

THOMSEN

(Mirando hacia allí.) ¡Oh, señor!

HAUSTAD

(Igualmente). ¡Hum!...

STOCKMANN

¡Pero aquí está la cima más elevada de nuestra autoridad municipal! *(Coge con los dedos cuidadosamente el sombrero del alcalde y le agita en el aire.)*

JUANA

¡El sombrero del alcalde!

STOCKMANN

Y aquí está también el bastón de mando. ¿Pero cómo han venido estas cosas?...

HAUSTAD

Pues bien...

STOCKMANN

¡Ah, ya entiendo! Estuvo aquí para intrigar con ustedes. ¡Ja, ja! ¡A buen sitio fué a dar! Y en cuanto me vió en la imprenta *(Prorrumpe en una carcajada.)* se dió a la fuga, señor Thomsen.

THOMSEN

(Rápidamente.) Sí; se dió a la fuga, señor doctor.

STOCKMANN

Se dió a la fuga y abandonó bastón y... ¿Por dónde diablos le han metido ustedes? ¡Ah! Allá dentro, naturalmente. Vas a ver ahora, Juana.

JUANA

¡Otto, por Dios!

THOMSEN

¡Pero, señor doctor, señor doctor...!

(Stockmann se ha puesto el sombrero del alcalde y ha cogido su bastón; luego se va a la puerta, la empuja y saluda llevándose la mano al sombrero. El alcalde entra rojo de cólera y siguiéndole inmediatamente Billing.)

ALCALDE

¿Qué chiquilladas son estas?

STOCKMANN

Respeto, Hans. Ahora soy la autoridad suprema de la ciudad. *(Pasea arriba y abajo.)*

JUANA

(Casi llorando.) ¡Pero, Otto...!

ALCALDE

(Siguiéndole.) ¡Dame mi bastón y mi sombrero!

STOCKMANN

¿Crees que me vas a imponer en ese tono? Ayer me amenazaste con destituirme, pero hoy te des-

tituyo yo a ti... Te despojo de todas tus prebendas. ¿Crees que no voy a poder? ¡Ya lo creo que sí! Tengo de mi parte un poder irresistible. Haustad y Billing tocarán a rebato en el *Eco* y Thomsen avanzará contra ti a la cabeza de su Asociación de Propietarios...

THOMSEN

Me guardaré muy bien de hacerlo, señor doctor.

STOCKMANN

¡Claro que lo hará usted!

ALCALDE

¡Ah! ¿De modo que el señor director del *Eco del Pueblo* toma parte en esa agitación?

HAUSTAD

¡No, señor alcalde; no!

THOMSEN

¡Oh, no! El señor Haustad no está tan loco que por una fantasía vaya a querer arruinar el periódico y la ciudad.

STOCKMANN

(Mirándolos alternativamente.) ¿Qué significa esto?

HAUSTAD

Usted nos había presentado la cosa en un aspecto falso; por eso no puedo apoyarle.

BILLING

No; tras de las aclaraciones que el señor alcalde acaba de hacerme...

STOCKMANN

¡En un aspecto falso! ¡Haga usted el favor! No pido más que la publicación de mi Memoria; ya me encargaré luego de defenderla.

HAUSTAD

No la publicaré. No puedo hacerlo, ni me está permitido.

STOCKMANN

¿Que no le está permitido? ¿Qué es eso? Usted es el director, y se me figura que son los directores quienes dirigen los periódicos.

THOMSEN

No, señor doctor; los subscriptores son los que dirigen.

ALCALDE

Por fortuna.

THOMSEN

La opinión pública, el público ilustrado, la Asociación de Propietarios y todos los demás..., ésos son los que dirigen un periódico.

STOCKMANN

(Concentrado.) ¿Y todos esos poderes están en contra mía?

THOMSEN

Sí; la impresión de su Memoria sería la ruina de la ciudad.

STOCKMANN

¡Conque sí!... *(Pausa corta.)*

ALCALDE

¡Mi sombrero y mi bastón! *(Stockmann se quita el sombrero y lo pone sobre la mesa juntamente con el bastón.)*

ALCALDE

(Coge ambas cosas.) Tu cargo de alcalde terminó pronto.

STOCKMANN

No hemos terminado todavía. *(A Haustad.)* ¿De manera que es completamente imposible que el *Eco del Pueblo* publique mi artículo?

HAUSTAD

Completamente imposible; hasta por consideración a su familia de usted...

JUANA

¡Haga usted el favor de no ocuparse de la familia, señor Haustad!

ALCALDE

(Sacando un manuscrito del bolsillo.) Para orientación del público, bastará con que publiquen ustedes esto; es una declaración auténtica. Tenga usted la bondad.

HAUSTAD

(Cogiendo el manuscrito.) Perfectamente; se publicará en seguida.

STOCKMANN

¡Y mi artículo no!... ¿Crees que podréis cerrar la boca a mí y a la verdad? Pues os aseguro que no es tan fácil como se os figura. Señor Thomsen,

¿quiere usted imprimir el manuscrito como hoja suelta, por mi cuenta, bajo mi responsabilidad? Cuatrocientos ejemplares; no; quinientos, seiscientos.

THOMSEN

Aunque me ofreciese usted lo que fuese..., no se prestará a eso mi establecimiento. No puedo hacerlo..., por respetos a la opinión pública. Y no encontrará usted tampoco en la ciudad quien le imprima esa Memoria.

STOCKMANN

Entonces, démela usted.

HAUSTAD

(Entregándole el manuscrito.) Aquí está.

STOCKMANN

(Cogiendo el sombrero y el bastón.) Pero al público ha de llegar, a pesar de todo. La leeré en *meeting*. Todos los convecinos habrán de oír la voz de la verdad.

ALCALDE

No habrá Sociedad alguna en la ciudad que te ceda el local para ese fin.

THOMSEN

¡Ninguna, se lo aseguro a usted!

ALCALDE

¡Ni ningún particular!

JUANA

¡Pero eso es indignante! ¿Puedes decirme porqué están todos contra ti de ese modo, Otto?

STOCKMANN

(Con calor.) Sí, Juana, voy a decírtelo. Porque son unos cobardes..., como tú, exactamente. ¡Porque sólo piensan en sí y en sus familias y no en la comunidad!

JUANA

(Agarrando su brazo.) ¡Entonces quiero probarles que una... cobarde mujer puede también tener una vez valor masculino! ¡Desde ahora estoy a tu lado, Otto!

STOCKMANN

¡Bravo, Juana; bravo! ¡Y a vosotros, os lo juro, la verdad llegará al público! Si no encuentro un local donde hablar al pueblo, me haré con un tambor, recorreré la ciudad con él y leeré mi artículo en todas las esquinas.

ALCALDE

¡No, no es posible que lleves tu locura hasta ese extremo!

STOCKMANN

¡Pues sí que la llevaré!

THOMSEN

No irá con usted absolutamente nadie.

BILLING

¡Ni una alma!

JUANA

¡Manténte firme, Otto! ¡Irán contigo tus hijos!

STOCKMANN

¡Es una idea magnífica!

JUANA

¡Walter y Federico! ¡Cómo se regocijarán de ir contigo!

STOCKMANN

¡Muy bien, y Petra también! ¿Y tú, Juana?

JUANA

(Sonriendo.) No, yo no; ¡pero saldré a la ventana para verte!

STOCKMANN

(Pasando un brazo por su cintura y besándola.) ¡Gracias, mujer mía, admirable!... ¡Y ahora preparaos para la lucha, valientes! ¡Quiero ver si cobardía y vileza tienen poder bastante para hacer callar a un hombre honrado y libre! *(Sale con su mujer por la puerta de la izquierda del fondo.)*

ALCALDE

(Moviendo preocupado la cabeza.) ¡Bien; ahora le ha contagiado a ella la locura!

ACTO CUARTO

Una gran sala en casa del capitán Holster. En el fondo una puerta abierta que da a una antesala. En el muro izquierda tres ventanas; en el centro del muro derecha hay una plataforma, y sobre ella una mesa pequeña con dos lámparas, una botella de agua, un vaso y una campanilla. La sala está iluminada con lámparas colocadas entre las ventanas. En primer término izquierda una mesa con una luz; al lado una silla; en primer término derecha una puerta y a los lados dos sillas. Una gran reunión; vecinos de todas las clases sociales; se ve algunas mujeres y algunos muchachos; por la puerta del fondo entran gentes sin cesar, de manera que la sala se llena.

PRIMER VECINO

(A uno que está a su lado.) ¿Tú también aquí, Allsted?

SEGUNDO VECINO

Yo no falto a ninguna reunión.

TERCER VECINO

¿Pero usted ha traído un pito consigo?

CUARTO VECINO

¡Naturalmente!; ¿usted no?

TERCER VECINO

¡Claro! Mírelo usted. Y el carpintero Eversen ha prometido traer hasta un cuerno.

SEGUDO VECINO

Va a ser la mar de divertido.

LOS DEMÁS

¡La gran broma! *(Rien todos.)*

QUINTO VECINO

(Entrando.) Bueno, decidme, ¿qué pasa aquí?

SEGUNDO VECINO

¿No sabes que el doctor Stockmann quiere dar una conferencia contra el alcalde?

QUINTO VECINO

¡Pero el alcalde es su hermano!

SEGUNDO VECINO

Lo mismo da; eso no le importa al doctor.

TERCER VECINO

Pero no tiene razón; lo he leído yo mismo en el *Eco del Pueblo.*

SEGUNDO VECINO

Sí, esta vez no debe tener razón, cuando ni la Asociación de Propietarios ni el Casino quieren cederle el local.

PRIMER VECINO

Ni siquiera la sala del balneario quisieron dejarle.

SEGUNDO VECINO

Entonces debe de andar muy mal su causa.

UN ARTESANO

(En otro grupo.) Bueno, diga usted, ¿con quién hay que estar en estas cosas?

SEGUNDO ARTESANO

(En el mismo grupo.) Usted diríjase por el impresor Thomsen y haga lo que él...; lo mismo hago yo.

BILLING

(Penetra con una cartera debajo del brazo por entre la multitud.) Ustedes perdonen, señores. ¿Quieren ustedes dejarme pasar? Soy redactor del *Eco del Pueblo.* ¡Gracias, gracias! *(Se sienta en la mesa de la izquierda.)*

PRIMER OBRERO

¿Quién era ése?

SEGUNDO OBRERO

¿No le conoces? Es Billing, el del periódico de Thomsen.

(Holster conduce a la señora Stockmann y a Petra por la puerta de la derecha en primer término; Walter y Federico les siguen.)

HOLSTER

Me parece que aquí estarán ustedes bien. Si la cosa se pusiese tormentosa, podríamos escapar con facilidad.

JUANA

¿Teme usted que puede haber ruido?

HOLSTER

No se puede saber nada..., entre tantos hombres. Pero siéntense ustedes.

JUANA

¡Qué admirable de parte de usted el haberle ofrecido a mi marido esta sala!

HOLSTER

Puesto que nadie quería..., por eso...

PETRA

(Que se ha sentado igualmente.) ¡Y eso pedía también valor, señor capitán!

HOLSTER

¡Valor! ¡No llame usted a eso valor!

(Haustad y Thomsen llegan al mismo tiempo, pero cada uno por su lado, y avanzan por entre la multitud hacia adelante.)

THOMSEN

(Dirigiéndose a Holster.) ¿No está aquí el doctor todavía?

HOLSTER

Espera ahí al lado.

(Movimiento hacia la puerta del fondo.)

HAUSTAD

(A Billing.) Ahí está el alcalde; mire usted.

BILLING

Sí, es verdad.

(El alcalde se abre con trabajo camino por entre

la multitud y se coloca en el muro de la izquierda. Al poco tiempo aparece el doctor Stockmann por la puerta de la derecha del primer término; va vestido de negro, con levita y corbata blanca. Aquí y allá suenan algunos aplausos tímidos, que son acallados inmediatamente. Silencio completo.)

STOCKMANN

(A media voz.) ¿Qué tal, Juana; cómo andamos de valor?

JUANA

(Sonriendo.) ¿Yo? Muy bien. *(Más bajo.)* Pero, ¡por Dios, Otto, no seas muy violento!

STOCKMNNN

¡Oh, no tengas cuidado; sé dominarme! *(Mira al reloj, sube a la plataforma y saluda.)* Pasa un cuarto de la hora señalada; por tanto, voy a empezar. *(Saca el manuscrito.)*

THOMSEN

Propongo que se nombre primero un presidente.

STOCKMANN

¿Para qué? No hay ninguna necesidad de él.

ALGUNOS SEÑORES

¡Sí, sí!

ALCALDE

Yo también opino que hay que elegir un presidente.

STOCKMANN

Pero, Hans, ¡si he invitado yo solo a la concurrencia!

ALCALDE

La conferencia del médico del balneario puede dar lugar a las opiniones más encontradas.

VARIAS VOCES

¡Un presidente, un presidente!

HAUSTAD

La voluntad general de los ciudadanos pide un presidente.

STOCKMANN

(Dominándose.) Bien; que se haga la voluntad de los ciudadanos.

THOMSEN

¿No querría el señor alcalde tomar la presidencia?

TRES SEÑORES

(Aplaudiendo.) ¡Bravo, bravo!

ALCALDE

Por distintas razones, fácilmente comprensibles, tengo que declinar ese honor. Pero, afortunadamente, está entre nosotros un hombre con quien todos estaríamos conformes. Hablo del presidente de la Asociación de Propietarios, señor impresor Thomsen.

MUCHAS VOCES

¡Sí, sí, Thomsen!

(Stockmann guarda su manuscrito y baja de la plataforma.)

THOMSEN

Si la confianza de mis conciudadanos me llama, no puedo negarme.

(Aplausos y gritos de aprobación. Thomsen sube a la plataforma.)

BILLING

(Escribiendo.) El impresor señor Thomsen elegido presidente por aclamación.

THOMSEN

Al ocupar este puesto quisiera permitirme deciros un par de palabras... Yo soy un ciudadano tranquilo y amante de la paz, que se atiene a una prudente moderación..., a una moderada prudencia; esto lo saben todos los que me conocen.

MUCHAS VOCES

¡Es verdad, Thomsen; es verdad!

THOMSEN

Yo he aprendido en la escuela de la experiencia y de la vida que ninguna virtud le sienta mejor al ciudadano que la moderación.

ALCALDE

¡Muy bien!

THOMSEN

Y que moderación y prudencia son los dos elementos que mejor hacen prosperar las sociedades. Por eso quisiera pedir al estimado conciudadano que ha convocado esta reunión, que se mantuviera dentro de los límites de la moderación.

UN HOMBRE

(En la puerta del fondo.) ¡Viva la Sociedad de Templanza!

UNA VOZ

¡Fuera!

MUCHAS VOCES

¡Chist! ¡Silencio!

THOMSEN

¡No interrumpir, señores!... ¿Quién quiere hablar?

ALCALDE

Pido la palabra.

THOMSEN

El alcalde, señor Stockmann, tiene la palabra.

ALCALDE

En consideración a los estrechos lazos de parentesco que, como sabéis, me unen con el médico del balneario, hubiera preferido no hablar en la reunión de esta noche. Pero mi posición con respecto al balneario y la consideración decisiva de los intereses de la ciudad, me fuerzan a presentar una proposición. Creo poder suponer de antemano que ni uno solo de los ciudadanos aquí presentes estima necesario que se propaguen aún más afirmaciones exageradas y sin fundamento sobre las condiciones sanitarias del balneario y de la población.

MUCHAS VOCES

¡No, no, no! ¡Nosotros protestamos!

ALCALDE

Por tanto, propongo que se tome el siguiente acuerdo: La Asamblea no permite al doctor Stockmann la exposición del asunto ni por escrito ni de palabra.

STOCKMANN

(Saltando.) ¡No permite!... ¿Cómo?

JUANA

(Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!

STOCKMANN

(Conteniéndose.) Bien. ¿De modo que no lo permitís?

ALCALDE

En el artículo que he publicado en el *Eco del Pueblo* se dan al público todos los datos esenciales; de modo que todos los vecinos bienintencionados han podido fácilmente formar juicio. De ese artículo se deduce que el proyecto del médico del balneario (prescindiendo de un voto de censura contra las personas directoras de la localidad), en el fondo viene a parar en cargar sobre los contribuyentes un recargo innecesario, por lo menos de cien mil coronas.

THOMSEN

(Tocando la campanilla.) ¡Tranquilidad, señores! Yo estoy en un todo de acuerdo con la proposición del señor alcalde. Además, entiendo que la agitación del doctor Stockmann tiene una segunda intención. Habla del balneario; pero lo

que quiere es la revolución local; quiere poner la administración municipal en otras manos. Nadie duda de la honorabilidad del señor doctor; en ese punto reina entre los presentes una sola opinión. Yo también soy amigo de la autonomía administrativa; pero la cosa no debe salirles demasiado caro a los contribuyentes. Y esto sería lo que vendría a pasar; y por eso me opongo con la mayor decisión esta vez al doctor Stockmann. ¡Hasta el oro se puede pagar demasiado caro! ¡Esa es mi opinión! *(Viva aprobación general.)*

HAUSTAD

Pido la palabra.

THOMSEN

El señor Haustad tiene la palabra.

HAUSTAD

También yo me considero obligado a explicar mi punto de vista. La agitación del doctor Stockmann parecía al principio ganar la adhesión por distintos lados, y así le apoyé lo más imparcialmente posible; pero luego nos dimos cuenta de que nos habíamos dejado engañar por una falsa exposición de los hechos.

STOCKMANN

¡Falsa!

HAUSTAD

(Rápidamente.) Bien; digamos por una exposición poco digna de crédito. Esto lo ha demostrado claramente el artículo del señor alcalde; yo

espero que ninguno de los aquí presentes dudará de la pureza de mis convicciones liberales; para atestiguarla no necesita más que apelar a la actitud del *Eco del Pueblo* en las grandes cuestiones políticas; sólo que de hombres experimentados y prudentes he aprendido que en los asuntos puramente locales debe procederse con una cierta cautela.

THOMSEN

Estoy completamente de acuerdo con el orador. Ahora bien: en el asunto de que aquí se trata no cabe duda de que el doctor Stockmann tiene contra sí a la voluntad general, a la opinión pública. ¿Y cuál es, señores, el primero y principal deber de un periodista? ¿No consiste en obrar de consuno con sus lectores? ¿No ha recibido en cierto modo un mandato tácito, que le obliga a trabajar sin tregua ni descanso por el bienestar de sus correligionarios? ¿O es que estaría yo equivocado en mi opinión?

MUCHAS VOCES

¡No, no, no! Tiene mucha razón.

HAUSTAD

He tenido que luchar mucho para decidirme a romper con un hombre a cuya casa iba con mucha frecuencia en los últimos tiempos..., con un hombre que hasta hoy gozaba de las simpatías unánimes de sus convecinos, con un hombre cuya única falta, o mejor, cuya principal falta

consiste en que se deja guiar más por su corazón que por su cabeza.

ALGUNAS VOCES SUELTAS

¡Eso es verdad! ¡Bravo, doctor; bravo!

HAUSTAD

Sin embargo, mis deberes para con la generalidad me exigen que rompa con él... Y además me impulsa otro motivo a combatirle, a detenerle lo posible en el camino fatal que ha emprendido.... El respeto a su familia...

STOCKMANN

¡No se salga usted de la conducción de las aguas y de la cloaca!

HAUSTAD

La consideración a su esposa y a sus hijos abandonados...

WALTER

¿Somos nosotros ésos, mamá?

JUANA

¡Calla, niño!

THOMSEN

Si nadie más pide la palabra, pondré a votación la proposición del señor alcalde.

STOCKMANN

No es necesario. Esta noche no pienso hablar para nada de toda esa inmundicia de las aguas; vais a oírme sobre otras cosas completamente distintas.

ALCALDE

(A media voz.) ¿Qué se le habrá ocurrido?

UN BORRACHO

(En la puerta de entrada.) Yo soy también un vecino que paga su contribución, y por lo tanto tengo derecho de voz y voto aquí..., y soy de la opinión firme, a no ser que esté equivocado, que...

VARIAS VOCES

¡Silencio por ahí atrás!

OTRAS VOCES

¡Está borracho! ¡Fuera! *(Se expulsa al borracho.)*

STOCKMANN

Pido la palabra.

THOMSEN

(Agitando la campanilla.) El doctor Stockmann tiene la palabra.

STOCKMANN

Hace unos instantes no hubiera osado nadie intentar hacerme callar de este modo. Hubiera defendido como un león mis más sagrados derechos de hombre. Pero ahora me es indiferente esta violencia, pues tengo que hablar sobre cosas más importantes. *(La multitud se agolpa a su alrededor; se ve a Niels Worse entre los que están más cerca.)* En estos días he cavilado y pensado sobre muchas cosas... Tantas, que al cabo mi cabeza parecía un molino...

ALCALDE

(Tosiendo.) ¡Ejem, ejem!

STOCKMANN

Pero más tarde comencé a verlo claro todo. Y entonces comprendí cómo estaban eslabonadas las cosas, y por eso estoy aquí esta noche. Voy a revelaros, conciudadanos míos, grandes cosas. Quiero comunicaros un descubrimiento de mucha mayor importancia que la pequeñez de que nuestras aguas están envenenadas y de que nuestro balneario está sobre un suelo pestilente.

MUCHAS VOCES

(A gritos.) ¡Que no hable de las aguas! ¡No queremos oír nada de eso! ¡Las aguas están fuera de discusión!

STOCKMANN

Decía que iba a hablar del gran descubrimiento que hice en los últimos días..., el descubrimiento de que todas nuestras fuentes de vida espiritual están envenenadas, de que toda nuestra existencia ciudadana descansa sobre el suelo pestilente de la mentira.

VOCES ASOMBRADAS

¿Qué dice ese hombre?

ALCALDE

¡Una injuria semejante!...

THOMSEN

(Con la mano en la campanilla.) Pido al orador que se modere.

STOCKMANN

Yo quiero a mi pueblo tanto como pueda querer al suyo un hombre que haya pasado en él una niñez dichosa. Era yo bastante joven cuando abandoné nuestra ciudad, y el alejamiento, la nostalgia y los recuerdos de la juventud iban esparciendo un resplandor de gloria sobre el lugar y sobre sus moradores. *(Aquí y allá algunos aplausos y gritos de bravo.)* Luego me vi muchos años sepultado en un terrible desierto allá arriba en el Norte. Cada vez que veía uno de los hombres de los que allí entre peñas y barrancos pasan su vida miserable, me parecía en ocasiones que hubiese sido mejor para aquellas criaturas degeneradas y lastimosas que se hubiese establecido allí un veterinario en lugar de un médico. *(Murmullos.)*

BILLING

(Soltando la pluma.) ¡Señor! ¿Se ha oído alguna vez una cosa semejante?

HAUSTAD

Eso es burlarse de una población respetable.

STOCKMANN

Guarden ustedes todavía un poco su indignación... Espero que nadie dirá de mí que me olvidé allá arriba de mi ciudad. Sin cesar pensaba yo en hacer algo por mi pueblo; por último había dado con ello: era el plan del balneario... *(Aplausos y protestas.)* Y cuando el destino dis-

puso que yo pudiera al cabo volver..., sí, queridos conciudadanos, entonces me parecía como si ya apenas me quedara qué desear en la tierra. Trabajar con entusiasmo ardiente e incansable por el bien de la generalidad, y especialmente por el de mi ciudad natal, ése era mi más vivo deseo.

ALCALDE

El procedimiento es un poco raro.

STOCKMANN

Y por eso vivía yo aquí en una fascinación. Hasta que ayer por la noche, no, propiamente fué anteayer por la noche... De pronto se abrieron mis ojos espirituales... tanto..., tanto..., y lo primero que vi fué la idiotez extraordinaria de las autoridades... *(Escándalo, gritos y risas. Juana tose violentamente.)*

ALCALDE

¡Señor presidente!

THOMSEN

En virtud de mis atribuciones presidenciales...

STOCKMANN

Es indigno de usted, señor Thomsen, agarrarse así a una palabra. Yo quería decir: entonces descubrí la extraordinaria insensatez que habían cometido nuestros hombres directores en la construcción del balneario. A los hombres directores no he podido soportarlos nunca; he tenido en mi vida ocasiones bastantes de conocer a esta

casta; son como cabras en un árbol joven: lo destrozan todo; dondequiera que atisban un hombre libre se cruzan en su camino, y lo mejor sería que pudiésemos exterminarlos como a insectos dañinos... *(Sensación.)*

ALCALDE

¡Señor presidente! Semejantes expresiones...

THOMSEN

(Con la mano en la campanilla.) ¡Señor doctor!...

STOCKMANN

Yo no comprendo cómo mi vista no se había agüzado antes para tales gentes, pues aquí en la ciudad he tenido ante los ojos día por día un magnífico ejemplar: mi hermano Hans, obstinado en sus prejuicios y... *(Risas, escándalo, gritos; la señora Stockmann tose; Thomsen agita violentamente la campanilla.)*

EL BORRACHO

(Que ha vuelto a entrar.) ¿Va eso conmigo? Sí, yo me llamo Hans...

VOCES COLÉRICAS

¡Fuera con el borracho! ¡Fuera! *(Se le expulsa de nuevo.)*

ALCALDE

¿Qué era el hombre ése?

UNA VOZ ATRÁS

No es de aquí.

THOMSEN

Continúe usted, señor doctor; pero guarde usted de una vez moderación.

STOCKMANN

Bien, mis queridos convecinos: no quiero hablar más sobre nuestros hombres directores. Si alguien, de lo que yo acabo de decir, quisiera deducir que yo quería atacar aquí esta noche a esos señores, se equivocaría..., se equivocaría fuertemente. Pues yo tengo la creencia consoladora de que esos rezagados, esas ruinas de un mundo moribundo se bastarán para darse a sí mismos las honras fúnebres; no necesitan de ningún auxilio médico para apresurarse la muerte. Y, además, no es esta especie la que constituye el mayor peligro para la sociedad. No es ella la que envenena nuestras fuentes espirituales ni la que infecta el suelo sobre que vivimos; de ningún modo son esta gente los enemigos más temibles de la libertad y la verdad.

VOCES DE TODAS PARTES

¿Entonces quién? ¡Nombres!

STOCKMANN

¡Oh, podéis estar seguros de que he de citar nombres! Pues precisamente en eso consiste el gran descubrimiento que yo he hecho ayer. *(Levantando la voz.)* El mayor enemigo de la libertad y de la verdad es la compacta mayoría; esa mal dita compacta mayoría liberal, ése es nues

tro mayor enemigo. ¡Ahora ya lo sabéis! *(Gran escándalo. La mayoría grita, patea y silba. Algunos viejos cambian entre sí miradas de inteligencia y parecen divertirse. La señora Stockmann parece llena de miedo. Federico y Walter se dirigen amenazadores hacia los muchachos de la escuela que alborotan. Thomsen agita la campanilla y reclama orden. Se ve a Haustad y Billing hablar animadamente entre sí. Por último, se produce de nuevo la calma.)*

THOMSEN

La presidencia espera del orador que retire sus imprudentes palabras.

STOCKMANN

¡Nunca, señor Thomsen! Pues ¿quién sino la mayoría es la que me roba mi libertad y la que quiere impedirme decir la verdad?

HAUSTAD

¡La mayoría tiene siempre el derecho de su parte!

BILLING

¡Sí, y también la verdad!

STOCKMANN

Y yo os digo que la mayoría no tiene nunca el derecho de su parte. Esa es una de las mentiras convencionales corrientes, contra las que tiene que declararse todo hombre pensador y libre. ¿Quién forma la mayoría de los habitantes de un país, los avisados o los tontos? Yo creo que

todos estaréis conformes en que los tontos dominan en enorme mayoría por toda la inmensidad de la tierra. Pero no puede ser de ningún modo lo justo que los tontos dominen a los inteligentes. *(Escándalo y protestas.)* Sí, sí; podéis acallarme a gritos, pero no contestarme. La mayoría tiene el poder... desgraciadamente..., pero no tiene el derecho. El derecho lo tengo yo y algunos otros, individualidades. El derecho lo tiene siempre la minoría.

HAUSTAD

¡Ajá! El doctor Stockmann se ha vuelto aristócrata desde anteayer.

STOCKMANN

He dicho ya que no pienso perder ni una sola palabra en ocuparme de esa casta de gente mezquina y limitada que ha quedado detrás de nosotros. Con ella ya no tiene nada que ver la vida verdadera. En quien yo pienso es en los pocos, los únicos de entre nosotros que se han apropiado todas las nuevas verdades en embrión. Estos hombres están en cierto modo fuera de las avanzadas, las cuales están tan lejos que la compacta mayoría no ha podido aún llegar hasta ellas, y allí luchan por verdades que son aún demasiado jóvenes en la conciencia del mundo para haber adquirido ya una mayoría.

HAUSTAD

Vamos, ya que no aristócrata, el doctor se ha hecho revolucionario.

STOCKMANN

Sí, señor Haustad, sí; ¡eso sí lo soy! Pues pienso emprender la lucha contra la mentira de que la mayoría esté en posesión de la verdad. ¿Qué casta de verdades son aquellas a cuyo alrededor acostumbra a agruparse la mayoría? Son siempre verdades que han llegado ya a una edad tan provecta que están casi agotadas; pero el haberse vuelto tan vieja una verdad, significa que está en el camino más a propósito para convertirse en una mentira. *(Risas e interrupciones irónicas.)* Sí, sí; podéis creerme o no, pero las verdades no son Matusalenes como los hombres se figuran. Una verdad normalmente construída vive..., bueno, digamos quince, diez y seis, a lo sumo veinte años; muy raramente más. Pero éstas, anticuadas, son terriblemente secas e infecundas. Y sin embargo, sólo entonces las mayorías las comprende y las recomienda a la Humanidad como alimento espiritual. Pero yo os lo aseguro: no hay mucha substancia nutritiva en semejantes alimentos, y de eso he de saber algo como médico. Todas esas verdades de la mayoría son como tocino rancio, como jamón averiado, y de ellas viene el escorbuto moral que reina sobre toda la sociedad.

THOMSEN

Me parece que el orador se aparta por completo del tema.

ALCALDE

Comparto en un todo la opinión de nuestro presidente.

STOCKMANN

Pues entonces compartes una opinión absolutamente tonta, Hans. Yo me ciño todo lo posible al asunto; ¿de qué otra cosa hablo yo sino de que la masa, la mayoría, la maldita compacta mayoría, es la que envenena nuestras fuentes de vida espiritual e infecta el suelo sobre que vivimos?

HAUSTAD

Y eso lo hace la mayoría grande y liberal del pueblo porque es bastante prudente para no aceptar más que las verdades reconocidas y seguras.

STOCKMANN

¡Oh, querido señor Haustad! ¡No hable usted de verdades seguras! Las verdades que la masa reconoce son las verdades por las que se luchaba en tiempos de nuestros abuelos. Nosotros, las avanzadas de la lucha actual, la verdad ya no la reconocemos, y yo creo que la única verdad segura es la de que ningún pueblo puede vivir de semejantes verdades anticuadas y sin jugo.

HAUSTAD

Pero en vez de fantasear así, valdría más que nos dijera usted cuáles son esas verdades anticuadas y sin jugo. *(Viva aprobación.)*

STOCKMANN

¡Oh!, podría citaros un montón de ellas; pero por de pronto quiero limitarme a una verdad reconocida que en el fondo es una tremenda mentira, y de la cual viven no sólo el señor Haustad y el *Eco del Pueblo,* sino todos los partidarios del *Eco del Pueblo.*

HAUSTAD

Y esa verdad sería...

STOCKMANN

Esa es la teoría que habéis heredado de vuestros padres y que habéis propagado a los cuatro vientos sin pensar sobre ella: la teoría de que la masa, el montón, la muchedumbre, es el núcleo del pueblo..., más aún, el pueblo mismo...; la doctrina de que el hombre sencillo, este conciudadano nuestro ignorante, que carece de madurez espiritual, tiene el mismo derecho a emitir su opinión, a gobernar y regir, que los pocos hombres libres y espirituales distinguidos.

BILLING

Pero una injuria semejante...

HAUSTAD

(Al mismo tiempo.) ¡Ciudadanos, probadle en seguida lo contrario!

VOCES AIRADAS

¿Conque nosotros no somos el pueblo? ¿Conque sólo deben gobernar los distinguidos?

UN OBRERO

¡Fuera quien dice eso!

OTRO OBRERO

¡Fuera! ¡Fuera con él!

UN VECINO

¡Silbadle! *(Silbidos y escándalo.)*

STOCKMANN

(Cuando el ruido se ha calmado algo.) ¡Pero sed razonables! ¿No podéis oir una vez la voz de la verdad? Yo no pido que estéis todos conformes en seguida. Pero sí había esperado que el señor Haustad me daría la razón, pues el señor Haustad tiene la pretensión de ser un librepensador...

VOCES ASOMBRADAS

¿Librepensador dice? ¿Cómo? ¿Haustad librepensador?

HAUSTAD

¡Pruebas, señor doctor Stockmann! ¿Cuándo he escrito yo eso?

STOCKMANN

(Pausa, y luego.) Sí, tiene usted razón; no ha tenido usted nunca la valentía de escribir algo semejante. Bueno, no quiero ser cruel atormentándole a usted. Seré yo el librepensador. Pues quiero demostraros que el *Eco del Pueblo* se burla escandalosamente de vosotros cuando os cuenta que el pueblo, la masa, es el verdadero núcleo

del pueblo; esto no es más que una mentira de periódico. La multitud no es más que la materia prima, de la que nosotros, los mejores, tenemos que formar un pueblo. *(Sensación, rumores y risas.)* ¿Pero es que no ocurre eso en el resto del Universo? ¿Qué diferencias no hay entre una casta de animales cultivada y otra que no lo está? Mirad una gallina común de un campesino. ¡Qué carne tiene el pobre animal! ¡Apenas si sirve para nada! ¡Y qué huevos pone la tal gallina! Los que pone un cuervo medio regular valen tanto como ellos. Pero luego coged un gallo cultivado, japonés o español, o un pavo, o un faisán de raza..., y ved entonces la diferencia. Luego voy a permitirme referirme a los perros, de quienes tan cerca estamos. Pensad primeramente en un perro corriente de campesino..., un mastín antipático, miserable, plebeyo, que importuna a todo el mundo en la calleja. Y ahora poned al mastín al lado de un terranova, que desciende desde hace varias generaciones de una buena casa, donde ha recibido buena comida y ha tenido ocasión de oír voces armoniosas y música. ¿No es verdad que el cerebro del terranova se habrá desarrollado de un modo completamente distinto que el del mastín? Sí, podéis tener la seguridad de ello. Esos perros civilizados son los que en manos de los domadores realizan las más increíbles habilidades. Eso no lo podrá hacer jamás, por mucho que se empeñe, un mastín vulgar. *(Carcajadas y escándalo.)*

UN VECINO

(Grita.) ¿Quiere usted convertirnos en perros?

OTRO ESPECTADOR

Nosotros no somos animales, señor doctor.

STOCKMANN

Sin embargo, querido, nosotros somos todo lo animales que se puede ser. Sólo que los animales distinguidos no abundan mucho en nuestra raza. ¡Oh, hay una gran diferencia entre el hombre mastín y el hombre terranova! Y lo más divertido de la cosa es que el señor Haustad está en un todo de acuerdo conmigo mientras se trata de los animales de cuatro patas...

HAUSTAD

¡Oh, déjelos usted correr de una vez!...

STOCKMANN

En seguida. Pero en cuanto quiero aplicar la ley a los bípedos, se asusta el señor Haustad; ya no se atreve a seguir sus propias opiniones, a llevar hasta el fin sus propios pensamientos; entonces arroja por la borda toda la teoría y escribe en el *Eco del Pueblo* que el gallo campesino y el perro callejero, ésos precisamente son los dos ejemplares magníficos del jardín zoológico; pero eso ocurre siempre cuando lleva uno dentro todavía el campesino, cuando no se ha elevado a una distinción espiritual...

HAUSTAD

Yo no aspiro a distinción de ningún género. Yo desciendo de sencillos campesinos y me siento orgulloso de estar tan enraizado en el pueblo a quien aquí tan malamente se trata.

MUCHOS OBREROS

¡Viva Haustad! ¡Muy bien! ¡Viva!

STOCKMANN

El pueblo del que yo aquí hablo no está sólo en las profundidades; se agita, se desliza y se arrastra en derredor nuestro hasta las capas más altas de la sociedad. Ved si no a nuestro elegante alcalde. Mi hermano Hans pertenece, tanto como otro cualquiera, al montón... *(Risas y protestas.)*

ALCALDE

Protesto contra semejantes ataques personales.

STOCKMANN

(Inconmovible.) Pero no porque, lo mismo que yo, descienda de un antiguo pirata de la Pomerania o por allí cerca, porque de él descendemos nosotros Stockmann...

ALCALDE

Es una fábula ridícula. ¡Protesto!

STOCKMANN

... sino porque piensa con los pensamientos de sus superiores. Y quien hace eso pertenece espiritualmente a la plebe: he ahí por qué es en el

fondo tan poco distinguido mi imponente hermano Hans..., y por consiguiente, tan poco liberal.

ALCALDE

¡Señor presidente!...

HAUSTAD

Con otras palabras, los distinguidos. ¡Un descubrimiento completamente nuevo!

STOCKMANN

Sí; eso forma parte también de mi nuevo descubrimiento. Y además otra cosa: que liberalismo es equivalente a moralidad. Y por eso digo: Es completamente falsa la doctrina que el *Eco del Pueblo* día por día predica de que la masa, la multitud, la compacta mayoría, encierra en sí toda la libertad y toda la moral, y que inmoralidad y toda la inmundicia espiritual son un producto de la cultura, del mismo modo que las inmundicias que llenan las aguas se amontonan allá arriba en el Valle del Molino. *(Protestas e interrupciones. Stockmann continúa imperturbable.)* ¡Y ese mismo *Eco del Pueblo* puede además pedir que se eleve a la masa a mejores condiciones de vida! Pero ¿no comprenden que si la doctrina del *Eco del Pueblo* fuera sostenible, esa elevación de la masa valdría tanto como ir a la ruina? Pero afortunadamente no es más que una mentira tradicional el que la cultura desmoralice. No; embrutecimiento, pobreza y miseria en una palabra, las calamidades todas de la vida: ésas

son las causas de la corrupción. En una casa donde no se barre el suelo todos los días (mi mujer opina que hay que fregarlo también, pero sobre eso caben opiniones); en una casa semejante pierde el hombre en dos o tres años la capacidad para pensar y obrar moralmente. La falta de oxígeno debilita la conciencia, sí; y parece que de oxígeno deben andar mal muchas, muchas casas de nuestra ciudad, pues la compacta mayoría puede estar tan falta de conciencia que pretenda edificar la prosperidad de la ciudad sobre cimientos de mentira y engaño.

THOMSEN

¡Un insulto semejante no puede arrojársele al rostro a una reunión entera de ciudadanos!

UN SEÑOR

Propongo que se le retire la palabra al orador.

VOCES INDIGNADAS

¡Sí, sí; eso es lo que hay que hacer: quitarle la palabra!

STOCKMANN

(Fuera de sí.) ¡Entonces gritaré la verdad por las calles! ¡La llevaré a periódicos de fuera! ¡Todo el país sabrá lo que pasa aquí!

HAUSTAD

Va tomando esto el aspecto de que el doctor pretende arruinar la ciudad.

STOCKMANN

Sí; yo quiero tanto a mi ciudad, que preferiría

arruinarla, a verla prosperar gracias a una mentira.

THOMSEN

¡Esto ya es demasiado! *(Escándalo y silbidos. Juana tose en vano; el doctor ya no oye.)*

HAUSTAD

(Dominando con su voz el tumulto.) ¡Quien quiere arruinar a una ciudad entera, es su enemigo!

STOCKMANN

(Con exaltación creciente.) Sí; cuantos viven en la mentira deben ser exterminados como animales. Acabáis por apestar el país entero; le lleváis a un punto en que él mismo merece ser aniquilado. Y si las cosas llegan tan lejos, os lo digo de todo corazón, ¡que perezca todo el país; que sea exterminado el pueblo entero!

UN HOMBRE

¡Eso es hablar como un enemigo del pueblo!

BILLING

¡Oíd, oíd! ¡Así habla la voz del pueblo!

TODA LA MUCHEDUMBRE

¡Sí, sí! ¡Es un enemigo del pueblo! ¡Odia a su ciudad! ¡Odia al pueblo entero!

THOMSEN

Yo me siento, así como hombre, como ciudadano, profundamente conmovido por lo que he tenido que oír aquí. El doctor Stockmann ha dejado caer la máscara de un modo que yo no hu-

biera soñado nunca. Desgraciadamente, tengo que compartir la opinión que acaba de ser expresada por estimados ciudadanos. Y yo creo que debemos condensar esta opinión en una resolución. Propongo la siguiente: La Asamblea declara al doctor Stockmann enemigo del pueblo. *(Estruendosos aplausos. Muchos forman un círculo alrededor del doctor y gritan y silban. Juana y Petra se han puesto en pie. Federico y Walter se pegan con otros niños que han silbado. Algunos mayores los separan.)*

STOCKMANN

(A los que silban.) ¡Oh, locos!, yo os digo...

THOMSEN

El doctor ya no puede hablar. Es preciso proceder a una votación en forma. Pero respetando escrúpulos personales, será escrita y secreta. Señor Billing, ¿tiene usted papel en blanco?

BILLING

Aquí, aquí. Blanco y azul...

THOMSEN

(Bajando de la presidencia.) Bien; así irá más aprisa. Córtelo usted en pedazos pequeños...; eso, así. *(A la Asamblea.)* Azul significa en contra de mi proposición; blanco, en pro; yo mismo recogeré los votos. *(El alcalde abandona la sala. Thomsen y otros señores van por el local con trozos de papel en los sombreros.)*

PRIMER SEÑOR

(Á Haustad.) ¿Pero qué le pasa al doctor? ¿Qué se debe pensar de todo esto?

HAUSTAD

Usted sabe con qué imprudencia obra siempre.

SEGUNDO SEÑOR

(Á Billing.) Oiga usted. Usted le visita. ¿Ha notado acaso que beba?

BILLING

Hombre, ¡qué le voy a decir a usted!... El ponche está constantemente sobre la mesa.

TERCER SEÑOR

Yo pensaría antes que no está bien de la cabeza.

PRIMER SEÑOR

Sí; a lo mejor es hereditaria la locura en la familia.

BILLING

Es posible.

CUARTO SEÑOR

No; esto no es más que mala intención, espíritu de venganza.

BILLING

Él hablaba estos días de aumento de sueldo, pero no lo recibió.

TODOS ELLOS A LA VEZ

¡Ah! ¡Eso lo explica todo!

EL BORRACHO

(Entre la gente.) ¡Yo quiero una papeleta azul y otra blanca!

VOCES

¡Otra vez el borracho! ¡Fuera!

NIELS WORSE

¡Bien, Stockmann! ¿Ve usted ahora adónde lleva una farsa semejante?

STOCKMANN

No he hecho más que cumplir con mi deber.

NIELS WORSE

¿Qué ha dicho usted de las tenerías del Valle del Molino?

STOCKMANN

Ya lo oyó usted. De esas tenerías proviene toda la inmundicia.

NIELS WORSE

¿De la mía también?

STOCKMANN

Desgraciadamente, la de usted es la peor.

NIELS WORSE

¿Y eso lo quiere usted publicar en los periódicos?

STOCKMANN

Yo no tiro nada debajo de la mesa.

NIELS WORSE

Stockmann, eso puede costarle a usted muy caro. *(Vase.)*

UN SEÑOR GORDO

(Se dirige a Holster sin saludar a las señoras.) Bien, capitán. ¿De modo que usted alquila su casa al enemigo del pueblo?

HOLSTER

Yo creo que puedo hacer con lo mío lo que quiero, señor Wieck.

EL SEÑOR GORDO

Entonces, no se extrañará usted si yo hago también lo que me parece con lo mío.

HOLSTER

¿Qué quiere usted decir con eso?

EL SEÑOR GORDO

Mañana oirá usted hablar de mí. *(Vase.)*

PETRA

¿No era ése su armador, Holster?

HOLSTER

Sí, el armador Wieck.

THOMSEN

(Sube a la plataforma con las papeletas en la mano y toca la campanilla.) Señores, voy a permitirme daros a conocer el resultado de la votación. Por todos los votos menos uno.

UN SEÑOR JOVEN

Ese uno es el del borracho.

THOMSEN

Por todos contra uno, el de un borracho, esta Asamblea de vecinos declara enemigo del pueblo al médico del balneario, doctor Stockmann. *(Gritos y aplausos.)* ¡Viva nuestra honrada población! ¡Viva nuestro alcalde, que ha ahogado tan lealmente la voz de la sangre! *(Vivas. Queda terminada la sesión.)*

BILLING

¡Viva el presidente!

LA MUCHEDUMBRE ENTERA

¡Viva el impresor Thomsen!

STOCKMANN

Petra, mi sombrero y mi abrigo. Capitán, ¿tiene usted asiento para pasajeros hacia el nuevo mundo?

HOLSTER

Para usted y los suyos, se hará, señor doctor.

STOCKMANN

(Mientras Petra le ayuda a ponerse el abrigo.) Bien. Vamos, Juana; vamos, niños. *(En alta voz.)* Ya oiréis hablar del enemigo del pueblo antes que sacuda el polvo de mis zapatos. Yo no os digo con vuestra moral cristiana os perdono porque no sabéis lo que hacéis.

THOMSEN

¡Esa es una blasfemia, doctor!

BILLING

¡Sí; realmente, eso es fuerte!

UNA VOZ RUDA

¡Qué!, ¿nos amenaza todavía?

MUCHAS VOCES

¡Apedrearle las ventanas! ¡Darle una cencerrada! ¡Silbadle! *(Silbidos y gritos violentos. Stockmann va con los suyos hacia la salida. Holster les abre paso. La multitud va detrás de ellos gritando: ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo!)*

BILLING

(Mientras ordena sus notas.) Verdaderamente, hoy sería peligroso tomar te en casa del doctor.

(La concurrencia se amontona en la salida. El ruido sigue afuera. De la calle se oye gritar: ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo!)

ACTO QUINTO

Despacho del doctor Stockmann. En las paredes, estantes de libros y armarios con distintos aparatos. Al fondo, la salida hacia la antesala. En primer término, a la izquierda, una puerta a la sala. En el muro de la derecha, dos ventanas cuyos cristales están hechos añicos; en el centro de la habitación, una mesa de escribir llena de libros y papeles. La habitación en desorden. Es por la mañana. Stockmann está inclinado ante uno de los armarios, y busca dentro con un bastón; por último saca una piedra.

STOCKMANN

(Hablando por la puerta abierta de la sala.) Juana, aquí tengo una todavía.

JUANA

(En la sala.) ¡Oh, encontrarás muchas aún!

STOCKMANN

(Pondrá la piedra con un montón de ellas que hay sobre la mesa.) Estas piedras quiero conservarlas como una reliquia. Federico y Walter las verán todos los días, y cuando yo muera se las legaré. *(Revolviendo debajo de un armario.)* ¿No ha estado todavía la muchacha en casa del vidriero?

JUANA

(Entrando.) Sí, pero ha contestado que no sabía si podría venir hoy.

STOCKMANN

Ya verás como no se atreve.

JUANA

Sí, eso cree la muchacha también; tiene miedo de sus vecinos. *(Hablando a la sala.)* ¿Qué quieres, Elisa? ¡Ah, bien! *(Entra y vuelve en seguida.)* Aquí hay una carta para tí.

STOCKMANN

Vamos a ver. *(La abre y la lee.)* Está bien.

JUANA

¿De quién es?

STOCKMANN

Del dueño de la casa. Nos despide.

JUANA

¡No es posible! ¡Un hombre tan bueno!...

STOCKMANN

(Recorriendo la carta.) Dice que no puede hacer otra cosa. Que lo hace a disgusto, pero que no puede hacer otra cosa... A causa de sus convecinos... Por respeto a la opinión pública... Él no es independiente... No puede ponerse enfrente de ciertas gentes influyentes...

JUANA

Ya ves, Otto.

STOCKMANN

Sí, sí; ya lo veo; son todos unos cobardes; nadie se atreve a hacer nada por miedo a los otros. *(Arroja la carta sobre la mesa.)* Pero todo esto nos es indiferente. Ahora nos vamos al nuevo mundo, y luego...

JUANA

Sí, Otto. ¿Pero has pensado bien ese viaje?

STOCKMANN

¿Es que voy a quedarme aquí..., aquí, donde se me ha puesto en la picota, donde se me ha injuriado, donde se me ha apedreado las ventanas? Y mira, Juana: aquí me han hecho un agujero en la levita.

JUANA

¡Ay! Y es la mejor que tienes.

STOCKMANN

Nadie debía ponerse sus mejores vestidos cuando va a luchar por la libertad y la verdad. Bueno; esto no significa nada; pero que el populacho se atreva a medirse conmigo como si yo fuera su igual, eso no puedo sufrirlo.

JUANA

Sí; se han portado de una manera indigna contigo. ¿Pero vamos a abandonar por eso la patria por completo?

STOCKMANN

¿Crees acaso que la plebe de otras ciudades es menos idiota que ésta? No; es, poco más o menos,

la misma en todas partes. Pero dejemos a los perros que ladren. Lo peor es que los hombres se han hecho en todo el país esclavos de partido. Verdad es que en este respecto no están mucho mejor en el Oeste lejano; también allí pulula la compacta mayoría y la opinión pública y todas esas cosas que el demonio confunda. Pero las cosas son en mayor escala que aquí; allí es posible que asesinen, pero no matan como aquí, lentamente, a un hombre libre, a alfilerazos. Y en último término, allí puede uno mantenerse lejos de la cosa pública. *(Paseando arriba y abajo.)* Si yo supiese siquiera cómo se podría comprar por poco dinero un bosque virgen o una islita desierta...

JUANA

¡Pero los niños, Otto!

STOCKMANN

¡Qué extraordinaria eres, Juana! ¿Es que quieres acaso que los niños crezcan en una sociedad como la nuestra? Ya viste anoche que la mitad de la población está loca; y si la otra mitad no ha perdido la cabeza, es, sencillamente, porque no la tiene.

JUANA

Pero, querido Otto, tú eres tan imprudente en tus discursos...

STOCKMANN

¡Ah! ¿Sí? ¿Es que acaso no es verdad lo que yo digo? ¿No se burlan de todas las ideas? ¿No ba-

rajan lo justo y lo injusto sin atender más que a su provecho? ¿No llaman mentira a lo que yo demuestro como verdad? Pero lo más desatentado de todo es que hombres con uso de razón puedan creer y hacerlo creer a los otros que son liberales.

JUANA

Sí, sí; eso es insensato, pero...

(Petra entra en la antesala.)

JUANA

¿Vienes ya de la escuela?

PETRA

Sí; me han despedido.

JUANA

¿Despedido?

STOCKMANN

¿A ti también?

PETRA

Sí; la señora Busch me ha despedido, y yo creí que lo mejor que podía hacer era marcharme inmediatamente.

STOCKMANN

Has hecho bien, hija mía.

JUANA

¡Quién hubiera pensado que la señora Busch podía ser tan mala!

PETRA

¡Oh, mamá! La señora Busch no es tan mala;

bien vi lo que le dolía; pero dice que no puede hacer otra cosa.

STOCKMANN

(Frotándose las manos.) ¡No podía hacer otra cosa! ¡Oh, es magnífico!

JUANA

Sí, ¡claro!; después de lo de ayer por la noche...

PETRA

No sólo eso; escucha, papá.

STOCKMANN

¿Y bien?

PETRA

La señora Busch me enseñó tres cartas que ha recibido esta mañana...

STOCKMANN

Naturalmente, las tres anónimas...

PETRA

Sí.

STOCKMONN

¡Claro, Juana!; su nombre no se atreven a decirlo.

PETRA

Y en dos decía que un señor que se trata con nosotros, contó anoche en el Club que yo tenía sobre ciertas cosas opiniones terriblemente libres...

STOCKMANN

¿Y tú no lo habrás negado?

PETRA

Ya puedes figurártelo. La señora Busch tiene también ideas bastante libres cuando estamos en la intimidad; pero ya que esto referente a mí se ha sabido, no se atreve a conservarme.

JUANA

¡Y eso lo ha contado uno que nos visitaba! ¡Ya ves, Otto, el pago que dan a tu hospitalidad!

STOCKMANN

Entre este asco no podemos vivir más tiempo. Empaqueta lo antes posible, Juana; ¡que podamos irnos cuanto antes mejor!

JUANA

¡Silencio!; me parece que esta ahí alguien; mira a ver, Petra.

PETRA

(Abriendo la puerta.) ¡Ah!, ¿es usted, capitán? Haga el favor de pasar.

HOLSTER

Buenos días. ¡Bah!, me dije, voy a dar una vuelta por allá a ver lo que pasa.

STOCKMANN

Es usted muy bueno con nosotros. *(Estrechándole la mano.)*

PETRA

¿Pero cómo pudo usted llegar hasta casa?

HOLSTER

¡Oh!, todo se arregla; además, yo no soy de los

más débiles, y la gente ésta apenas si hace uso más que de la lengua.

STOCKMANN

Sí, esa cobardía..., ¿no es indignante? Venga usted aquí; voy a enseñarle una cosa. Mire usted: aquí están todas las piedras que nos han arrojado. Véalas usted. En todo el montón no hay más que dos guijarros respetables; los demás son piedrecitas; y sin embargo juraban y perjuraban allá fuera que querían matarme; ¡pero hechos..., en materia de hechos estamos muy mal aquí en la ciudad!

HOLSTER

Bueno, doctor; esta vez era lo mejor para usted.

STOCKMANN

Seguramente que sí; pero es indignante de todos modos. Pues si alguna vez se pelea de veras, verá usted cómo se agazapa la opinión pública. Y cómo corren los de la compacta mayoría como un rebaño de ovejas a buscar en el bosque un escondite seguro. ¡Este es un pensamiento tan triste!... ¡Le punza a uno de un modo!... Pero ¡qué diablos! En el fondo todo esto no son más que tonterías; puesto que me han declarado enemigo del pueblo, quiero serlo de veras.

JUANA

¡Eso no lo lograrás nunca, Otto!

HOLSTER

No debes jurarlo, Juana. Una palabra ofensiva

puede obrar como un alfilerazo en el pulmón; y esa palabra maldita... no puedo deshacerme de ella; se me ha metido hondo en las entrañas; allí la tengo como un jugo amargo. Contra él no hay magnesia posible.

PETRA

¡Bah!; debías reirte de eso, papá.

HOLSTER

La gente cambiará en seguida de modo de pensar, señor doctor.

JUANA

Sí, de eso puedes estar seguro.

STOCKMANN

A lo mejor, cuando sea ya tarde. Capitan, ¿cuándo se da usted a la vela?

HOLSTER

¡Hum! De eso precisamente quería yo hablar con usted.

STOCKMANN

¡Qué!, ¿le ha pasado algo al barco acaso?

HOLSTER

No; pero la cosa es que yo no voy con ustedes.

PETRA

¿No le habrán despedido también a usted?

HOLSTER

(Sonriendo.) Sí, eso es lo que ha pasado.

PETRA

¿A usted también?

JUANA

¡Qué cosas, Otto!

STOCKMANN

¡Y todo eso por amor a la verdad!... ¡Oh! Debí habérmelo figurado.

HOLSTER

¡Oh! No se vaya usted a preocupar por mí; ya encontraré colocación en otra casa.

STOCKMANN

¡Y eso lo hace el armador Wieck, un hombre rico que no depende de nadie! ¡Uf!

HOLSTER

Por lo demás, es una buena persona; él mismo decía que me conservaría con gusto si pudiera...

STOCKMANN

Pero no puede, naturalmente.

HOLSTER

Dice que la cosa es un poco difícil cuando se pertenece a un partido...

STOCKMANN

En eso tiene razón el buen hombre. Un partido semejante es como una máquina neumática, que poco a poco le va chupando a uno la inteligencia y la conciencia. Por eso hay tantas cabezas vacías.

JUANA

¡Pero Otto!...

PETRA

(A Holster.) Si no nos hubiera usted acompañado a casa, puede ser que no hubiesen ido tan lejos las cosas.

HOLSTER

No lo siento absolutamente nada, señorita.

PETRA

(Dándole la mano.) ¡Qué agradecidos le estamos!

HOLSTER

(Al doctor.) Bueno; y además quería decirle que si realmente piensa usted marcharse, tengo una proposición que hacerle.

STOCKMANN

Muy bien; la cosa es que podamos irnos en seguida.

JUANA

¡Silencio! ¿No ha llamado alguien?

PETRA

Seguramente es el tío.

STOCKMANN

¡Ajá! ¡Adelante!

JUANA

Querido Otto, prométeme que no...

ALCALDE

(En la puerta de la antesala.) ¡Ah!, estás ocupado... Entonces prefiero...

STOCKMANN

No, no; pasa.

ALCALDE

Pero yo desearía que hablásemos a solas.

JUANA

Nosotras nos vamos entretanto a la sala.

HOLSTER

Y yo volveré más tarde.

STOCKMANN

No, váyase usted también allá adentro, capitán; quiero saber más detalles luego.

HOLSTER

Bien; entonces espero. *(Sigue a Juana y Petra a la sala.)*

(El alcalde calla y mira a hurtadillas las ventanas.)

STOCKMANN

¿Verdad que está hoy alegre esto? Ponte el sombrero.

ALCALDE

Con tu permiso. *(Se lo pone.)* Me he acatarrado algo ayer.

STOCKMANN

¿Sí? Pues hacía bastante calor.

ALCALDE

Yo siento no haber podido evitar esos escándalos callejeros.

STOCKMANN

¿Tienes algo más que decirme?

ALCALDE

(Sacando un sobre muy grande.) Tengo que entregarte este documento, de parte de la Dirección del balneario.

STOCKMANN

¿Mi cesantía?

ALCALDE

Sí, desde la fecha de hoy. *(Pone el sobre encima de la mesa.)* Lo sentimos mucho; pero..., hablando francamente..., por consideración a la opinión pública, no podíamos hacer otra cosa.

STOCKMANN

(Sonriendo.) ¡No podíais hacer otra cosa! Me parece que ya he oído la frase.

ALCALDE

Te suplico que te des cuenta de tu situación. En lo sucesivo no puedes contar con seguir ejerciendo aquí en la ciudad.

STOCKMANN

Váyase al diablo el ejercicio. ¿Pero cómo sabes tú eso con tanta seguridad?

ALCALDE

La Asociación de Propietarios hace circular una lista... de casa en casa, y en ella se pide a todos los buenos vecinos que no soliciten más tus auxilios médicos; y puedes estar seguro que

ni un padre de familia se negará a firmarla; sencillamente, no se puede.

STOCKMANN

Eso nò lo dudo. ¿Pero y qué más?

ALCALDE

Si pudiera darte un consejo, sería el que te marchases de aquí por algún tiempo...

STOCKMANN

En eso ya había yo pensado...

ALCALDE

Bien. Y luego, cuando te hayas tomado un año para pensar mejor las cosas, y después de una madura reflexión te hubieras decidido a confesar tu error...

STOCKMANN

¿Crees que entonces podría recobrar mi plaza?

ALCALDE

Quizás; no sería del todo imposible.

STOCKMANN

Sí; ¿pero y la opinión pública? Tú mismo dices que no podéis, a causa de la opinión pública....

ALCALDE

La opinión pública es una cosa muy variable. Y..., hablando francamente...., es para nosotros de la mayor importancia obtener de ti una confesión semejante.

STOCKMANN

Puedo figurármelo. ¿Pero no te acuerdas ya de lo que te dije un día de semejantes intrigas?

ALCALDE

Entonces era mucho más favorable tu posición; entonces podías creer que tenías a toda la ciudad detrás de ti...

STOCKMANN

Mientras ahora la tengo sobre mí... *(Saltando.)* No; aunque tuviese sobre mí al demonio y a su abuela... ¡Nunca!... ¡Nunca, digo!

ALCALDE

Un padre de familia no puede obrar así, Otto.

STOCKMANN

¡Que no puedo! ¡Sólo hay una cosa que no pueda un hombre libre y con honor. ¿Sabes cuál es?

ALCALDE

No.

STOCKMANN

¡Naturalmente! ¡Cómo ibas a saberlo! Bien; voy a decírtelo. ¡Un hombre libre y de honor no debe obrar como un pillo!

ALCALDE

Eso suena muy bien; y si no hubiera otra explicación para tu terquedad...

STOCKMANN

¿Otra explicación? Habla claramente.

ALCALDE

¡Oh!, sabes muy bien a lo que me refiero. Pero como hermano y como hombre de experiencia, te advierto que no debes confiar demasiado en cálculos y esperanzas que muy bien pudieran salir fallidos.

STOCKMANN

¿Pero a qué te refieres?

ALCALDE

¿Quieres hacerme creer que no sabes las disposiciones testamentarias que ha tomado tu suegro?

STOCKMANN

Sé que lo poco que posee lo destina a una fundación para obreros necesitados; pero ¿qué me importa a mí eso?

ALCALDE

Por de pronto no se puede hablar de una pequeña herencia. Worse es un hombre que está en bastante buena posición.

STOCKMANN

No tenía la menor idea de eso.

ALCALDE

¡Hum! ¿De veras que no? Por consiguiente, tampoco tendrás idea de que una parte no despreciable de ese patrimonio les corresponderá a tus hijos..., y de que tú y tu mujer conservaréis el usufructo de ella mientras viváis. ¿No te ha dicho él eso?

STOCKMANN

No; de veras que no. Al contrario, siempre se estaba quejando de lo terriblemente alta que tenía la contribución. ¿Pero sabes tú eso con seguridad, Hans?

ALCALDE

Lo hé averiguado por un conducto que me merece entero crédito.

STOCKMANN

¡Pero, hombre, entonces está asegurada la suerte de Juana! ¡Y la de los niños también! ¡Esto no puedo callarlo! ¡Juana! ¡Juana!

ALCALDE

(Conteniéndole.) ¡Silencio! No se lo digas todavía.

JUANA

(Abriendo la puerta.) ¿Qué quieres, Otto?

STOCKMANN

¡Nada, nada! Vuelve a marcharte. *(Juana cierra la puerta.)* ¡Asegurados!... ¡Asegurados!... ¡Todos asegurados! ¡Y por toda la vida! ¡Oh, qué impresión de descanso saber que tiene uno asegurada su suerte y la de los suyos!

ALCALDE

¡Pero si no lo estás! Worse puede anular a cada momento su testamento.

STOCKMANN

Pero no lo hará. El buen viejo está encantado

de que os haya bajado la cabeza a ti y a tus omniscientes amigos.

ALCALDE

(Sorprendido y mirándolo de hito en hito.) ¡Ah! ¡Eso explica muchas cosas!

STOCKMANN

¿Qué cosas?

ALCALDE

¿De modo que no era más que una maniobra combinada? Todos esos ataques violentos y desconsiderados que tú, en nombre de la verdad, dirigías contra los hombres influyentes de la ciudad...

STOCKMANN

¿Qué?... ¿Qué?...

ALCALDE

Todo eso no era más que el medio de asegurarse el testamento de Niels Worse, ese viejo vengativo.

STOCKMANN

(Casi sin habla.) Hans... ¡Eres el plebeyo más ordinario que he visto en mi vida!

ALCALDE

¡Todo ha acabado entre nosotros! Considera tu cesantía como definitiva, porque ahora tenemos un arma contra ti. *(Se va.)*

STOCKMANN

¡Uf! ¡Qué asco! ¡Uf! ¡Juana, hay que fregar el suelo donde él estuvo!...

JUANA

(Desde la puerta.) ¡Pero Otto, Otto!

PETRA

(También desde la puerta.) Papá, el abuelo está aquí y pregunta si puede hablar contigo a solas.

STOCKMANN

¡Claro que sí! *(En la puerta.)* Entre usted. *(Niels Worse entra. Stockmann cierra la puerta.)* ¿De qué se trata? Pero siéntese usted.

NIELS WORSE

(Mirando alrededor.) Tiene un gran aspecto esto hoy, Stockmann.

STOCKMANN

¿Verdad que sí?

NIELS WORSE

Precioso..., y buen aire también. Hoy no siente usted, de fijo, la falta de oxígeno que decía ayer. Tendrá usted una buena conciencia, ¿verdad?

STOCKMANN

La tengo, en efecto.

NIELS WORSE

Puedo figurármelo. *(Señalando al pecho.)* ¿Pero sabe usted lo que traigo aquí?

STOCKMANN

Espero que una buena conciencia igualmente.

NIELS WORSE

¡Bah! Una cosa mucho mejor. *(Saca una carte-*

ra muy abultada, la abre y enseña una porción de papeles.)

STOCKMANN

(Mirándole asombrado.) ¿Acciones del balneario?

NIELS WORSE

Hoy no eran difíciles de obtener.

STOCKMANN

¿Y las ha comprado en la ciudad?

NIELS WORSE

Todo lo que dió de sí mi dinero...

STOCKMANN

¡Pero mi buen suegro!... ¡Ahora que está el balneario en una situación desesperada!...

NIELS WORSE

Si usted se conduce como un hombre razonable, recobrará el balneario su buen nombre.

STOCKMANN

Ya ve usted, yo hago todo lo que puedo; pero las gentes son tan poco razonables...

NIELS WORSE

Usted dijo ayer que la inmundicia mayor era la de mi tenería. Si eso fuera verdad, resultaría que mi abuelo, mi padre y yo habríamos traído el mal a la ciudad como tres ángeles exterminadores. ¿Cree usted que voy a consentir que pese sobre mí esa vergüenza?

STOCKMANN

Desgraciadamente, nada podrá usted hacer contra eso.

NIELS WORSE

No, muchas gracias. Ya sé que las gentes me llaman el viejo topo. El topo es un animal inmundo; pero en esto no ha de llevar razón la gente. Quiero vivir y morir como un hombre de conciencia limpia.

STOCKMANN

¿Y qué quiere usted hacer?

NIELS WORSE

Usted, Stockmann, me lavará.

STOCKMANN

¿Yo?

NIELS WORSE

¿Sabe usted con qué dinero he comprado estas acciones? Con el dinero que habían de recibir de mi Juana y Petra y los chicos.

STOCKMANN

(Indignado.) ¿Y en cosas semejantes tira usted el dinero de Juana?

NIELS WORSE

Sí, todo el dinero está ahora en el balneario. Y ahora vamos a ver si usted está loco por completo, Stockmann. Si sigue usted haciendo que salgan de mis tenerías esos animales feos y todas esas cosas, será exactamente lo mismo que si llevase a vender la piel de su mujer y de sus hijos.

Pero eso no lo hace ningún buen padre de familia..., es decir, a no ser que esté loco.

STOCKMANN

(Paseando arriba y abajo.) ¡Pero es que lo estoy! ¡Lo estoy, sin duda!

NIELS WORSE

¡No, no lo está usted cuando se trata de su mujer y de sus hijos!

STOCKMANN

(Parándose ante él.) ¿Por qué no habló usted conmigo antes de comprar esas cosas?

NIELS WORSE

Lo que ha pasado está bien así.

STOCKMANN

(Paseando intranquilo.) ¡Si no estuviera tan cierto de mi causa! ¡Pero estoy tan convencido de que tengo razón!

NIELS WORSE

(Con la cartera en la mano.) Si usted se empeña en su locura, esto no tiene ningún valor. *(Se guarda la cartera.)*

STOCKMANN

Pero la ciencia debía saber de algún medio en contra, acaso un preservativo...

NIELS WORSE

¿Quiere usted decir algo para matar los bichos?

STOCKMANN

Sí; matarlos o hacerlos inofensivos.

NIELS WORSE

¿No podía usted probar con estricnina?

STOCKMANN

¡Calle usted, hombre!... Pero, de todos modos, la gente dice que es todo figuración mía. ¡Por qué no había de serlo de veras!... ¿No me ha llamado esa turba ignorante y pusilánime enemigo del pueblo? ¿No ha andado cerca de desgarrarme los vestidos?

NIELS WORSE

¡Y le han roto los cristales!

STOCKMANN

Y luego lo otro: los deberes para con la familia... Sobre eso tengo que hablar con Juana; en ese punto es tan severa...

NIELS WORSE

Eso está bien; atienda usted al consejo de una mujer razonable.

STOCKMANN

¿Pero por qué ha obrado usted tan absurdamente? ¡Exponer así el dinero de Juana, ponerme a mí en esta terrible situación! Cuando le miro a usted, me parece que tengo delante al demonio mismo.

NIELS WORSE

Entonces, prefiero marcharme. Pero para las

dos quiero saber la decisión. Sí o no. Si no, esta misma tarde irán las acciones a la fundación.

STOCKMANN

¿Y entonces qué le queda a Juana?

NIELS WORSE

Ni un céntimo.

(Se abre la puerta de la antesala y se ve a Haustad y Thomsen.)

NIELS WORSE

¡Ja, ja! ¡Mire usted esos dos!

STOCKMANN

(Mirándolos con asombro.) ¡Cómo! ¿Se atreven ustedes a poner los pies en mi casa?

HAUSTAD

Así parece.

THOMSEN

Porque, mire usted, tenemos que tratar de cosas muy importantes.

NIELS WORSE

(En voz baja.) ¡Sí, o no...; hasta las dos!

THOMSEN

(A Haustad con una mirada de inteligencia.) ¡Ajá!

(Niels Worse se va.)

STOCKMANN

¿Y ahora qué quieren ustedes de mí? Díganlo pronto.

HAUSTAD

Comprendo que usted esté incomodado con nosotros por nuestra actitud de ayer en la reunión...

STOCKMANN

¿Y a eso llama usted actitud? ¡Una hermosa actitud! Yo digo que es una indignidad, una... ¡qué asco!

HAUSTAD

Llámelo usted como quiera; pero no podíamos hacer otra cosa.

STOCKMANN

No les estaba permitido, ¿verdad?

HAUSTAD

Si usted quiere, sí.

THOMSEN

¿Pero por qué no nos dijo usted siquiera una palabra antes? Sólo una pequeña indicación al señor Haustad o a mí...

STOCKMANN

¡Indicación! ¿De qué?

THOMSEN

De lo que había detrás.

STOCKMANN

No le entiendo a usted.

THOMSEN

(Sonriendo maliciosamente.) ¡Que no entiende usted, señor doctor!

HAUSTAD

Bueno; ahora ya no se puede ocultar...

STOCKMANN

Pero, con mil diablos, ¿quieren ustedes decirme...?

HAUSTAD

Permítame usted una pregunta: ¿Es verdad que su suegro de usted anda por la ciudad comprando todas las acciones del balneario?

STOCKMANN

Sí, ha comprado hoy acciones del balneario; pero...

THOMSEN

¿Y no hubiera sido más prudente encargar de eso a otra persona, a otro que no estuviera ligado tan estrechamente a usted?

HAUSTAD

Y además no necesitaba usted dar su nombre. No era preciso que la gente supiese que el ataque partía de usted. ¿Por qué no habló usted antes conmigo, señor doctor?

STOCKMANN

(Se ha quedado como alelado; parece como si el mundo vacilase.) ¿Es posible esto?

THOMSEN

El éxito ha probado que sí era posible. Pero hubiera podido hacerse mejor.

STOCKMANN

(Secamente.) En resumen, señores, ¿qué quieren ustedes?

THOMSEN

El señor Haustad puede mejor...

HAUSTAD

No; dígalo usted, Thomsen.

THOMSEN

Bueno..., pues..., la cosa es la siguiente: ahora que sabemos lo que usted quiere, creemos poder poner a su disposición el *Eco del Pueblo.*

STOCKMANN

¿Ahora pueden ustedes? ¿Pero y la opinión pública? ¿No temen ustedes que se levante una tempestad contra nosotros?

HAUSTAD

Ya sabremos defendernos de ella.

THOMSEN

Y ya verá usted qué bien hacemos pasar su cambio de frente. En cuanto sus ataques hayan dado sus frutos...

STOCKMANN

Usted quiere decir en cuanto mi suegro y yo tengamos en el bolsillo las acciones compradas por poco dinero...

HAUSTAD

Pero ya se sabe que las razones que principal-

mente le movieron a tomar la dirección del balneario eran de carácter científico...

STOCKMANN

Sí, ¡claro!; sólo por razones científicas le encargué al viejo topo que me comprara las acciones. Y luego hurgamos un poco en la cañería del agua y nos damos unas vueltas por la playa sin que le cueste un céntimo a la ciudad. Esto puede hacerse muy bien, ¿verdad?

HAUSTAD

¡Ya lo creo..., si tiene usted las espaldas cubiertas por el *Eco del Pueblo!*

THOMSEN

En un pueblo libre, la Prensa es un poder, señor doctor.

STOCKMANN

¡Claro, claro!; y la opinión pública otro; y la Asociación de Propietarios..., de ésa se encarga usted, ¿verdad, señor Thomsen?

THOMSEN

Lo mismo la Asociación de Propietarios que la Sociedad de Templanza. En eso esté usted tranquilo.

STOCKMANN

Bien, señores... Pero... Me avergüenzo de preguntarlo. ¿Y la recompensa?

HAUSTAD

Nosotros preferiríamos, naturalmente, apoyarlo gratis. Pero el *Eco del Pueblo* está en una ma-

la situación; no acaba de ir adelante; y dejar que se muera el periódico ahora que en la alta política hay tanto que hacer, lo sentiría...

STOCKMANN

¡Naturalmente!; eso tendría que afectarle extraordinariamente a un amigo del pueblo como usted. *(Furioso.)* ¡Pero yo soy el enemigo del pueblo! *(Buscando por la habitación.)* ¿Dónde está mi bastón? ¿Dónde diablos está mi bastón?

HAUSTAD

¿Qué quiere decir esto?

THOMSEN

¿No querrá usted...?

STOCKMANN

(Parándose.) ¿Y si yo no les diese a ustedes un céntimo de mis ganancias? Ya lo sabéis: los ricos suelen tener mucho apego a su bolsa.

HAUSTAD

Pero usted sabe también que la historia de las acciones puede explicarse de dos maneras...

STOCKMANN

Sí, usted es hombre para eso; si yo no ayudo al *Eco del Pueblo,* verá usted la cosa desde el punto de vista obscuro; me correría usted, me azuzaría, me trituraría... como un perro a una liebre.

HAUSTAD

Es una ley de la Naturaleza, doctor; cada animal tiene que buscarse su alimento.

THOMSEN

(Sonriendo.) Se coge la comida donde se puede.

STOCKMANN

¡Pues a ver si encontráis algo por ahí afuera! *(Buscando alrededor de la habitación.)* Porque ahora vais a ver... *(Encuentra un paraguas y lo enarbola.)* ¡Ajá! ¡Aquí está!

HAUSTAD

¡Pero no querrá usted pegarnos!

THOMSEN

¡Haga usted el favor; tenga un poco de cuidado con el paraguas ése!

STOCKMANN

¡Fuera de aquí, señor Haustad!

HAUSTAD

(En la puerta de la antesala.) ¿Se ha vuelto usted loco?

STOCKMANN

¡Fuera de aquí, Thomsen! ¡Fuera de aquí, digo!

THOMSEN

(Corriendo alrededor de la mesa.) ¡Moderación, señor doctor! ¡Yo soy un hombre débil! ¡No puedo resistir mucho! *(A gritos.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

(Juana, Petra y Holster entran en la sala; luego Federico y Walter.)

JUANA

¡Pero Otto! ¿Qué pasa?

STOCKMANN

(Enarbolando el paraguas.) ¡Fuera he dicho!

HAUSTAD

¡Una agresión contra hombres indefensos! ¡Le tomo a usted por testigo, capitán! *(Se desliza rápidamente por la antesala.)*

THOMSEN

(Asustado.) ¡Sí, el que sepa cómo están aquí las cosas!... *(Huye por la sala.)*

JUANA

(Conteniendo a su marido.) ¡Pero cálmate por Dios, Otto!

STOCKMANN

¡Canallas! ¡Y se me han escapado! *(Arroja el paraguas.)*

JUANA

¿Pero qué querían de ti?

STOCKMANN

Eso más tarde. Ahora tengo que pensar en otras cosas muy distintas. *(Va a la mesa y escribe en una tarjeta.)* Mira esto, Juana. ¿Qué hay aquí?

JUANA

Tres *nos* muy grandes. ¿Qué quiere decir eso?

STOCKMANN

También lo sabrás más tarde. *(Mostrando la*

tarjeta.) Petra, esto a la muchacha, que lo lleve a casa del viejo topo... a todo correr. ¡Pronto, pronto!

(Petra sale con la tarjeta.)

STOCKMANN

Si no he recibido hoy la visita de todos los emisarios del infierno, no sé... ¡Pero ahora voy a afilar contra ellos mi pluma y a mojarla en hiel y vinagre!

JUANA

¡Pero nosotros nos marchamos, Otto!

(Petra vuelve a entrar.)

STOCKMANN

¿Qué?

PETRA

Ya está.

STOCKMANN

Bien... ¿Marcharnos, decías? ¡No y no! ¡Seguimos donde estamos, Juana!

PETRA

¿Nos quedamos aquí?

JUANA

¿Aquí en la ciudad?

STOCKMANN

¡Sí; éste es el campo de batalla! ¡Aquí lucharemos! ¡Aquí quiero vencer! En cuanto mi levita esté arreglada saldré a buscar una habitación, porque por el invierno tenemos que tener un lecho en que cobijarnos.

HOLSTER

Ese puedo yo ofrecérselo.

STOCKMANN

¿Usted?

HOLSTER

¡Claro que sí!; pues en mi casa hay sitio bastante. Y además yo estoy casi siempre fuera.

JUANA

¡Oh, qué bueno es usted, capitán!

PETRA

¡Gracias de corazón! *(Estrechando su mano.)*

STOCKMANN

(Apretándosela calurosamente.) ¡Gracias, gracias, querido amigo! Ese problema está, pues, resuelto. Hoy mismo comienzo a trabajar. ¡Oh, Juana; hay aquí tanto, tanto que hacer! Pero ahora tendré todo el tiempo a mi disposición. Sí, porque, mira, aquí tengo la cesantía de médico del balneario...

JUANA

(Suspirando.) ¡Era de esperar!

STOCKMANN

Y ahora quieren quitarme también el ejercicio de la profesión... ¡Así pudieran!... En todo caso los pobres sí me quedan..., los que no pagan. ¡Pero, Señor, también son los que más me necesitan! ¡Ah, y lo que es oírme, tendrán que oírme todos! ¡Día y noche predicaré en sus oídos!

JUANA

¡Pero Otto! Me parece que ya has visto para lo que sirve predicar.

STOCKMANN

Eres realmente cómica, Juana. ¿Es que voy a dejarles el campo libre a la opinión pública y a la compacta mayoría y a todas esas cosas? ¡Muchas gracias! ¡Y lo que quiero es tan claro y tan sencillo!... Yo quiero hacer comprender a las cabezas que todavía no están desarrolladas, que los liberales son el peor enemigo de todo hombre libre..., que los programas de partido ahogan todas las nuevas verdades..., que ese preocuparse sin cesar de la moral y de la justicia se le sube a uno a la cabeza de manera que al cabo acaba por convertir la vida en un infierno. ¿No cree usted también, capitán, que esto se le puede hacer entender al pueblo?

HOLSTER

Es posible; yo no entiendo bien de esas cosas.

STOCKMANN

Fíjese usted; ante todo hay que exterminar a los cabecillas de los partidos. Un cabecilla de partido es como un lobo; un lobo hambriento... quiere vivir, necesita devorar anualmente tantos corderos. ¡Vea usted a Haustad y Thomsen! ¡Con cuántos corderos han acabado ya! ¡O los degüellan o los dejan de manera que no sirvan para otra cosa que para propietarios urbanos o para

subscriptores del *Eco del Pueblo! (Se sienta en el borde de la mesa.)* ¡Ven acá, Juana..., mira qué hermoso está hoy el sol! ¡Y luego este aire fresco de primavera que se nos entra por las ventanas!

JUANA

Sí, Otto; si pudiésemos vivir del sol y del aire de primavera...

STOCKMANN

Todo será economizar y estrecharse al principio; luego ya marchará la cosa. Esto es lo que menos me preocupa. No, lo que yo siento es que no sé de ningún hombre libre espiritualmente distinguido que estuviese dispuesto a proseguir mi lucha contra la mentira.

PETRA

¡Oh, papá; tienes todavía mucho tiempo por delante! Ahí están ya los muchachos.

(Federico y Walter entran de la antesala.)

JUANA

¿No tenéis hoy escuela?

FEDERICO

No; pero en el recreo nos pegaron los demás.

WALTER

No es verdad; nosotros pegamos a los demás.

FEDERICO

Sí, y entonces dijo el maestro que era mejor que nos quedásemos en casa un par de días.

STOCKMANN

(Saltando de la mesa.) ¡Ya está, ya está! ¡No volveréis a poner los pies en la escuela!

LOS MUCHACHOS

¡No volver a la escuela!

JUANA

¡Pero Otto!...

STOCKMANN

¡Nunca! Quiero enseñaros yo mismo..., es decir, no en todo ese fárrago de la escuela...

WALTER

¡Viva!

STOCKMANN

No; quiero educaros como hombres libres, y tú, Petra, me ayudarás.

PETRA

Sí, padre; con toda mi alma.

STOCKMANN

Y la escuela..., la escuela la instalaremos en la sala donde me declararon enemigo del pueblo. Pero mis discípulos..., porque necesito tener por lo menos doce alumnos...

JUANA

Aquí en la ciudad no los encontrarás.

STOCKMANN

Eso lo veremos. *(A los muchachos.)* ¿No conocéis a ningún chico de la calle... así, pilletes de veras...?

WALTER

¡Oh, papá! Un montón de ellos.

STOCKMANN

¡Admirablemente! Entonces traedme unos ejemplares. Voy a probar con los golfos; a veces se encuentran cabezas admirables entre esa gente.

WALTER

¿Pero qué vamos a hacer cuando seamos hombres libres?

STOCKMANN

¡Entonces, muchachos, arrojaréis del país a todos los cabecillas de partido, a todos los lobos hambrientos!

(Federico pone una cara un poco preocupada; Walter corre por la habitación dando vivas.)

JUANA

Sí, Otto; si esos lobos no te arrojan a ti.

STOCKMANN

¿Estás loca, Juana? ¿Arrojarme a mí? ¡Ahora que soy el hombre más fuerte de la ciudad!...

JUANA

¡El más fuerte... ahora!

STOCKMANN

Sí; ahora puedo decir la gran palabra. ¡Ahora soy el hombre más fuerte del mundo!

WALTER

¡Pero papá!...

STOCKMANN

(En voz contenida.) ¡Chist! No se puede decir todavía en alta voz; pero he hecho un gran descubrimiento.

JUANA

¿Otra vez?

STOCKMANN

Sí. *(Los agrupa a todos a su alrededor y dice misteriosamente.)* Mirad; la cosa es ésta: el hombre más fuerte del mundo es... el que está solo.

JUANA

(Mueve sonriendo la cabeza.) ¡Por Dios, querido Otto!

PETRA

(Cogiendo sus manos llena de confianza.) ¡Padre!

FIN

ÍNDICE

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

	Tomos
HOMERO: *La Iliada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo*, etc.)	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	2
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
CICERÓN: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
TÁCITO: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*	1
SÉNECA: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
OVIDIO: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
FLORO: *Compendio de la historia romana*	1
QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*	2
QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*	2
ESTACIO: *La Tebaida*	2
LUCANO: *La Farsalia*	2
TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana*	7
TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*	1
VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta*	3
MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas*	3
TERENCIO: *Las seis comedias*	1
APULEYO: *El asno de oro*	1
PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2
JUVENAL y PERSIO: *Sátiras*	1
AULO GELIO: *Noches áticas*	2
SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*	4
AMMIANO: *Historia del imperio romano*	2
LUCRECIO: *De la naturaleza de las cosas*	1
HORACIO: *Obras completas*	2

	Tomos.

Clásicos españoles.

	Tomos
CERVANTES: *Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso*	2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín	8
— *Teatro completo*	3
CALDERÓN: *Teatro selecto*	4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*	1
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*	1
— *Obras políticas é históricas*	2
— *Política de Dios*	1
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*	2
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*	1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*	1
MELO: *Guerra de Cataluña*	1
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo	13
COLÓN: *Relaciones y cartas*	1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*	1

Clásicos ingleses.

	Tomos
MACAULAY: *Estudios literarios*	1
— *Estudios históricos*	1
— *Estudios políticos*	1
— *Estudios biográficos*	1
— *Estudios críticos*	1
— *Estudios de política y literatura*	1
— *Discursos parlamentarios*	1
— *Vidas de Políticos ingleses*	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*	4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*	6
MILTON: *El Paraíso perdido*	2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto*	8

Clásicos italianos.

	Tomos
MANZONI: *Los Novios*	1
— *La Moral católica*	1
— *Tragedias, poesías y obras varias*	2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia*	6
MAQUIAVELO: *Obras históricas*	2
— *Obras políticas*	2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo*	2
TASSO: *La Jerusalem libertada*	2

Clásicos alemanes.

	Tomos
SCHILLER: *Teatro completo*	3
— *Poesías líricas*	2
HEINE: *Poemas y fantasías*	1
— *Cuadros de viaje*	3
GOETHE: *Viaje á Italia*	2
— *Teatro selecto*	2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América*	2

Clásicos franceses.

	Tomos
LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*	2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*	1
MÉRIMÉE: *Colomba y otros cuentos*	1
REGNARD: *Obras escogidas*	3

Clásicos portugueses.

	Tomos
CAMOENS: *Los Lusiadas*	1
— *Poesías selectas*	1

Sánscrito.

	Tomos
Panchatantra, traducido por Alemany	1
Libro de las Leyes de Manu	1


BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001293538


BLIOTEC
LÁSIC
236
BSEN
AMA
III
1856